

**CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLOGICOS  
EL COLEGIO DE MEXICO**

**PARTICIPACION COMUNITARIA  
Y CAMBIO SOCIAL**

**T E S I S  
QUE PARA OBTENER EL GRADO DE  
*DOCTOR EN CIENCIAS SOCIALES*  
*CON ESPECIALIDAD EN SOCIOLOGIA*  
P R E S E N T A**

**FERNANDO DE JESUS PLIEGO CARRASCO**

**DIRECTORA  
ROSA MARIA RUBALCAVA**

México, D.F.

Febrero 1995.

**EN MEMORIA DE:  
HELDER CAMARA,  
SERGIO MENDEZ ARCEO Y  
OSCAR ARNULFO ROMERO.  
DEFENSORES DE LOS  
DERECHOS HUMANOS.**

**A Bety,  
Dany,  
y Bety Diana.**

**A mi familia  
y mis amigos.**

## I N D I C E

AGRADECIMIENTOS.....	7
INTRODUCCION.....	8
CAPITULO I: PROBLEMAS CONCEPTUALES EN LA INVESTIGACION DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES.....	14
1. TEORIAS DE LOS INTERESES.....	20
1.1 Individuo, mercado y acción colectiva.....	20
1.2 Clases sociales y sistemas de dominación.....	24
2. EL COMPORTAMIENTO COLECTIVO.....	31
3. ENFOQUES NORMATIVOS: LAS IDENTIDADES.....	35
4. LA ILUSTRACION Y LAS TEORIAS DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES....	40
CAPITULO II: EL CONTEXTO VITAL DE LA PARTICIPACION I: EL MODELO ANALITICO Y LAS CONDICIONES MATERIALES.....	47
1. LAS DIFERENCIAS ENTRE PARTICIPANTES Y NO PARTICIPANTES.....	51
2. LA SELECCION DE LAS ORGANIZACIONES.....	60
3. LAS CONDICIONES MATERIALES DE VIDA.....	63
3.1 Escasez y condiciones de vida.....	63
3.2 Los ingresos familiares per cápita y su distribución...	67
3.3 La relación territorial: el tipo de vivienda y los servicios urbanos.....	70
3.4 La propiedad de la vivienda.....	74
3.5 Los satisfactores dentro de los hogares.....	77
3.6 Conclusión: el carácter ambivalente de las condiciones materiales de vida.....	80
CAPITULO III: EL CONTEXTO VITAL DE LA PARTICIPACION II: LOS SIGNIFICADOS.....	82
1. LA INTERPRETACION DE LA POBREZA.....	83
1.1 Sentimientos de intranquilidad e insatisfacción.....	85
1.2 La indignación como sentimiento moral contra la injusticia.....	90
1.3 Las estrategias para el cambio social.....	94
1.4 Conclusión: las condiciones subjetivas como causa y efecto de la participación social.....	103
2. APLICACION EMPIRICA DEL MODELO.....	105
2.1 Las condiciones de participación del jefe de familia en los sectores populares urbanos.....	108
a) Los recursos materiales.....	109
b) Los significados.....	109
c) La posición de poder.....	110
d) La prueba empírica del modelo.....	112
2.2 Las condiciones de participación de la jefa de familia de los sectores populares urbanos.....	116

a) Los recursos materiales.....	117
b) Los significados.....	117
c) La posición de poder.....	118
d) La prueba empírica del modelo.....	120
2.3. Conclusiones: de la racionalidad individual a la racionalidad comunitaria.....	124
 CAPITULO IV: LA FORMACION DEL ACTOR COLECTIVO.....	127
1. DE LA PROTESTA INDIVIDUAL A LA ACCION COLECTIVA.....	130
1.1 La reconstrucción de las redes de significados.....	131
1.2 Tiempos cortos y tiempos largos: los factores precipitantes.....	133
2. LA PROMOCION DE LA ORGANIZACION.....	137
2.1 La constitución del liderazgo directivo.....	137
2.2 Origen social.....	140
a) Estratificación económica.....	141
b) Niveles de educación formal.....	142
c) El aprendizaje político.....	145
d) Las tradiciones culturales e ideológicas.....	148
3. LAS FORMAS DE AFILIACION DE LOS PARTICIPANTES.....	150
3.1 Subgrupos primarios y secundarios.....	153
3.2 La relación entre la escala de afiliación y las estrategias de dirección argumentativas e instrumentales.....	156
 CAPITULO V. NUEVAS Y «VIEJAS» FORMAS DE PARTICIPACION COMUNITARIA: UN ENFOQUE NEOPLURALISTA.....	158
1. EL MARCO CONCEPTUAL DE LA PARTICIPACION COMUNITARIA.....	161
1.1 Desarrollo social y toma de decisiones.....	163
1.2 Los ámbitos sociales de la participación.....	165
1.3 Matriz de las formas típicas de participación comunitaria.....	167
2. EL PUNTO DE PARTIDA: AUTOAYUDA Y TRABAJO COLECTIVO.....	169
3. ASISTENCIA SOCIAL Y SITUACIONES DE EMERGENCIA.....	173
4. LA REACTIVACION DEL CLIENTELISMO.....	175
5. DEL CORPORATIVISMO AUTORITARIO AL NEOCORPORATIVISMO COMPETITIVO.....	179
6. ESTRATEGIAS DE ENFRENTAMIENTO POPULAR Y NUEVOS PROCESOS DE MOVILIZACION SOCIAL.....	183
6.1 El origen de la crisis.....	185
6.2 Nuevas estrategias de desarrollo social.....	189
a) Movilizaciones vecinales tradicionales.....	191
b) Las nuevas movilizaciones vecinales (autogestión urbana).....	193
7. CONCLUSIONES GENERALES.....	197

EPILOGO: UNA AGENDA POLITICA PARA LA PARTICIPACION COMUNITARIA EN UN PROCESO DE TRANSICION DEMOCRATICA.....	202
ANEXO I: Ajuste del modelo de regresión logística de las condiciones de participación del jefe de familia.....	208
ANEXO II: Ajuste del modelo de regresión logística de las condicones de participación de la jefa de familia....	209
ANEXO III: Guión de entrevista.....	210
ANEXO IV: Cuestionario.....	213
BIBLIOGRAFIA.....	221

## AGRADECIMIENTOS.

Esta investigación no habría sido posible sin el apoyo de numerosas personas. Agradezco en primer lugar a la profesora Rosa María Rubalcava, directora de tesis en el Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México. El número de horas que invirtió para analizar y enriquecer las variables teóricas, la naturaleza de los indicadores, las características de los instrumentos técnicos, el análisis inicial de la información, y la construcción de los modelos estadísticos, fue un apoyo que considero invaluable y determinante. Asimismo, le agradezco la actitud de cercanía que tuvo en todas las fases de la investigación, y la libertad que siempre me brindó para abordar los problemas.

A los profesores María Luisa Tarrés, Vania Salles y René Millán, por los numerosos comentarios que me permitieron enriquecer y precisar los contenidos finales del trabajo. He tratado de incluirlos en la medida de mis posibilidades, y cuando no fue posible hacerlo, deriva básicamente de limitaciones personales. Al doctor Ricardo Pozas Horcasitas, director del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, por la invitación que me hizo para desarrollar la investigación como miembro del Instituto y por las numerosas facilidades que siempre me ha brindado.

Al Licenciado Enrique González Torres, director del Fondo para la Asistencia, Promoción y Desarrollo, I.A.P., por el apoyo económico que me ofreció para realizar el trabajo de campo que se requería.

Agradezco sinceramente la colaboración de la «Unión Popular Centro Morelos», la «Unión Popular Valle Gómez», la «Unión de Colonos, Inquilinos y Solicitantes de Vivienda "U.C.I.S.V. Libertad"», la «Unión de Vecinos Ermita Zaragoza», la «Unión de Colonos de Lomas de la Estancia», la «Unión de Inquilinos de la Colonia Pensil», la «Unión Independiente de Colonos de la Colonia 2 de Octubre», y a la «Asociación de Residentes, Comerciantes y trabajadores de la Zona de la Alameda». Las facilidades que dieron para la realización de las entrevistas, y sobre todo las molestias que tuvieron que soportar algunos por una encuesta monótona y en ciertos momentos «sin sentido», han sido las bases para este estudio.

Subrayo también el apoyo moral que siempre me han dado mis amigos y familiares, en especial mi madre. Pero agradezco sobre todo a mi esposa, Beatriz Avilés, su cercanía, su colaboración, el aliento que me brindó para desarrollar un trabajo frecuentemente monótono y que parecía interminable. Fueron muchas horas que se sustrajeron a la convivencia familiar. Mis hijos Fernando Daniel y Beatriz Diana han sido una permanente motivación.

Finalmente, como es la costumbre y la inevitable necesidad, hay que enfatizar que este trabajo es de responsabilidad directa del autor, y sus numerosas limitaciones son imputables única y exclusivamente al mismo.

Fernando Pliego Carrasco.

## INTRODUCCION.

Barrington Moore Jr., en un brillante trabajo titulado "La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión"<sup>1</sup>, planteó nuevamente uno de los problemas centrales que la teoría social contemporánea ha buscado resolver de manera recurrente: "por qué con tanta frecuencia las personas soportan ser víctimas de sus sociedades y por qué en otras ocasiones se encolerizan y tratan con toda pasión y todas sus fuerzas de hacer algo respecto de su situación".

La centralidad de la pregunta deriva de la capacidad que tiene para explicitar, en un eje temático relativamente sencillo, una preocupación fundamental de la convivencia humana: el problema de la constitución, estabilidad y transformación del orden político en sociedades con estructuras significativas de desigualdad social. Pero su importancia no parte inicialmente, como podría tal vez pensarse, de su formulación académica. Su relevancia no deriva en primer lugar de la preocupación que hacia ella han tenido algunos de los más importantes científicos sociales. En realidad, ellos abordan la pregunta porque lo es previamente de los principales grupos políticos. Es temática central de quienes están interesados en transformar las situaciones de desigualdad e injusticia, sea porque apuestan a proyectos de tipo revolucionario, sea porque optan por acciones de tipo gradual y en un marco que privilegia las conquistas democráticas. Pero también es una pregunta fundamental, de manera opuesta, de aquellos grupos e individuos interesados en reproducir sus privilegios, en abortar la posibilidad de construir espacios que limiten significativamente, o al menos moderen sus mecanismos de concentración de riqueza y poder.

La pregunta es relevante entonces por motivos contradictorios, pero unidos por su referencia directa al problema del orden político de las sociedades marcadas por desigualdades, sea para modificarlo o bien para reproducirlo. Y a partir de ella, la investigación social ha buscado analizar los episodios de revuelta de la población; los momentos en que cansada de su situación social decide levantar su voz y replantear lo que considera ilegítimo e intolerable. Se realizan así numerosos estudios de los movimientos revolucionarios y sociales, sean de amplia o reducida significación, para conocer con precisión los procesos que les dieron origen, sus dinámicas de desarrollo y los efectos que generaron en las sociedades donde se encuentran y en sus mismos protagonistas.

Pero la pregunta que formula Barrington Moore Jr., como otras semejantes que han hecho diversos autores, puede desembocar fácilmente en la construcción, a la hora de operacionalizarla en un proceso de investigación, en lo que llamaré siguiendo cierta terminología en uso «la falacia ecológica de la acción colectiva». Procedimiento teórico y metodológico, según el cual, el investigador establece una relación ilegítima entre las características promedio de los individuos que integran una determinada acción colectiva, y las características de los individuos que comparten con ellos el contexto social que en-

---

1. México, IIS-UNAM, 1989.

marca su surgimiento y desarrollo. Y la obra de Barrington Moore Jr. es, ella misma, una muestra relevante de este problema.

En efecto, esta falacia teórica y metodológica ha tenido dos versiones diferentes. La primera, que actualmente ha caído en franco desprestigio, y desde luego no es aplicable a la obra de Moore, es aquella que establece una relación mecánica entre las características económicas y sociales de un grupo poblacional que ocupa posiciones subordinadas, de desigualdad e injusticia dentro de la sociedad, y la supuesta presencia de un imperativo para que desarrolle determinadas formas de organización orientadas a su cambio. Son las visiones ingenuas de los procesos de cambio socio-político, que frecuentemente podemos encontrar en grupos identificados con programas de índole claramente reformador o revolucionario, o en grupos conservadores interesados en contenerlos. Ejemplo relevante es la ideología que se creó alrededor del programa de desarrollo del gobierno estadounidense de John F. Kennedy (1960-1963), la «Alianza para el Progreso», que estuvo influida en gran medida por un diagnóstico muy simplista de «los peligros que traería el avance del comunismo» a partir de las masivas migraciones de campesinos pobres a las ciudades, y de las posibilidades revolucionarias de los habitantes de los cinturones de miseria.

Esta visión ya no es sostenida en las investigaciones actuales; aunque todavía, de vez en cuando, algunos grupos políticos la toman en serio. El número de estudios en contra son tan numerosos, que la crítica es una temática en términos académicos prácticamente resuelta. Actualmente es bastante claro que las condiciones de pobreza, marginación y opresión, incluso cuando son situaciones extremas, no son factores determinantes, por sí solos, para generar procesos colectivos de tipo revolucionario o reformador.

Sin embargo, sí encontramos otra versión muy difundida de la «falacia ecológica de la acción colectiva», pero mucho más sofisticada y difícil de identificar. Me refiero a la conexión directa que frecuentemente se hace entre las características comunes que tienen los participantes de una acción colectiva, y los individuos que comparten con ellos, territorial y funcionalmente, el mismo grupo socio-económico, donde se hace un inadecuado tratamiento de la diferencia entre los participantes y los no participantes. En el caso del estudio de las organizaciones vecinales que desarrollan acciones de movilización social, que constituye nuestro objeto particular de estudio, es el procedimiento constante de hacer extensiva las características de la «organización» al conjunto de habitantes del poblamiento. Se utiliza así un lenguaje que borra las diferencias, por ejemplo: «los vecinos de la colonia hicieron tal manifestación», cuando en realidad en la mayoría de los casos solo colaboraron algunos de ellos, o se dice, «la organización de la colonia consiguió tales o cuales servicios», cuando más bien solo representa a un sector de ella, etc.. Lenguaje que supone una identidad analítica entre los términos «organización» y «vecino», porque los emplea de manera coextensiva y no diferencia a los participantes de los no participantes.

Pero contra tal enfoque, que establece una inferencia conceptualmente ilegítima entre las características de la acción colectiva y el contexto social inmediato que la enmarca, hay un problema práctico que de manera recurrente se presenta a quienes se vin-

culan de una u otra forma a trabajos de organización y educación populares. Me refiero a la experiencia constante del desigual comportamiento de los individuos, que no obstante compartir ecológicamente un mismo contexto estructural de problemas y carencias, responden de manera tan diferente a las ofertas de participación dentro de una organización vecinal. Algunos deciden afiliarse, colaborando al mejoramiento de su nivel y calidad de vida; pero muchos otros no lo hacen, y sin embargo comparten la misma problemática en sus comunidades urbanas. Y en referencia a los primeros, los niveles de compromiso son también desiguales, pues no se distribuyen de manera semejante los costos que implica la movilización, y las afiliaciones generalmente son temporales, restringidas a la solución de necesidades coyunturales.

Desde esta perspectiva, la pregunta que formuló Barrington Moore Jr. necesita una reformulación fundamental, para no derivar en la «falacia ecológica de la acción colectiva», porque no podemos plantearnos el problema únicamente en los términos del «cuándo» un determinado grupo socio-económico se resigna o se rebela a sus condiciones desfavorables de vida, debido a que encontramos en un mismo momento histórico y espacio social las dos respuestas polares. Más bien, necesitamos hacer la siguiente pregunta: ¿bajo que condiciones y procesos sociales, los individuos que integran un sector poblacional y comparte espacial y estructuralmente determinadas características, reaccionan de manera diferente a las situaciones de desigualdad social que vive?. En otro términos, ¿por qué los individuos ubicados dentro de una misma posición social desventajosa, en términos territoriales, estructurales y temporales, deciden de manera diferenciada y contrastante rebelarse colectivamente o no a sus condiciones de vida deprimidas?.

Es una preocupación analítica que para el autor se remonta aproximadamente a dieciocho años atrás. En esa época, comenzó a participar en una serie de actividades de educación y promoción social en ambientes populares de la Ciudad de México. Los trabajos al principio eran con grupos juveniles, después incluyeron los de alfabetización para adultos, y posteriormente se vincularon a procesos de organización vecinal que utilizaban estrategias de movilización social (movimiento urbano popular o movimientos sociales urbanos), en especial relacionados con problemas de la tenencia de la tierra y la instalación de servicios públicos. Cuando sucedieron los sismos de la Ciudad de México, en el año de 1985, fue invitado por una organización civil para colaborar en el diseño y operación de programas de ayuda a los damnificados, y para participar en proyectos orientados al desarrollo autogestivo de diversas comunidades, especialmente en materia de vivienda, salud, nutrición y educación no formal. Colaboración última que duró seis años.

Contribuir a solucionar esa interrogante es el motivo central del presente trabajo, pero «cómo lograrlo» fue una cuestión que complicó sensiblemente la investigación cuando tuvimos que definir el marco teórico que la sustentara. En efecto, nos resultaba claro que para el estudio de la acción colectiva, y en concreto de las organizaciones vecinales que desarrollan estrategias de movilización social, requeríamos un enfoque estructural: un análisis de los sistemas sociales, de dominación y de poder. Un análisis donde había varias opciones conceptuales, entre las cuales destacaban las teorías del conflicto y de las

clases sociales, y en menor medida las teorías de la integración social. No hacer tal cosa volvería imposible resolver la primera parte de nuestra pregunta: «por qué individuos que comparten territorial y estructuralmente una misma posición social...»; pregunta que supone, de entrada, la necesidad de abordar el problema a partir de la conformación de los sistemas de poder económico y políticos de nuestras sociedades. Asimismo, es la única forma de establecer diferencias sustanciales entre un tipo de grupos orientados a la construcción de nuevos sistemas de coordinación social -el actuar de los movimientos sociales-, y otro tipo de grupos orientados a la reproducción de los sistemas de coordinación social -el actuar de las instituciones-. Y para nosotros era fundamental una clara distinción entre movimiento e institución.

Pero la perspectiva estructural es incapaz de responder, por sí sola, a la segunda parte de nuestra pregunta: la desigualdad de respuestas de los individuos que comparten un mismo contexto institucional, en relación a las ofertas de participación en un movimiento social. En ese enfoque, indistintamente de sus diversas perspectivas teóricas, se encontrará siempre una tendencia a subordinar la acción del individuo a los imperativos estructurales, concibiéndolo como una mera criatura. Tendencia que desde luego tiene implicaciones positivas: constituye una valiosa herramienta para detectar la relevancia de los problemas de investigación, y por lo tanto para identificar la mayor o menor importancia de los procesos de cambio y construcción de instituciones que traspasan permanentemente a la sociedad. Pero al no incluir la autonomía del individuo en el centro del discurso teórico, genera un abismo casi infranqueable entre teoría social y tecnología social, perdiendo progresivamente la batalla de su legitimidad y utilidad históricas, porque poco uso de ella pueden hacer quienes están interesados en resolver problemas prácticos de la convivencia humana, en específico, del desarrollo y operación de proyectos sociales.

A la recuperación del individuo y de su "libertad" se han orientado las teorías microsociales, sean o no sociológicas: dramaturgia (Goffman), etnometodología (Garfinkel), interaccionismo simbólico (Mead, Blumer), individualismo metodológico (Olson), etc. Desde sus perspectivas, es posible entender las desiguales respuestas que en los procesos de acción social despliegan los individuos. Sin embargo, el precio a pagar también es muy alto. Por una parte, se abandona radicalmente el enfoque histórico y estructural de la teoría social. Al concentrarse únicamente en el estudio de áreas sociales específicas, y en la participación de los individuos dentro de ellas, ya no pueden analizar el cambio de los sistemas sociales, el devenir de unas instituciones en otras diferentes. Tienen a analizar la acción de los movimientos sociales con conceptos igualmente aplicables a las acciones institucionales, difuminando cualquier distinción sustantiva.

La solución de esta disyuntiva para el estudio de los movimientos sociales, entre enfoque estructural y análisis microsociales, entre sistema e individuo, entre condicionamiento y libertad, se encuentra en el enlace sustantivo de ambas perspectivas. Pero esto implica el establecimiento de conceptos mediadores que permitan la correspondencia. A tal tarea se enfocó Talcott Parsons. En su principal obra: "*Teoría de la Acción Social*", nos propone así la distinción entre tres grandes sistemas: el de la personalidad, que nos

remite al conjunto de necesidades que motivan la acción de los sujetos. El sistema social, que se refiere a las interacciones que establecen los individuos mediante el desempeño de roles funcionales. Y el sistema cultural, que sirve como enlace porque a través de los «valores pauta» remite tanto a significados compartidos por los individuos (momento social), como a su introyección subjetiva (momento personal). Sin embargo, el enfoque funcionalista que siempre permeó la triple distinción, le condujo finalmente a diluir dramáticamente al sistema de la personalidad en el sistema social, donde los individuos son moldeados y definidos por imperativos sistémicos y estructurales; asimismo, subvaloró los procesos de dominación y conflicto que caracterizan a las sociedades contemporáneas, planteándolas frecuentemente como idílicas comunidades normativamente integradas.

Durante los últimos diez años asistimos a la formulación de nuevos e importantes enfoques que relacionan la doble dinámica: la acción estructural con la acción individual; las teorías sociales que hunden sus raíces en los clásicos, en especial en la obra de Marx, Durkheim y Weber, con las teorías microsociales. Y la riqueza de la investigación sociológica durante la última década ha sido, precisamente, el esfuerzo que se está haciendo para superar la ancestral dicotomía. Destacando, entre otros, los estudios de Jeffrey C. Alexander, Jürgen Habermas, Niklas Luhmann y Anthony Giddens.

Situándonos dentro de estos esfuerzos de interpretación, nuestro procedimiento será integrar en la teoría de la acción colectiva un modelo de la acción reflexiva de los individuos entendidos como «personas», esto es, que intervienen en la construcción o reproducción de los procesos sociales a partir de una *racionalidad de tipo vital*<sup>2</sup>. Una racionalidad que no se reduce al cálculo de tipo estratégico, según las teorías contemporáneas del «rational choice», ni tampoco a la racionalidad procedimental que integraría también aspectos normativos (H. Simon), sino que, además de estos factores, está condicionada por los significados expresivos, recursos materiales, posiciones de poder y roles que integran el entorno cotidiano de las personas y que llamaremos en su conjunto «propiedades interactivas». Desde esta perspectiva, proponemos un análisis de las dinámicas de constitución y desarrollo de las organizaciones vecinales que realizan acciones de movilización social, que descansa en el actuar reflexivo de los individuos y en aquellos factores que lo condicionan vitalmente y simultáneamente tienen la capacidad de generar referencias comunes y fundar asociaciones (las propiedades interactivas). Un enfoque que diferirá del llamado «individualismo metodológico», porque no busca reducir la trama de la sociedad a ciertas características aisladoras de los individuos, a propiedades como son las del cálculo egoísta en el marco de una sociedad dominada por las relaciones instrumentales del mercado.

A este enfoque lo llamaremos «sociología de la interacción estructural», y busca establecer un puente analítico entre la acción individual y el funcionamiento de los proce-

---

2. Wilhelm Dilthey, *Introducción a las ciencias del espíritu*, México, F.C.E., 1978, p. 6.

sos sociales globales, al diferenciar dos niveles de relaciones sociales entre las personas que participan dentro de una acción colectiva: uno inmediato, que son los vínculos directos, «cara a cara» que establecen, y otro mediato, que son sus vínculos indirectos. A la relación inmediata la conceptualizaremos como «interacción», la cual tendrá como eje la acción reflexiva de los individuos que articulan grupos al compartir determinadas propiedades; y a la relación mediata la llamaremos «genérica», y será la articulación entre los diversos grupos resultantes, donde la «estructura social» será una regulación sistemática de tales vínculos.

El análisis de las organizaciones vecinales que desarrollan estrategias de movilización social, desde un enfoque que integre simultáneamente el doble nivel de las relaciones sociales, constituye el objetivo central de nuestra investigación. Se fundamenta en un modelo de la racionalidad entendida como proceso vital; y parafraseando el lenguaje fenomenológico de Husserl, implica una «reducción personalista» de la teoría de la acción colectiva. Desde luego, no es la única manera de abordar nuestro problema de investigación, ni mucho menos es excluyente por principio de otras perspectivas que también han buscado enlazar la acción individual y la acción estructural, como tampoco lo es de numerosos aportes que podemos encontrar en diversas teorías de la acción colectiva. Considérese, más bien, una propuesta que busca relacionar diferentes tradiciones y quiere responder a problemas teóricos y de acción operativa que se han identificado como relevantes.

El trabajo se encuentra dividido en cinco capítulos. En el primero, titulado «Problemas conceptuales en la investigación de movimientos sociales», se analizarán los principales aportes y límites que hemos considerado como más relevantes en el estudio de los movimientos sociales y las acciones colectivas en general. El segundo y tercer capítulos, «El contexto vital de la participación I y II», son un esfuerzo para estudiar las propiedades interactivas que favorecen en los individuos la decisión para afiliarse a una acción colectiva, que condicionan su actuar reflexivo. Se analizan así las condiciones materiales, significados, roles y posiciones de poder que configuran el perfil del participante y lo distinguen del no participante.

En el cuarto capítulo, «La formación de la acción colectiva», estudiamos los mecanismos por los cuales convergen y se coordinan esas propiedades, desembocando en la constitución de una organización orientada a resolver necesidades de manera grupal. Es un proceso donde las actividades jugadas por los promotores de la organización, la dirigencia, tienen un papel fundamental y central. Finalmente, en el quinto capítulo, «Nuevas y viejas formas de participación comunitaria: un enfoque neopluralista», analizamos las relaciones que establecen las organizaciones vecinales investigadas con los otros grupos que también intervienen en el escenario social. Partimos de un planteamiento multidimensional de la estructura social que hemos llamado «enfoque neopluralista», el cual busca articular los diversos aportes de las teorías neocorporativistas, pluralistas liberales y de las movilizaciones sociales, en el marco de la construcción de una sociedad democrática.

## CAPITULO I

### PROBLEMAS CONCEPTUALES EN LA INVESTIGACION DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

La participación de los pobladores en acciones colectivas orientadas a resolver problemas en la calidad y nivel de su vida, es una constante en el panorama de la ciudad contemporánea. Son las organizaciones vecinales, y las encontramos en todos lados, desde Canadá hasta Chile, y desde América hasta los viejos continentes. Surgen y se desarrollan alrededor de la problemática de la vivienda y de su entorno inmediato, pero sus objetivos de acción no se reducen necesariamente a solucionar problemas cotidianos; también inciden frecuentemente en procesos globales de las sociedades en las cuales se encuentran inmersas. En México, Colombia, Argentina, Venezuela, Chile, Brasil, Perú y en otros países de América Latina, han sido un importante factor de democratización de la vida política, de moderación del poder de oligarquías y un vehículo de participación ciudadana. En Estados Unidos de Norteamérica han abierto brecha para la lucha contra la discriminación racial y la violencia<sup>1</sup>. En Inglaterra han contribuido de manera importante a la regulación del crecimiento urbano y regional. En España, son elementos de la reordenación del crecimiento de las ciudades y jugaron un papel muy importante en la transición democrática<sup>2</sup>. Y en estas sociedades, como en muchos países más, son factores para una convivencia humana más fraterna y autogestiva.

El estudio de estas «*organizaciones vecinales*», en especial las que se desarrollan dentro de la Ciudad de México, constituye el objetivo del presente trabajo. Pero no buscamos analizarlas indistintamente del tipo de acciones y programas socio-políticos que presentan. Nos interesa, sobre todo, aquéllas que colaboran al desarrollo de cambios estructurales como los mencionados anteriormente, en las esferas económica, política o cultural de la sociedad, y que implican el despliegue de «*acciones de movilización social*».

En efecto, circunscribiéndose al terreno de la vida cotidiana, las «*organizaciones vecinales*» que se desenvuelven en los barrios, colonias y unidades habitacionales que conforman a una metrópoli como la Ciudad de México, constituyen un valioso actor colectivo orientado a solucionar problemas fundamentales de los pobladores. En el Centro Histórico de la Ciudad de México observamos cómo contribuyeron a reestructurar un espacio destruido por un desastre natural, durante los terremotos de septiembre de 1985.

---

1. Harry A. Bailey Jr., "Negro interest group strategies", en revista *Urban Affairs Quarterly*, vol. IV, núm. 1, 1968, p. 27.

2. José Olives Puig, "La conflictualidad urbana", en *PAPERS, Revista de Sociología*, núm. 3, 1974, pp. 275-323; Alice Gail Bier, "'Vox Populi': el desarrollo de las asociaciones de vecinos en España", en *PAPERS: Revista de Sociología*, núm. 11, 1979, pp. 169-183.

En otras colonias, han transformado el territorio a través de la construcción colectiva de la infraestructura urbana básica, y han planteado programas para enfrentar los problemas colectivos de salud, nutrición y educación. En otros asentamientos, han constituido alternativas para la adquisición de vivienda, en un contexto de mercado ante el cual muchos no tienen acceso. En distintos hogares y familias<sup>3</sup> han permitido la dignificación de la mujer, al colocarse ella misma como base y centro de su constitución. En fin, en numerosas comunidades, las «*organizaciones vecinales*» surgidas a partir del trabajo de militantes relacionados con partidos o movimientos políticos, por la acción de simples vecinos preocupados por la solución de los problemas comunes, o por trabajos de promoción provenientes de la iglesia o parroquia locales, como son las comunidades eclesiales de base, aparecen como una alternativa significativa para la solución de necesidades y exigencias fundamentales que plantean numerosos grupos sociales.

Sin embargo, lo que aquí queremos estudiar centralmente, aunque no exclusivamente, son las «*organizaciones vecinales*» que también despliegan «*acciones de movilización social*». Y esto significa analizar sobre todo aquellas actividades colectivas de los pobladores que se orientan a la solución de problemas mediante la modificación de un sector institucionalizado o dominante de la sociedad global, sea éste de la estructura económica, o de los sistemas político y cultural. Por lo tanto, lo que permite conceptualizar los trabajos de una organización vecinal como «*acciones de movilización social*», es la relación que existe entre los importantes efectos que genera en la vida cotidiana de sus integrantes, y los cambios que se producen en la sociedad global en la cual se encuentran inmersa.

Desde esta perspectiva, nuestro contexto teórico para interpretar cuándo una organización vecinal despliega acciones de movilización social, es la problemática de la gestión del cambio social en la sociedad contemporánea, en específico en México, y nuestro interés final es estudiar la contribución de la participación comunitaria de los sectores populares urbanos a tal tarea. Pero nos interesa analizar esta problemática, de naturaleza eminentemente estructural, desde un enfoque particular: a partir de un modelo de la acción reflexiva de los individuos entendidos como «*personas*», esto es, como sujetos que intervienen en los procesos sociales desde una *racionalidad de tipo vital*<sup>4</sup>; una racionalidad condicionada por el conjunto de significados estratégicos, normativos y expresivos, recursos materiales, roles y posiciones de poder que caracterizan su entorno cotidiano y que les permite coordinarse con sus interlocutores.

Con este enfoque buscamos contestar preguntas como las siguientes, en relación a las organizaciones vecinales: ¿por qué pobladores que comparten un mismo contexto estructural de problemas sociales, reaccionan de manera tan diferente a los procesos de movilización social?, ¿cuáles son los componentes del acto reflexivo individual, de la

---

3. Sobre la diferencia y relación entre los conceptos de «hogar» y «familia», ver Capítulo II, pie de página núm. 4.

4. Wilhelm Dilthey, *Introducción a las ciencias del espíritu*, México, F.C.E., 1978, p. 6.

acción decisoria, que intervienen en el proceso y diferencian a participantes y no participantes?, ¿cómo se coordinan las voluntades individuales en una acción colectiva?, ¿cuáles es el papel del liderazgo y las estrategias que utiliza para generar la coordinación entre los participantes?, ¿cómo conceptualizar los alcances y límites de las acciones de cambio social que promueven las organizaciones vecinales que desarrollan acciones de movilización social?, ¿por qué las acciones de movilización social implican siempre elementos de conflicto e integración social?, ¿cuál es la relación entre una participación comunitaria con impactos de cambio social y las otras formas de participación comunitaria de los sectores populares urbanos?, etcétera.

Responder estas preguntas, y otras semejantes, será el objetivo del presente trabajo. Pero para lograrlo, necesitamos enfrentar críticamente el problema en dos niveles conceptuales: en relación a la teoría sociológica general y a los enfoques de la acción colectiva. Con el primer nivel conceptual, buscamos un análisis de las organizaciones vecinales desde una perspectiva que contemple simultáneamente la dinámica colectiva e individual involucradas. Cuestión que significará, para nosotros, proponer un diálogo entre la sociología de las estructuras sociales y la sociología de los micro-procesos sociales (interaccionismo simbólico, etnometodología, dramaturgia, etc.). En el nivel de las teorías de la acción colectiva, necesitamos un balance de los alcances y límites de algunas de las principales interpretaciones que se han formulado sobre movimientos sociales; entre las cuales destacan dos concepciones polares a las cuales habría que considerar críticamente y replantear en profundidad. Me refiero a las propuestas del individualismo metodológico, de influencia liberal radical, cuya expresión clásica es el trabajo de Mancur Olson "La Lógica de la Acción Colectiva"<sup>5</sup>, y las propuestas metodológicas que utilizan como eje de análisis la teoría marxista de la lucha de clases, y cuyo exponente más acabado es el análisis que hizo León Trotsky sobre la Revolución Rusa<sup>6</sup>.

Ambos paradigmas, con sus polares interpretaciones, expresan una conceptualización de la acción colectiva que descansa en una visión de la sociedad como articulación de intereses objetivamente definidos. En el primer caso, intereses de individuos "egocéntricamente orientados", que por procesos de cálculo y ponderación racional, entrarían en conflicto o coordinación con otros individuos en el terreno del mercado. En el segundo caso, se trata de intereses definidos colectivamente. De actores, sean clases o fracciones de clases, que son portadores de cometidos objetivos según la posición que ocupen en la propiedad y distribución de la riqueza social. Pero precisamente esto es lo que queremos poner en duda en el presente trabajo. Sin entrar en detalles ahora, ambas posiciones sobre la acción colectiva expresan límites para incluir entre sus conceptos fundamentales el de «persona», esto es, la existencia de individuos orientados por una racionalidad de tipo vital. Proponen, más bien, una interpretación analítica que descansa sobre un modelo homogéneo de los individuos: orientados instrumentalmente, que procederían secundariamente en el terreno expresivo y normativo.

---

5. Mancur Olson, *The logic of collective action*, New York, Schocken, 1968.

6. León Trotsky, *Historia de la revolución rusa*, vol. I-II, Madrid, Ed. Sarpe, 1985.

Se nos presenta así la necesidad de replantear los paradigmas de intereses, en sus dos versiones, relacionándolos con otras teorías de la acción colectiva que han buscado recuperar los otros componentes de orientación, no interpretables en términos clásicos de fines objetivamente definibles y ponderables. Son las teorías del comportamiento colectivo cuyo exponente clásico es Hebert Blumer<sup>7</sup>, que reivindica el papel fundamental de los elementos expresivos y emotivos. Como también las teorías de los "nuevos movimientos sociales o de las identidades colectivas", que privilegian los elementos valorativos de la acción colectiva.

Sin embargo, no se trata de realizar una suma de los tres enfoques que hemos mencionado. En realidad, la división tripartita de las teorías sobre la acción colectiva reproduce, en un grado muy notorio, la distinción weberiana entre acción racional de acuerdo con fines (individualismo metodológico y teoría de la lucha de clases), acción racional de acuerdo a valores (teorías de los nuevos movimientos sociales), y acción expresiva (teorías del comportamiento colectivo). Pero tal división es muy cuestionable, pues es la formulación que elaboró Max Weber para que, manteniendo las pretensiones de la filosofía de la ilustración, de una orientación instrumental autosostenida, neutra expresiva y normativamente, se diera cabida a los fenómenos sociales que no podían ser explicados por la racionalidad instrumental.

La solución se encuentra, a mi modo de ver, en una propuesta sociológica que articule sustantivamente las diversas formas de racionalidad y sus condicionamientos directos. Pero por «propuesta sociológica» no entenderemos aquí un cuadro de conceptos lógica y metodológicamente armados, a partir del cual se podría deducir apodícticamente los fenómenos singulares. La crítica de Merton a tal pretensión es irrecusable para nosotros<sup>8</sup>. Más bien, por propuesta sociológica nos referiremos a la definición hipotética de las condiciones fundamentales, básicas, que posibilitan la construcción y desarrollo de una acción colectiva.

A partir de esta propuesta, que la entendemos como un esfuerzo para relacionar diversas perspectivas teóricas de diferentes autores, procederemos al estudio de las organizaciones vecinales que realizan procesos de movilización social. Pero antes de desarrollar esta opción conceptual (Capítulos II al V), necesitamos exponer con más detalle los alcances y límites que consideramos existen en algunos de los principales enfoques que sobre movilizaciones sociales se han formulado. Enfoques que constituyen auténticos «programas de investigación», según la acertada definición que al respecto elaboró Imre

---

7. Hebert Blumer, "Collective behavior", en Robert E. Park (ed.), *An outline of the principles of sociology*, New York, Barnes & Noble Inc., 1943, (1a. Edición 1939).

8. "esta búsqueda de un sistema total de teoría sociológica, en que toda suerte de observaciones de cada aspecto de la conducta, organización y cambios sociales, encuentren desde luego su lugar prefijado, implica el mismo desafío jubiloso y la misma pequeña promesa que los grandes sistemas filosóficos totalizadores que han caído en merecido desuso". En Robert K. Merton, *Teoría y estructura sociales*, México, F.C.E., 1980, p. 62.

Lákatos<sup>9</sup>, pues cada uno de ellos, desde su perspectiva, plantea hipótesis fundamentales (núcleo básico) para definir la naturaleza de los problemas a estudiar y los procedimientos metodológicos para abordarlos.

En sus formulaciones originales, las tres perspectivas que presentaremos pueden ser claramente distinguidas, y reflejan una interpretación tricotómica de las relaciones sociales fuertemente permeada por el discurso filosófico de la ilustración, de la primera modernidad. Discurso, según el cual, existe un campo de la actividad humana que puede ser interpretable con categorías objetivistas, cosificantes e instrumentales, y que procede de manera autónoma con respecto a los componentes normativos y expresivos. Enfoque desarrollado de forma sistemática por Emmanuel Kant<sup>10</sup>, y que ha estado presente de manera destacada en la sociología clásica, pero que tiende a ser difuminado por las propuestas más recientes provenientes de nuevos expositores. Estamos asistiendo, así, a la construcción de un enfoque multidimensional, que en sustancia implica tomar en su complejidad vital al sujeto individual, a la persona, y entender los procesos de integración y cambio social superando los análisis unidimensionales.

La exposición que a continuación haremos sobre algunas de las principales teorías sobre movimientos sociales, y la presentación de ciertos alcances y límites que hemos identificado, se hará dentro de este esfuerzo colectivo que busca un diálogo sustantivo entre diferentes enfoques conceptuales. Pero antes de realizar esta tarea, es necesario aclarar el uso práctico que haremos de las palabras «persona», «individuo» y «sujeto individual». Por motivos de vinculación histórica de distintas tradiciones teóricas, así como de claridad y facilidad en la exposición, las dos últimas palabras las emplearemos como equivalentes a la primera, sin dejar de reconocer las igualmente numerosas y diferentes tradiciones conceptuales a que nos remiten. Mencionemos lo siguiente a manera de ejemplos extremadamente someros<sup>11</sup>. El concepto de «persona» es, desde mi perspectiva, el más complejo y amplio, y en distintos aspectos presupone frecuentemente a los dos restantes. Tiene diversos asientos filosóficos. El fundamental, para nuestro trabajo, es la filosofía existencialista contemporánea, en especial la obra de pensadores como Martín Heidegger<sup>12</sup>, Emmanuel Mounier<sup>13</sup> y Gabriel Marcel<sup>14</sup>, y otros que dialogan directamente con su problemática, como es el caso del psicoanálisis humanista de Erich

9. Imre Lákatos, "La falsación y la metodología de los programa de investigación científica", en I. Lákatos y A. Musgrave (eds.), *La crítica y el desarrollo del conocimiento*, México, Grijalvo, 1975.

10. Emmanuel Kant, *Crítica de la razón pura*, capítulo sobre la "Dialéctica Trascendental", México, Porrúa, 1970.

11. Exposiciones extensas sobre el origen conceptual y las diversas interpretaciones del concepto de «persona» lo podemos encontrar en autores como los siguientes: Joseph de Finance, *Conocimiento del ser*, Madrid, Ed. Gredos, 1974; Jean Lacroix, *Marxismo, existencialismo y personalismo*, Barcelona, Fontanella, 1969.

12. Cfr. *El ser y el tiempo*, México, F.C.E., 1986, en especial la Segunda Sección: "El ser ahí y la temporalidad", pp. 253 ss.

13. Cfr. *Obras Completas*, IV Volúmenes, Salamanca, Ed. Sígueme, 1990, en especial "Manifiesto al servicio del personalismo", Vol. I, pp. 579-754, y "El personalismo", Vol. III, pp. 451-549.

14. Cfr. *Aproximación al misterio del ser*, Madrid, Ediciones Encuentros, 1987.

Fromm<sup>15</sup>. Se trata, en términos generales, de un esfuerzo para integrar fenomenológicamente en la reflexión sobre el ser humano, sus capacidades y necesidades de intercomunicación, los límites y exigencias de su existencia corporal, la grandeza y problemática de sus cualidades intelectuales, y los desafíos morales y éticos que derivan de su libertad; en síntesis, nos remite a un enfoque multidimensional y complejo de su existencia individual y social.

Pero el concepto de «persona» también tiene antecedentes mucho más antiguos. De hecho, el término es transcripción literal del latino «persona», equivalente al griego «*prósopon*», que etimológicamente significaba el actor que utilizaba máscara en las comedias. Sin embargo, posteriormente fue apropiado por los filósofos. Boecio (485-525 d.c.) formuló así su famosa definición: "persona es una sustancia individual de naturaleza intelectual"<sup>16</sup>; y posteriormente tuvo un desarrollo amplio en el pensamiento de la alta y baja escolástica, donde se ligó a la búsqueda de los sustratos ontológicos de la dignidad del ser humano. Una tradición que se puede considerar, en diversos niveles, como complementaria del enfoque fenomenológico del existencialismo.

El concepto «individuo», por su parte, es de carácter más reducido y tiene relaciones históricas con el de «persona». Unde sus raíces igualmente en la antigüedad clásica (por ejemplo, en la filosofía aristotélica es considerado un atributo trascendental del «ser» junto con la bondad y la verdad, e implica la diferenciación ontológica de todo ente, sea humano o no); pero también hay numerosas fuentes posteriores, novedosas y diferentes entre sí, como las ligadas al pensamiento de la ilustración, donde es una categoría central en su discurso de emancipación e igualdad (en la obra de Juan Jacobo Rousseau, el «individuo» se presenta como contrapuesto a los efectos coercitivos de las entidades sociales). Finalmente, el concepto de «sujeto individual» es también más restringido si lo comparamos con el de «persona», y tiene igualmente raíces en la filosofía antigua y medieval. Se refiere en gran medida al *núcleo intelectual* de la persona, que soporta su existencia reflexiva y su actuar voluntario en el mundo y en la sociedad<sup>17</sup>.

---

15. Cfr. *Ética y psicoanálisis*, México, F.C.E., 1986, y *¿Tener o ser?*, México, F.C.E., 1987

16. Clemente Fernández, *Los filósofos medievales. Selección de textos*, Tomo I, Madrid, B.A.C., 1979, párrafo núm. 920.

17. En el caso de la obra de Alain Touraine, como en otros autores, el concepto de «sujeto» no tiene desde luego esa dimensión específicamente individual. Se refiere más bien al «sujeto social», a la presencia de determinados grupos humanos, por ejemplo, los movimientos sociales, que tienen capacidad de intervenir activamente en la construcción y reproducción de los procesos históricos. Sin embargo, considero que la consistencia teórica del concepto «sujeto social o colectivo», y su posibilidad empírica, descansa finalmente en la idea de «sujetos individuales», en la medida en que estos constituyen sus sustento y fundamento. Sobre el concepto en particular, Cfr. Françoise Dubet, "De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto", revista *Estudios Sociológicos*, vol. VII, núm. 21, 1989, pp. 519-545.

## 1. TEORIAS DE LOS INTERESES.

El primer conjunto de interpretaciones: las teorías de los intereses, enfatizan el papel que juega en la formación y desarrollo de las acciones colectivas, y en concreto en las movilizaciones sociales, la definición estratégica de problemas sociales y la oferta de recursos para su solución. Tiene dos variantes importantes y claramente contrapuestas, que de hecho han dominado el panorama de la investigación durante los últimos años: la propuesta marxista de «las clases sociales», como eje central de análisis, y la propuesta del individualismo metodológico, de influencia liberal radical. En ambos casos se trata de actores, colectivos o individuales, que entrarían en procesos de movilización por el efecto de situaciones sociales problemáticas y búsqueda de soluciones que pueden ser definidas en términos objetivos y formalmente ponderables, esto es, en la medida en que son interpretables como intereses estratégicos.

### 1.1 Individuo, mercado y acción colectiva.

Para el individualismo metodológico, cuyo exponente contemporáneo más acabado es la propuesta de Mancur Olson sobre "La Lógica de la Acción Colectiva", y que es uno de los puntos de partida de una escuela muy importante de investigación conocida como «teoría de la movilización de recursos» (McCarthy<sup>18</sup>, Jenkins<sup>19</sup>, Tarrow<sup>20</sup>), los intereses son atributos del individuo racional, en cuanto sujeto que actúa autónomamente en el mercado y se guía prioritariamente por la búsqueda calculada y ponderada del propio beneficio. Parte así del modelo del «hombre económico», que se asocia contractualmente para la consecución de fines prioritariamente particulares.

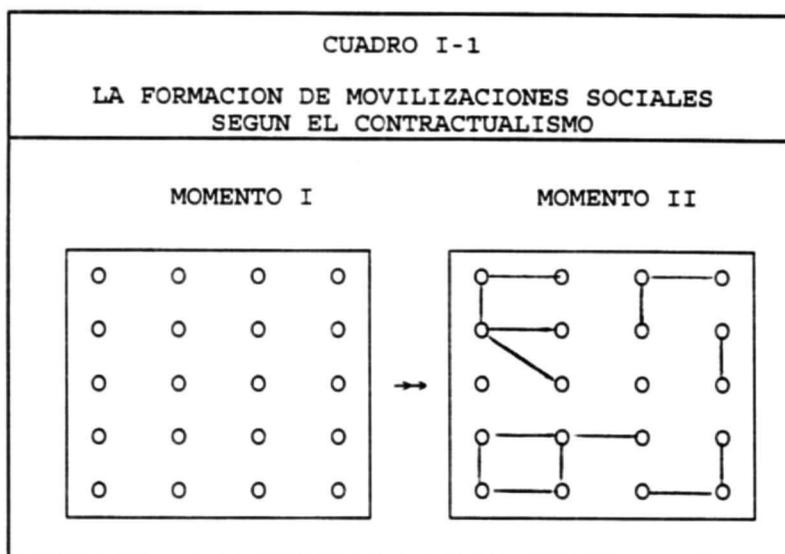
Esta propuesta teórica ha concentrado sus esfuerzos analíticos en resolver un problema fundamental: ¿por qué sujetos que proceden autónomamente en el mercado, y que actúan racionalmente y con una orientación egocéntrica para la búsqueda del propio beneficio, deciden asociarse y establecer agrupaciones colectivas?. Es el problema, añejo del liberalismo, de la fundamentación de los contratos sociales, que expresado en términos dinámicos, implica la explicación del tránsito entre un primer momento caracterizado por individuos situados atomísticamente en la sociedad, por simple mediación del mercado, y un segundo momento definido por el establecimiento de lazos asociativos de interdependencia (Ver Cuadro I-1).

---

18. Joseph McCarthy y M.N. Zald, "Resource mobilization theory and the study of social movements", en revista *American Journal of Sociology*, núm. 82, 1977.

19. J. Craig Jenkins, "Resource mobilization theory and the study of social movements", en revista *Annual Review of Sociology*, núm. 9, 1983.

20. Sidney Tarrow, "National politics and collective action", en revista *Annual Review of Sociology*, vol. 14, 1988, pp. 421-440.



La explicación del tránsito del primer momento al segundo es, en consecuencia, un problema esencialmente agregativo<sup>21</sup>: *de convergencia de entidades previamente atomizadas*. En una de las formulaciones iniciales, en específico de Mancur Olson, la interpretación se basaba en una racionalidad estrechamente egoísta. Presentó así una respuesta que distinguía entre dos tipos de grupos: los de carácter pequeño y los de gran tamaño. En el primero, las posibilidades de participación están determinadas por la capacidad del sujeto para ponderar los costos y beneficios que resultarían de su aportación directa a la persecución del bien colectivo. En esta situación, el individuo racional egocéntricamente orientado participaría, e incluso absorbería la mayor parte de los costos resultantes de la acción colectiva, siempre y cuando fueran menores al beneficio final. En el caso de grupos grandes, en cambio, donde el cálculo del aporte de la acción individual no se puede efectuar, por la poca significación que implica en el total colectivo, la única manera de promover la participación descansaría en la existencia de incentivos especiales, ajenos a la naturaleza del mismo bien colectivo (por ejemplo, monetarios, de poder y prestigio, etc.), o bien, en la implantación de prácticas coercitivas que obligasen a la colaboración.

Esta interpretación, bajo el supuesto de una racionalidad estrechamente egoísta, cuestiona la capacidad del «bien colectivo» para movilizar a las voluntades individuales por su mismo valor intrínseco. Aquí, o el sujeto lo persigue porque le «sirve» fundamentalmente como instrumento para la consecución del bien personal, o necesita apelarse a fuerzas coercitivas, o bien, se requieren valores diferentes, heterónomos, a los definidos públicamente como razón de la asociación de los individuos. Y las consecuencias de tal

21. Tal es la definición que sobre estas teorías presenta Charles Tilly en "Models and realities of popular collective action", en revista *Social Research*, vol. 52, núm. 4, 1985. En el presente trabajo hemos tomado su propuesta de esquematizar gráficamente las distintas teorías existentes.

explicación de la conformación de los movimientos sociales son abrumadoras. En la perspectiva de la historia del pensamiento filosófico, se contraponen a las numerosas teorías clásicas y modernas que han apelado a la existencia de fines colectivos que agruparían a los individuos y los motivarían para prestarse ayudas mutuas. Y aquí entrarían desde las teorías del estado de Platón y Aristóteles, pasando por las de San Agustín y Santo Tomás, hasta las posiciones del idealismo moderno, especialmente de Hegel.

En el terreno del pensamiento sociológico, la interpretación es acorde con las propuestas que han perseguido analizar el advenimiento de la sociedad moderna, industrial, a partir de la contraposición de dos estructuras históricas de coordinación entre los individuos: una primera o comunitaria, históricamente tradicional, donde los individuos se relacionarían mediante el sostenimiento de valores y sentimiento comunes; y una segunda forma asociativa, temporalmente posterior, donde los individuos se relacionarían únicamente en calidad de portadores de recursos ponderables y cuantificables: los intereses. Sin embargo, esta propuesta que converge con los esfuerzos para tratar desde la teoría de juegos las situaciones de conflicto social<sup>22</sup>, ha sido matizada paulatinamente, al reconocer la existencia de otros incentivos de colaboración en los sujetos racionales. Por una parte, se ha cuestionado la concepción homogénea que se tenía de ellos, al suponer que todos calculaban de la misma manera los costos y beneficios implicados. Más bien, se ha reconocido la existencia de asimetrías de valoración (Hardin<sup>23</sup>), que posibilitan en situaciones donde existen grupos grandes, que los sujetos colaboren ya sea por la alta valoración que tienen del bien a conseguir, o la percepción minimizada que tienen de los costos generados. Por otra parte, se ha reconocido la existencia de incentivos de carácter estrictamente contractual, esto es, que derivarían de la misma estructura de asociación que establecen los individuos. Sería el caso de la posibilidad de participación siempre y cuando se regulara la colaboración bajo normas que fueran consideradas como justas por todos: retribuciones proporcionales a las aportaciones desiguales (Hardin, Rawls<sup>24</sup>, Buchanan y Tullock<sup>25</sup>).

Este enfoque individualista dentro del programa de «teorías de los intereses», en especial en sus interpretaciones más elaboradas, ha permitido la explicación de fenómenos fundamentales que se presentan dentro de las movilizaciones sociales. Destacaremos tres aspectos: da cuenta de la existencia de individuos que buscan beneficiarse del trabajo y responsabilidad desarrollados por algunos participantes, sin contribuir de manera significativa al logro de las metas colectivas. Conocidos como «free riders», gorriones u oportunistas, constituyen un importante sector de los miembros que conforman a los movimientos sociales. Indudablemente, se trata de sujetos definibles como racional y egocéntricamente orientados. El enfoque también contribuye a explicar el rasgo fuertemente

---

22. Anatol Rapoport, *Fights, games, and debates*, Michigan, Ann Arbor: The University of Michigan Press, 1960.

23. Russell Hardin, *Collective action*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1982, pp. 67-89.

24. J. Rawls, *Teoría de la justicia*, México, F.C.E., 1988.

25. J. Buchanan y G. Tullock, *The calculus of consent*, University of Michigan Press, 1962.

coyuntural que se presenta en la mayoría de los movimientos. Considerando el carácter marcadamente instrumental que establecen numerosos participantes con sus organizaciones, se comprende por qué una vez conseguido el bien colectivo, ya sea para la totalidad del grupo o para algunos de ellos, los socios tienden a replegarse y abandonar la membresía. Finalmente, el enfoque aporta elementos importantes para entender la distinta respuesta que presentan ante los problemas sociales, los individuos que comparten un semejante contexto sociológico. En gran medida depende de la ponderación que realizan de los objetivos y de los gastos implicados en su consecución.

Sin embargo, pese a estos aportes importantes provenientes del individualismo metodológico, el modelo del «hombre económico», de individuos racionales contextualmente aislados y sin más vínculo que el mercado, es muy cuestionable. En realidad, tal individuo no existe. La racionalidad del individuo para actuar en el mercado presupone una construcción colectiva previa que la posibilite, y esta es la existencia de determinadas normas y valores compartidos. Por lo tanto, pese a la preocupación de sus exponentes de entender contractualmente la emergencia de los movimientos sociales, considero que no es posible descomponer la trama de la sociedad en un conjunto previo de actores atomísticamente situados. La emergencia del actor racional que interacciona en el mercado, presupone ante todo una serie de referencias comunes que posibilitan el ejercicio de cálculos ponderativos de los costos y beneficios implicados en las acciones.

En efecto, si consideramos que el individuo estratégicamente orientado existe en la medida en que somete sus decisiones al imperio del cálculo, para que estas decisiones permitan la existencia de actividades de interacción social se necesita que estén fundadas sobre enunciados de probabilidad de largo plazo, de expectativas de un comportamiento finalmente semejante entre los individuos<sup>26</sup>. Cuestión que significa, en el terreno social, que la posibilidad de que un individuo X actúe de manera regularmente racional depende de que sus interlocutores: Y, Z... N, actúen también bajo semejantes modelos normativos y valorativos en el transcurso del tiempo.

Tomemos como ejemplo una situación de mercado, donde concurren dos individuos para maximizar sus beneficios y minimizar sus costos. La intervención del primer actor será regularmente racional en la medida en que puede prever el comportamiento de su interlocutor; y esto puede realizarse si los dos actores tienden a reaccionar de manera semejante en la interacción. Si alguno de los participantes interviniera con la posibilidad expresa de reaccionar mediante una conducta no prevista, del tipo que fuera, no sería posible establecer cálculos racionales en la vida cotidiana de costos y beneficios de manera constante, por la imposibilidad de formular enunciados de probabilidad de largo plazo. Además, como en los casos históricos las interacciones son numerosas y progresivas, y efectivamente sí existen esas conductas «sorpresivas», «no previstas», el cálculo de los sujetos racionales se basa en última instancia no en el corto plazo, sino en la expectativa

---

26. Hilary Putnam, "Racionalidad en la teoría de la decisión y en la ética", en León Olivé, *Racionalidad*, México, Siglo XXI Ed., 1988, pp. 46-57.

de que finalmente, en el largo plazo, se impondrá la probabilidad sopesada, esto es, la semejanza valorativa y normativa de los sujetos intervinientes. Desde luego, existen actividades sociales que se basan en cálculos para un solo movimiento del actor, y no necesitan para nada la comunidad normativa de los participantes. Además, existen modelos matemáticos especialmente desarrollados para manejar «lo imprevisto», «lo caótico» (teorías de las catástrofes). Pero tales comportamientos y modelos no pueden generar instituciones, sistemas regulares de interacción social, porque implicarían para los interlocutores fundar sus actividades en lo imprevisible, en lo fortuito.

Ahora bien, si la existencia de enunciados de probabilidad de largo plazo nos lleva a sostener la primacía temporal de los sistemas sociales, la presencia de formas de coordinación más o menos estables entre los individuos para que desarrollen sus acciones racionales, ¿no implicaría aceptar finalmente las ideas holísticas de la teoría sociológica y, por lo tanto, mostrar como secundaria la existencia de individuos racionales?, ¿no es más importante centrarse en los presupuestos colectivos de las movilizaciones sociales, en el análisis de las estructuras sociales, porque finalmente determinarán los parámetros fundamentales de respuesta del individuo racional?. Tal pareciera que así ha procedido la contraparte marxista de las teorías de los intereses, en su intención de interpretar las movilizaciones sociales. Su presentación más exhaustiva ha sido el estudio que sobre la Revolución Rusa realizó León Trotski<sup>27</sup>, y en autores como Ralph Dahrendorf<sup>28</sup> encontramos un importante ejercicio de revisión.

## 1.2 Clases sociales y sistemas de dominación.

A diferencia del enfoque individualista, en la propuesta marxista encontramos un primer momento, previo a la formación de los movimientos, caracterizado por la agrupación de los individuos en estructuras relacionales muy definidas: las clases sociales, las cuales están marcadas por peculiares problemas y contradicciones sociales. Y encontramos un segundo momento, el movimiento social, en el cuál la colectividad toma conciencia de su situación y resuelve su problemática contextualmente definida (Ver Cuadro I-2). Se trataría de un problema básico de explicitación y reconocimiento de cometidos objetiva y colectivamente definidos: los intereses de clase.

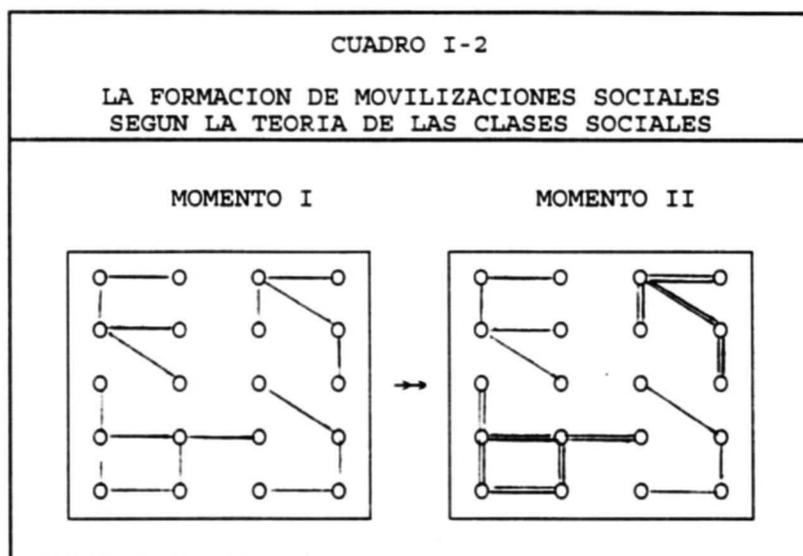
La interpretación del tránsito del primer momento al segundo fue una de las intenciones centrales del trabajo teórico de Carlos Marx, para lo cual se sustentó en su teoría de la primacía del modo de producción en la generación de los procesos de cambio y transformación sociales. Y si bien se enfocó al estudio de las expresiones más radicales de esos cambios: las revoluciones, sus herramientas teóricas constituyen un programa importante y específico para la investigación de los movimientos sociales. Antagónico a la propuesta del individualismo metodológico, pero en consonancia con la interpretación

---

27. León Trotski, *Historia de la revolución rusa*, op. cit.

28. Ralph Dahrendorf, *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*, Madrid, Ed. Rialp, 1979.

de la sociedad como una estructura donde los actores son motivados por intereses, por objetivos racional y calculadoramente interpretables.



León Trotski desarrolló de una manera exhaustiva la propuesta marxiana del modo de producción y de la estructura de clases, como los ejes para el estudio de la estructuración y cambio sociales. A nuestro modo de ver, es una de las concepciones más acabadas, desde la perspectiva holística, que al respecto se han realizado<sup>29</sup>. Para estudiar los procesos de movilización social, se concentró en siete aspectos básicos. Destacan, como los más importantes, tanto la identificación de la estructura de clases existente y sus procesos de conformación a partir del estado de desarrollo de las fuerzas productivas, como el análisis de los cambios que irrumpen en esa estructura a partir de las modificaciones operadas en las formas de propiedad, en los métodos de producción y en la distribución de la riqueza social. Aspectos en los cuales se necesita detectar los puntos novedosos de conflicto que irrumpen entre los distintos actores involucrados, clases y facciones de clase, y que no existían o estaban ocultos, latentes, en momentos históricos anteriores. En tercer lugar, se trata de indagar los métodos que tradicionalmente había utilizado el Estado para intervenir en la configuración de las relaciones interclasistas, en su reproducción, y en consecuencia en el amortiguamiento de los conflictos entre las clases sociales. Se necesita así una consideración de los esquemas administrativos, jurídicos e ideológicos que ha empleado de manera dominante para ejercer el poder.

29. Nuestro punto de vista coincide con la evaluación que sobre la aportación de León Trotski formuló Francesco Alberoni en "Sociología del comportamiento colectivo", en F. Alberoni (Coord.), *Cuestiones de sociología*, Barcelona, Ed. Herder, 1970, pp. 687-693.

El cuarto aspecto que propone Trotski para el estudio de las movilizaciones sociales, descansa en la identificación de las acciones que desarrollan las clases hegemónicas, por mediación del Estado, para enfrentar los nuevos conflictos que se van presentando. Son respuestas marcadas fuertemente por su carácter errático, meramente reactivo, y que apelando a esquemas tradicionales del ejercicio político y administrativo, generalmente resultan en una amplificación de los conflictos. Posteriormente, el análisis debe identificar las contradicciones que se producen a lo interno de las clases dominantes, como consecuencia de su distinto tratamiento de las nuevas situaciones conflictivas. Se percibe como un auténtico resquebrajamiento de los acuerdos y pactos de poder que tradicionalmente los había interrelacionado. Más aún, es necesario indagar el enfrentamiento que se produce entre las antiguas clases dominantes, sustentadas en pretéritas formas de producción, y las nuevas clases propietarias que emergen de las transformaciones económicas.

En este contexto, se presenta el aspecto crucial del trabajo de grupos de militantes que, percibiendo la naturaleza de los conflictos que atraviesan a la sociedad, a su estructura de clases, despliegan una estrategia de difusión entre los sectores dominados, una estrategia argumentativa sobre la necesidad de una transformación radical de las condiciones que determinan su marginación y explotación. Es el proceso estricto de organización del movimiento social, y en el caso de Trotski, de la revolución económico-política. Respuesta colectiva, que en ciertas circunstancias, se ve favorecida por la presencia de eventos extraordinarios que profundizan la gravedad de los conflictos y los motivos para su solución radical. Como es el caso de situaciones de guerra, sequías y hambrunas generalizadas, etcétera.

Desde este programa de investigación, el fundamento de la conformación de un proceso de cambio social, sea un movimiento social o una revolución, es la existencia de «*cometidos colectiva y objetivamente definidos*». Por una parte, porque la participación de los individuos está determinada, en última instancia, por su situación en la división social del trabajo y su posición en la estructura de clases, en la distribución del poder. No depende así de preferencias subjetivas, ni de cálculos que el individuo formularía en cuanto sujeto autónomo dentro del mercado. Son más bien exigencias que se evidencian en el pensamiento, se concientizan, porque derivan de la participación en un agrupamiento colectivo existente con anterioridad a los movimientos: las clases sociales. Por otra parte, esos cometidos son definibles como atributos objetivos de las colectividades. Al derivarse de la posición que tienen los grupos sociales en la producción de la riqueza social, y de la apropiación de los correspondientes productos, son aptos para identificarse de manera objetiva y ser materia de cálculos racionales. Presenta así todos los rasgos de una práctica social interpretable estratégicamente, y por lo tanto ponderable como interés.

Este programa de investigación que propone la perspectiva marxista tiene aportes muy importantes para el estudio de las movilizaciones sociales. En primer lugar, llama la atención sobre la existencia de importantes estructuras de desigualdad en la distribución de los recursos sociales, que condicionan drásticamente las capacidades de acción

racional de los individuos. No existe, por lo tanto, un «homogéneo individuo racional» con iguales posibilidades de acción, como planteaba la perspectiva liberal radical de Olson, y que posteriormente fue criticada por la teoría de la movilización de recursos. Pero tampoco existen individuos donde las únicas diferencias sociales serían los distintos cálculos que podrían realizar en materia de costos y beneficios, y las desiguales capacidades subjetivas que tienen para actuar racionalmente.

En segundo lugar, la propuesta marxista entra en convergencia con una de las inquietudes centrales que constituyeron a la sociología como ciencia social autónoma: la preocupación por estudiar los problemas particulares de la organización humana pero en conexión con las estructuras generales de funcionamiento económico, político y cultural de la sociedad<sup>30</sup>. Plantea así el estudio de los movimientos sociales no como meros espacios de aglutinación de individuos, o simples medios colectivos para mejorar las condiciones de vida de sus integrantes e intermediar intereses. Sin descuidar lo anterior, abre la perspectiva de su tratamiento en conexión con las estructuras de funcionamiento global de la sociedad. Se pregunta por el papel de los movimientos y de sus integrantes en el contexto de la formación social, y por su vinculación y posición ante la institución más amplia de la sociedad: el estado. Desemboca, entonces, en una recuperación de los problemas relativos al poder político y económico, a su producción, ejercicio, reproducción y modificación. Finalmente, la propuesta holística transparenta los motivos de muchas reacciones que despliegan numerosas instituciones públicas y privadas hacia las movilizaciones sociales. Al sostener la idea de intereses de clases, nos permite conocer la naturaleza de las frecuentes acciones de represión y contención a que se ven sometidos: pueden percibirse en ciertas circunstancias como un peligro importante a los sistemas establecidos de distribución de los beneficios económicos y culturales generados por la sociedad.

Sin embargo, considero que esta argumentación, que lleva al extremo la idea de sistema, es igualmente problemática como su contraparte: las teorías que reivindican la primacía del individuo racional aislado, porque la experiencia histórica de numerosos actores colectivos que de una u otra manera han estado involucrados en el despliegue de acciones de cambio social, ha sido sacudida siempre por el problema fundamental de la distinta respuesta que generan, en materia de movilización y reivindicaciones, los individuos que comparten un común contexto material. Vemos en un lugar u otro, grupos de trabajadores que dentro de una empresa o de una misma rama industrial, reaccionan de maneras diferentes y hasta antagónicas al espectro de posibilidades de organización sindical y política. No es posible identificar, en ninguna parte, un proceso homogéneo de aglutinación que derivase en última instancia de las semejantes situaciones y posiciones socio-económicas, situaciones de clase. Nos encontramos, entonces, ante el desafío planteado por el individualismo metodológico a las teorías holísticas, en la medida en que éstas se muestran incapaces de explicar las desiguales respuestas de los sujetos particulares contextualmente enlazados.

---

30. Jürgen Habermas, *Teoría de la acción comunicativa*, vol. I, Madrid, Ed. Taurus, 1977, pp. 20-21, y C. Wright Mills, *La imaginación sociológica*, Habana, Ed. Revolucionaria, 1969, pp. 69-81.

El marxismo ha buscado dar respuesta a este problema de investigación mediante su teoría de las superestructuras, de las construcciones ideológicas que intervendrían como amortiguamiento de los problemas existentes en el sustrato económico de la sociedad, o bien, como ámbito donde se toma conciencia de los problemas y se pueden generar transformaciones. Y la obra de Antonio Gramsci, entre otras, puede considerarse como uno de los esfuerzos más importantes al respecto. Se habla así de una distinción entre las condiciones objetivas: los intereses en conflicto, y las condiciones subjetivas que pueden o no favorecen la transformación de las primeras, o bien, del desarrollo de un movimiento colectivo orientado al cambio social a partir de la construcción de una nueva voluntad colectiva, de una hegemonía política<sup>31</sup>. Sin embargo, aún con estas propuestas, el concepto de superestructura en el marxismo suele ser un atributo estrictamente colectivo, inclusive en la obra de Gramsci: es la ideología de una o varias fracciones de clase; en consecuencia, no explica la desigualdad de respuestas de los individuos que actúan dentro de un mismo contexto vital: una fábrica, una colonia o cualquier otro espacio social.

Otra limitación importante es la siguiente: la propuesta marxista clásica parte de una concepción de la vida social que no recupera su complejidad contemporánea. Presuponen que puede ser interpretable bajo un solo esquema fundamental de estructuración y aglutinación: el sistema de clases, a partir del cual todos los demás espacios y alternativas de vida social girarían (las familias, las instituciones culturales, los procesos de integración nacional, etc.). Para ellos, la sociedad finalmente tiene una muy clara ordenación funcional, porque cada elemento tiene la capacidad de ser articulado en un lugar y posición muy definida, y conocer a partir de ello sus aportes al conjunto, sean de carácter conflictivo o integrativo. Sin embargo, tal perspectiva es en extremo simplificadora, y Henri Lefebvre lo constataba ya como una de las limitaciones centrales del materialismo histórico. Para él, Marx se centró en elaborar "sobre todo la teoría de la producción, afirmando la primacía y el carácter determinante de las relaciones de producción y de propiedad", pero "Dejó a un lado un conjunto de fenómenos relativos a las necesidades, la demanda y el imperativo social, el consumo y su organización (que van) tomando una importancia creciente"<sup>32</sup>.

Pero ha sido Ralph Dahrendorf quien en una posición de revisión profunda, ha replanteado sustancialmente el programa holístico de la teoría de los intereses<sup>33</sup>. Sin abandonarlo, y por lo tanto, reconociendo la existencia de cometidos sociales que brotarían de los espacios de aglutinación colectiva de los individuos, propone, a diferencia de las propuestas marxista clásica, que la vida social de los sujetos se encuentra actualmente dividida en multitud de ámbitos relacionados pero relativamente autónomos. Los procesos de movilización social aparecen así determinados no únicamente por la estructu-

---

31. Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel: notas sobre maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno*, México, Juan Pablo Editor, 1975, pp. 25-123.

32. Henri Lefebvre, *De lo rural a lo urbano*, Barcelona, Ed. Península, 1973, p.9.

33. Ralph Dahrendorf, *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*, op. cit.

ra de clases, la cuál es solo uno de los espacios posibles, sino también por las características y dinámicas propias de otros espacios como son los condicionados por la lógica de la industrialización del consumo, la urbanización, la expansión de los medios de comunicación, etcétera.

Tenemos así una teoría de las movilizaciones que permite explicar, sistémicamente, el incumplimiento de la esperanza marxiana de la generación y desarrollo de un gran actor colectivo, orgánico, orientado a la transformación de las condiciones de vida de los sectores subalternos, de revolucionar las situaciones de explotación y opresión de la clase trabajadora. Más bien, los individuos ven ahora dividida su vida social en multitud de interlocutores y sistemas de acción: la colonia, la fábrica, la escuela, los medios de comunicación, etc., que pulveriza institucionalmente los problemas sociales, y tiene la capacidad de contrapesarlos mutuamente, generando una especie de efecto de amortiguamiento de los conflictos y de multiplicación de las alternativas de solución.

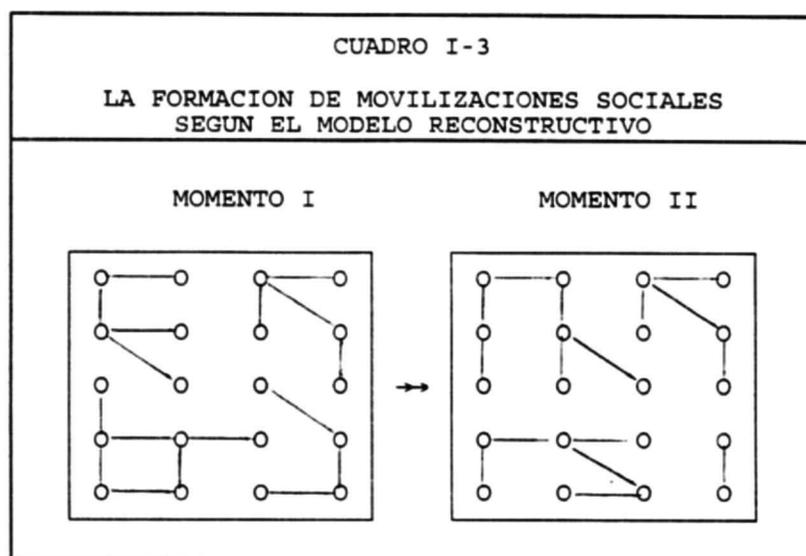
Pero los importantes aportes de Dahrendorf no se escapan tampoco a los cuestionamientos incisivos planteados por su contraparte teórica y metodológica: las teorías contractualistas. Es incapaz de dar cuenta de las desiguales respuestas que generan en materia de movilización los individuos que comparten un común contexto de vida. No podemos aceptar por lo tanto, como lo hizo Marx, la existencia de macroactores que someterían a los individuos invariablemente al imperio de sus leyes, de sus exigencias colectivas. Límites de la perspectiva colectivista, contra los cuáles se ha desarrollado un amplio espectro de las ciencias sociales preocupadas por el estudio de la vida cotidiana.

En el campo de estudio de los movimientos sociales, la solución a los problemas que nos presentan las teorías colectivistas se ha buscado mediante un intento programático, incipiente pero muy prometedor, consistente en sintetizar sus aportaciones con las propuestas por las teorías individualistas. Son trabajos elaborados por autores como Charles Tilly<sup>34</sup> y Anthony Oberschall<sup>35</sup>, considerados a veces como representantes del mencionado programa de la "movilización de recursos". El segundo autor, por ejemplo, ha construido un modelo del surgimiento de los movimientos sociales donde los antecedentes de toda organización se encuentran en lazos institucionales, comunitarios o asociativos, previamente establecidos (como son tradiciones étnicas y religiosas en el primer caso, o laborales en el segundo), y que existen con antelación a la emergencia de las luchas reivindicativas o revolucionarias. La aportación de éstas consiste, más bien, en redefinir y reconstruir su base sociológica previa. Ideas que podemos expresar gráficamente mediante un primer momento donde habría una específica red de lazos comunitarios o asociativos entre los individuos, y un segundo momento identificado con la emergencia de los movimientos sociales o revolucionarios, donde dicha red se vería transformada por un expreso procedimiento de «reconstrucción» (Ver Cuadro I-3).

---

34. Charles Tilly, "Models and realities of popular collective action", en revista *Social Research*, vol. 52, núm. 4, 1985.

35. Anthony Oberschall, *Social conflict and social movements*, New Jersey, Prentice-Hall, Inc., 1973.



En esta perspectiva, se abre la posibilidad de recuperar las capacidades decisorias de los individuos, sin verlos como entes aislados y atomizados en el mercado. Más bien, los sujetos pueden determinar racionalmente su inclusión en un proceso de movilización colectiva, pero bajo el transfondo de su participación previa en un sistema muy definido de coordinación e integración social. Tampoco se sostiene la existencia de «categorías trascendentales» de acción, como sería el reconocimiento de intereses de «clase en sí», o de cometidos históricos necesariamente determinados, sino la existencia de una flexible y variable red de relaciones sociales que delimitan a los individuos, pero que les abren posibilidades de elección y afiliación.

¿Pero cuáles serían los mecanismos específicos que llevarían dentro de esta perspectiva a la formación de un movimiento social?. Considerando que estamos en el marco de las teorías de los intereses, ¿bastaría con elaborar una propuesta de correlación entre los intereses de carácter privado y los de carácter colectivo?. Sin duda alguna, el estudio de los movimientos sociales tiene que basarse, en gran medida, en ese análisis. Debe indagar las prácticas por medio de las cuales los beneficios económicos y culturales de una sociedad se distribuyen desigualmente entre sus grupos e individuos integrantes, y atentan contra las expectativas de vida de algunos sectores e inclusive de la mayoría de la población. Sin embargo ¿tales situaciones son analizables únicamente como cuestión de intereses, de ponderaciones racionales que establecen los individuos entre las situaciones sociales que viven, sus expectativas subjetivas, y el costo y beneficio que se derivaría de determinadas alternativas?. Tal sería el sueño de una teoría de los movimientos sociales que, enlazando los atributos del individuo orientado estratégicamente con la existencia de substratos de organización colectiva, daría cuenta casi de manera deductiva de los mecanismos por los cuales los sujetos se verían empujados a conformar un movimiento social o a reaccionar en contra de la afiliación.

Pero esta alternativa subestimaría importantes fenómenos que también se presentan en el surgimiento y desarrollo de los movimientos sociales, y que sin embargo no pueden ser rescatados y valorados por una teoría que privilegia los componentes estratégicos, de cálculo de intereses, en la determinación de la acción social de los individuos. Nos referimos a los fenómenos expresivos, emotivos y de naturaleza normativa y moral que regularmente también se presentan. Pero les corresponderá a otros programas de investigación: a las teorías del comportamiento colectivo y los paradigmas de identidades, llamar nuestra atención sobre esas dimensiones que intervienen en las movilizaciones sociales. Elementos importantes, y a veces más relevantes aún que los considerados únicamente como intereses calculadoramente definibles.

## 2. EL COMPORTAMIENTO COLECTIVO.

La preocupación por estudiar los fenómenos colectivos desde perspectivas que recuperen el aporte central de factores diferentes a los intereses, ha sido una constante en la tradición social. Comenzaron como intentos para explicar la presencia de fenómenos colectivos «espontáneos» del tipo de las acciones multitudinarias y masivas. Recordemos al respecto los clásicos estudios de Gustav Le Bon<sup>36</sup> sobre las «masas», consideradas como actores colectivos despersonalizados, guiados por impulsos irracionales, y sin ningún tipo de ordenamiento valorativo y normativo.

Pero le corresponderá a los formadores de la Escuela de Chicago, en especial a Robert E. Park, y sobre todo a su alumno: Hebert Blumer<sup>37</sup>, indagar sistemáticamente el papel de esos elementos en la formación y desarrollo de los movimientos sociales. Desde luego que su temática de estudio no se redujo a ellos, comprendió también fenómenos colectivos del tipo presentado en los pánicos bursátiles, las modas, el comportamiento multitudinario en eventos deportivos y artísticos, etc. Pero sus consideraciones sobre los movimientos sociales como fenómenos colectivos originados a partir de fuertes componentes extrarracionales, y que finalmente desembocaban en la conformación de nuevas instituciones sociales, constituye una alternativa de explicación a las teorías de los intereses.

Para Blumer, la posibilidad de aparición de movimientos sociales, así como de otros tipos de fenómenos colectivos, se encuentra en la naturaleza de las reacciones expresivas que generan los individuos ante situaciones sociales caracterizadas por ellos mismos como problemáticas. Situaciones que se presentan cuando una determinada institución, de menor o mayor amplitud, y por lo tanto desde una familia hasta una sociedad nacional, deja de cumplir por distintas razones con las expectativas de sus participantes. En este contexto, se produce un estado de intranquilidad entre los individuos (*unrest*), de

---

36. LeBon, Gustave, *The crowd*, New York, Viking, 1960.

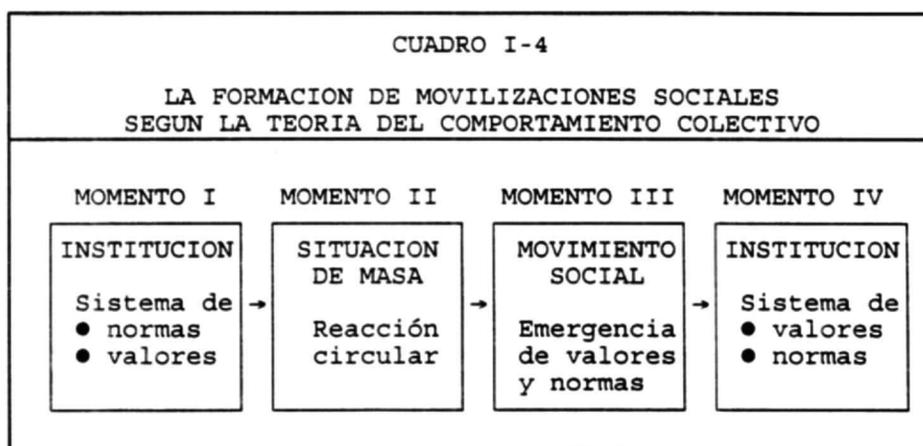
37. Hebert Blumer, "Collective behavior", en Robert E. Park (Ed.), op. cit., y "Collective Behavior", en J.B. Gittler (ed.), *Review of sociology: analysis of a decade*, New York, Wiley, 1957.

preocupación, de insatisfacción. Un estado básicamente emotivo, sentido más que pensado, de problematización de las condiciones sociales.

Este estado emotivo, reacción primera y elemental ante la inoperancia de una institución, es fundamental porque genera las condiciones subjetivas para la transformación o sustitución de las instituciones: desliga a los individuos de ellas. Destruye la atracción positiva que tenían hacia un determinado sistema de acción social, y en consecuencia deja al sujeto en la libertad necesaria para ensayar alternativas y nuevas posibilidades. En un principio, el estado de intranquilidad se vivencia individualmente, como un atributo del sujeto particular. Pero la peculiaridad de él en términos sociológicos, es su capacidad de difundirse entre los sujetos y de incrementarse en ese proceso de trasmisión. Es esencialmente una "reacción circular". Un emisor envía un mensaje expresivo de intranquilidad a un interlocutor. Este lo recibe y al devolvérselo al primero, incrementa la carga emotiva del mismo.

Cuando la carga expresiva aumenta sustancialmente, sea por el incremento de los participantes o la continuidad de la reacción circular, se produce un derrumbamiento de las estructuras normativas, valorativas y de relaciones sociales que institucionalmente vinculaban a los individuos y permitían su coordinación. Ya no solo se cuestiona la inoperancia de las instituciones, sino que se abandonan definitivamente sus mismos componentes que les daban estabilidad y funcionamiento. Aparece así un estado de comportamiento social: «las formas elementales de agrupamiento colectivo», caracterizado por sus marcados rasgos irracionales, anárquicos y espontaneístas. Comportamiento sin normas, sin estructuras valorativas, proclive a la sugestión y manipulación, típico de las actividades desarrolladas por las «masas» y las «multitudes».

Sin embargo, lo anterior no es el destino final de todo proceso de reacción expresiva, surgido ante una situación institucional que muestra incapacidad de atender las expectativas de sus participantes. La respuesta expresiva, operada por la reacción circular, puede ser el instrumento adecuado para el cambio y modificación de las instituciones, no sólo para su derrumbamiento. Y tal es el papel de los movimientos sociales, los cuales emergen para darle organicidad progresiva al comportamiento de masa, mediante la introducción paulatina de nuevas normas, valores y sistemas de relaciones sociales que aglutinen a los individuos, y le den marcos definidos a los componentes expresivos de sus acciones. Tenemos así una progresividad de momentos donde hay un primer punto: una determinada institución social, le sucede un estado de masa o forma elemental de comportamiento colectivo, como consecuencia de los desequilibrios institucionales y la «reacción circular», emerge después un movimiento social, y finalmente se consolida una nueva institución (Ver Cuadro I-4).



Esta propuesta de estudio de los movimientos sociales, no excluye en el despliegue de las instituciones, como en el desarrollo de los movimientos sociales, la presencia de actividades de los individuos interpretables en términos del cálculo de intereses, o de regulación a través de normas y valores. Sin embargo, la peculiaridad del enfoque, es la primacía concedida a los componentes expresivos en la fase (segunda del Cuadro I-4) que enlaza al momento institucional con el momento de aparición de un movimiento social. Una expresividad que socava incluso los otros componentes y le da un marcado rasgo irracional a la acción social.

Autores como Neil Smelser<sup>38</sup>, Ralph H. Turner y Lewis M. Killian<sup>39</sup> han sostenido, a través de extensas investigaciones, la misma perspectiva de explicación. El programa tiene, entre otros aspectos, el importante aporte de recobrar toda la estructura de emociones, pasiones, afectos y repulsas que se producen en torno a una situación institucional en deterioro y ante la aparición de un movimiento social. Todo el recuento y estudio de casos históricos destaca siempre esos momentos apasionados, tanto en los participantes que abandonan las instituciones establecidas, dominantes, como en aquéllos que se mantienen a pertrecho dentro de ellas, defendiéndolas de sus «perturbadores». No se registra, por ningún lado, el sueño de las teorías de los intereses, especialmente de las contractualistas, donde habría individuos impasiblemente movidos por el solo ejercicio de cálculos racionales.

Sin embargo, la presencia de importantes rasgos expresivos en la constitución de los movimientos sociales, no es razón suficiente para interpretar el problema como un fenómeno social de carácter irracional en su origen, que operaría al margen de normas,

38. Neil Smelser, *Teoría del comportamiento colectivo*, México, F.C.E., 1989.

39. Lewis Killian, "Social movements", en *Handbook of modern sociology*, R.E.L. Faris (ed.), Chicago, Rand McNally, 1964; Ralph H. Turner, "Collective behavior and conflict. New theoretical frameworks", en revista *The Sociological Quarterly*, vol. 5, núm. 2, 1985; Ralph H. Turner y Lewis M. Killian, *Collective action*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice Hall, 1957.

valores y sistemas ordenados de relaciones sociales y expectativas colectivas<sup>40</sup>. La propuesta de Blumer constituye también, a nuestro modo de ver, otra unilateralización de los componentes sociales intervinientes, como también lo son las teorías de los intereses. En efecto, releendo la pregunta de Hobbes sobre el problema del orden social, pero en el terreno de los componentes expresivos, ¿por qué la presencia de individuos orientados por fenómenos irracionales no terminaría más bien en la polarización de las «pasiones» y la destrucción mutua entre los participantes?. ¿Por qué el comportamiento expresivo puede propiciar la configuración de nuevas normas y estructuras sociales por mediación de un movimiento social, si la «reacción circular» a que se ve sometido incrementa invariablemente la carga emotiva e irracional de los participantes?. Son preguntas fundamentales que no pueden encontrar respuesta en una teoría, como la del comportamiento colectivo, que no resuelve el problema de la articulación entre componentes expresivos y los de carácter normativo y estratégico en su modelo de acción social.

Porque cuando un individuo o un grupo de individuos manifiestan intranquilidad ante determinadas situaciones sociales, no tienen que reaccionar necesariamente de forma irracional. Hay muchas alternativas posibles, que dependen de otros factores. Por ejemplo, puede suceder que los problemas sólo afecten a un determinado ámbito de su vida y no existan en los demás, haciendo tolerable la situación. O puede considerar que no existen alternativas y, en cambio, muchos problemas para quienes cuestionaran abiertamente los acontecimientos. O puede estar en desacuerdo con las instituciones, en algunas o en muchas, pero decide continuar ejerciendo una fidelidad externa a ellas: cumplir sus roles sin un correspondiente seguimiento interno. Finalmente, ante la crisis de determinadas instituciones, puede seguir ejerciendo sus roles tradicionales, y en el traspatio acordar con otros coetáneos los procedimientos para cambiar la situación.

En contraparte, la presencia de ciertos comportamientos «irracionales» no puede considerarse, por principio, como ajenos a la organización y desarrollo de las instituciones, porque éstas no son un bloque rígido de normas y acciones que invariablemente determinarían todas las actividades de los individuos<sup>41</sup>. Desde esta perspectiva, la dimensión expresiva de la interacción es importantes tanto en las «acciones institucionales» como en los procesos de movilización social, y alrededor de ella se pueden identificar algunas acciones particulares. Pero esta identificación dista mucho de un análisis de los episodios de acción colectiva como procesos supuestamente *dominados* por fuerzas irracionales, porque no constituyen de ninguna manera el primer producto de las instituciones en crisis, como tampoco son el antecedente de la mayoría de los movimientos sociales, por no decir de ningún tipo de movimiento social. Los podemos encontrar, desde

---

40. Para una crítica más extensa del enfoque irracionalista del comportamiento colectivo, Cfr. Carl J. Couch, "Collective behavior: an examination of some stereo types", en revista *Social Problems*, en núm. 15, 1968, pp. 310-322, y "Dimensions of association in collective behavior episodes", en revista *Sociometry*, vol. 33, núm. 4, 1970, pp. 457-471.

41. John F. Cuber, "Some aspects of institutional disorganization", en revista *American Sociological Review*, vol. 5, núm. 4, 1940, pp. 483-488.

luego, en una situación de pánico bursátil o extraordinariamente en una reunión masiva, como también en otras áreas de la sociedad. Pero los movimientos sociales no se caracterizan por tales situaciones previas. Por ejemplo, en el origen del sindicalismo moderno encontramos, más bien, la transformación de las formas medievales de organización de los gremios de artesanos; en las movilizaciones vecinales detectamos como antecedente sistemas de autoayuda de base familiar y de amistad; en el preámbulo de los movimientos contemporáneos de renovación religiosa, encontramos actitudes y costumbres fuertemente arraigadas en la tradición, etcétera.

Pero la propuesta de la teoría del comportamiento colectivo, que considera como antecedente de los movimientos sociales un estado de anomia colectiva, no solamente no se aplica a los fenómenos, sino que nos recuerda la crítica que frecuentemente hacen los individuos y grupos conservadores ante los fenómenos de cambio social: los descalifican porque consideran que son el resultado de la manipulación y utilización que particulares grupos de interés hacen de las carencias y necesidades que tienen determinados sectores poblacionales. Y tal concepción solo puede sostenerse por un desconocimiento sustantivo de su dinámica de funcionamiento.

Para superar este límite central de la teoría del comportamiento colectivo, ¿el camino consistiría entonces en elaborar un puente con las teorías de los intereses, donde recobremos la importancia de los factores expresivos pero sin desembocar en una propuesta irracionalista?. La seducción de tal perspectiva es evidente, pero la existencia de un tercer programa de investigación: el paradigma de identidades, nos complica todavía más el panorama. Al colocar como eje de la aparición de los movimientos sociales, y en general de los procesos de cambio social, la cuestión de las normas y valores sustentados por los individuos y las colectividades, destruye la simple dicotomía entre intereses y emociones, entre acción racional ponderable y acción expresiva.

### 3. ENFOQUES NORMATIVOS: LAS IDENTIDADES.

Este programa de investigación tiene dos versiones importantes, una orientada a estudiar los llamados "nuevos movimientos sociales" (Alexandro Pizzorno, Alberto Melucci<sup>42</sup>, Alain Touraine<sup>43</sup>), que emergen como procesos novedosos de movilización social ante las tradicionales formas de resistencia y luchas colectivas, y una segunda orientación, como la sostenida por Francesco Alberoni<sup>44</sup>, que sin despreocuparse por los anteriores

---

42. Alberto Melucci, "The symbolic challenge of contemporary movements", en revista *Social Research*, vol. 52, núm. 4, 1985; y "The new social movements: a theoretical approach", en revista *Social Science Information*, núm. 19, 1980.

43. Alain Touraine, *El regreso del actor*, Buenos Aires, EUDEBA, 1987; y "An introduction of the study of social movements", en revista *Social Reserach*, vol. 52, núm. 4, 1985.

44. Francesco Alberoni, *Movimiento e institución*, Madrid, Editora Nacional, 1981.

fenómenos, se plantea una reconceptualización de la emergencia de los procesos de cambio social en las distintas épocas históricas.

En el contexto de las teorías de los intereses y del comportamiento colectivo, el paradigma de identidades se ha ido construyendo en un diálogo muy estrecho con ellas<sup>45</sup>. Se presentan así, en las distintas fases de su propuesta, terminologías y problemáticas que nos recuerdan en gran medida las perspectivas analíticas de sus interlocutores: disponibilidad de recursos, estructuras de poder y dominación, contradicciones sociales, estados de intranquilidad individual y colectiva, etc. Sin embargo, la peculiaridad de este enfoque es la preocupación por concentrarse en el análisis de los fenómenos culturales, históricamente novedosos, que irrumpen con el proceso de formación y desarrollo de los movimientos sociales, y su significado para la organización general de la sociedad. Enfoque diferente al planteado por las teorías de los intereses, donde el sustento de la movilización parece que finalmente descansa en atributos, manifiestos o latentes, que ya se presentan sistemáticamente en los actores. En el caso del individualismo metodológico, por ejemplo, son sus intereses ponderados racionalmente que ya operan con anterioridad a la participación en una movilización. Y en el caso de la teoría de la lucha de clases, la movilización emerge como una explicitación de los cometidos estructural previamente definidos.

En cambio, para el enfoque de identidades, como también en las teorías del comportamiento colectivo<sup>46</sup>, si bien las movilizaciones sociales se relacionan con un contexto social que los enmarca históricamente, implican ante todo el aporte de una respuesta novedosa, de un «plus» que no se puede reducir ni inferir de ese contexto. Pero se diferencia igualmente de este último, porque coloca la innovación normativas y valorativas como eje de la construcción de «lo nuevo», y no la preexistencia de estados colectivos de irracionalidad, de exitación (unrest), que anteriormente identificamos como problemáticos para explicar el tránsito de la crisis de las estructura sociales, a la construcción de las nacientes estructuras de solidaridad, de las emergentes formas de coordinación y de interacción entre los individuos. Para el enfoque de identidades, el proceso más bien es una dinámica eminentemente racional en términos normativos:

En este caso, el proceso colectivo que se genera produce una modificación de la interacción de los sujetos que de él forman parte, así como de su solidaridad. En este caso, cada uno de los participantes en el proceso colectivo somete a discusión su espacio cultural y social en que se encontraba antes del proceso colectivo mismo, e instaura un nuevo tipo de solidaridad con los otros participantes en el proceso colectivo.<sup>47</sup>

---

45. Sobre la relación entre las teorías contractualistas y los paradigmas de identidades, se puede consultar a Jean L. Cohen, "Strategy or identity: new theoretical paradigms and contemporary social movements", en revista *Social Research*, vol. 52, núm. 4, 1985.

46. Ralfp H. Turner, "Collective behavior and conflict. new theoretical frameworks", en revista *The Sociological Quarterly*, vol. 5, núm. 2, 1964, pp. 122-132.

47. Francesco Alberoni, *Movimiento e institución*, op. cit., p. 38.

Los movimientos sociales se presentan así como reformadores o transformadores de los ejes de la integración social, porque afectan la cultura entendida como producción simbólica. Problematizan las reglas establecidas que definen la distribución de los recursos económicos entre las clases sociales, la división del trabajo, la distribución de roles entre sexos y edades, la distinción entre quienes gobiernan y quienes obedecen, la relación entre la sociedad y la naturaleza. Pero sobre todo, los movimientos sociales replantean los objetivos que motivan y orientan la acción de los individuos y las colectividades, al poner en el tapete de la discusión, alternativas a los valores que sustentan las prácticas cotidianas o institucionalmente establecidas. Son «fines en si mismos», según la definición de Alberto Melucci, porque no son un simple medio para lograr una meta o la consecución de unos intereses, sino el ensayo, la propuesta, de una nueva forma de interacción social, de vinculación entre los individuos.

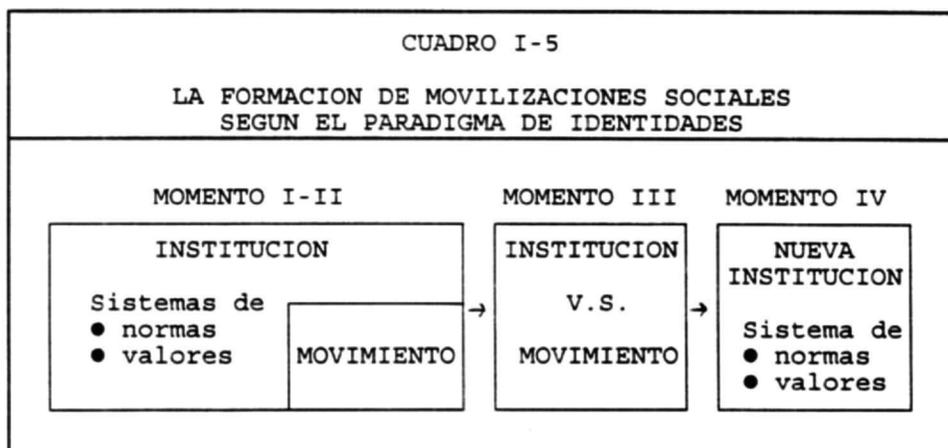
La construcción de esta nueva identidad -como finalmente se resume la elaboración de nuevas reglas y valores de interacción- se desenvuelve siempre a partir de una situación institucional previa marcada por su propia identidad, pero caracterizada también por rasgos significativos de conflicto y contradicción entre los individuos y grupos involucrados. «Lo institucional» se nos presenta, entonces, como una disputa de recursos, de intereses, pero dentro de un campo cultural compartido por los participantes. Sin embargo, la aparición de los movimientos sociales no es el fruto de esas disputas de intereses, como finalmente nos dirían las teorías contractualistas y la interpretación clasista. Más bien, la característica central de los movimientos es la de ofrecer y propugnar nuevos parámetros de tratamiento de los intereses y de resolución de los conflictos, que no se infieren o deducen de los ya existentes. Aparecen y se difunden como elementos desestabilizadores del orden establecido, pero no porque sean elementos irracionales y anónimos, sino porque cambian los parámetros de evaluación y selección de los actores. Diluyen al viejo orden porque son la propuesta de un nuevo orden, de una utopía. Citemos nuevamente a Francesco Alberoni, quien define al movimiento social como un «estado naciente»:

las propiedades del estado naciente *no son deducibles* de las transformaciones estructurales. Sobre la base de las transformaciones estructurales, como máximo, pueden identificarse el tipo de relaciones implicadas y el tipo de sujetos en que aparece el estado naciente; pero no sus propiedades<sup>48</sup>.

Tenemos así, en la lógica de análisis del paradigma de identidades (Ver Cuadro I-5), un primer momento histórico, institucional, marcado por sus propios sistemas de normas y valores, y dentro de ellos el despliegue de estrategias de intereses muy definidos. Un segundo momento, dentro del mismo sistema, donde se inicia la propagación de nuevas reglas y valores por mediación de un movimiento social. Un tercer momento, de conflicto abierto entre el movimiento social y el orden cuestionado. Y un cuarto momento de transformación del movimiento en orden cotidiano, en nueva institución.

---

48. Ibid., p. 72.



Esta perspectiva para el estudio de los movimientos sociales, en el panorama de los distintos programas analizados, ofrece importantes herramientas analíticas para descifrar la interrelación entre los movimientos y la sociedad global en la cual emergen, en especial en términos de sus capacidades de transformarla y constituirse en alternativa institucional. Es un problema que ya había motivado decisivamente al materialismo histórico, y que resolvió mediante su teoría de la dictadura del proletariado y la disolución progresiva del régimen de clases y del estado. Sin embargo, por no indagar las bases normativas y valorativas de los movimientos y de los fenómenos de integración social, y más aún, por mandarlas al terreno de la superestructura, el marxismo contrapuso siempre, de manera tajante, el presente con el futuro, el momento de la lucha y resistencia, con el momento del triunfo y de la institucionalización. En consecuencia, al movimiento social lo transformó en un simple instrumento, en un medio para la consecución del fin. No era el ensayo del proyecto futuro, el laboratorio de la «nueva sociedad». Y esto se tenía que pagar a un gran precio, porque las estrategias y tácticas de lucha no eran, de ninguna manera, reproducción incipiente de los objetivos, sino que estaban en claro contraste con ellos. Estaban basados, según la perspectiva gramsciana, en modelos de disciplina derivados de los estados de guerra (guerra de posiciones, guerra de movimientos). Pero como las exigencias de la integración social operaban aunque no fueran reconocidas, resultó que los medios de lucha se transformaron desde el principio en institución, en modos de vida, y una vez tomado el poder, se convirtieron en Sistema de Estado. Medios que excluyeron, por principio, los que se había prometido en el paquete de la «nueva sociedad».

En contraparte, el paradigma de identidades coloca en el centro de la emergencia de los movimientos sociales, el carácter de las normas y valores que propugnan y sobre todo ejercen prácticamente. Constituye una mejor explicación de los mecanismos de cambio social, porque al plantearse desde el principio el funcionamiento de los componentes de integración social, de las bases de reproducción de las instituciones, puede entender su funcionamiento y sus posibilidades de modificación. Es una teoría de la interacción

social, y de la reconstrucción de las interacciones. Para ella, el presente, el movimiento social, no es una hipoteca del futuro; ni éste es una inversión del presente, una antítesis de las condiciones que se quieren cambiar.

Sin embargo, el paradigma de identidades no recobra uno de los aportes importantes de las teorías contractualistas; nos referimos a las diferentes respuestas que generan los individuos que comparten un común contexto institucional, en términos de las ofertas de movilización social. No es capaz de explicar por qué algunos aceptan participar, mientras que otros no lo hacen, y sin embargo se encuentran igualmente enmarcados por los mismos contextos vitales en crisis. Por otra parte, al enfatizar la primacía de los mecanismos de integración social, termina concibiendo al «actor», al productor de nuevas normas y valores, prioritariamente en términos colectivos: como grupos de individuos coordinados por un patrón básico de identidad normativa. Un patrón que desde luego hay que entender en términos dinámicos, con desigualdad de desarrollo en los distintos individuos participantes, pero finalmente semejante en sus características fundamentales.

Pero tal planteamiento que prioriza la identidad normativa es parcial, porque en la emergencia de todo movimiento social, y en su desarrollo, es posible identificar una heterogeneidad importantes entre los individuos que participan en la agregación: quienes convergen porque sostienen subjetivamente la validez de las normas y valores propugnados, con desigualdad de desarrollo y diversos niveles de contradicción, y quienes convergen en el movimiento porque las propuestas de éste les sirven prioritariamente para resolver problemas estratégicos e instrumentales muy definidos. El proceso de integración de un movimiento, y de su relación con respecto a la sociedad, siempre será una dialéctica entre ambas posiciones. Una dialéctica entre identidades colectivas e intereses individuales, que no podrá ser explicado priorizando el primer aspecto.

Estas limitaciones en el paradigma de identidades nos plantean nuevamente la problemática que hemos formulado en la exposición de las anteriores teorías: tal pareciera que nos encontramos ante perspectivas de estudio que lejos de contraponerse en todas las situaciones, muestran importantes dinámicas de complementación. Cada una de ellas enfatiza elementos importantes, y su énfasis se constituye generalmente en su límite. Sin embargo, lejos de excluirse mutuamente, los diferentes aspectos que consideran en el análisis del fenómeno, se nos presentan siempre con posibilidades de interdependencia y enriquecimiento mutuos.

Esta propuesta de complementación, que hemos dibujado incipientemente en el transcurso de la exposición, no es una tarea meramente pragmática, surgida en la contrastación teórica de los diferentes programas. En realidad, es una respuesta ante una serie de trabajos de investigación que no integran a la «persona» dentro de sus esquemas de interpretación, porque proponen la idea de un individuo homogéneamente orientado, clasificable según el tipo de significados subjetivos que liga prioritariamente a su acción: instrumental, normativo o expresivo, y que reproduce la vieja trilogía weberiana que reifica la distinción teórica entre acción racional de acuerdo a fines (teorías de los intere-

ses), acción racional de acuerdo a valores (teorías de la identidades), y acción expresiva (teorías del comportamiento colectivo). Sin embargo, la recuperación del concepto de persona, como eje de los sistemas de interacción social, nos lleva a correlacionar en la acción colectiva no solo las distintas orientaciones subjetivas presentes en los individuos, las cuales han terminado por ser separadas en los programas de investigación de los movimientos sociales, sino también enfrentar el problema desde un enfoque multidimensional de la vida social.

#### **4. LA ILUSTRACION Y LAS TEORIAS DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES.**

El destierro del concepto de «persona» en los estudios sobre movimientos sociales, se explica en gran medida por el trans fondo cultural en el cuál aparecen las teorías sociales modernas: el modelo filosófico de la ilustración que reivindica la primacía de las cualidades de cálculo y ponderación de la razón humana, y su carácter autosustentado y neutro en términos expresivos y normativos. Es esta la visión con la cuál se formaron los forjadores y clásicos de la sociología, y a partir de la cual construyeron sus propuestas. La contextualización es tan directa, que podemos entender sus teorías o como un esfuerzo para traducir directamente al terreno de los fenómenos sociales las pretensiones de certeza y formalidad que reivindicaban las ciencias matemáticas y naturales, o bien, como una relectura de esas pretensiones para que, sin cuestionarlas de base, coexistieran con el reconocimiento de la validez de otras formas de conocimiento.

Los creadores de las ciencias sociales modernas, incluso antes del advenimiento de la sociología, construyeron sus teorías e investigaciones teniendo por trans fondo esa concepción moderna e ilustrada de la razón. En Hobbes, por ejemplo, encontramos ya un esfuerzo por entender al Estado en términos de las ciencias físicas, al interpretar las relaciones de los individuos en términos de un cuerpo físico. Pero esta influencia se realizó a través de dos procesos centrales: la idea de individuo racionalmente orientado y la de sistema o estructura social. En el primer caso, que constituye el modelo "económico del hombre" (en el comienzo las teorías económicas de los fisiócratas, Quesnay y Turgot, y posteriormente de los clásicos Smith y Ricardo), se propone la existencia de un individuo con atributos matemáticos, esto es, completamente racional y calculador, capaz de conocer y manejar toda la información pertinente para la ponderación de los costos y beneficios de sus decisiones.

En el segundo caso, es la propuesta clásica de la sociología, de sus forjadores, que elaboran la nueva ciencia de la sociedad como una disciplina de explicación del advenimiento y funcionamiento de la sociedad industrial, pero que también tiene como modelo la propuesta filosófica de la ilustración: la existencia de una razón calculadora autosustentada y neutra en términos normativos y expresivos. Esta influencia se puede verificar en dos recursos que sistemáticamente utilizaron, y que a su vez nos permite realizar en ellos un corte de dos subgrupos. En el primer subgrupo, la influencia del modelo ilustrado de la razón se tradujo en la elaboración de esquemas de evolución de la sociedades a partir

de leyes que operan según los cánones de la física clásica. Sean las teorías de los tres estados de Augusto Comte<sup>49</sup> o de Hebert Spencer, así como la concepción de Carlos Marx sobre la transformación de los modos de producción y de las formaciones económico-sociales, tienen la peculiaridad de concebir el desarrollo de las sociedades según el esquema de las ciencias naturales de la época: operan por leyes universales, cognoscibles objetivamente y que se imponen de manera necesaria. En la visión de Marx, por ejemplo, la propuesta de la ilustración queda expresada de manera destacada en el prólogo de la primera edición de "El Capital":

no se trata aquí del mayor o menor grado alcanzado, en su desarrollo, por los antagonismos sociales que resultan de las leyes naturales de la producción capitalista. Se trata de *estas leyes mismas*, de esas *tendencias* que operan y se imponen con férrea necesidad<sup>50</sup>.

Pero la sociología intentó también desprenderse de esta comprensión historicista, de leyes ponderables que intervendrían en el desarrollo de las sociedades. Y esto lo buscó por medio del recurso, metodológico y sustantivo, de elaborar tipologías que expresaran las características fundamentales de las distintas formas de integración de los individuos. En consecuencia, en lugar de hablar de leyes invariables del desarrollo social, se hablaron de formas de sociación comunitaria y asociativas (Ferdinand Tönnies<sup>51</sup>); de solidaridad mecánica y orgánica (Emilio Durkheim<sup>52</sup>); de acción social orientada por fines, valores o emociones (Max Weber<sup>53</sup>), etcétera.

Sin embargo, con esta propuesta de elaboración de tipologías, la sociología tampoco pudo emanciparse de los cometidos de la primera modernidad, de la comprensión ilustrada de la razón. Su gran mérito fue, en claro contraste con los filósofos de la ilustración, haber reivindicado la validez histórica de las formas de integración social que no se basaban en la razón calculable, científico natural, y abandonar la idea de leyes que normaban su desarrollo. No obstante, el procedimiento de elaboración de tipologías siempre desembocó, tarde o temprano, en su reificación. No se aplicaban como simples recursos teórico-metodológicos para destacar realidades sociales de manera pura, como abstracciones de otros condicionamientos. En los casos concretos, se tradujeron en distinciones histórico-evolutivas. En Tönnies, por ejemplo, la distinción entre comunidad y sociedad se manejó como distinción entre las sociedades premodernas y las modernas<sup>54</sup>. En el primer Durkheim, anterior a los estudios sobre la religión, la distinción entre solidaridad mecánica y orgánica desembocó en la comprensión de la sociedad industrial como una entidad integrada por las solas fuerzas de la especialización laboral y jurídica, y no

---

49. Augusto Comte, "Apreciación sumaria del conjunto del pasado moderno", en *Primeros ensayos*, México, F.C.E., 1977, pp. 15-70.

50. Karl Marx, *El capital*, vol. I, tomo 1, México, Siglo XXI Ed., 1976, p. 12.

51. Ferdinand Tönnies, *Comunidad y asociación*, Barcelona, Ediciones Península, 1979.

52. Emilio Durkheim, *La división social del trabajo*, Madrid, Akal Editor, 1982.

53. Max Weber, *Economía y sociedad*, México, F.C.E., 1979, pp. 18ss.

54. Ver el interesante análisis que Salvador Giner y Luis Flaquer realizan sobre la reificación de los tipos ideales de Tönnies en su misma obra. Cfr. el Prólogo a la edición citada de *Comunidad y sociedad*.

por la presencia de sistemas normativos y valorativos coextensivos a los individuos participantes<sup>55</sup>.

Pero es sobre todo en Max Weber donde la tipología desembocó en una dramática teoría de la historia, en una sucesión de los tipos puros de interacción, pero sin la esperanza y optimismo que caracterizaron a los filósofos de la Ilustración. A través de su teoría del «desencantamiento» progresivo de la sociedad capitalista, tan brillantemente analizado en la última parte de "La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo", Weber contempla el advenimiento de una sociedad donde el predominio de la acción racional de acuerdo a fines, la razón calculadora e instrumental orientada a la búsqueda del lucro, impondrá su imperio en el conjunto de la sociedad, y destruirá las otras formas de integración:

En el país donde tuvo mayor arraigo, los Estados Unidos de América, el afán de lucro, ya hoy exento de su sentido ético-religioso, propende a asociarse con pasiones puramente agonales, que muy a menudo le dan un carácter en todo semejante al de un deporte. Nadie sabe quién ocupará en el futuro el estuche vacío, y si al término de esta extraordinaria evolución surgirán profetas nuevos y se asistirá a un pujante renacimiento de antiguas ideas e ideales; o si por el contrario, lo envolverá todo una ola de petrificación mecanizada y una convulsa lucha de todos contra todos.<sup>56</sup>

Esta perspectiva de Weber, de un triunfo progresivo de la razón calculadora en la sociedad moderna, fue diferente en algunos de sus trabajos sobre sociología de la religión -como también lo hizo Durkheim-, en especial al estudiar el papel de las sectas protestantes en el desarrollo del capitalismo norteamericano<sup>57</sup>. Sin embargo, fueron escritos marginales que no desarrolló en profundidad, y que tampoco fueron retomados por sus más próximos seguidores, quienes se concentraron en desarrollar desde distintas perspectivas la tesis del desencantamiento de la sociedad moderna. Un tema recurrente en la crítica de la industrialización capitalista que ya había formulado Marx a través de su teoría de la enajenación del trabajo asalariado, pero que la interpretación weberiana en términos de los tipos ideales de acción social le daría una mejor formulación sistemática, al enmarcarla dentro del conjunto de las formas posibles de coordinación social. La crítica social de autores como Marcuse<sup>58</sup> y Fromm<sup>59</sup>, y en general de la Escuela de Francfort, han encontrado ahí gran parte de su inspiración.

Con este enfoque que valora a la razón calculadora como el eje del desarrollo de las sociedades modernas, un sector numeroso de las ciencias sociológicas y de la crítica de la sociedad sucumben a las pretensiones ideológicas de la Ilustración. No sólo postulan la existencia e importancia de una forma de conocimiento racional estratégico que ponde-

---

55. Emilio Durkheim, *La división del trabajo social*, op. cit., en especial el libro tercero: "Las Formas Anormales", pp. 415-477.

56. Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Ed. Península, 1979, p. 259.

57. Jeffrey C. Alexander, *Structure and meaning*, New York, Columbia University Press, 1989, pp. 1-15.

58. Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional*, México, Ed. Juan Mortiz, 1987.

59. Erich Fromm, *Ser o tener*, México, F.C.E., 1978.

ra sistemáticamente los costos y beneficios de las acciones, sino lo perciben también desligado de las otras formas de conocimientos basadas en valores, creencias, sentimientos, etc. Se habla entonces de una acción estratégica libre de valores, expresivamente neutra y fundada en rigurosos procesos identificables objetivamente. Y si bien en el caso de la obra de Weber se reconoce que los fines de la acción son fijados por creencias valorativas, la determinación de los medios se percibe como autosustentada por una razón calculadora neutra en relación a los otros tipos de orientación subjetiva.

Tal sometimiento a la razón estratégica, tiene un costo muy elevado en las ciencias sociales, y en nuestro caso en el estudio de los movimientos sociales. *Lleva a una posición teórica y metodológica que se muestra incapaz de estudiar los fenómenos sociales concretos mediante el recurso de combinar las distintas formas de conocimiento y de acción social, en especial articulando la racionalidad estratégica con la valorativa y expresiva, porque ha desterrado a la «persona» del mundo de sus conceptos.* Por una parte, porque según los cánones de la Ilustración y del positivismo, se concibe la posibilidad del desarrollo de un conocimiento racional sometido únicamente a sus propias reglas de cálculo. Y por otra parte, porque esa racionalidad es excluyente de las otras formas de conocimiento: puede operar sin su presencia e inclusive en claro contraste con ellas. En consecuencia, las tipologías que las articulan no se reducen a instrumentos de conocimiento, sino que se reifican y termina por volver imposible su combinación histórica.

En el terreno del estudio de los movimientos sociales, la existencia de tres grandes programas de investigación expresa la distinción weberiana entre los tipos ideales de acción social: las teorías de los intereses (acción racional de acuerdo a fines), teorías del comportamiento colectivo (acción expresiva), y teorías de las identidades (acción racional de acuerdo a valores). Pero no es un problema de meras distinciones tipológicas, que se podrían combinar en el estudio de casos concretos. En realidad, las propuestas de las teorías de los intereses son formulaciones que persiguen plantear el problema de la constitución y desarrollo de los movimientos sociales en términos valorativa y expresivamente neutros. A su vez, los otros dos programas no presentan una formulación que muestre la influencia de los elementos valorativos y expresivos en la formulación de los cálculos instrumentales. En contraparte, cuando se intenta un reconocimiento de la importancia combinada de los distintos elementos, se realiza bajo el procedimiento de la «coexistencia pacífica» -como en el caso de Russell Hardin<sup>60</sup>-, que consiste en hacerlo pragmáticamente sin explicar el cómo y por qué es posible tal combinación en el contexto de una teoría metodológicamente individualista.

Asistimos así a un panorama en el estudio de los movimientos sociales que expresa el dominio de la autocomprensión moderna, positivista, de la razón calculadora, y que tiene problemas importantes para articular las distintas formas de acción social. Superar tal dominio, exige una «crítica de la razón sociológica ilustrada», de sus premisas de interpretación sobre el conocimiento y proceder del individuo. Tal tarea es posible y

---

60. Russell Hardin, *Collective action*, op. cit.

necesaria. Pero para realizarse, necesita recuperar a la «persona» como fundamento de sus procedimientos teóricos y metodológicos. Esto es, abandonar la idea de individuos orientados por una racionalidad homogénea, y sustituirla por el concepto de racionalidad vital.

A la recuperación de la persona, de su libertad y complejidad subjetiva y vital, se han enfocado las ciencias de la vida cotidiana. Aquí encontramos individuos reconocidos con capacidades inconmensurables de decisión, de intervención. Sujetos capaces de moldear las respuestas de sus interlocutores a través del manejo expresivo de los componentes físico-corporales de la acción (la teoría dramaturgia de Erving Goffman<sup>61</sup>). Sujetos que desarrollan de manera pragmática, temporalmente inmediata, los campos normativos que necesitan para resolver sus problemas de coordinación social (la etnometodología de Harold Garfinkel<sup>62</sup>). Sujetos que construyen su vida colectiva mediante la elaboración comunicativa de significados compartidos (el interaccionismo simbólico de George Mead<sup>63</sup> y Hebert Blumer<sup>64</sup>) etc. En fin, sujetos que crean sociedad en el más estricto sentido del término; «señores de su historia y no criaturas», que la moldean y construyen con su actuar voluntario constante.

Pero reconocidas estas virtudes, el precio a pagar por estos enfoques de la vida cotidiana también es muy alto. Por una parte, se abandona radicalmente el enfoque histórico y estructural de la sociología clásica. Al concentrarse únicamente en el estudio de áreas sociales específicas, y en la participación de los individuos dentro de ellas, ya no pueden analizar el cambio de los sistemas sociales, el devenir de unas instituciones en otras diferentes. Implican analizar la acción de los movimientos sociales con conceptos igualmente aplicables a las acciones institucionales, difuminando cualquier distinción sustantiva. Más aún, las teorías de la vida cotidiana han enfatizando de tal manera la peculiaridad y capacidades decisorias de los individuos pero en detrimento de los enfoques macrosociales, que se han vuelto incapaces de justificar la relevancia histórica de lo estudiado y de las tecnologías aplicadas. Buscan la utilidad práctica, desde luego, pero sin saber finalmente para qué y por qué.

El tratamiento conjunto de ambas perspectivas, fue el proyecto teórico central de Talcott Parsons en su obra cumbre "*Teoría de la Acción Social*"<sup>65</sup>. En ella nos propone

61. Erving Goffman, *Interaction ritual: essays on face-to-face behavior*, New York, Pantheon, 1982, y *Relaciones en público: microestructura del orden público*, Madrid, Alianza, 1979.

62. Harold Garfinkel, *Studies in ethnomethodology*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1967.

63. George H. Mead, *Mind, self & society*, Chicago, The University of Chicago Press, 1959.

64. Hebert Blumer, *Symbolic interactionism: perspective and method*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1969.

65. Talcott Parsons, *El sistema social*, Madrid, Alianza Editorial, 1984, pp. 15-32. La consideración de la obra de Parsons como una propuesta para enlazar las teorías estructurales de la sociedad y las ciencias de la vida cotidiana, se refiere a los análisis existentes durante la producción de su trabajo. En el caso de las ciencias de la vida cotidiana, implicaba así un diálogo especialmente con el interaccionismo simbólico y las tradiciones pragmatistas de la Escuela de Chicago, y de ninguna manera abarcó desarrollos posteriores como era el caso de la etnometodología y la dramaturgia.

la distinción entre tres grandes sistemas: el de la personalidad, que nos remite al conjunto de necesidades que motivan la acción de los sujetos. El sistema social, que se refiere a las interacciones que establecen los individuos mediante el desempeño de roles funcionales. Y el sistema cultural, que sirve como enlace porque a través de los «valores pauta» remite tanto a significados compartidos por los individuos (momento social), como a su introyección subjetiva (momento personal). Sin embargo, el enfoque funcionalista que siempre permeó la triple distinción, le condujo finalmente a diluir dramáticamente al sistema de la personalidad en el sistema social, donde los individuos son moldeados y definidos por imperativos sistémicos y estructurales, y en el caso de la sociedad moderna, por imperativos de naturaleza eminentemente estratégico-rationales.

Durante los últimos diez años asistimos a la formulación de nuevos e importantes enfoques para integrar la doble dinámica. Y la riqueza de la investigación sociológica desde la pasada década ha sido, precisamente, el esfuerzo que se está haciendo para superar la ancestral dicotomía, en términos de la división entre acción singular y acción estructural. Destacan, entre otros, los estudios de Jeffrey C. Alexander<sup>66</sup>, Jürgen Habermas<sup>67</sup>, Niklas Luhmann<sup>68</sup> y Anthony Giddens. Este último, por ejemplo, considera la acción individual y el funcionamiento de la estructura social como las dos caras de un mismo proceso, donde habría correspondencias<sup>69</sup>. Desde esta perspectiva, interpretaríamos la acción colectiva como un proceso que se ubica en una determinada estructura social, y que tiene como contraparte un perfil particular de comportamiento de los individuos participantes en el terreno de la vida cotidiana; comportamiento que influiría, a su vez, en el desarrollo de la acción colectiva como tal. Sin embargo, considero que su principal limitación se encuentra en el concepto homogeneizador que tiene de la acción individual y de los sistemas de estructuración de los sistemas sociales, el cual no deja lugar a un análisis diferenciado de la acción reflexiva de los individuos, y de los diversos sistemas de estructuración que existen dentro de una misma sociedad.

El presente trabajo se ubica dentro de estos esfuerzos de diálogo entre la sociología clásica, centrada en las estructuras sociales, y las ciencias sociales de la vida cotidiana, desde un enfoque multidimensional de la racionalidad. Asumimos, en consecuencia, los desafíos que nos plantea la segunda parte de la obra de Durkheim, después de la "División del Trabajo Social", y los estudios marginales de Weber sobre el papel de las sectas protestantes, que nos abren perspectivas para un análisis de la racionalidad moderna de tipo no instrumentalista, como también la intención teórica del proyecto de Talcott Parsons que busca articular la dinámica individual y la dinámica colectiva, aunque no su enfoque funcionalista. Y para realizar tal tarea, partiremos de una concepción de

---

66. *Action and its environments. Toward a new synthesis*, New York, Columbia University Press, 1988, y *Structure and meaning*, op. cit.

67. *Teoría de la acción comunicativa*, tomos I y II, Madrid, Taurus, 1987.

68. *Sistemas sociales. Lineamientos de teoría general*, México, Alianza Editorial - Universidad Iberoamericana, 1991. (1a. edición en Alemán en 1984).

69. Anthony Giddens desarrolla en extenso este enfoque analítico, aunque aplicándolo al estudio de los procesos de modernización. Cfr. *Modernity and self-identity*, Cambridge, Polity Press, 1991, pp. 1-9.

la racionalidad de los individuos entendida como fenómeno condicionado vitalmente, que interviene en los procesos de constitución, desarrollo y transformación de la acción colectiva.

Este enfoque lo llamaremos «sociología de la interacción estructural», y considera dos niveles de relaciones sociales en las personas que participan dentro de una acción colectiva: uno inmediato, que son los vínculos directos, «cara a cara» que establecen, y otro mediato, que son sus vínculos indirectos. A la relación inmediata la conceptualizaremos como «interacción», y a un conjunto de interacciones que tienen la capacidad de reproducirse como sistema lo definiremos como «vida cotidiana o contexto vital», el cual tendrá como eje la acción reflexiva de los individuos que forman grupos al compartir determinadas propiedades. A la relación mediata la llamaremos también «genérica», y será la articulación entre los diversos grupos resultantes, donde la «estructura social» será una regulación sistemática de tales vínculos.

El análisis de la acción colectiva desde un enfoque que integre simultáneamente el doble nivel de relaciones sociales, constituye el objetivo central de nuestra investigación, porque esta bivalencia explica la experiencia desigual, contradictoria, que el sujeto tiene de la participación colectiva: como un espacio de decisión, en el cual incide y puede influir directamente de múltiples maneras, y como un espacio predeterminado, que escapa a sus prácticas voluntarias directas. Experiencia simultánea de libertades y de condicionamientos. Las interacciones constituyen así, por una parte, el terreno donde el sujeto marca su impronta personal, y donde deja un registro inconfundible de sus maneras peculiares de proceder. Las relaciones genéricas, en cambio, se construyen a partir de las anteriores, por su encadenamiento, y mediatizan las posibilidades de que el sujeto las defina y organice de manera personalizada. Aquí ya no se considera su aportación singular, sino su calidad de miembro de una determinada colectividad que se relaciona con otras colectividades.

Desde esta perspectiva, un enfoque interactivo y estructural de la acción colectiva, y de los movimientos sociales en particular, tiene dos grandes problemas de investigación, cuyo desarrollo será la temática de los siguientes capítulos de este trabajo:

1. **Analizar los factores que condicionan la acción reflexiva de los individuos y les permiten coordinarse para constituir un grupo social, en nuestra investigación, una organización vecinal que desarrolla acciones de cambio social, movilizaciones sociales. Es un enfoque desde las relaciones interactivas, cuyo sistema lo llamaremos vida cotidiana o contexto vital, y que comprenderá los capítulos II, III y IV.**
2. **Y estudiar las relaciones que establecen los grupos resultantes con los otros actores que también intervienen en el escenario social, identificando los diversos sistemas de presentación y negociación de demandas. Es un enfoque eminentemente estructural, el cual desarrollaremos en el último capítulo V.**

## CAPITULO II

### EL CONTEXTO VITAL DE LA PARTICIPACION I: EL MODELO ANALITICO Y LAS CONDICIONES MATERIALES.

Desde la perspectiva de una «sociología de la interacción estructural», la participación de los individuos en una organización vecinal que desarrolla procesos de movilización social, como en cualquier otro tipo de acción colectiva no coercitiva o prescriptiva, es el resultado de un actuar reflexivo, de una decisión<sup>1</sup>. Pero no es una decisión que se fundamente en la sola ponderación de los costos y beneficios que derivarían de la participación. No es así el producto del actuar de un conjunto de individuos moldeados por una racionalidad de tipo solamente formal, según el enfoque físico-matemático clásico y las teorías contemporáneas del «rational choice». Es más bien una decisión racional de los individuos entendidos como personas<sup>2</sup>, esto es, condicionada por el conjunto de características que integran su contexto vital<sup>3</sup>.

En el caso de las acciones colectivas que analizamos en este trabajo: las organizaciones vecinales que desarrollan estrategias de movilización social, el contexto vital que condiciona la decisión de los individuos para participar tiene una expresión territorial muy precisa: son los espacios de vivienda y su entorno inmediato, llámense colonia, unidad habitacional, poblamiento o de cualquier otra forma. Pero entendidos como expresiones territoriales del contexto vital, los espacios de vivienda y su entorno social no pueden analizarse únicamente a partir de los recursos materiales inmuebles que disponen individuos o grupos. Su dinámica no se reduce a la problemática de la producción, cir-

1. David Horton Smith, "Voluntary action and voluntary groups", en *Annual Review of Sociology*, vol. 1, 1975, pp. 247-248.

2. "Pero mi interés histórico y psicológico por el hombre entero me condujo a colocar a este hombre en la diversidad de todas sus fuerzas, a este ser que quiere, siente y representa como fundamento también de la explicación del conocimiento", Wilhelm Dilthey, *Introducción a las ciencias del espíritu*, México, F.C.E., 1978 (2a. reimpresión), p. 6.

3. Las palabras «vida cotidiana», «mundo de vida» y «contexto vital» las emplearemos de manera equivalente en este trabajo, porque nos remiten a semejantes tradiciones filosóficas, entre otras: la fenomenología de Edmund Husserl, el vitalismo de Wilhelm Dilthey y el existencialismo de Soren Kierkegaard. Desde esta perspectiva, su significado preciso lo definiremos en los contextos de redacción, y de ninguna manera por el solo uso de las palabras, porque si bien algunos autores tienden a identificarse con alguno de los términos mencionados, por ejemplo, George Lukács (*Historia y conciencia de clase*, México, Grijalvo, 1969) y Agnes Heller (*Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona, Península, 1977) con el de «vida cotidiana», y Alfred Schutz y Thomas Luchmann (*Las estructuras del mundo de vida*, Argentina, Amorrortu, 1973), junto con Jürgen Habermas (*Teoría de la acción comunicativa*, II volumen, Madrid, Taurus, 1987), con el de «mundo de vida», frecuentemente encontramos que los utilizan de manera indistinta; de igual forma, el empleo del mismo término no denota necesariamente equivalencias conceptuales específicas, aunque sí, nuevamente, tradiciones semejantes. Es el caso de la referencia compartida que hacen George Lukács y Martín Heidegger (*Ser y tiempo*, México, F.C.E., 1986) al problema de la «cotidianidad» (Cfr. Lucien Goldmann, *Lukács y Heidegger. Hacia una filosofía nueva*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1973).

culación y consumo de los bienes físicos habitacionales y de los «equipamientos de consumo privado o colectivo». Como tampoco se reducen a los bienes muebles que se utilizan dentro de ellos. Más bien, la vivienda y su entorno inmediato son el punto donde territorialmente se concentran, además de recursos materiales específicos, un conjunto de significados, roles y posiciones de poder. Son ante todo formas de comportamiento y de vida, y configuran uno de los ámbitos sociales más importantes de los grupos poblacionales: el espacio del hogar, el espacio de residencia de las unidades familiares<sup>4</sup>, porque ahí se resuelven necesidades fundamentales asociadas a la reproducción demográfica, el apoyo afectivo y los lazos de amistad, la educación de los hijos, la construcción de los lazos de parentescos, la socialización básica, las relaciones conyugales, etcétera.

Explicar la participación de los individuos en una organización vecinal destacando la importancia de los recursos materiales que disponen los hogares esto es, el mayor o menor acceso a determinados bienes y servicios, fue una tendencia dominante en la investigación social de América Latina. Partió de una influencia teórica proveniente centralmente del pensamiento marxista francés, que interpretó la problemática urbana como un espacio de reproducción de la fuerza de trabajo por efecto de los "procesos de producción, circulación y consumo de los bienes y servicios de consumo colectivos", según las formulaciones de Manuel Castells<sup>5</sup>, Jordi Borja<sup>6</sup>, Jean Lojkin<sup>7</sup> y Christian Topalov<sup>8</sup>, entre otros.

Tal explicación buscaba recuperar, desde luego, variables estructurales que también intervienen en el desarrollo de las organizaciones vecinales, como es el caso de las políticas, pero era claro que tenían una consideración económica y objetivista de la problemática de los hogares y de su contexto vital inmediato. Para ellos, se trataba de estudiar el papel de los bienes inmuebles privados o colectivos, fueran infraestructura urbana, servicios públicos, viviendas, etc., como los elementos claves que influían en el surgimiento y desarrollo de las organizaciones vecinales. Y reducían las demás dimensiones

---

4. Según la exposición presentada, los conceptos de vivienda, hogar y familia no son equivalentes pero sí complementarios. Por vivienda nos referimos al espacio físico construido, en el cual se ubican territorialmente los hogares. Los hogares, en cambio, se refieren al conjunto de relaciones sociales (roles, posiciones de poder y significados) que utilizan los espacios de vivienda en calidad de habitación. Finalmente, las familias son la unidad básica de relaciones sociales basadas en el parentesco que generalmente integran a los hogares, sin embargo, un mismo hogar puede estar formado por individuos provenientes de más de una familia, y una familia puede integrar diversos hogares en diferentes viviendas. Sobre el concepto de hogar y familia se puede consultar: Brígida García, Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira, *Hogares y trabajadores en la ciudad de México*, México, COLMEX, 1982, pp. 7-8.

5. Manuel Castells, "Proposiciones teóricas para una investigación experimental sobre los movimientos sociales urbanos", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XXXIV, No. 1, 1972, pp. 1-26; y *Movimientos sociales urbanos*, México, Siglo XXI Ed., 1985.

6. Jordi Borja, *Movimientos sociales urbanos*, México, UPOME, 1979.

7. Jean Lojkin, *El marxismo, el estado y la cuestión urbana*, México, Siglo XXI Ed., 1979.

8. Christian Topalov, *La urbanización capitalista*, México, Editorial Edicol, 1979.

del contexto vital a simples esferas secundarias de la problemática material de la reproducción social<sup>9</sup>. Enfoque, por demás, claramente unilateral<sup>10</sup>.

Sin embargo, junto a los recursos materiales (o condiciones materiales de vida) que tienen determinados sectores poblaciones en sus espacios de vivienda y en el entorno inmediato, y la definición de su calidad y magnitud, este contexto vital está también conformado por otras dimensiones igualmente importantes, que en su conjunto condicionan la decisión individual para participar o no en una organización vecinal. Estas dimensiones complementarias son, *además de la formada por los recursos materiales*, las siguientes:

- Las actividades que las personas realizan durante la interacción y dentro de un marco de división social del trabajo, esto es, como *ejercicio de específicos roles o funciones*. La interacción no es así una acción definida únicamente por el individuo de manera aislada, consistente por si misma, que podría ser aislada de las ejercidas por los demás participantes. Más bien, sólo adquieren consistencia por su carácter parcializado, por el requerimiento que tienen de complementarse con las desarrolladas por los interlocutores, y coordinarse con ellas<sup>11</sup>.
- Los *significados* que los individuos enlazan a sus interacciones y que conllevan una relación intersubjetiva entre ellos. Una identidad por la cual una persona puede prever la respuesta del interlocutor en términos expresivos, normativos y estratégicos, y éste, a su vez, interpretarla y generar una nueva actividad orientada al despliegue de otra respuesta previsible<sup>12</sup>.
- Y las *posiciones de poder* que los individuos ocupan en la interacción, por las cuales colaboran de manera desigual a la definición y organización de las anteriores dimensiones: los roles, significados y recursos materiales que integran su contexto vital.

Según esta última dimensión, las personas que participan en un sistema de interacciones vitales pueden ser ubicados formalmente en algún punto intermedio dentro de una

9. Un importante ejemplo de esta reducción teórica de la complejidad de la vida cotidiana, lo encontramos en el Capítulo "La Ideología Urbana" del libro *La cuestión urbana* de Manuel Castells (op. cit.). Ahí el autor enfatiza la función de los recursos inmuebles en la determinación de la problemática de la ciudad, y califica como ideológicos los esfuerzos para entender la naturaleza y relevancia de las formas culturales de la vida moderna.

10. Federico Arnilla, "El movimiento popular urbano: algunos puntos para el debate", en Varios Autores, *Movimientos sociales y educación popular en el Perú*, Lima, Celati, 1986, p. 37.

11. En esta dimensión del contexto vital, la del «rol», entra, desde luego, el género de los actores.

12. "Por «acción» debe entenderse una conducta humana (bien consista en un hacer externo o interno, ya en un omitir o permitir) siempre que el sujeto o los sujetos de la acción enlacen a ella un sentido subjetivo. La «acción social», por lo tanto, es una acción en donde el sentido mentado por su sujeto o sujetos está referido a la conducta de otros, orientándose por ésta en su desarrollo". Max Weber, *Economía y sociedad*, México, F.C.E., 1979, p. 5.

escala de toma de decisiones, donde un extremo le corresponde a aquéllas que intervienen directamente en la definición de la naturaleza y características de la interacción en sus diversas dimensiones, en calidad de gestión, y el otro extremo le corresponde a quienes solamente las reproducen empíricamente. Los primeros son actores, y por lo tanto tienen capacidad para determinar directamente no sólo sus comportamientos, sino también la distribución de los beneficios derivados de la interacción. En contraparte, los sujetos que sólo intervienen en su reproducción, en su aplicación, trabajan sobre la base de definiciones y referencias colectivas producidas por otros. Y las pueden recibir como herencia, o bien como creaciones recientes de mayor o menor amplitud, pero en ambos casos no han intervenido en su construcción, como tampoco en los criterios que norman la distribución de los beneficios. Por lo cual pueden derivar, aunque no necesariamente, en mecanismos de dominación y explotación.

Un enfoque multidimensional del contexto vital, que incluye los cuatro ámbitos que hemos mencionado (recursos materiales, roles, significados y posiciones de poder), constituye el marco que condiciona la posibilidad de una decisión favorable para participar. Pero la posibilidad de una decisión no significa el ejercicio operativo y práctico del misma. En efecto, estas condiciones sólo nos remiten a la experiencia que motiva la participación, no a la realización efectiva de la misma. Para que esta suceda, se necesitan, además de las condiciones vitales, determinados procesos concretos de aglutinamiento y coordinación de los individuos, ofertas de organización que llamaré el proceso de constitución o creación de un nuevo sistema de coordinación social. Tema que será objeto del capítulo cuarto "La formación del actor colectivo".

Sin embargo, las condiciones vitales de la participación son prerequisites de la conformación de las organizaciones vecinales, porque *nos remiten a las propiedades interactivas que caracterizan la relación directa entre los individuos y sustentan la posibilidad de un actuar reflexivo y simultáneamente coordinado*. Y este es uno de los supuestos teóricos que hemos definido como fundamental dentro de un enfoque interaccionista y estructural de la sociedad. El contexto vital no son así propiedades de los individuos en cuanto sujetos aislados, o propiedades de sujetos orientados egoístamente. Son más bien propiedades que tienen la capacidad de fundar sistemas de referencia colectiva, sistemas de coordinación entre los individuos en términos de la producción, circulación y uso de recursos materiales, significados intersubjetivos, ejercicio de roles y posiciones de poder.

La semejanza en las propiedades interactivas que integran al contexto vital permite así fundar o innovar sistemas de coordinación social, y acciones colectivas en específico - como las organizaciones vecinales-, porque posibilitan la articulación reflexiva de las acciones individuales. Pero la semejanza que tienen no implica por necesidad que sean originadas a partir de las mismos procesos históricos. No implica que los individuos hayan estado expuestos a las mismas fuentes culturales y económicas. Más bien, en el contexto de la sociedad moderna, puede haber distintas causas que generen condiciones vitales semejantes. Y en consecuencia, de la explicación de la semejanza en los contextos

vitales no se deduce la semejanza causal. Pero la contraparte también es cierta: de la semejanza causal no se infiere resultados vitales semejantes, en la medida en que toda coordinación social sólo puede realizarse mediante un proceso de apropiación bajo el mando de la acción personalizada del individuo. Los individuos pueden así procesar de manera semejante los contextos históricos compartidos.

El análisis del contexto vital de la participación popular lo dividiremos en dos capítulos. En el primero -el presente capítulo- tenemos dos objetivos principales: exponer un modelo teórico conceptual sobre la relación entre participación social y contexto vital, considerando sus cuatro dimensiones integrativas, y someter a prueba empírica una sola de sus dimensiones. Analizaremos así, a partir del estudio de casos, la función de los «recursos materiales o condiciones materiales de vida» en la definición de la decisión favorable para participar en una organización vecinal. El análisis lo haremos en parejas de variables (análisis bivariado), relacionando de manera aislada diversas variables de la dimensión con la contraparte «participante versus no participante».

En el siguiente capítulo, el tercero: «El contexto vital de la participación II», continuaremos con la prueba empírica del modelo teórico propuesto. En una primera parte analizaremos de manera bivariada la relación entre otra dimensión del contexto vital, la de significados, y la decisión para participar o no en una acción colectiva. Finalmente, propondremos un modelo estadístico que nos permita someter a prueba al modelo teórico en su conjunto (análisis multivariado), que integre no sólo las dimensiones de recursos materiales y significados, sino también las de rol y poder. Este tercer capítulo será también un esfuerzo para enfocar de manera interactiva el tránsito de la vivencia reflexiva del individuo en la sociedad, a la configuración de la acción colectiva.

## **1. LAS DIFERENCIAS ENTRE PARTICIPANTES Y NO PARTICIPANTES.**

En términos generales, podemos afirmar que la pregunta por las condiciones vitales que favorecen la decisión para participar, en nuestro caso en una organización vecinal popular, es también la pregunta por las condiciones vitales que no favorecen la decisión<sup>13</sup>. Y en este doble juego entre participantes y no participantes suponemos que se pueden encontrar en el contexto vital de la vivienda y su entorno inmediato, tanto dinámicas de convergencia y semejanza, como ámbitos de diferencia y heterogeneidad que contextualizan las diversas decisiones.

En efecto, participantes y no participantes enfrentan referencias comunes dentro de un mismo espacio poblacional, referencias comunes que nos permiten hablar en el caso de nuestro objeto de estudio del «sector popular urbano». Y éstas son precisamente sus condiciones de consumo escasas, de pobreza en materia de dotación de los servicios

---

13. David Horton Smith, "A Psychological model of individual participation in formal voluntary organizations", en revista *The American Journal of Sociology*, vol. 72, núm. 3, 1966, pp. 249.

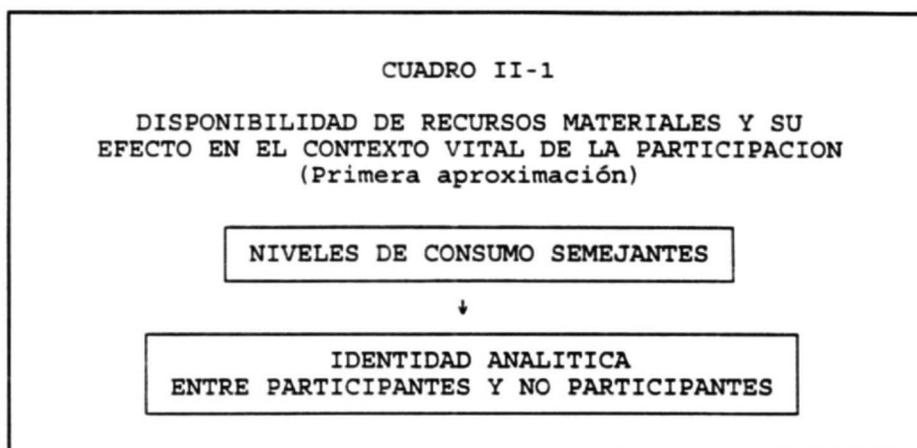
públicos, niveles de ingresos, tipo de vivienda, etc. La condición de pobreza expresada territorialmente, configura así el ámbito que relaciona vitalmente a los participantes y no participantes. Pero la identificación de estas características sociales compartidas es una abstracción teórica, una concepción estática de la organización social. Porque la condición de pobreza urbana no sólo nos remite a un nivel en la disponibilidad de determinados bienes y servicios, junto con otros factores «objetivos» que igualmente la delimitan y que no desarrollaremos en este estudio<sup>14</sup>, es también, y de manera central, una forma de vivenciar la escasez, de conceptualizarla y sobre todo de enfrentarla. No encontramos así a "un sector popular urbano", sino muchos sectores populares urbanos que comparten semejantes condiciones materiales de vida, pero desiguales posiciones y comportamientos ante ellas. Desigualdades que diferencian a participantes y no participantes, los hacen diversos en términos históricos, distintos en su presentación social.

Desde esta perspectiva, un modelo de las condiciones vitales de la participación social, del rol de las propiedades interactivas en el modelaje de las decisiones, tiene que integrar tanto las características que comparten los participantes con los no participantes, como aquéllas que los hacen diferentes; y esto en las diferentes dimensiones que integran la interacción. La primera dimensión analítica le corresponde a lo que hemos denominamos «recursos materiales de la interacción», y en nuestro estudio se referirá a los bienes y servicios que definen los niveles o condiciones materiales de vida de un sector poblacional y le dan una expresión territorial.

En esta primera dimensión analítica del contexto vital: los recursos materiales, partimos de la hipótesis de una semejanza entre participantes y no participantes (Ver Cuadro II-1). Y para los fines del estudio de las organizaciones vecinales que hemos seleccionado en esta investigación, constituye la dimensión de partida, porque el nivel de consumo que tiene y las consecuentes necesidades no satisfechas a que nos remite, moldean de manera referencial al conjunto de las demás dimensiones. No en el sentido de que las otras dimensiones sean un reflejo de ella, como en el caso del determinismo económico, sino en el sentido de que las otras dimensiones la tienen como problema central a resolver. (En otro tipo de acciones colectivas el punto de partida puede variar, por ejemplo, como en los movimiento de tipo étnico o religioso, donde la dimensión inicial sería más bien la de significados, alrededor de la cual se estructurarían las otras).

---

14. Hemos enfatizada el papel de los bienes muebles e inmuebles en la definición de las condiciones de pobreza de los sectores populares urbanos, porque nos interesa sobre todo la expresión territorial que conllevan. Sin embargo, el concepto «objetivo» de pobreza es algo mucho más complejo que la sola escasez de esos bienes, donde encontramos otros factores que la integran, por ejemplo, la escasez física (desnutrición, salud deficiente) y la escasez de recursos educativos (formales, informáticos, etc.). Para una lectura de las principales variables que la integran, se pueden consultar los trabajos de Vania Salles: "*Pobreza, pobreza y más pobreza*" en Javier Alatorre, et. al., *Las mujeres en la pobreza*, México, COLMEX, 1994, pp. 47-52, y en colaboración con Rodolfo Tuirán: *Familia, género y pobreza*, México, mimeo de El Colegio de México, 1995. Sintetizan los principales enfoques y tienen una amplia bibliográfica sobre el tema.

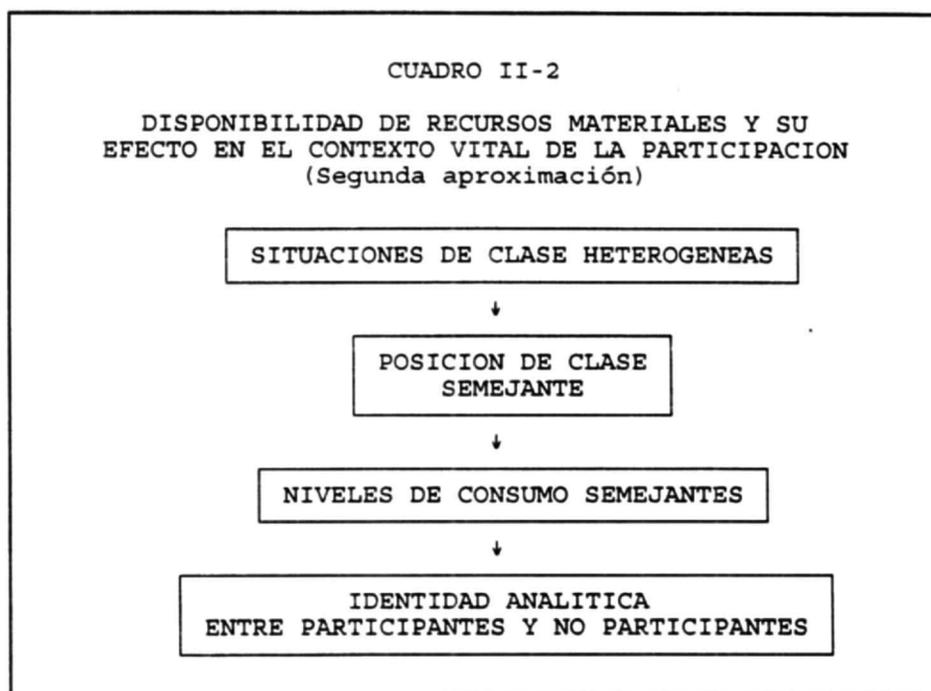


Partimos así de la dimensión de recursos, pero el esquema resultante requiere de un mayor desarrollo. En efecto, la semejanza en el nivel de consumo de los sectores populares, sean participantes o no participantes, no es el resultado de una sola situación de clase. En realidad, la situación de clase que determina semejantes capacidades de consumo, puede ser muy diversa. Encontramos así en el caso de los sectores populares urbanos, una población proveniente de las más diversas áreas y sectores productivos: trabajadores informales, proletariado industrial de baja y mediana calificación, trabajadores de servicios de mandos bajos, pequeños comerciantes, etcétera<sup>15</sup>.

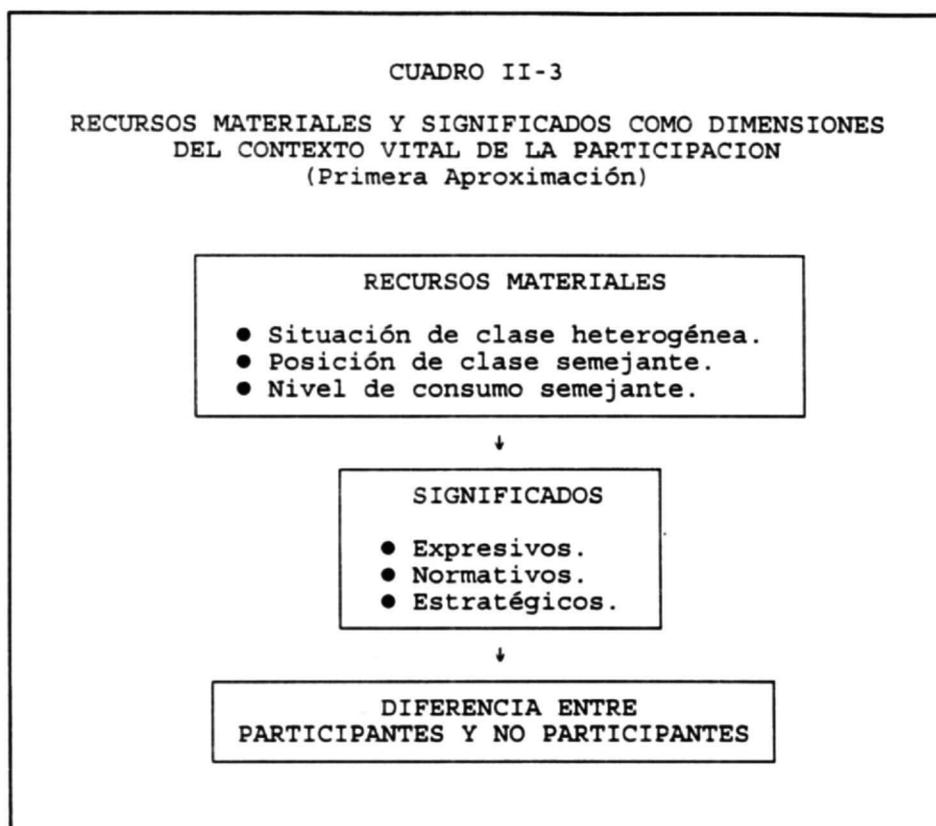
Pero ¿cómo volver compatible ambas premisas sobre las condiciones materiales de vida: la heterogeneidad de la situación de clase y la semejanza en los niveles de vida?. En términos generales podemos decir que es el resultado de enlazar la situación de clase con su operación en el mercado global, es decir, si bien hay diversidad de situaciones de clase dentro de los sectores populares, encontramos semejanzas en las capacidades adquisitivas y en consecuencia un proceso de nivelación en el terreno del consumo. Nivelación que nos permite identificar un sector poblacional con igual posición de poder en la estructura económica de la sociedad, y que retomando en cierta medida a Bourdieu llamaremos "posición de clase" (Ver Cuadro II-2).

---

15. Aníbal Quijano, "La formación del universo marginal en las ciudades de América Latina", en Manuel Castells (comp.), *Imperialismo y urbanización en América Latina*, Barcelona, Ed. Gustavo Gili, 1973; Luis Pereira, "Poblaciones marginales", en *Revista Paraguaya de Sociología*, núm. 17, 1970, p. 18; Ernesto Pastrana y Mónica Threlfall, *Pan, techo y poder. El movimiento de pobladores en Chile (1970-1973)*, Buenos Aires, Ed. SIAP-Planteos, 1974, pp. 46-47.



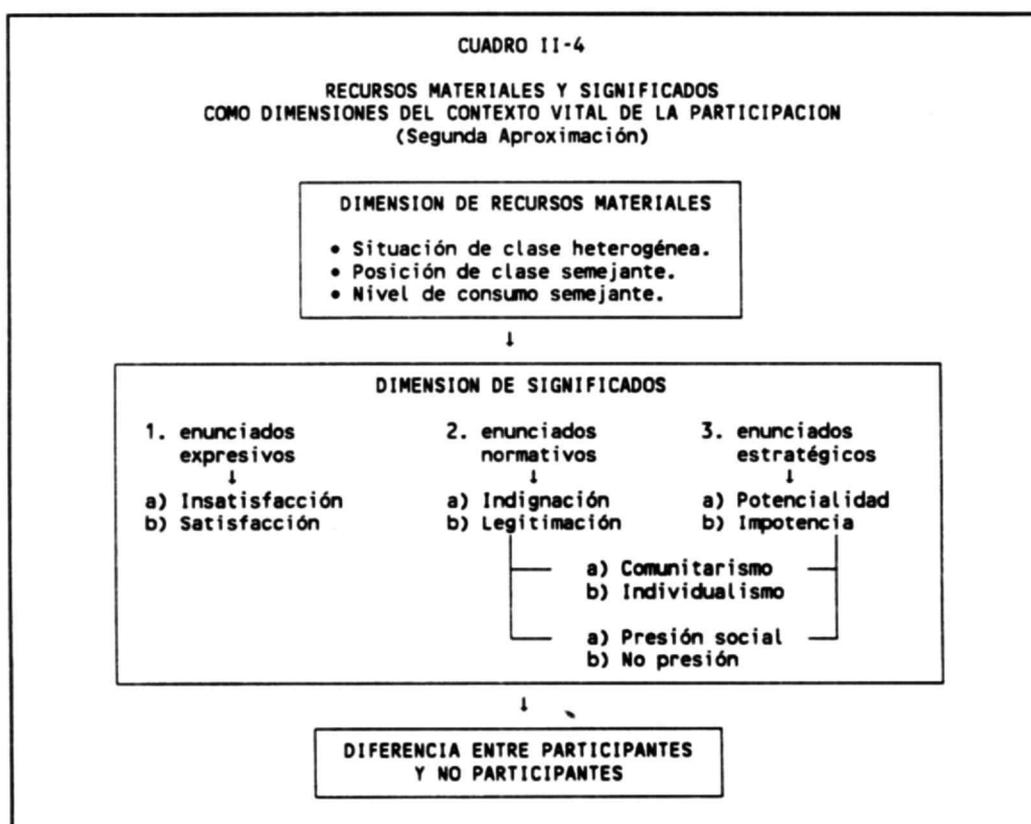
Esta dimensión de la interacción hace abstracción de otras que también condicionan vitalmente la participación social, y por ello implica sólo una semejanza de tipo formal entre los pobladores, identificable analíticamente pero no operativa ni históricamente. Para transformar esta semejanza formal en una identidad vital, contextualizadora de la decisión individual para participar, es necesario enlazar las demás dimensiones de la interacción social que enmarcan el surgimiento y desarrollo de las organizaciones vecinales, y que posibilitan la distinción entre participantes y no participantes. El modelo requiere recuperar, en consecuencia, otros aspectos como son los «significados culturales» que los individuos enlazan a sus condiciones de pobreza, porque ésta no es una simple desventaja de recursos materiales socialmente legitimados, sino también una forma de interpretar, conceptualizar y vivenciar subjetivamente la escasez. Y estos significados pueden ser diferenciados analíticamente en tres tipos de enunciados complementarios: expresivos, normativos y estratégicos. Enunciados que contribuyen a configurar el mundo de los símbolos que acompañan a las interacciones, y sirven *para diferenciar ahora sí la desigualdad de respuestas entre participantes y no participantes* con respecto a las condiciones materiales de vida o de consumo compartidas (Ver Cuadro II-3).



Para los fines de esta investigación, debemos rescatar aquellos significados que al acompañar a la condición de pobreza, condicionan la decisión individual para participar o no en una organización vecinal que desarrolla acciones de movilización social, de cambio social. Postulamos así que, en términos expresivos, encontraremos distinciones en los enunciados que elabora la población ante sus condiciones de pobreza compartidas: los participantes han de formular enunciados de insatisfacción, de rechazo emotivo a sus condiciones deprimidas de consumo. En cambio, suponemos que los no participantes tenderán a formular enunciados expresivos de satisfacción hacia esas actividades.

En términos normativos, consideramos también una diferencia entre participantes y no participantes. Por lo tanto, y considerando nuestra referencia a organizaciones que despliegan procesos de movilización social, suponemos que los enunciados normativos, del ser y del deber ser, están referidos especialmente al interlocutor público con el cual se relacionan los participantes: el gobierno como eje administrativo del Estado. Se ha de manifestar así, en los participantes, una crítica al gobierno por el incumplimiento de sus tareas y obligaciones culturalmente legitimadas. Y en contraparte, se ha de presentar en los no participantes enunciados normativos de valoración positiva hacia las actividades gubernamentales.

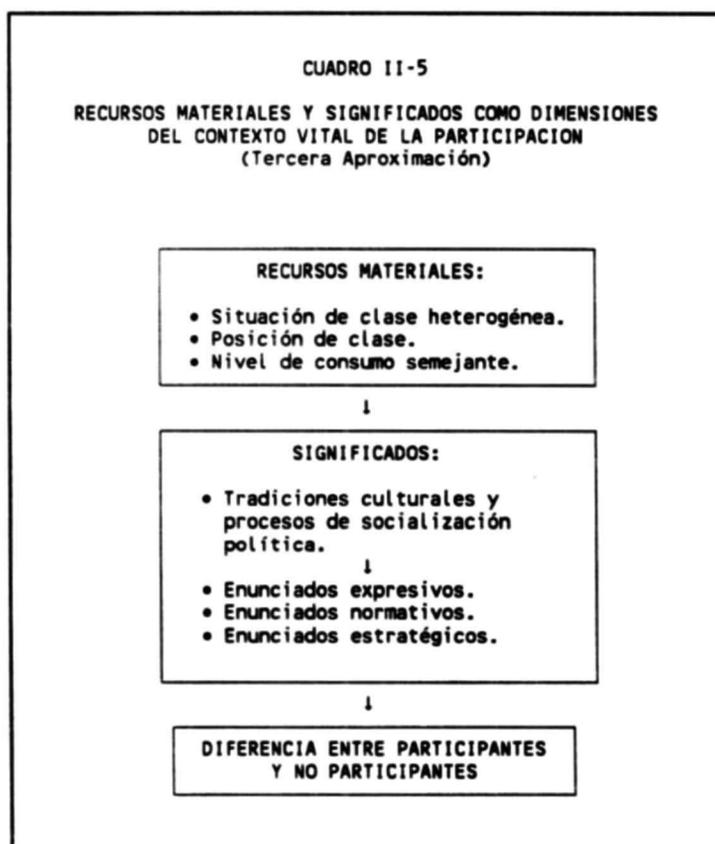
En términos estratégicos, suponemos también otra diferencia importante entre participantes y no participantes. Así, los primeros vislumbrarán la posibilidad real de cambiar la situación social que tienen; en contraparte, los segundos portarán una conciencia de impotencia estratégica, de incapacidad de cambiar la situación<sup>16</sup>. Finalmente, encontraríamos otra serie de enunciados que combinarían conocimiento normativo y estratégico, referentes a las estrategias que los pobladores aceptarían utilizar para la consecución de los objetivos de la acción colectiva: las orientaciones de tipo comunitario y de despliegue de acciones de presión social. Los no participantes tenderán así a favorecer respuestas de tipo individual y privado para resolver condiciones deprimidas de consumo, y evitarán el uso de mecanismos de presión; los pobladores participantes, en cambio, se orientarían favorablemente hacia ellas<sup>17</sup>. El esquema resultante contemplará, entonces, no sólo una relación entre recursos materiales y significados, sino también una distinción entre las diversas formas de conocimiento sensitivo (expresivo) y cognitivo (normativo y estratégico) que portan los participantes y los no participantes (Ver Cuadro II-4).



16. Paulo Freire, *Pedagogía del oprimido*, México, Siglo XXI Ed., 1974.

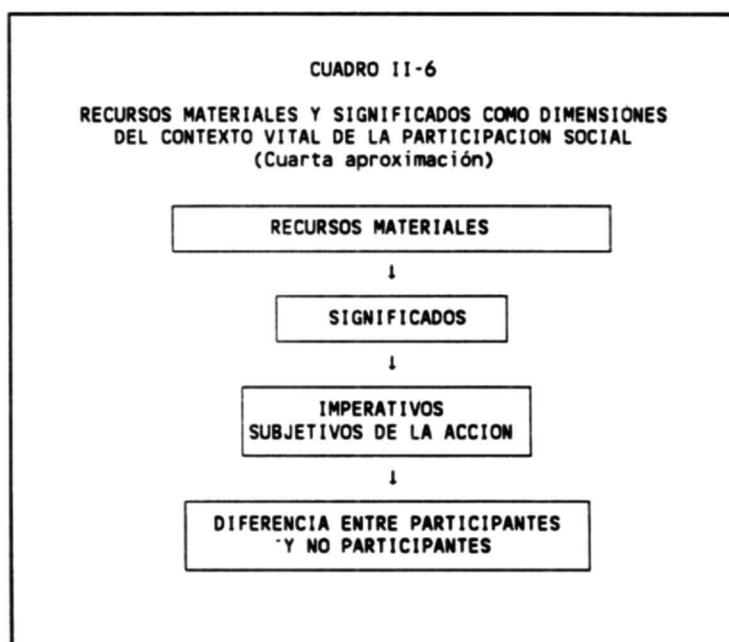
17. David Horton Smith, "A psychological model of individual participation in formal voluntary organizations", op. cit., pp. 241ss.

El importante papel que juegan los «significados» en la respuesta desigual de los pobladores ante sus condiciones deprimidas de consumo, haría necesario un análisis causal del proceso social que les ha dado origen. Pero al igual que las «condiciones materiales de vida», no podemos encontrar una sola fuente explicativa, porque encontramos más bien diversas tradiciones culturales y procesos de socialización política que pueden configurar a los significados<sup>18</sup>. Tendremos así un doble conjunto de factores causales para un doble conjunto de dimensiones que intervienen en la configuración del contexto vital de la participación social. Por una parte, situaciones heterogéneas de clases que por efectos de posiciones compartidas en el mercado generan semejantes condiciones materiales de consumo, y por otra parte, diversas tradiciones culturales y procesos de socialización política que condicionan e influyen en la conceptualización de esas situaciones deprimidas de consumo. Donde la participación social es el resultado del enlace entre ambos procesos (Ver Cuadro II-5).



18. Por el tipo de preguntas que incluimos en los cuestionarios que aplicamos (Ver Anexos III y IV), solo podremos utilizar esta parte del modelo para el caso de los dirigentes de las organizaciones (Ver Capítulo IV: "La formación del actor colectivo", inciso 2.2, subincisos c y d: "El aprendizaje político" y "Las tradiciones culturales e ideológicas").

Pero la interpretación desigual de las condiciones de vida, considerada como mediación que separa a participantes y no participantes, solo nos remite al terreno del conocimiento, sea intelectual (lo normativo o lo estratégico) o sensitivo (lo expresivo). No implica, por lo tanto, la exigencia interna del individuo para desplegar una acción práctica<sup>19</sup>. No determinan el despliegue de un actuar voluntario, esto es, la obligación interna de participar, de buscar transformar un acto de conocimiento en un acto operativo. Nos falta recuperar una serie de variables que nos permiten explicar el tránsito del conocimiento al imperativo de la acción, el tránsito de la crítica o aceptación de las condiciones de vida en términos estratégicos, normativos y expresivos, a la exigencia de establecer interacciones con otros interlocutores para modificar las condiciones deprimidas de consumo mediante acciones de movilización social (Ver Cuadro II-6).



Estos imperativos de la acción, que también son de naturaleza subjetiva pero no se presentan bajo la forma de enunciados, son el resultado del efecto de otras dos dimensiones que también integran toda interacción. Me refiero en específico a las dimensiones de rol y de posición de poder. Desde este enfoque, al tipo de actividad que un individuo desarrolle dentro de una interacción, esto es, su rol, será consustantivo el ejercicio de determinadas obligaciones de acción. Tenemos así, por ejemplo, que ante las condiciones deprimidas de consumo en una familia, no se puede esperar la misma respuesta en términos de imperativos de acción entre quienes son jefes de familia, o responsables en general, y quienes ocupan un rol de hijos o de carácter secundario en relación a la solu-

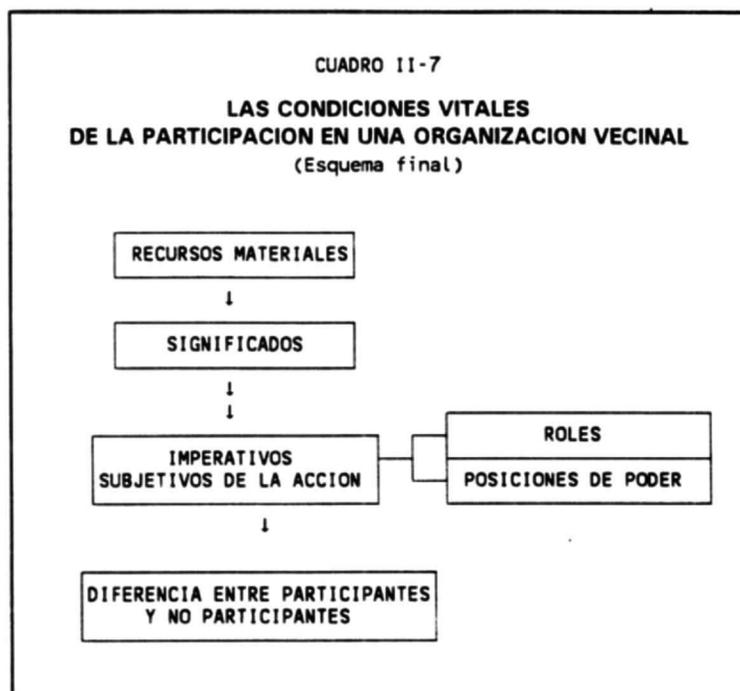
19. Roger Vernaux, *Filosofía del hombre*, Barcelona, Editorial Herder, 1971.

ción de las necesidades de consumo. Hemos de esperar, por lo tanto, una tendencia hacia una mayor participación entre quienes ocupan roles vinculados a la responsabilidad del consumo familiar, sean mujeres o varones.

Así mismo, quienes ocupan un determinado rol familiar como ser jefe o jefa de familia, ejercerán sus actividades dentro de una específica posición de poder: una capacidad de determinar y configurar la naturaleza de la interacción. No basta ocupar un rol, por ejemplo el de "madre" dentro de la familia, para explicar el imperativo subjetivo de la acción, se requiere también una capacidad práctica para ejecutar acciones orientadas a innovar mecanismos para proveer bienes y servicios de determinado tipo en la familia, una capacidad de poder. Y por lo tanto, para la mujer que ocupa un papel básicamente subordinado dentro de la familia con respecto al varón, sólo confinada a actividades dentro del hogar, se puede esperar que presente obstáculos importantes para participar. Y en contraparte, para la mujer que ocupa mejores posiciones en la toma de decisiones dentro del hogar, se puede esperar una disposición mayor para participar en una acción colectiva.

Tendríamos entonces un esquema final, multidimensional, para interpretar la diferencia y semejanza en las condiciones vitales que contextualizan la decisión individual para participar o no participar: una disposición determinada de recursos materiales, significados de tipo estratégico, normativo y expresivo, e imperativos de acción que derivan del ejercicio de roles y posiciones de poder (Ver Cuadro II-7). Conjunto de dimensiones que se nos presentan como propiedades interactivas que portan los individuos, y que condicionan su actuar reflexivo y permiten fundar la construcción de un sistema social como lo es una organización vecinal. Pero no se refieren a propiedades psicológicas de los individuos, diferencias de personalidad y carácter, sino más bien, independientemente de ellas, nos remiten a características que permiten la coordinación de comportamientos de los individuos cuando articulan un grupo social.

Pero éste es un modelo de investigación, un modelo teórico. Nos toca ahora someterlo a prueba, evaluar su pertinencia empírica para analizar procesos de organización vecinal muy concretos. Para ello nos basaremos en la investigación que realizamos en cuatro comunidades de la Ciudad de México, donde seleccionamos organizaciones de pobladores que desarrollaban procesos significativos de movilización vecinal.



## 2. LA SELECCION DE LAS ORGANIZACIONES.

Un análisis de las condiciones vitales de la participación social, dentro del enfoque de la interacción estructural, no busca estudiar la «individualidad» de la acción de los sujetos que conforman a las instituciones sociales. No se confunde con la actividad importante y legítima de las ciencias históricas, la psicología o las disciplinas periodísticas. Más bien, moviéndose en la perspectiva weberiana, su intención es identificar los *mecanismos* y *procedimientos típicos* por medio de los cuales las personas pueden constituir y desarrollar determinadas acciones colectivas.

La sociología construye conceptos-*tipo* -como con frecuencia se da por supuesto como evidente por sí mismo- y se afana por encontrar reglas *generales* del acaecer. Esto en contraposición a la historia, que se esfuerza por alcanzar el análisis e imputaciones causales de las personalidades, estructuras y acciones individuales consideradas *culturalmente* importantes.<sup>20</sup>

Por lo anterior, no es nuestro objetivo exponer, una vez realizada la investigación, la constitución y desarrollo de específicos procesos de organización y movilización vecinal. No buscamos hacer una ejercicio donde narremos y analicemos las acciones, luchas y problemas de determinados grupos de pobladores que, a través del despliegue de estra-

20. Max Weber, *Economía y sociedad*, op. cit., p. 16.

tegrías de movilización social, han buscado transformar sus condiciones de vida y su relación con la sociedad global. Sin desconocer la importancia y necesidad de este tipo de trabajos, nos preocupa *un ejercicio de investigación orientado a la construcción de modelos* de contextualización, constitución y desarrollo de las organizaciones vecinales que, en la Ciudad de México, despliegan acciones de movilización social.

Desde esta perspectiva, para la aplicación empírica del modelo teórico y su contrastación, fue necesario identificar experiencias significativas de organización vecinal que, en la Ciudad de México, desarrollaran importantes acciones de movilización social. Y el criterio de significación lo construimos tomando en cuenta lo siguiente: 1) deberían ser organizaciones no pertenecientes al partido oficial, que utilizaran de manera regular métodos de presión socio-política para el logro de sus demandas (mítines, marchas, etc.). Consideramos que ésta era una característica recurrente de toda organización popular que incidía no solo en la atención de necesidades básicas, sino también en la modificación de las instituciones políticas. 2) Las organizaciones tendrían una cierta estabilidad interna, por lo tanto no se habrían formado en tiempos inmediatamente cercanos a la realización del estudio; de lo contrario, no se podrían estudiar las distintas fases de desarrollo que atraviesan. Para tal fin, un buen criterio era considerar casos que ya estuvieran acompañados de una serie de reivindicaciones positivamente conseguidas. 3) Las organizaciones deberían tener un peso importante en la comunidad, para poder realmente ponderar la diferencia entre los vecinos participantes y los no participantes. 4) Las organizaciones, como deben estar vinculadas a un proceso general de cambio que opera en la sociedad más global, contribuirían al surgimiento o desarrollo de otros movimientos vecinales, ya sea porque han influido directamente, o bien, porque han llegado a ser concebidas como "modelos" de los movimientos vecinales. 5) Finalmente, deberían estar representadas algunas de las distintas opciones de movilización vecinal que se presentaban en la ciudad de México.

A partir de estos criterios identificamos en el año de 1991, cuando realizamos la investigación, cuatro opciones importantes de movilización en la Ciudad de México: la Unión Popular Revolucionaria Emiliano Zapata (U.P.R.E.Z.), la Asamblea de Barrios, la Alianza para la Integración Vecinal, y «Grupos individuales». En los primeros tres casos se trata de agrupaciones que aglutinan numerosas organizaciones pertenecientes a determinadas colonias o barrios, y su origen e ideología varía en ciertos aspectos más o menos importantes. La primera, la U.P.R.E.Z., tiene su base de acción más fuerte en colonias periféricas de la Ciudad de México de reciente formación. Y su origen se remonta a un movimiento político de inspiración maoísta, la «Organización de Izquierda Revolucionaria Línea de Masas», que llegó a ser muy relevante en el esfuerzo por desarrollar una organización nacional de los movimientos vecinales: la CONAMUP, la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular (surgida en el año de 1980). La segunda, la Asamblea de Barrios, tuvo su origen en el año de 1987, con grupos provenientes de la CONAMUP, pero también con organizaciones relacionadas con los trabajos de reconstrucción alrededor de los sismos de 1985. Desde su constitución se ha desarro-

llado de manera muy estrecha con el Partido de la Revolución Democrática, que en el año de 1988 le disputó significativamente el poder al partido oficialista.

La Alianza para la Integración Vecinal, se ha conformado por organizaciones que tuvieron una presencia también muy importante en los trabajos de reconstrucción del Centro Histórico de la Capital. En general ya existían con anterioridad a los sismos de 1985, pero adquirieron particular fuerza por su aportación a la organización de los damnificados a través de la Coordinadora Unica de los Damnificados. Se constituyó en el año de 1989, y su orientación ideológica plantea la idea de la construcción de un socialismo democrático, donde haya clara autonomía de las organizaciones civiles con respecto a los partidos políticos, pero se puedan realizar alianzas coyunturales con éstos. Y finalmente, tenemos a las «organizaciones individuales», que son agrupaciones no enlazadas con ninguna de estas corrientes, pero con clara autonomía con respecto a los aparatos corporativos del partido oficial.

A partir de estas opciones de movilización social, seleccionamos dos casos «significativos» dentro de cada una de ellas, ocho en total: la «Unión Popular Centro Morelos», la «Unión Popular Valle Gómez», la «Unión de Colonos, Inquilinos y Solicitantes de Vivienda "U.C.I.S.V. Libertad"», la «Unión de Vecinos Ermita Zaragoza», la «Unión de Colonos Lomas de la Estancia», la «Unión de Inquilinos de la Colonia Pensil», la «Unión Independiente de Colonos de la Colonia 2 de Octubre», y la «Asociación de Residentes, Comerciantes y trabajadores de la Zona de la Alameda».

En las ocho comunidades aplicamos un guión de entrevista a diversos dirigentes, orientado a conocer la historia de la organización vecinal (Ver Anexo III). Cada cuestionario se aplicó generalmente en dos sesiones con una hora y media de duración cada una, y sus resultados se utilizaron para desarrollar sobre todos los capítulos quinto y sexto. Posteriormente, se seleccionaron cuatro de esas comunidades, pertenecientes a las distintas opciones políticas de movilización, para aplicar un cuestionario de preguntas cerradas (Ver Anexo IV). En cada una se levantaron aproximadamente 60 cuestionarios (en total 230), divididos en un número aproximadamente igual de personas participantes y no participantes en la organización local. La aplicación de los cuestionarios duró unos 45 minutos para el primer grupo, y unos 30 minutos para el segundo grupo.

Los participantes se seleccionaron aleatoriamente de listas proporcionadas por las mismas organizaciones, y en su mayoría resultaron ser personas mayores de 18 años de edad y jefes de familia, con una presencia notoriamente superior de mujeres. Para el caso de los entrevistados que no eran participantes, se seleccionaron también de manera aleatoria dentro de los poblamientos, pero cuidando que tuvieran las mismas características de los participantes en cuanto a edad, situación de parentesco y presencia de mujeres, sin embargo, por cuestiones de variación a la hora de aplicar el muestreo, se entrevistaron «hombres no participantes» en una proporción un poco mayor a los «hombres participantes».

En relación a la distinción analítica que aquí hacemos entre «participantes» y «no participantes», la fundamentamos en el concepto de «posición de poder» que desarrollamos anteriormente. Basta recordar que dicho concepto lo colocamos como una de las piezas clave para entender los procesos de coordinación social. Desde esta perspectiva, «participar» significa contribuir a la construcción y desarrollo de un contexto vital, sea mediante la colaboración en la definición y organización de las propiedades colectivamente compartidos (significados, recursos materiales, roles) o simplemente a través de su reproducción y operación. Y para traducir en indicadores operativos el concepto de «participantes», aplicarlo a los procesos de organización y movilización vecinal, y diferenciarlo prácticamente del concepto de «no participantes», utilizamos los siguientes criterios empíricos: participante es aquella persona que de manera regular, cuando menos una vez por quincena, colabora en actividades colectivas de las organizaciones de vecinos. Puede tratarse de la simple asistencia a una asamblea, la militancia en una marcha de denuncia o demanda, o bien, de actividades tan complejas como la dirección del movimiento, las faenas de autoconstrucción, la elaboración de pliegos petitorios, el manejo de la tienda comunitaria, o cualquier otra acción de significado colectivo. ¿Y por qué quince días?, porque según la opinión que numerosas personas nos han brindado, vinculadas con organizaciones de este tipo y en general programas de desarrollo comunitario y social, es el período aproximado que se necesita para generar una cierta consistencia e identidad grupales. Desde luego algunas otras propusieron reducir el tiempo a una semana, pero en general casi nadie se inclinó por períodos superiores.

### **3. LAS CONDICIONES MATERIALES DE VIDA.**

Para la aplicación empírica del modelo conceptual, comenzaremos en este apartado con un análisis bivariado de una de sus dimensiones: las condiciones materiales de vida o «recursos materiales de la interacción». Contrastaremos diversos indicadores del nivel de vida con respecto a la dicotomía participantes versus no participantes, analizando cómo se diferencian o se vuelven semejantes los indicadores en relación a cada tipo de poblador. En el siguiente capítulo procederemos a analizar la dimensión de significados de manera igualmente bivariada, y posteriormente elaboraremos un modelo estadístico multivariado que integre el conjunto de las cuatro dimensiones intervinientes.

#### **3.1 Escasez y condiciones de vida.**

Hacinamiento y deterioro en las viviendas, bajos ingresos familiares, servicios públicos deficientes y hasta inexistentes, poca calificación de la mano de obra, desempeño de actividades informales y laboralmente inestables, problemas constantes en materia de nutrición y salud en general, etc., son algunos de los rasgos que tipifican a un importante sector poblacional de México y América Latina. Son los sectores populares urbanos, habitantes de los viejos cascos de la ciudad, de algunas unidades habitacionales construidas por los programas públicos de vivienda, y en especial, pobladores de las

numerosas colonias y asentamientos irregulares que se han venido formando en la periferia de las grandes y medianas ciudades. A partir de la década de los cuarenta, se constituyeron en el sector poblacional con mayor dinamismo en cuanto a su crecimiento y expansión, y progresivamente han llegado a ser uno de los más numerosos en las sociedades urbanas de América Latina. En el caso de los sectores populares que habitan las colonias y asentamientos irregulares de las grandes ciudades latinoamericanas, han llegado a ser aproximadamente la tercera parte de la población total. En la Ciudad de México, por ejemplo, eran el 40% de la población en el año de 1980<sup>21</sup>. En Lima, Perú, el 32.5% en 1983<sup>22</sup>, y en Santiago, Chile, el 32.9% en 1987<sup>23</sup>.

Las consecuencias del crecimiento acelerado de este sector poblacional, en cuanto a su potencial contribución al cambio de los sistemas políticos tradicionales, es por demás evidente. Y esto en un doble sentido. Por una parte, porque en el caso de América Latina, los niveles de urbanización no han correspondido a los niveles de industrialización; la transferencia de la población rural hacia las ciudades no ha sido acompañada de un proceso paralelo de absorción en el sector económico moderno, sino de creación de una masa poblacional con condiciones de trabajo y niveles de vida altamente deprimidos. Cuestión por demás ampliamente estudiada y analizada, especialmente en los años setenta.

Por otra parte, porque el desarrollo del sector popular urbano ha constituido un gran reto al ordenamiento político de nuestras sociedades latinoamericanas, y esto independientemente de la correspondencia o no entre industrialización y urbanización. En efecto, podemos considerar en términos generales, que los ordenamientos políticos premodernos basaban su estabilidad en gran medida en la existencia de una masa poblacional poco dinámica en términos numéricos<sup>24</sup>. Y la transformación socio-demográfica que comenzó básicamente a partir de la década de los cuarenta, ha constituido un claro desafío a esos ordenamientos. Requiere nuevas formas de integración, negociación y participación. La historia política de México y las sociedades urbanas de América Latina durante los últimos cincuenta años -como veremos en el último capítulo de este trabajo- es en gran medida, la búsqueda de formas de articulación con esos nuevos sectores populares urbanos.

Ante el fenómeno, la comunidad académica latinoamericana mostró muy poco interés al principio, pese a que en términos políticos ya comenzaba a percibirse su importancia. Estaba más bien concentrada en el estudio de los grupos considerados tradicional-

21. Martha Scheingarth, *Los productores del espacio habitable*, México, COLMEX, 1989, p. 51.

22. José Matos Mar, *Desborde popular y crisis del estado: El nuevo rostro del Perú en la década de 1980*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1984, p. 68.

23. Jorge Chateau y Hernán Pozo, "Los pobladores en el área metropolitana: situación y características", en Hernán Pozo (ed.), *Espacio y poder. Los pobladores*, Santiago, FLACSO, 1987, p. 25; Guillermo Campero, *Entre la sobrevivencia y la acción política. Las organizaciones de pobladores en Santiago*, Santiago, Ediciones ILET, 1987, pp. 21-36.

24. Eisenstadt, S.N., *Modernización, movimientos de protesta y cambio*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1968, p. 13.

mente como importantes en los procesos de estabilidad y cambio social: los campesinos, los trabajadores industriales, la burguesía industrial, los partidos políticos, etc. En cambio, algunos actores gubernamentales valoraron el capital político que podría implicar la relación con los nuevos sectores populares urbanos. En México, por ejemplo, el antecedente del partido oficial, el Partido de la Revolución Mexicana (ahora Partido Revolucionario Institucional), formó a principios de los años cuarenta una de las primera experiencias gubernamentales en América Latina orientadas al control y canalización corporativa de sus demandas: la Confederación Nacional de Organizaciones Populares, que también aglutinaba a otros sectores sociales. Y en Perú, entre los años 1948 a 1956, el dictador Manuel Odría buscó legitimar su poder político -por primera vez en la historia de su país- mediante el control clientelista de los pobladores<sup>25</sup>. En ambos casos, se trataba de utilizar su situación de escasez, sus numerosas necesidades no satisfechas, para configurar determinados objetivos de control y legitimidad política.

Cuando comenzaron los estudios académicos sobre los sectores populares urbanos en América Latina, en especial a finales de los años cincuenta, los investigadores estuvieron interesados en analizar dos temáticas centrales, ambas relacionadas con las implicaciones para la sociedad general de las condiciones de pobreza que los caracterizaba. Una primera, de menor desarrollo y que siguiendo a Oscar Lewis podemos enunciar como "investigaciones sobre la cultura de la pobreza"<sup>26</sup>, se concentró en analizar las formas culturales, de organización y comportamiento que, de manera relativamente autónoma, los pobladores desarrollaban para hacer frente a su situación. Y otra segunda, que podemos enunciar como "investigaciones sobre el potencial revolucionario de los pobladores", trató de analizar los posibles efectos de desestabilización que para los sistemas políticos implicaba la migración de una masa creciente de campesinos a las ciudades en condiciones de marginación.

El impacto alarmista que generó este último tipo de estudios en los años sesenta, tanto en la opinión pública como en los gobiernos, fue impresionante. Marcó en gran medida la definición y operación de algunos de los contenidos de la "Alianza para el Progreso", que lanzó el gobierno norteamericano de John F. Kennedy, y las preocupaciones y acciones de los gobiernos de la región: había que evitar a toda costa la repetición de la experiencia cubana mediante fórmulas de integración de los sectores populares urbanos. Y estas fórmulas podían ser desde programas de desarrollo y seguridad sociales, hasta mecanismos de control político de mayor o menor autoritarismo. Había que encontrar una alternativa a "los condenados de la tierra" (Fanon), que podían constituirse en la alternativa revolucionaria de una sociedad que los marginaba y los explotaba.

Este discurso político, amparado en ciertos tipos de investigaciones académicas, era en realidad la versión latinoamericana de las teorías anómicas de la modernización

---

25. David Collier, *Barriadas y élites: de Odría a Velasco*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos Ediciones 1978, pp. 68-77.

26. Oscar Lewis, *Antropología de la pobreza*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961, pp. 16-32.

urbana, que alcanzó sus más altos desarrollos en las propuestas de autores como Ernest W. Burgess<sup>27</sup> y Luis Wirth<sup>28</sup>. Para ellos, el desarrollo de la sociedad urbana implicaba el desplazamiento total de los rasgos comunitarios de la sociedad tradicional. Era el crecimiento y expansión de relaciones de tipo individualista, masivas, despersonalizantes y disfuncionales. Y en el caso de América Latina, ya no se trataba de individuos anómicos, pero sí de individuos pobres que configuraban organizaciones que finalmente también desestructurarían el orden colectivo de la ciudad. Eran la base de una masa poblacional desestabilizadora del orden que los había marginado y condenado a la pobreza.

Sin embargo, poco a poco fue claro que este tipo de interpretación era más el resultado de un discurso *a priori*, motivado por contenidos fuertemente ideológicos, que el producto de un análisis sistemático y adecuado de la problemática. En efecto, estudios pioneros como los desarrollados por John H. Turner y José Matos<sup>29</sup>, y seguidos posteriormente por un número importante de investigaciones empíricas, cambiaron en la comunidad académica los marcos de interpretación: ni los pobladores pobres eran una masa de individuos anómicos, ni sus organizaciones eran en esencia acciones colectivas orientadas a la desestabilización de los sistemas políticos. Poco a poco quedó claro que la supuesta relación directa entre escasez y movilización era falsa. En el sentido de que la condición de pobreza generaba necesariamente organización y ésta, a su vez, implicaba un efecto desestabilizador y transformador del sistema político. En el caso de México, los estudios al respecto fueron muy escasos, pero entre los pocos realizados destaca de manera importante los trabajos de Wayne A. Cornelius<sup>30</sup>. En sustancia, sus estudios mostraban cómo los mecanismos de autoayuda entre los pobladores, y el mejoramiento relativo en las condiciones de vida que les implicaba la migración hacia las ciudades, determinaban la respuesta más bien funcional y no revolucionaria de los pobladores en el terreno político. Respuesta funcional que se elaboraba en un proceso de aprendizaje político en donde intervenían tanto los pobladores como los gobiernos.

Sin embargo, varios de esos estudios también cometieron el error de extrapolar arbitrariamente sus conclusiones, porque pretendieron inferir que las organizaciones de pobladores eran siempre funcionales al sistema socio-político. En concreto, al igual que los estudiosos de los efectos anómicos de la urbanización, y de las potencialidades revolucionarias de las masas urbanas, *formularon la existencia de un tipo básico y fundamental de respuesta ante las condiciones de escasez*, que en este caso era la integración al sistema por parte de los pobladores. Pero hechos sucedidos en países como Chile, Perú y México han mostrado que tal generalización también es arbitraria: la condición de pobreza que enfrentan las organizaciones de pobladores puede ser un factor que motive el desa-

---

27. Ernest W. Burgess, "El crecimiento de la ciudad: introducción a un proyecto de investigación", en G.A. Theodorson (comp.), *Estudios de ecología humana*, Barcelona, Ed. Labor, S.A., 1974.

28. Luis Wirth, *El urbanismo como modo de vida*, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1962.

29. José Matos Mar, *Estudio de las barriadas limeñas, 1955*, Lima, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Universidad Mayor de San Marcos, 1967.

30. Wayne A. Cornelius, *Los pobres en la Ciudad de México y la política*, México, F.C.E., 1980.

rollo de procesos de movilización colectiva, que contribuyan al cambio de ámbitos de la organización estructural o cotidiana de la vida social.

En síntesis, tanto los teóricos del comportamiento revolucionario de los pobladores como los integracionistas, no generaron una teoría de la "desigualdad de respuestas ante la pobreza", una teoría que permitiera recuperar, por una parte, la existencia de un contexto semejante de condiciones materiales de vida en el llamado "sector popular urbano", y por otra parte, el desarrollo de desiguales respuestas ante su problemática. La propuesta de la sociología de la interacción estructural busca colaborar a la solución de estos problemas de investigación. Y para la prueba empírica del modelo, procederemos inicialmente con el análisis de las condiciones materiales y niveles de vida que caracterizan a las comunidades analizadas.

### 3.2 Los ingresos familiares per cápita y su distribución.

En una sociedad donde las capacidades de mercado determinan centralmente los niveles de consumo de la población, los ingresos que se obtienen por la prestación de un servicio, la venta de mercancías o la producción de bienes es un buen indicador para conocer las condiciones materiales de vida de la población. Pero en una sociedad específica como la mexicana no son los ingresos del individuo aislado, atomizado, sino los que se obtienen en la unidad familiar dentro del hogar<sup>31</sup>. Esta constituye un espacio donde en mayor o menor medida se ponen en común los ingresos provenientes de los distintos proveedores, y no solo del jefe de familia que podría ser el principal responsable de su generación<sup>32</sup>.

Los ingresos que las unidades familiares obtienen se originan por determinadas capacidades de mercado, y entre sus diversas fuentes destaca especialmente el desempeño de trabajos remunerativos, sin embargo, otro tipo de fuentes también pueden ser relevantes, como son las rentas, remesas, pensiones y despensas, entre otras. En nuestro estudio, como en los realizados por numerosas investigaciones<sup>33</sup>, resalta la presencia de una población en los sectores populares con las siguientes características en su situación laboral, en su situación de clase:

---

31. Jorge Giusti, "Rasgos organizativos en el poblador marginal urbano latinoamericano", en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, 1968, pp. 66-67.

32. Brígida García, Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira, *Hogares y trabajadores*, México, COLMEX, 1982.

33. Aníbal Quijano, "La formación del universo marginal en las ciudades de América Latina", op. cit.; Gili, 1973; Luis Pereira, "Poblaciones marginales", en *Revista Paraguaya de Sociología*, op. cit., p. 18; Ernesto Pastrana y Mónica Threlfall, *Pan, techo y poder. El movimiento de pobladores en Chile (1970-1973)*, op. cit., pp. 46-47; Guillermo Campero, *Entre la sobrevivencia y la acción política (Las organizaciones de pobladores en Santiago)*, op. cit., p. 27.

- La heterogeneidad de las fuentes de ingreso: existen trabajadores provenientes de muy diversos y diferentes sectores y ramas laborales. Encontramos así trabajadores del sector de servicios y de la industria, y dentro de ellos, pertenecientes a las más diversas actividades: comercio, dependencias públicas, fábricas de ropa y alimentos, industria de la construcción, trabajadoras domésticas, etc. No encontramos, así, ninguna homogeneidad en el tipo de trabajo específico que desempeñan dentro de la unidad económica, ni del bien que producen o en el servicio que elaboran.
- El desempeño proporcionalmente importante de actividades informales en términos legales. Abunda así la presencia de trabajadores que ejercen actividades de manera independiente pero sin registro legal de ningún tipo, o bien, trabajadores que establecen relaciones asalariadas de manera provisional sin mediación de ningún tipo de contrato de trabajo. Sujetos así a las fluctuaciones de la oferta y la demanda de las industrias, con salarios muy bajos, y con pocas o nulas prestaciones sociales.
- La ubicación de la población en las posiciones más bajas de la escala de las relaciones laborales. Sean trabajadores formales o informales, independientes o asalariados, ocupan generalmente las posiciones más bajas en la toma de decisiones en materia de la producción y circulación de los bienes y servicios que ofrecen.
- Y la presencia muy pequeña, no mayoritaria, de ingresos provenientes de fuentes distintas del trabajo remunerado (rentas, pensiones del cónyuge, etc.).

Nos encontramos entonces con un sector poblacional que tiene una diversa situación de clase, pero una semejante posición de clase en el mercado. Diversa situación por el carácter heterogéneo de las actividades económicas desarrolladas y por su diferente relación con el aparato legal de la sociedad, y semejanza de posiciones por su ubicación marginal en el mercado, en particular en el de bienes inmuebles.

Acorde con esta perspectiva, en nuestro estudio encontramos también una diversidad muy grande en el tipo de actividades económicas desarrolladas, donde si bien dominan las actividades de servicios (65%), contra las productivas (35%), en términos de rama y giro se multiplican a tal nivel que no encontramos ninguna semejanza: obreros industriales (15%), obreros de la construcción (10%), carpinteros (3%), vendedores ambulantes (8%), trabajadoras domésticas (6%), empleados públicos (14%), maestros (7%), etc. Sin embargo, cuando traducimos las diversas situaciones laborales en niveles de ingreso familiar, y lo dividimos entre el número de miembros que tienen, aparece un primer proceso de nivelación de la población que nos permite hablar de la existencia del "sector popular urbano" (Ver Cuadro II-8). En efecto, encontramos que el 26.9% tenía ingresos per capita de 0.33% o menos salarios mínimos mensuales (S.M.M.); 45.6% ingresos entre 0.33 y 0.66 S.M.M.; 19.9% ingresos entre 0.66 y 1.00 S.M.M., y sólo el 10.5% tenía ingresos superiores a 1.0 S.M.M; montos que reflejan la pertenencia de la

mayoría de los entrevistados a los estratos socio-económicos de pobreza media y extrema en México<sup>34</sup>.

Y esta distribución de ingresos *es semejante* tanto en los pobladores participantes en las organizaciones vecinales, como en los no participantes (según prueba de  $X^2$  -ver pie de página número <sup>35</sup>-). No encontramos a este nivel del análisis alguna diferencia importante en la distribución de los ingresos per capita dentro de las unidades familiares de ambos grupos, lo que nos permite hablar de la existencia de una cierto tipo de identidad «formal» entre participante y no participantes, en la medida en que hacemos abstracción de las demás dimensiones que también integran al contexto vital, al sistema de interacciones.

CUADRO II-8					
TIPO DE POBLADOR Y NIVEL DE INGRESO PER CAPITA DENTRO DE LAS FAMILIAS Salarios Mínimos Mensuales					
TIPO DE POBLADOR	NUMERO DE S.M.M.				
	0.33 ó <	0.33 - 0.66	0.66 - 1.00	1.00 ó >	
PARTICIPANTES					
● Casos:	31	56	16	10	113
● % Columna:	50.0%	53.3%	41.0%	41.7%	49.1%
● % Renglón:	27.4%	49.6%	14.2%	8.9%	
● Frecuencia esperada:	30.5	51.6	19.2	11.8	
NO PARTICIP.					
● Casos:	31	49	23	14	117
● % Columna:	50.0%	46.7%	59.0%	58.3%	50.9%
● % Renglón:	26.5%	41.9%	19.7%	11.9%	
● Frecuencia esperada:	31.5	53.4	19.8	12.2	
Total columnas:	62	105	39	24	230
% renglón:	26.9%	45.6%	16.9%	10.4%	

34. Fernando Cortés y Rosa María Rubalcava, *Monografía censal sobre el ingreso de los hogares*, México, F.C.E., 1994, p. 27.

35. Hay independencia estadística entre las dos variables: tipo de poblador y nivel de ingresos per capita dentro de las familias, porque se obtuvo una  $X^2$  de 2.34449, con 3 grados de libertad, y con una significación mayor de 0.50.

### 3.3 La relación territorial: el tipo de vivienda y los servicios urbanos.

La semejanza en los ingresos per capita de participantes y no participantes es un primer tipo de identidad «formal» entre ambos grupos, de naturaleza más bien analítica. Pero cuando consideramos esa semejanza y la relacionamos con la capacidad de mercado que en materia de bienes inmuebles y equipamientos colectivos ocasiona, encontramos un segundo proceso de nivelación en el uso de los espacios urbanos. Participantes y no participantes convergen así, debido a sus ingresos semejantes, en el uso y habitación de los mismos territorios, porque las capacidades compartidas que en el mercado tienen los vuelve demandantes del mismo tipo de suelos, infraestructura urbana y vivienda.

Sin embargo, la nivelación en los usos del espacio urbano no es un proceso que derive únicamente de las fuerzas del mercado, de procesos de oferta y demanda de naturaleza económica formal o informal, con presencia importante del sector inmobiliario. En realidad, junto con el mercado, el espacio urbano popular se genera también por formas de intervención de los gobiernos en los procesos de regulación territorial y de ordenamiento del sistema político. Encontramos así, en el caso de México y América Latina, cuatro formas básicas de construcción de los espacios populares urbanos<sup>36</sup>, que derivan de procesos peculiares de relación entre los pobladores, el mercado y los gobiernos:

- Los poblamientos de los viejos cascos y centros urbanos, donde la problemática central es el deterioro creciente de los equipamientos colectivos y de las viviendas, la diversificación de los usos de los suelos, y el enfrentamiento de programas y propuestas de renovación urbana frecuentemente segregantes.
- Los asentamientos o colonias periféricas, que se formaron a partir de tomas colectivas de terrenos o compras individuales de carácter legal o informal, y que frecuentemente carecen de numerosos e importantes servicios públicos.
- Los asentamientos de erradicación o reubicación, que se forman por políticas públicas orientadas a trasladar pobladores ocupantes de zonas de remodelación o por construcción de obras de infraestructura urbana importantes.
- Y las unidades habitacionales, construidas principalmente a partir de programas públicos de vivienda popular, o también por la participación de empresas privadas.

---

36. Las tipologías varían según las propuestas conceptuales de los diversos autores, pero creemos que se pueden reducir a cuatro fundamentales que presentaremos a continuación. Cfr. al respecto, las clasificaciones de Jorge Giusti, "Rasgos organizativos en el poblador marginal urbano latinoamericano", op. cit. pp. 68-69; David Collier, *Barriadas y élites: de Odría a Velasco*, op. cit., pp. 53-56; Jorge Chateau y Hernan Pozo, "Los pobladores en el área metropolitana: situación y características", op. cit., pp. 22-52. Ernesto Pastrana y Mónica Threlfall, *Pan, techo y poder. El movimiento de pobladores en Chile (1970-1973)*, op. cit., p. 41.

En estos espacios, participantes y no participantes comparten en términos generales el mismo tipo de bienes colectivos, infraestructura urbana y vivienda. Y por lo tanto en esta temática no podemos encontrar la razón de su desigual comportamiento; conclusión que por demás ya ha sido mencionada por numerosos investigadores.

Para volver a someter a prueba esta hipótesis, construimos un índice de calidad de vivienda y otro de servicios urbanos, mediante el análisis factorial. Para la construcción del «índice de calidad de vivienda» tomamos en consideración los siguientes indicadores: 1) número de cuartos para dormir, 2) existencia de cocina separada, 3) disponibilidad de un cuarto para comedor, 4) disposición de un cuarto para sala, y 5) disponibilidad de baño de uso privado para la familia. Los valores obtenidos para cada uno de los casos investigados los dividimos en dos grupos: viviendas de calidad baja y de calidad superior. En el primer tipo, «la vivienda de calidad baja», se concentraron aquéllas que tenían menor número de dormitorios y tendían a carecer de un cuarto propio para cocina, comedor y sala, así como de baño para uso privado de la familia. En contraparte, en el tipo «vivienda de calidad superior» se tendieron a concentrar aquéllas con un número mayor de dormitorios, disponibilidad de cuartos para cocina y comedor, y de baño para uso privado de la unidad familiar. Es necesario enfatizar que aquí entendimos por «calidad superior» la disponibilidad de más infraestructura en relación a la media de los casos estudiados, que en términos promedio se caracterizó por la posesión de un dormitorio, y el uso simultáneo de un cuarto como sala, comedor y cocina.

Al agrupar la calidad de las viviendas en esos dos tipos, y relacionarla con la situación de participante o no participante de los entrevistados, nuevamente encontramos la ausencia de diferencias importantes entre ellos (Ver Cuadro II-9 y prueba estadística en pie de página número 37). Ambos subgrupos compartían así una misma situación social y eran semejantes en esta materia: ni los participantes tendían significativamente a tener las peores viviendas en los poblamientos, ni los no participantes tendían a ocupar las mejores.

En relación a los niveles de equipamiento de tipo colectivo que disponen los hogares, como es la infraestructura urbana, también partimos de la hipótesis de que, por principio, no encontraríamos diferencia importante en su disponibilidad por parte de participantes y no participantes. Y la razón es muy específica: los programas de dotación de servicios que desarrollan las instituciones y dependencias gubernamentales tienden a actuar sobre el territorio considerado como unidad administrativa, sin discriminar dentro de ellos a los diversos tipos de pobladores. Desde esta perspectiva, la unidad mínima de administración espacial de los programas públicos de servicios urbanos son las colonias, o sus diversas variantes, y cuando operan los programas concretos tienden en el corto plazo a beneficiar al conjunto de los pobladores.

---

37. Hay independencia estadística entre las dos variables: tipo de poblador y calidad de vivienda, porque se obtuvo una  $X^2$  de 0.64266, con 1 grado de libertad, y con una significación de 0.4231.

CUADRO II-9			
TIPO DE POBLADOR Y CALIDAD DE LA VIVIENDA			
TIPO DE POBLADOR	CALIDAD DE LA VIVIENDA		
	BAJA	SUPERIOR	
<b>PARTICIPANTES</b>			
● Casos:	62	51	113
● % Columna:	52.1%	45.9%	49.1%
● % Renglón:	54.9%	45.1%	
● Frecuencia esperada:	58.5	54.5	
<b>NO PARTICIPANTES</b>			
● Casos:	57	60	117
● % Columna:	47.9%	54.1%	50.9%
● % Renglón:	48.7%	51.3%	
● Frecuencia esperada:	60.5	56.5	
Total columna:	119	111	230
% renglón:	51.7%	48.3%	100%

Para someter a prueba esta hipótesis, construimos también un índice de "dotación de servicios públicos", utilizando como recurso estadístico un análisis factorial. El índice fue elaborado contemplando la disponibilidad de tres tipos de bienes: 1) agua entubada dentro de la vivienda, 2) energía eléctrica, y 3) drenaje. Contrario a lo que esperamos, los datos nos mostraron una diferencia entre participantes y no participantes (Ver Cuadro II-10, y prueba estadística en pie de página núm. -38-). Diferencia pequeña, pero significativa en términos estadísticos. Encontramos así que, en el caso de los participantes, el 36.3% pertenecía al grupo con baja dotación de servicios, y el 63.7% pertenecía al grupo con mejor dotación. En cambio, en el grupo de los no participantes, solo el 20.5% tenían baja dotación, mientras que el 79.5% tenían mayor dotación.

Los resultados son teóricamente problemáticos. Porque si bien suponíamos diferencias importantes entre los diversos asentamientos investigados, lo que se expresaría como diferencia entre viviendas con bajos o altos niveles de equipamiento, los procedimientos de construcción y dotación de los servicios urbanos no eran consistentes con una detección de diferencias importantes de tipo "normal" dentro de un mismo asentamiento, y por lo tanto como diferencias entre participantes y no participantes. ¿Qué podría intervenir, entonces, para modificar sustancialmente una política gubernamental que atiende a los asentamientos populares como unidades administrativas más o menos homogéneas?. Para encontrar una posible respuesta procedimos a conocer la distribución de los casos

38. Hay relación entre tipo de poblador y dotación de servicios urbanos: se obtuvo una  $X^2$  de 7.1057, con 1 grado de libertad, y un nivel de significación menor a .01.

en cada uno de los cuatro asentamientos investigados. Y en uno de ellos, que se encontraba en la pendiente de una cadena montañosa<sup>39</sup>, encontramos la explicación que influyó decisivamente en el comportamiento no previsto del total de datos: era el único asentamiento que tenía internamente dos tipos de orografía, una de muy baja inclinación, donde había dotación de servicios públicos, y otra de mayor inclinación que carecía de ellos en gran medida, en especial los de agua potable y drenaje, como consecuencia de problemas técnicos para hacerlos llegar.

CUADRO II-10			
TIPO DE POBLADOR Y DOTACION DE SERVICIOS URBANOS			
TIPO DE POBLADOR	NIVEL DE SERVICIOS		
	BAJA DOTACION	MEJOR DOTACION	
<b>PARTICIPANTES</b>			
● Casos:	41	72	113
● % Columna:	63.1%	43.6%	49.1%
● % Renglón:	36.3%	63.7%	
● Frecuencia esperada:	31.9	81.1	
<b>NO PARTICIPANTES</b>			
● Casos:	24	93	117
● % Columna:	36.9%	56.4%	50.9%
● % Renglón:	20.5%	79.5%	
● Frecuencia esperada:	33.1	83.9	
Total columnas:	65	165	230
% renglón:	28.3%	71.7%	100%

Y era en esa parte superior de la colonia donde, precisamente, se había formado la organización de vecinos. Pero no motivada por la carencia de servicios urbanos, sino por un problema generado alrededor de la propiedad de la vivienda: la desigual orografía también estaba acompañada de una diversa reglamentación oficial sobre usos del suelo, donde la parte superior había sido declarada zona de reserva ecológica y, en consecuencia, tenía problemas centrales para la legalización de la propiedad de la tierra. La diversidad topográfica es así lo que explica la respuesta desigual de los programas públicos de servicios urbanos dentro de uno de los asentamientos. Pero esta no era la razón de la participación o no de los pobladores en la organización vecinal local, porque no estaba

39. No mencionamos el nombre de la colonia, porque no es nuestro objetivo en esta investigación explicitar la organización vecinal que nos proporcionó la información correspondiente, a partir de la aplicación del guión de entrevista.

entre sus objetivos resolver su carencia, sino más bien los problemas de la tenencia de la tierra y de la vivienda.

### **3.4 La propiedad de la vivienda.**

El problema de la dotación desigual de los servicios urbanos, y la limitada capacidad explicativa que tiene para dar cuenta de la diferencia entre participantes y no participantes, nos ha llevado directamente al estudio de la posible influencia del tipo de tenencia o propiedad de la vivienda. Se trata también de una variable teórica relacionada directamente con la problemática territorial, con la configuración socio-espacial de la organización humana.

Esta variable es de especial importancia. De hecho, la literatura de México y América Latina ha destacado que la mayoría de los procesos de organización vecinal que han llamado la atención en los medios académicos y de opinión pública, han estado relacionados muy estrechamente con demandas vinculadas a la vivienda, y dentro de ellas la tenencia de la tierra, aunque desde luego también con otras de tipo diferente. Si consideramos la importancia central que tiene la vivienda en el terreno de la vida social, en cuanto espacio que contribuye a la realización de las más diversas y fundamentales necesidades, el fenómeno detectado es por demás obvio. Ahí, en la vivienda, no sólo se obtiene una gran parte del abrigo que requiere el individuo ante el medio ambiente, sino también es el espacio donde se realizan y satisfacen un número extraordinariamente alto de necesidades de tipo cultural, afectivo, simbólico y biológico relacionadas con la vida familiar.

Por este rol tan básico y central de la vivienda, esperaríamos teóricamente que su tipo de propiedad sería un factor muy influyente en la diversidad de comportamientos entre participantes y no participantes. Se podría prever, por ejemplo, que los pobladores que habitaran viviendas propias tenderían a participar en menor medida que aquéllos que por diversas razones se ven obligados a rentar un inmueble, o bien, a vivir junto con sus padres o familiares. Se trata de una hipótesis que busca establecer una relación estrecha entre carencia de propiedad y motivación para participar, y que ha sido una temática de investigación importante en los Estados Unidos de América, y también en numerosos estudios latinoamericanos sobre procesos de participación en ambientes populares urbanos. ¿Pero cuál es en realidad su sustento empírico?. Para contestar esta pregunta es necesario considerar dos cuestiones en detalle.

En primer lugar, diversa evidencia histórica y empírica ha mostrado que la carencia de vivienda no es una razón importante, por si sola y en abstracto, para determinar la participación. Numerosos problemas vecinales, por ejemplo relacionados con cuestiones de deterioro urbano, inseguridad pública, programas de renovación, etc., incentivan más bien a participar a los dueños de las viviendas que a la población arrendataria. Esta, como no tiene en general una historia ligada estrechamente a la problemática del asen-

tamiento, fácilmente se desatiende de ella o emigra cuando se complican las situaciones<sup>40</sup>. En segundo lugar, la carencia de vivienda en propiedad tampoco es una razón para participar por motivos que provienen de la cultura familiar existente en sociedades como la mexicana y numerosas de América Latina. En efecto, a partir de los estudios pioneros de Oscar Lewis, y otros más recientes como los de Larissa Lomnitz<sup>41</sup>, sabemos que la aceptación cultural que se tiene en ambientes populares sobre vivir en la casa de los padres, es una posibilidad que ayuda a gran número de parejas jóvenes a sortear los problemas iniciales que derivan de la falta de vivienda propia.

Desde estas perspectivas, por motivos del mayor arraigo de los propietarios y de la existencia de ciertas formas de cultura familiar, es cuestionable la hipótesis de una correspondencia necesaria entre ausencia de propiedad y afiliación en una organización vecinal. Y para someter a prueba su crítica, procedimos en la investigación a evaluar la existencia o no de una relación entre tipo de poblador, participante o no participante, y sus formas de propiedad de la vivienda. Para ello, dividimos éstas en cuatro clases: 1) vivienda propiedad del entrevistado o de su cónyuge (con o sin escrituras), 2) vivienda propiedad de los padres, 3) vivienda alquilada, y 4) otras situaciones (prestada, vivienda para cuidarla, etc.).

Los resultados fueron los siguientes: había una relación significativa entre forma de propiedad de la vivienda y tipo de poblador (Ver Cuadro II-11, y prueba estadística en pie de página número-<sup>42</sup>-). Sin embargo, la relación no se presentaba en las diversas categorías, sino en una sola de ellas: en aquellas viviendas que eran propiedad de los padres. En los otros casos, la vivienda propiedad de los entrevistados o alquilada, encontramos más bien una distribución semejante. Ni la vivienda en propiedad es una característica particular de los participantes o de los no participantes, como tampoco lo es la vivienda en alquiler. Claro que es posible esperar, dentro de cada uno de los cuatro asentamientos investigados, una mayor o menor presencia de los diversos tipos: en algunos podrán dominar las viviendas de alquiler, en otros las de propiedad de los entrevistados y en otros más una combinación de ellas. Esto depende de las características de formación histórica de cada uno de ellos. Pero lo importante a destacar es lo siguiente: no se registró en el total de casos una tendencia favorable hacia una diferenciación entre participantes y no participantes en términos de propietarios o inquilinos.

---

40. René Coulomb, "Organizaciones populares y planeación urbana en un barrio deteriorado de la Ciudad de México", México, mimeo del Seminario sobre Movimientos Sociales en el Instituto de Investigaciones Sociales, U.N.A.M., 1983; Charles M. Barresi y John H. Lindquist, "The urban community. Attitudes toward neighborhood and urban renewal", en *Urban Affairs Quarterly*, vol. 5., núm. 3, 1970, p. 278; Kevin R. Cox, "Housing tenure and neighborhood activism", en *Urban Affairs Quarterly*, vol. 18, núm. 1, septiembre 1982, pp. 123-126.

41. Larissa Lomnitz, *Cómo sobreviven los marginados*, México, Siglo XXI Eds., 1975.

42. Se descarta la hipótesis de independencia estadística entre tipo de poblador y tipo de vivienda por que se encontró un valor de  $X^2$  de 13.16768, con 3 grados de libertad, y una significación de 0.0043.

Esto parece contradecir los resultados de las investigaciones que mostrábamos más arriba, en especial realizadas en Estados Unidos. Estas hablaban de una tendencia más favorable de los propietarios para participar, en relación al porcentaje que tienen dentro del asentamiento que habitan. Pero otros estudios, como el presente, muestran una participación semejante de propietarios e inquilinos. Y algunos casos de movilización, como son las organizaciones de solicitantes de vivienda, están integrados mayoritariamente por ciudadanos que carecen de ella.

CUADRO II-11					
TIPO DE POBLADOR Y FORMAS DE PROPIEDAD DE LA VIVIENDA					
TIPO DE POBLADOR	TIPO DE PROPIEDAD DE LA VIVIENDA				
	EN PROPIEDAD	ALQUILADA	DE LOS PADRES	OTRA SITUACION	
<b>PARTICIPANTES</b>					
● Casos:	60	32	9	12	113
● % Columna:	52.2%	50.8%	25.0%	75.0%	49.1%
● % Renglón:	53.1%	28.3%	8.0%	10.6%	
● Frecuencia esperada:	56.5	31.0	17.7	7.9	
<b>NO PARTICIP.</b>					
● Casos:	55	31	27	4	117
● % Columna:	47.8%	49.2%	75.0%	25.0%	50.9%
● % Renglón:	47.0%	26.5%	23.1%	3.4%	
● Frecuencia esperada:	58.5	32.0	18.3	8.1	
<b>Total columnas:</b>	<b>115</b>	<b>63</b>	<b>36</b>	<b>16</b>	<b>230</b>
<b>% renglón:</b>	<b>50%</b>	<b>27.4%</b>	<b>15.6%</b>	<b>7.0%</b>	<b>100%</b>

Una posible explicación, que nos permita integrar los diversos resultados dentro de la propuesta teórica de este capítulo, donde la decisión para participar está condicionada por el contexto vital del sujeto, sería precisar nuevamente la función de la «dimensión de los recursos materiales» en la configuración de la decisión. Esta dimensión, entendida como nivel y calidad en la disponibilidad de bienes, es un componente central al intervenir en la decisión favorable para participar como en la decisión no favorable, pero *no porque determine causalmente la naturaleza de la respuesta*, sino más bien a la inversa: según el horizonte de percepciones y análisis que realizan los individuos promotores de la organización de pobladores, se seleccionan determinadas problemáticas vinculadas al nivel de los recursos materiales disponibles por la población, y a partir de esa selección se les convoca, constituyéndose y desarrollándose la acción colectiva. Dinámica que analizaremos con detalle en el capítulo cuarto.

En esta perspectiva, los diversos resultados encontrados en las investigaciones pueden ser una muestra, y esta es nuestra hipótesis, de diferentes procesos de constitución y desarrollo de las organizaciones, dónde algunos serán favorecedores de la participación de propietarios, otros de propietarios e inquilinos, y otros más de sólo inquilinos. Y en el caso de nuestra muestra, por diversas razones de selección metodológica, en especial porque dependía de ciertas características de orientaciones política de las movilizaciones, fueron organizaciones que propiciaban la participación tanto de propietarios como de inquilinos, en porcentajes semejantes a los existentes dentro de la población total de los asentamientos.

Sin embargo, no sucede lo mismo cuando consideramos el caso de aquellos pobladores que ocupan "vivienda propiedad de sus padres", cuestión que nos explica la asociación estadística que se encontró entre las formas de propiedad y el tipo de poblador. (Ver anterior prueba de  $X^2$ ). En esta situación, es evidente una clara diferencia: los participantes tienen un menor número de casos que habitan en la vivienda de sus padres (9), y en contraste, los no participantes tienen un número mucho mayor de casos (27). La explicación podría encontrarse en la existencia de mecanismos de amortiguamiento, en este caso de una institución como la familia extensa, que permiten sobrellevar problemas de mayor o menor importancia en materia de la reproducción social<sup>43</sup>. En nuestra muestra, los pobladores con familia nuclear, y que por el nivel de sus ingresos o por otras razones tienen problemas para participar en el mercado de la vivienda, pueden encontrar así gran beneficio en una cultura que legitima el apoyo de los padres a los hijos mayores de edad, casados o con familia, para cohabitar la misma vivienda.

Finalmente, es necesario mencionar que una investigación más sistemática sobre la relación que existe entre formas de propiedad de la vivienda y participación en una organización vecinal, debería considerar el papel que juegan las formas legales o no legales de propiedad. Cuestión que no integramos en nuestro estudio, pero que también puede ser muy importante.

### **3.5 Los satisfactores dentro de los hogares.**

Las variables que analizamos anteriormente -tipo de vivienda, nivel de servicios urbanos y formas de propiedad-, están ligadas directamente a la configuración espacial y territorial de nuestro problema de investigación: la función del contexto vital en la desigualdad de respuestas entre participantes y no participantes. ¿Cuál puede ser el aporte de aquellos bienes que por sus características particulares no intervienen en esa configuración territorial de la acción colectiva?. Nos referimos en concreto al papel de los bienes muebles en la configuración de la decisión para participar o no participar. Estos bienes

---

43. La familia como factor de mediación entre el individuo y el mercado, ha sido destacada por investigaciones sobre los mercados de fuerza de trabajo en ambientes populares urbanos. Cfr. Brígida García, Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira, *Hogares y trabajadores en la Ciudad de México*, op. cit.

son peculiares: no están ligados al uso de un espacio fijo y su proceso de consumo es bastante más rápido. Pero al igual que la vivienda, los servicios urbanos y las formas de propiedad guardan una relación muy estrecha con el nivel de ingresos per cápita dentro de los hogares. Es de esperarse, en consecuencia, que al no encontrar ahí una diferencia estadísticamente importante entre participantes y no participantes, tampoco la encontraremos en materia de dotación de los satisfactores dentro de sus hogares.

Para contrastar empíricamente esta hipótesis, nuevamente hicimos un índice, pero ahora sumatorio simple, donde consideramos algunos de los bienes muebles más importantes que podían tener los hogares. Se incluyeron los siguientes: teléfono, estufa de gas, televisor, lavadora de ropa, refrigerador, automóvil y calentador de agua. Los valores resultantes para cada hogar de los entrevistados se situaron así entre el número siete, con posesión de todos los bienes, o el número cero, con carencia completa de ellos. Posteriormente los reagrupamos en dos categorías: hogares con nivel inferior de bienes, donde se incluían aquéllos que tenían valores entre cero y tres, y hogares con nivel superior de bienes, donde se incluían los valores de cuatro a siete. Los resultados fueron bastante claros y contradecían abiertamente la hipótesis de partida: a diferencia de los bienes ligados al uso del territorio, al espacio urbano, aquí sí había una clara diferencia entre participantes y no participantes (Ver Cuadro II-12, y prueba estadística de  $X^2$  en pie de página núm. 44-). Los participantes tendían a poseer una cantidad menor de bienes muebles (56.6%), y los no participantes tendían a poseer una cantidad significativamente superior (66.7%).

Pero ¿qué significado teórico puede tener este dato empírico para resolver nuestro problema de investigación, para conocer el papel de las condiciones vitales en la configuración de la decisión personal para participar?. La cuestión es bastante problemática, porque no encontramos alguna explicación que justifique la existencia de una relación causal directa entre nivel de «satisfactores muebles» y tipo de poblador (participantes o no participante). Más aún, según la información recabada en nuestra investigación, el tipo de organizaciones que aquí estudiamos no tiene que ver nada con el uso de esos satisfactores, ni como adquisiciones privadas ni como demandas colectivas. Es posible que estemos presenciando, más bien, una relación entre variables que se ocasiona por la influencia de otras no consideradas en el análisis, por ejemplo, de tipo demográfico. El problema se puede ocasionar, por lo tanto, por la simplista hipótesis de partida: suponer que, dada una semejanza de ingresos entre participantes y no participantes, podemos inferir una semejanza en el nivel de satisfactores muebles. Pero contra tal enfoque hay que decir lo siguiente:

---

44. Se descarta la hipótesis de independencia estadística entre tipo de poblador y nivel de satisfactores muebles en el hogar, porque se obtuvo una  $X^2$  de 11.69943, con 1 grado de libertad y una significación de 0.0006.

CUADRO II-12			
TIPO DE POBLADOR Y NUMERO DE «BIENES MUEBLES» DENTRO DEL HOGAR			
TIPO DE POBLADOR	NIVEL DE «BIENES MUEBLES»		
	NIVEL BAJO	NIVEL ALTO	
<b>PARTICIPANTES</b>			
● Casos:	64	49	113
● % Columna:	62.1%	38.6%	49.1%
● % Renglón:	56.6%	43.4%	
● Frecuencia esperada:	50.6	62.4	
<b>NO PARTICIPANTES</b>			
● Casos:	39	78	117
● % Columna:	37.9%	61.4%	50.9%
● % Renglón:	33.3%	66.7%	
● Frecuencia esperada:	52.4	64.6	
Total columnas:	103	127	230
% renglón:	44.8%	55.2%	100%

- El número de bienes en el hogar depende, en gran medida, de la historia particular de acumulación económica de las unidades familiares. Familias con ingresos semejantes pueden variar en sus niveles de provisión de bienes si existen mayores o menores diferencias en el tiempo durante el cual se los provisto. Y Para someter a prueba esta hipótesis tomamos como indicador del tiempo de acumulación la edad del entrevistado, y encontrando una relación estadística muy estrecha<sup>45</sup>: entre mayor era su edad, también lo era el número de bienes muebles disponibles.
- En segundo lugar, otras variables son igualmente previsibles de influir de manera importante, y podrían ser materia de investigaciones posteriores. Es el caso del ciclo vital de las familias, donde cambian las demandas y prioridades según la presencia de hijos y sus edades. Como también lo es la estructura familiar, donde la existencia de una familia extensa puede facilitar el entrecruzamiento de ciclos de acumulación. Así tenemos, por ejemplo, que en una familia de este tipo, los bienes muebles que consumen las unidades conyugales de los hijos pueden beneficiarse de los bienes que adquirieron durante largo tiempo sus padres, o a la inversa. Cuestión que pudimos constatar anteriormente en los bienes inmuebles, cuando analizamos sus efectos negativos en la decisión favorable para participar.

45. En efecto, utilizando un estadístico de correlación, encontramos que su valor era de 0.0101 con un nivel de significación de .01, en consecuencia, hay asociación entre edad del entrevistado y número de bienes disponibles en su hogar.

El conocimiento más preciso y detallado de esta serie de temas de investigación, que aquí no estamos en condiciones de tratar de manera profunda, seguramente nos permitiría avanzar más estrechamente en el estudio de la intrincada red de relaciones que se da entre las condiciones de funcionamiento de las familias, y las posibilidades para participar en una acción colectiva por parte de sus miembros integrantes. Sin embargo, por el momento, al menos nos permiten fundamentar nuevamente la crítica a cualquiera relación univariada, cosificante, entre condiciones de vida y participación social.

### **3.6 Conclusión: el carácter ambivalente de las condiciones materiales de vida.**

Cuando hicimos el planteamiento teórico inicial de este capítulo, entre otras hipótesis sostuvimos las siguientes: participantes y no participantes de los asentamientos investigados tienden a compartir condiciones materiales de vida semejantes, y esta convergencia implicaría un tipo de referencia colectiva caracterizada por la escasez en su nivel y calidad de consumo.

Las pruebas empíricas que hicimos pueden considerarse como una contrastación más o menos positiva de los supuestos iniciales, pero también nos obligan a realizar ciertas precisiones importantes. En efecto, en relación a la primera hipótesis, los indicadores de ingresos familiares, tipos de vivienda, dotación de servicios urbanos y los relativos a la diferencia entre propietarios e inquilinos, tienden a comportarse de manera semejante entre los pobladores participantes y los no participantes. Pero por otra parte, indicadores como el número y calidad de los satisfactores privados dentro de los hogares, y la situación de cohabitación de los hijos con familia en la casa de sus padres, tienen un comportamiento estadísticamente diferente entre participantes y no participantes.

Y estos resultados hacen necesario matizar la hipótesis inicial sobre los recursos materiales, para proponerla de la siguiente manera: los indicadores ligados al uso del territorio, al espacio urbano, *tienden a generar procesos de homogeneidad* entre participantes y no participantes, mientras que los de otro tipo *tienden a diferenciar* a los subgrupos de pobladores. Y aquí hay que enfatizar el concepto «*tienden*», porque otros indicadores no ligados al territorio, como son los niveles de ingresos, también se comportaron de manera semejante en ambos subgrupos.

En relación a la segunda hipótesis mencionada: la situación de escasez que comparten participantes y no participantes, también requiere matices, aunque en términos generales fue contrastada positivamente por las pruebas empíricas. Por una parte, en varios de los indicadores mencionados encontramos comportamientos que muestran bajos niveles de consumo en ambos subgrupos, y en otros encontramos que los no participantes tendían a poseer mejores niveles de vida, como fue el caso del número de satisfactores privados dentro de los hogares. Pero por otra parte, también es claro que en todos los indicadores utilizados detectamos a un pequeño sector de los participantes y de los no

participantes que pertenecían a estratos sociales de tipo más bien medio: con mejores salarios, forma y tipo de propiedad de sus viviendas, servicios urbanos y satisfactores dentro de los hogares. En consecuencia, habría que matizar también la segunda hipótesis referente al rol de la «dimensión de recursos materiales»: los participantes de las organizaciones estudiados *pertenecen mayoritariamente* a sectores populares urbanos, *pero también están integrados* por estratos de ingresos medios.

Y esta precisión conceptual, como la anterior, conlleva una importante implicación teórica, que si bien ya la mencionamos en el planteamiento inicial, ahora debemos darle un mayor nivel de generalización: los procesos de participación social no pueden interpretarse bajo la sola óptica de los recursos materiales disponibles que los sujetos tiene dentro de su contexto vital, porque si bien encontramos diferencias entre participantes y no participantes, existen suficientes semejanzas que vuelven problemática la relación causal entre tipo de condiciones materiales de vida y participación en una acción colectiva. Problemática que deriva del carácter multidimensional del contexto vital, de las interacciones que determinan la decisión del sujeto para participar o no participar. La posesión mayor o menor de determinados bienes y servicios, como sus diversas calidades, se entrecruzan con otras variables que condicionan finalmente una amplia gama de posibles respuestas y comportamientos.

Pero estas respuestas y comportamientos, si bien no pueden inferirse de las solas condiciones materiales de vida, *las suponen siempre como elemento*. Y esto hay que decirlo con suficiente claridad, en especial en un contexto académico donde la crisis del socialismo real ha pretendido interpretarse como el fin de todo aporte válido por parte del marxismo. Más bien, contra tal criticismo ideológico, hay que decir nuevamente lo siguiente: no podemos estudiar los procesos de participación social, como cualquier otro tipo de acción social, sin una referencia sustancial a las «condiciones materiales de vida». Y el reconocimiento de tal importancia es precisamente uno de los aportes insustituibles del marxismo. Sin embargo, contra la pretensión de continuar sosteniendo la validez de una "teoría marxista", en el sentido de una unidad autorreferente de carácter conceptual y metodológico, hay que decir también lo siguiente: las condiciones materiales de vida son una dimensión importante que interviene en la explicación, pero no es la dimensión única como tampoco es la dimensión central por principio invariable.

### CAPITULO III

#### EL CONTEXTO VITAL DE LA PARTICIPACION II: LOS SIGNIFICADOS.

Los recursos materiales que dispone un individuo en su contexto vital, intervienen en la configuración de su decisión para participar o no en una acción colectiva, porque son medios por excelencia para la realización de los objetivos de toda interacción: la satisfacción de necesidades. Esta intervención es posible por la corporalidad del sujeto individual y su dependencia hacia el medio ambiente ecológico-social, donde el plexo de sistemas de interacción por medio de los cuales la persona busca resolver sus necesidades - uno de los cuales puede ser una organización vecinal que desarrolla procesos de movilización social- demanda siempre la presencia de bienes muebles e inmuebles.

La existencia del sector popular urbano, como grupo poblacional mayoritario de las ciudades de América Latina, es el resultado de una relación entre individuos que deriva, precisamente, de esa dimensión material del contexto vital pero expresada territorialmente: compartir recursos semejantes en sus viviendas y en el entorno inmediato, llámense colonia, unidad habitacional, pueblo, o con cualquier otra acepción. Proceso de identificación donde situaciones laborales y de clase diversas, se vuelven similares en la esfera del consumo por efecto de una posición compartida en el mercado, especialmente en el mercado de bienes inmuebles.

Los sectores populares urbanos constituyen así un grupo social por una «referencia material territorialmente expresada». Una referencia colectiva que abarca a participantes y no participantes de las organizaciones vecinales, y que se funda en los recursos muebles e inmuebles que sustentan al sistema de interacción. Es una referencia marcada por la escasez, donde la magnitud y la calidad de los bienes disponibles mantiene una importante brecha con respecto a las necesidades legitimadas como fundamentales. Y esta brecha se llama, sin eufemismos, pobreza. Pero la condición de pobreza expresada territorialmente, como rasgo central de los sectores populares urbanos en América Latina, es algo mucho más complejo que la sola disponibilidad escasa de bienes muebles e inmuebles, comparada con los recursos materiales que se requieren para satisfacer necesidades legitimadas como fundamentales. En realidad, junto con otras «dimensiones objetivas» que la integran igualmente -por ejemplo, escasez física (desnutrición, salud deficiente) y escasez de recursos educativos (formales, informáticos, etc.-<sup>1</sup>, también encontramos

---

1. Un análisis más detenido de la relación entre condiciones materiales de vida y participación o no en una acción colectiva, nos obligaría a integrar estas importantes y diversas dimensiones que también configuran a la condición de pobreza. Sin embargo, por límites en nuestra base de datos, y en especial por nuestro interés particular en estudiar la configuración territorial de los sectores populares urbanos, nos concentramos especial-

una «dimensión subjetiva» en términos de la percepción, evaluación e interpretación que los afectados hacen de su pobreza, con la finalidad fundamental de encontrar alternativas para enfrentarla y sobrevivir. *Conjunto de significados que permiten la elaboración de diferentes respuestas, y una correspondiente distinción entre los participantes y no participantes de una acción colectiva desarrollada dentro del sector popular urbano.*

## 1. LA INTERPRETACION DE LA POBREZA.

Para enfrentar sus condiciones materiales de vida deprimidas, los sectores populares urbanos comienzan enlazando a ellas determinados significados. Estos pueden presentarse bajo la forma de enunciados cognitivos referentes al proceso y funcionamiento de la realidad (estrategias) y a su legalidad o ilegalidad (normas éticas y morales), o bajo la forma de enunciados sensitivos como son los sentimientos y emociones (expresividad). Estas diversos significados se entrecruzan siempre en la argumentación cotidiana, y su separación es por lo tanto analítica. Tomemos como ejemplo la siguiente frase, por demás frecuente en una organización vecinal: «Compañeros, los hemos citado a esta reunión para que discutamos el problema de la falta de agua potable en la colonia». Como enunciado estratégico, la argumentación parte de un acontecimiento que los involucrados pueden ubicar perfectamente en el mundo externo: la falta de un servicio público en su colonia. No es un hecho del mundo subjetivo, reconocido por la mera introyección reflexiva. Se trata de un acontecimiento que excentra a los sujetos de su interioridad, y permite construir referencias externas comunes.

Pero la argumentación no solo identifica «hechos», de manera neutra y aséptica; también está acompañada de una cualificación normativa. Por una parte, el enunciado se construyó seleccionando un aspecto de la realidad y separándola del conjunto donde se encuentra inmerso. Y esta selección obedece a patrones que permiten identificar y descartar. En segundo lugar, el hecho seleccionado se enlaza, así mismo, a otra cualificación: se considera que su dotación es escasa, que no es suficiente. Y esta evaluación solo es posible si se realiza en un marco de concepciones sobre el deber ser, sobre lo pertinente y lo necesario. Finalmente, el enunciado es acompañado de una cadena de procesos y actividades corporales, desde la vocalización que exige su pronunciamiento, con sus correspondientes sonidos, hasta la serie de posiciones corporales y formas de lenguaje expresivo que lo acompañan.

---

mente en el análisis de aquellos indicadores de pobreza ligados al uso del espacio. Sobre las múltiples dimensiones «objetivas» que integran la condición de pobreza, se pueden consultar los siguientes trabajos de Vania Salles: "Pobreza, pobreza y más pobreza" en Javier Alatorre, et. al., *Las mujeres en la pobreza*, México, COLMEX, 1994, pp. 47-52, y en colaboración con Rodolfo Tuirán: *Familia, género y pobreza*, México, mimeo de El Colegio de México, 1995. Sintetizan los principales enfoques y tienen una amplia bibliografía sobre el tema.

Desde esta perspectiva, *la interpretación de la pobreza es un proceso que subjetivamente enlaza las tres formas de significación*, y que no es posible reducir en la vida cotidiana a una sola clase de enunciados como pretenden los enfoques unidimensionales de la filosofía analítica, o de las teorías de los movimientos sociales que analizamos en el capítulo anterior. En la realidad se entrecruzan continuamente y solo un esfuerzo teórico puede separar sus diversos elementos integrantes. Sin embargo, reconociendo este carácter tridimensional de los significados, su análisis es particularmente complejo porque los enunciados de tipo estratégico, normativo y sensitivo que los pobladores articulan a sus condiciones materiales de vida, son extraordinariamente numerosos y diferentes en su naturaleza específica. Diferencias en la socialización básica, tradiciones culturales locales o nacionales, filiaciones religiosas, adscripciones políticas, niveles de educación formal, entre otras muchas causas, contribuyen a la definición y construcción de un campo muy denso y rico, ante el cual necesitamos discriminar y seleccionar.

Nos interesan así sólo aquellos significados que pueden favorecer de manera directa la constitución de una acción colectiva, en nuestro caso, de una respuesta a la pobreza a través de la formación y desarrollo de organizaciones vecinales que despliegan procesos de movilización. Interesan aquéllos significados que, identificados como propiedades interactivas de los individuos, pueden fundar la constitución y desarrollo de acciones de movilización vecinal. Y desde esta perspectiva encontramos, entre otros, tres conjuntos de significados que pueden contribuir a tal fin:

- Enunciados de satisfacción o insatisfacción hacia el contexto vital, en especial en relación a necesidades consideradas como fundamentales (enunciados expresivos).
- Enunciados que identifican a entidades colectivas o sujetos individuales y los responsabilizan por los problemas no resueltos en el contexto vital (enunciados normativos).
- Y enunciados que analizan posibilidades y mecanismos para cambiar esa problemática (enunciados estratégicos), y legitiman su utilización (enunciados estratégico-normativos).

Estos conjuntos de enunciados, que contribuyen directamente a la constitución y desarrollo de una acción colectiva que utiliza estrategias de movilización social, existen en el contexto vital de manera entrecruzada y difusa con toda la amplia gama de significados que también se presentan. En términos funcionales no existen de manera separada y autónoma. Esta posibilidad se genera, más bien, cuando son retomados por un proceso específico de organización social que los selecciona y los coloca como elementos fundamentales, ejes temáticos, de la generación de una identidad colectiva, en nuestra investigación, de una organización vecinal que despliega acciones de movilización social. En ese momento se vuelven autorreferentes: integradores de los individuos, y pueden así distinguirse funcionalmente del conjunto amplio de significados donde se encuentran normalmente. Pero esta temática: la transformación de ciertos significados en elementos

de identidad de una acción colectiva, es un proceso que analizaremos con detalle en el próximo capítulo. Mientras tanto, procederemos a analizar su comportamiento en calidad de condiciones de la decisión para participar, y en contraparte, para no participar.

### 1.1 Sentimientos de intranquilidad e insatisfacción.

Las teorías del comportamiento colectivo insistieron, de manera destacada, en la importancia del conocimiento expresivo en la generación de los procesos de cambio social<sup>2</sup>. Partían de la tesis siguiente: cuando una institución tiene problemas recurrentes para atender las necesidades de sus miembros participantes (las necesidades que por definición le correspondan), se presenta un estado emotivo de insatisfacción, de intranquilidad (*unrest*)<sup>3</sup>, que constituye la premisa inicial para vulnerar la adhesión de los sujetos a los imperativos institucionales, volviéndolos proclives a nuevas formas de comportamiento.

Intuitivamente, la tesis es muy sugestiva y puede mencionarse abundante información empírica a su favor. ¿Quién no conoce, por ejemplo, las críticas que de manera espontánea, con mayor o menor agresividad, se formulan ante la presencia de situaciones sociales que se consideran como atentatorias de la seguridad personal, familiar y colectiva en general?. En este panorama, el florilegio de chistes, anécdotas y rumores se vuelven parte del panorama cotidiano, e indistintamente de su agudeza, son la expresión conceptual de un estado de preocupación de la gente por la presencia de un panorama social incierto. El estado de intranquilidad puede considerarse así un reflejo, en el terreno expresivo, de importantes problemas en el funcionamiento de las instituciones sociales, de una o de varias de ellas. Y por lo tanto es un estado subjetivo más bien vivido que racionalizado, más espontáneo que reflexivo, más reactivo que programado; ante todo se siente, se experimenta sensitivamente.

Pero independientemente del carácter reactivo que tiene, su presencia ha sido considerada como fundamental por parte de los teóricos del comportamiento colectivo: porque constituye la premisa inicial para que los individuos se distancien de las instituciones en crisis y busquen alternativas. Se parte entonces de la tesis de que el cambio social empieza «por lo que sienten los individuos», por los significados sensitivos de su actuar social, y posteriormente continua con otras esferas de tipo más bien normativo y estratégico, como son los significados cognitivos.

A partir de este enfoque teórico, esperaríamos que los individuos participantes en una acción colectiva presentaran, con mayor claridad que los no participantes, un estado subjetivo de intranquilidad. Los participantes serían así más proclives a la formulación

---

2. Sobre este enfoque de la teoría del comportamiento colectivo, ver Capítulo I, inciso 2.

3. Herbert Blumer, "Collective behavior", en Robert E. Park (Editor), *An outline of the principles of sociology*, New York, Barnes & Noble, Inc., 1943, p. 225.

de enunciados expresivos contra la situación social que vivencian, mientras que los no participantes presentarían un estado subjetivo de mayor tranquilidad. Y para someter a prueba esta hipótesis, elaboramos una serie de preguntas orientadas a conocer el estado de satisfacción o insatisfacción de los entrevistados con respecto a sus condiciones de vida. Las preguntas utilizadas fueron las siguientes: 1) ¿la situación económica de usted durante los últimos cinco años: ha mejorado, está igual o ha empeorado?; 2) ¿en términos generales está usted contento con el principal trabajo remunerativo que desempeña? (en el caso de que proceda), 3) ¿en términos generales está usted contento con las actividades domésticas que desarrolla? (en el caso de que proceda), 4) ¿cómo ve usted la situación social de México, piensa que hay mucha injusticia y abusos contra las personas?<sup>4</sup>, y 5) ¿en términos generales está usted contento de vivir en esta colonia?. Conjunto de preguntas con las cuáles buscábamos elaborar un índice sobre el «nivel de satisfacción» de los participantes y no participantes con respecto a sus condiciones materiales de vida. Pero el comportamiento aislado de cada una de las variables, como veremos a continuación, volvió inútil la construcción del índice.

Comencemos con la percepción que los entrevistados tienen de su situación económica durante los cinco últimos años. Pregunta que se formuló después de haber conocido en detalle su situación en materia de vivienda, educación e ingresos. Los resultados detectaron una diferencia medianamente importante entre participantes y no participantes (Ver Cuadro III-1, y prueba estadística en pie de página número <sup>5</sup>), pero contrariamente a lo esperado por la hipótesis de la presencia de situaciones de insatisfacción e intranquilidad, la mayoría de los entrevistados de ambos subgrupos percibieron su situación económica como estable o mejorada durante los últimos cinco años: 78.8% en el caso de los participantes y 70.9% en el caso de los no participantes. Más aún, cuando comparamos ambos subgrupos, en los participantes detectamos lo siguiente: el 38.1% consideró su situación económica como mejorada, 40.7% como estable y el 21.2% como deteriorada. En cambio, en el caso de los no participantes, si bien un porcentaje mayor la calificó como mejorada (45.3%), uno menor la enjuició como estable (25.6%), y otro mayor la percibió como empeorada (29.1%).

---

4. Los conceptos de «injusticia» y «abusos» utilizados en esta pregunta tienen una significación eminentemente expresiva, de tipo emotivo, en especial porque no nos remiten a la identificación de un sujeto individual o colectivo responsable de su presencia.

5. Se descarta la hipótesis de independencia estadística entre tipo de poblador y percepción de su situación económica: la  $X^2$  tuvo un valor de 6.06650, con 2 grados de libertad, y un nivel de significación de 0.0482.

CUADRO III-1				
TIPO DE POBLADOR Y PERCEPCION DE SU SITUACION ECONOMICA				
TIPO DE POBLADOR	PERCEPCION DE LA SITUACION ECONOMICA			
	MEJOR	IGUAL	PEOR	
<b>PARTICIPANTES</b>				
● Casos:	43	46	24	113
● % Columna:	44.8%	60.5%	41.4%	49.1%
● % Renglón:	38.1%	40.7%	21.2%	
● Frecuencia esperada:	47.2	37.3	28.5	
<b>NO PARTICIPANTES</b>				
● Casos:	53	30	34	117
● % Columna:	55.2%	39.5%	58.6%	50.9%
● % Renglón:	45.3%	25.6%	29.1%	
● Frecuencia esperada:	48.8	38.7	29.5	
<b>Total columna:</b>	<b>96</b>	<b>76</b>	<b>58</b>	<b>230</b>
% Renglón:	41.7%	33.1	25.2%	100%

La percepción de situaciones de injusticia y abuso en México es igualmente problemática para la hipótesis de la insatisfacción, porque si bien encontramos una clara percepción de su importante presencia en México, las respuestas fueron semejantes en ambos subgrupos: el 89.7% de los participantes y el 85.2% de los no participantes consideraron que eran numerosas (Ver Cuadro III-2 y prueba estadística en pie de página número -6-). La pregunta, si bien consideraba de manera genérica el concepto de «injusticia», pues no identificaba a un sujeto responsable en específico, se formuló después de cuatro indicadores previos que se hicieron a los entrevistados referentes a la identificación de los principales problemas a nivel de la colonia y del país, así como de los correspondientes responsables. Y las implicaciones son importantes: no se puede considerar, en nuestros casos, que la identificación de situaciones de «injusticia genérica», de tipo más bien expresivo, sea una variable que permita discriminar entre las diversas respuestas de los pobladores en materia organizativa.

---

6. No hay relación entre tipo de poblador y percepción de situaciones de injusticia en México, porque no se descarta la hipótesis de independencia estadística entre ambas variables: se obtuvo una  $X^2$  con un valor de .51722, un grado de libertad, y un nivel de significación de 0.4720.

CUADRO III-2			
TIPO DE POBLADOR Y PERCEPCION DE SITUACIONES DE INJUSTICIA EN MEXICO			
TIPO DE POBLADOR	PERCEPCION DE SITUACIONES DE INJUSTICIA		
	MUCHA	POCA	
<b>PARTICIPANTES</b>			
● Casos:	100	12	112
● % Columna:	50.5%	41.4%	49.3%
● % Renglón:	89.3%	10.7%	
● Frecuencia esperada:	97.7	14.3	
<b>NO PARTICIPANTES</b>			
● Casos:	98	17	115
● % Columna:	49.5%	58.6%	50.7%
● % Renglón:	85.2%	14.8%	
● Frecuencia esperada:	100.3	14.7	
Total columnas:	198	29	227
% Renglón:	87.2%	12.8%	100%

En relación a la percepción de las condiciones de vida dentro de la colonia, en servicios que se ofrecen como son las escuelas, el agua potable, las tiendas, Iglesias, pavimento y trasportes, encontramos nuevamente problemas para la hipótesis de la insatisfacción: en términos generales, participantes (69.6%) y no participantes (69.2%) están en su mayoría contentos de vivir en sus poblamientos (Ver Cuadro III-3 y prueba estadística en pie de página número -7-); tienen una percepción favorable en términos expresivos. Y esta situación es particularmente importante. En primer lugar, porque según sostuvimos en el inicio de este capítulo, el contexto vital que condiciona la decisión para participar en una organización vecinal son precisamente los espacios de residencia y habitación, llámense colonia, unidad habitacional, pueblo o de cualquier otra forma. Y si en términos generales no hay diferencia en la evaluación expresiva de los participantes con respecto a los no participantes, es muy problemático sostener la importancia explicativa de este tipo de enunciados.

---

7. No hay relación entre tipo de poblador y evaluación expresiva de las condiciones sociales de la colonia, porque no se descarta la hipótesis de independencia estadística entre ambas variables por tener un valor de  $X^2$  de .00000, con 1 grado de libertad, y un nivel de significación de 1.0000. Cabe hacer notar que, en este caso, hemos obtenido el nivel más bajo de significación de todo el estudio que hicimos.

CUADRO III-3			
TIPO DE POBLADOR Y EVALUACION EXPRESIVA DE SU COLONIA			
TIPO DE POBLADOR	TIPO DE EVALUACION EXPRESIVA		
	CONTENTO	NO CONTENTO	
<b>PARTICIPANTES</b>			
● Casos:	78	34	112
● % Columna:	49.1%	48.6%	48.9%
● % Renglón:	69.6%	30.4%	
● Frecuencia esperada:	77.8	34.2	
<b>NO PARTICIPANTES</b>			
● Casos:	81	36	117
● % Columna:	50.9%	51.4%	51.1%
● % Renglón:	69.2%	30.8%	
● Frecuencia esperada:	81.2	35.8	
<b>Total columnas:</b>	159	70	229
% Renglón:	69.4%	30.6%	100%

En segundo lugar, si el tipo de organizaciones que estudiamos están particularmente ligadas a las carencias y problemas sociales que se presentan en esos espacios de residencia y habitación, ¿cómo podemos entender, en la perspectiva de la hipótesis de la insatisfacción, que no haya diferencias en las evaluaciones expresivas entre participantes y no participantes, y más aún, que esas evaluaciones sean manifiestamente de tipo positivo?. Supondríamos, más bien, que habría una mayor carga de intranquilidad por parte de los primeros. Sin embargo, los datos son claros. En el caso de la comunidades aquí estudiadas, no encontramos en los participantes algún tipo de evaluación expresiva negativa que nos permitiera explicar su decisión para integrarse en una acción colectiva -como tampoco la encontramos en el caso de la percepción de satisfacción en el trabajo y en el desempeño de actividades domésticas-. Más aún, en la variable más importante que utilizamos: la percepción de la situación social de su poblamiento, los entrevistados de ambos subgrupos tienen una orientación claramente positiva en términos expresivos; situación que coincide con los resultados obtenidos en otros estudios hechos en México y otros países<sup>8</sup>. Se hace necesario, entonces, reconsiderar la hipótesis de la intranquilidad formulada por la teoría del comportamiento colectivo.

8. Wayne A. Cornelius, *Los inmigrantes pobres en la ciudad de México y la política*, México, F.C.E., 1980, pp. 121-122; Francois Bourricaud, *Poder y sociedad en el Perú contemporáneo*, Lima, Editorial Sur, 1989, pp. 132-135.

## 1.2 La indignación como sentimiento moral contra la injusticia.

En los casos investigados encontramos problemas empíricos para identificar la presencia de «factores de intranquilidad», de enunciados de tipo estrictamente expresivo, que condicionarían la decisión favorable para participar en una acción colectiva. Con la finalidad de mantener esta hipótesis central de la teoría del comportamiento colectivo podríamos optar por una restricción en su aplicación, reconociendo que, si bien no fue pertinente a nuestra investigación, sí lo sería en otras situaciones empíricas.

Las razones de esta restricción, como un medio para no descartar la hipótesis original de manera definitiva, encontrarían justificación en las diversas experiencias que mencionamos anteriormente: la presencia de estados de intranquilidad en situaciones de grave deterioro de las instituciones es un dato empírico frecuentemente constatable. Pero de la presencia de estas situaciones de intranquilidad no se puede inferir una relación causal necesaria con los procesos de movilización social; en especial porque las respuestas posibles pueden ser de tipo muy diverso, debido a numerosos mecanismos de amortiguamiento de la crisis institucional detectada. Estos mecanismos colaboran a la generación de alternativas diferentes al desarrollo de acciones colectiva, y también facilitan el ejercicio de acciones que permiten sobrellevar en mayor o menor medida los problemas existentes.

Más fructífera nos ha resultado la propuesta, utilizada de manera modificada, que formuló Barrington Moore en su libro "La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión"<sup>9</sup>, mediante el concepto de «sentimiento de injusticia» o «agravio moral». Con este concepto, el autor busca articular enunciados de tipo expresivo y de tipo normativo, integrando así la hipótesis de la intranquilidad de la teoría del comportamiento colectivo, con la tradicional propuesta de la sociología clásica y parsoniana que hace descansar el orden social en la consecución de normas de carácter colectivo. Y desde este enfoque, no es el solo sentimiento de intranquilidad lo que facilita la decisión para participar en un proceso de cambio social, sino la articulación de ese sentimiento con la imputación de una responsabilidad concreta en la generación del problema social vivenciado<sup>10</sup>. Articulación que conforma precisamente la indignación, el sentimiento de injusticia. No un sentimiento negativo abstracto, no la «injusticia genérica» que mencionamos anteriormente, sin objeto responsable en la realidad. Más bien, un sentimiento enlazado a la crítica de una responsabilidad no cumplida, a la violación de un acuerdo social de carácter implícito o explícito.

La indignación es, en la perspectiva de Moore, un sentimiento moldeado normativamente que podemos encontrar en el transfondo de las situaciones de desobediencia y

---

9. Barrington Moore Jr., *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*, México, IIS-UNAM, 1989.

10. Theodore Abel: "The pattern of a successful political movement", en *American Sociological Review*, vol. 2, núm. 3, 1937, p. 349.

rebelión. Lo que se pone ahí en duda no son únicamente los problemas generados por necesidades no satisfechas, sino la identificación de una responsabilidad que por no cumplirse de manera justificada ha contribuido al origen de esos problemas. La indignación tiene así en la mira a un sujeto, individual o colectivo, como causante de las carencias vividas, de las intranquilidades sentidas y de las expectativas frustradas; de las situaciones de hambre, falta de vivienda y servicios, desempleo, carestía de la vida, etcétera.

La indignación sólo se puede generar, entonces, en un contexto social jerárquicamente estructurado donde, por diversos mecanismos históricos, se encuentra en un individuo o una entidad social el poder y la responsabilidad de gestionar bienes y servicios de beneficio colectivo. La indignación no se puede producir en un sistema de interacción social de carácter preponderantemente horizontal, ni en un campo de interacciones sociales de carácter fortuito y esporádico. En estos casos no existe ninguna responsabilidad, de carácter prescriptivo o adscriptivo, que en situaciones de violación de sus cometidos pudiera generar una demanda legítima por parte de los afectados. Finalmente, como la indignación es un puente de significados entre enunciados de tipo expresivo y de tipo normativo, sus portadores presentan una gama muy rica y amplia de comportamientos, donde se entrecruzan dinámicas sensitivas de la más diversa naturaleza, como son sentimientos, emociones, gesticulaciones, movimientos corporales, etc., con dinámicas que involucran juicios éticos, concepciones sobre el bien y el mal, críticas a la ilegitimidad, y en especial, en el mundo moderno, el lenguaje de los derechos humanos.

Someter a prueba la hipótesis de un «sentimiento de injusticia o de indignación», como significado condicionante de la decisión favorable para participar en una acción de movilización social, es una cuestión metodológica bastante difícil de resolver. Tratando de aproximarnos empíricamente al concepto teórico, elaboramos en el cuestionario una serie de preguntas para conocer la opinión de los entrevistados sobre la acción gubernamental en asuntos ligados directamente a la problemática de las colonias populares. De esta manera se preguntó lo siguiente: "¿cómo consideraban el trabajo del gobierno en las siguientes actividades?: abastecimiento de agua potable, protección ciudadana contra asaltos y delincuentes, construcción de viviendas para familias de escasos recursos, combate a la corrupción de policías y funcionarios, aceptación de la manifestación libre de ideas y opiniones políticas, ofrecimiento de servicios educativos adecuados para la gente pobre, control de la inflación, y prestación de buenos servicios médicos para las familias de escasos recursos". Cada indicador fue contestado con las opciones «bien» o «mal», y se construyó un índice para resumirlos: «evaluación particularizada de la acción gubernamental».

Con estas preguntas se buscaba identificar puntos de fricción, de crítica, del poblador hacia el gobierno, y consideramos que la formulación de las respuestas: «bien o mal», solo era posible por la presencia de dos prerrequisitos normativos en el poblador. En primer lugar, el reconocimiento de una obligación y responsabilidad gubernamental para brindar los bienes y servicios de manera adecuada y eficiente. Si no había tal reconocimiento cognitivo, no sería entendible la posibilidad de una respuesta en esos térmi-

nos. En segundo lugar, el tipo de respuestas implicaba también la conciencia de ciertos derechos ante la acción gubernamental, en cuanto usuarios finales de los bienes y servicios, por lo cual se enjuiciaban situaciones considerada como relevantes para la satisfacción de necesidades básicas y fundamentales.

Bajo estos prerequisites normativos, sometimos a prueba las ocho preguntas resumidas previamente en un índice sumatorio dicotomizado. Y los resultados nos permiten contrastar, de manera positiva, la hipótesis de Barrington Moore, sobre el importante papel de un «sentimiento de injusticia» en la decisión favorable para participar en una acción colectiva: los participantes tienen una tendencia a evaluar negativamente la acción gubernamental en materia de la prestación de los servicios públicos seleccionados (Ver Cuadro III-4, y prueba estadística en pie de página núm. -11-). Son así más críticos de su actuar, de sus actividades desempeñadas. Por ello, el 68.2% realizaron una evaluación negativa del gobierno, y sólo 31.8% una evaluación positiva. Mientras que en el caso de los no participantes, prácticamente no hubo diferencias entre ambas respuestas: el 51.8% evaluó negativamente al gobierno y el 48.2% lo evaluó positivamente.

CUADRO III-4			
TIPO DE POBLADOR Y EVALUACION PARTICULARIZADA DE LA ACCION GUBERNAMENTAL			
TIPO DE POBLADOR	EVALUACION PARTICULARIZADA		
	POSITIVA	NEGATIVA	
<b>PARTICIPANTES</b>			
● Casos:	35	75	110
● % Columna:	38.9%	56.0%	49.1%
● % Renglón:	31.8%	68.2%	
● Frecuencia esperada:	44.2	65.8	
<b>NO PARTICIPANTES</b>			
● Casos:	55	59	114
● % Columna:	61.1%	44.0%	50.9%
● % Renglón:	48.2%	51.8%	
● Frecuencia esperada:	45.8	68.2	
<b>Total de columnas:</b>	<b>90</b>	<b>134</b>	<b>224</b>
<b>% Renglón:</b>	<b>40.2%</b>	<b>59.8%</b>	<b>100%</b>

Por las importantes implicaciones teóricas de los resultados que esperábamos obtener con el índice de las ocho preguntas -y que sí obtuvimos-, en el diseño del cuestionario se previó un mecanismo de control: elaborar una pregunta que sintetizara por ella

11. Hay relación estadística entre la variable tipo de poblador y la evaluación de las ocho actividades gubernamentales resumidas en el índice: se obtuvo una  $X^2$  de 5.62058, con un grado de libertad, y un nivel de significación de 0.0178.

misma el nivel de satisfacción global de los pobladores con respecto a la actividad gubernamental. Por procedimiento metodológico, suponíamos que los resultados deberían coincidir más o menos con el índice de las ocho variables anteriores. La pregunta concreta fue la siguiente: "En resumen ¿en términos generales está usted satisfecho por la forma en que el gobierno mexicano trabaja y desarrolla sus actividades?". Las respuestas reforzaron los resultados obtenidos previamente: había una diferencia particularmente importante entre los participantes y los no participantes (Ver Cuadro III-5, y prueba de  $X^2$  en pie de página número -12-): mientras que el 88.5% de los primeros no estaban satisfechos con las formas de trabajo del gobierno, en el caso de los no participantes eran solamente el 64.1%. Una diferencia de 24 puntos porcentuales, muy significativa en términos estadísticos.

CUADRO III-5			
TIPO DE POBLADOR Y NIVEL DE SATISFACCION HACIA LA ACCION GUBERNAMENTAL			
TIPO DE POBLADOR	NIVEL DE SATISFACCION		
	ALTO	BAJO	
<b>PARTICIPANTES</b>			
● Casos:	13	100	113
● % Columna:	23.6%	57.1%	49.1%
● % Renclón:	11.5%	88.5%	
● Frecuencia esperada:	27.0	86.0	
<b>NO PARTICIPANTES</b>			
● Casos:	42	75	117
● % Columna:	76.4%	42.9%	50.9%
● % Renclón:	35.9%	64.1%	
● Frecuencia esperada:	28.0	89.0	
<b>Total columnas:</b>	<b>55</b>	<b>175</b>	<b>230</b>
<b>% Renclón:</b>	<b>23.9%</b>	<b>76.1%</b>	<b>100%</b>

La presencia de este sentimiento de injusticia, de indignación ante quienes detentan la autoridad, es una cuestión relevante en una teoría sobre la constitución y desarrollo de los procesos de movilización social, y a Barrington Moore debemos su formulación sistemática. Es, a mi modo de ver, la primera propuesta conceptual que nos permite generar un puente sustantivo entre las condiciones materiales de vida y el mundo de los significados que integran el contexto vital de la participación social. Y aunque no lo vio así Moore, es también un puente entre las formulaciones de Carlos Marx y la sociología de la acción de Max Weber en el marco de una teoría del cambio social.

12. Hay una relación estadísticamente muy significativa entre tipo de poblador y tipo de evaluación global hacia la actividad gubernamental, porque se descarta la hipótesis de independencia entre ambas variables al obtenerse un valor de  $X^2$  de 17.48170, con 1 grado de libertad, y una significación de .0000;

El cambio social comienza así por la indignación, por el sentimiento de la ilegitimidad de una situación que se vive. Pero en la perspectiva de una sociología de la interacción estructural, lo que no percibió Barrington Moore fue el carácter personal que inicialmente adquiere el sentimiento de indignación, y que permite hacer una distinción entre los individuos que comparten histórica, estructural y ecológicamente un mismo contexto social. Desde esta perspectiva, la indignación es más bien un factor que diferencia internamente a un sector socio-económico, en nuestro caso el sector popular urbano, y contribuye a configurar desiguales respuestas antes las condiciones de escasez y pobreza que se tienen; una distinción entre participantes y no participantes. Por otra parte, y como consecuencia de la anterior limitación, Moore tampoco vió la necesidad teórica de entender la transformación de esa propiedad interactiva vivenciada individualmente en un campo cultural colectivamente compartido, en un campo de coordinación, identidad y autorreferencia de una serie de individuos que construyen un grupo social. Problema que podemos entender si, junto al sentimiento de injusticia, recuperamos el papel de los significados de tipo estratégico que también se presentan, y el proceso de generación comunicativa de la identidad colectiva. Tema último que trataremos en el siguiente capítulo.

### **1.3 Las estrategias para el cambio social.**

Un individuo puede percibir su situación social como intolerable, puede evaluar sus condiciones materiales de vida como una situación indignante contra sus intereses, contra sus derechos humanos más elementales, pero esto no basta para que tome una decisión favorable de participar en una acción colectiva orientada al cambio social. Necesita concebir la posibilidad estratégica de cambiar la situación a través de su asociación en una organización, en nuestro caso en una de tipo vecinal.

La persona que toma la decisión de participar en una acción colectiva, lo hace porque tiene una probabilidad sopesada de lograr un beneficio; una probabilidad de generar un cambio en su interlocutor, sea gubernamental o no, que le permita obtener ciertos bienes y servicios de tipo material o de naturaleza diferente. La persona que no percibe la posibilidad de lograr un beneficio, porque piensa que es imposible generar cambios en su interlocutor o porque considera que la reacción de la autoridad va a ser particularmente dañina, es muy probable que no participe en una acción colectiva. Las autoridades gubernamentales o civiles son concebidas, por diversas razones, como entidades inamovibles e inafectables, y ante tal concepción sería prácticamente «absurdo» desplegar acciones orientadas al cambio de la situación vivida.

El rol de este tipo de enunciados estratégicos, que perciben la posibilidad o no de generar cambios en los interlocutores responsables de los bienes públicos, es un factor causal de la decisión individual para participar en una acción colectiva, en la generación de procesos de cambio social. Y su importancia es tal, que parte importante de la actividad que despliegan las élites políticas y civiles de las sociedades modernas y premo-

dernas, está orientada a generar en los sectores sociales subalternos la conciencia de la «ilegalidad» y del carácter «prácticamente imposible» de tales cambios, para lo cual utilizan estrategias de naturaleza muy diversa. Por una parte, encontramos los significados que se introyectan subconscientemente en los grupos subalternos bajo la forma de estructuras de dominación legítima, e inmovilizan la búsqueda de alternativas prácticas de cambio social. Al respecto, Max Weber ya nos hablaba de tres formas básicas: la dominación de tipo tradicional, la carismática y la moderna o racional. En el primer caso, las actividades de la autoridad son legitimadas por herencias históricas, por costumbres; en el segundo caso, por cualidades excepcionales de liderazgo, y en el último se legitima por procesos racionales y consensuales de selección de las autoridades. Procesos diversos, complejos y mezclados en la práctica, pero orientados en su conjunto a expulsar de la conciencia, de los enunciados estratégicos, la percepción de una posibilidad de cambio en las estructuras de dominación políticas y económicas.

Pero quienes detentan la autoridad, o la usufructúan en nuestras sociedades, no solo construyen sistemas culturales que introyectan en sus subordinados la legitimidad del poder que ejercen. También despliegan actos de fuerza que generan en los grupos subalternos percepciones de temor ante la autoridad, y en consecuencia contribuyen a mantenerla leal y sometida. En las sociedades autoritarias, puede tratarse del uso de actos represivos contra cualquier acción de protesta y cambio social. Y en sociedades modernas, puede tratarse también -sin excluir a los anteriores- de acciones tan simples como detener la aplicación de un programa social, decretar la quiebra de una empresa, amenazar con transferir capitales, aplicar cláusulas de exclusión, indemnizar y expulsar a quienes protestan, etcétera. Actividades perfectamente sustentables en el marco legal de un sistema de dominación moderno o burocrático.

Quienes deciden participar en una acción colectiva, perciben de manera muy diferente los alcances de esos sistemas de dominación, las intenciones de legitimidad de las élites políticas y civiles. Plantean un límite a tales pretensiones, más allá del cual se pueden generar cambios y transformaciones<sup>13</sup>. La autoridad no es vista como inamovible, como absoluta en su legitimidad. Si ésta no cumple con sus objetivos públicos termina su legitimidad, y existe en consecuencia la posibilidad de incidir en la modificación de sus actividades, e inclusive la posibilidad de desplazarla del escenario de poder que ocupa.

Los individuos que participan en una acción colectiva que desarrolla movilizaciones sociales, son por lo tanto muy diferentes a los individuos que se someten y resignan ante los responsables de sus condiciones deprimidas de consumo, ante las injusticias sufridas, ante las necesidades no satisfechas. Y por ello, a la pregunta de nuestra encuesta: ¿cree que personas como usted y sus vecinos pueden hacer algo para mejorar las formas

---

13. Esta relación positiva entre «participación» y «apertura al cambio», también ha sido destacada en otro tipo de grupos sociales, por ejemplo, entre estudiantes. Cfr. Carlos Franco, "Imagen societaria, participación política y personalidad", en *Socialismo y Participación*, núm. 1, 1977, p. 117.

por las cuales el gobierno presta sus servicios y desarrolla sus trabajos?, tienen una tendencia muy favorable a contestar con un sí muy claro: el 73.7% de los participantes contestó que podía influir, contra el 45.3% de los no participantes (Ver Cuadro III-6, y prueba estadística en pie de página número -14-). La mayoría de los participantes tienen así una concepción notoriamente favorable sobre la posibilidad de generar cambios en el gobierno, mientras que la mayoría de los no participantes creen que no se pueden hacer tales cosas.

CUADRO III-6			
TIPO DE POBLADOR Y POSIBILIDAD DE GENERAR CAMBIOS EN EL GOBIERNO			
TIPO DE POBLADOR	POSIBILIDAD DE CAMBIOS		
	NO	SI	
<b>PARTICIPANTES</b>			
● Casos:	16	97	113
● % Columna:	20.0%	64.7%	49.1%
● % Renglón:	14.2%	85.8%	
● Frecuencia esperada:	39.3	73.7	
<b>NO PARTICIPANTES</b>			
● Casos:	64	53	117
● % Columna:	80.0%	35.3%	50.9%
● % Renglón:	54.7%	45.3%	
● Frecuencia esperada:	40.7	76.3	
<b>Total columnas:</b>	<b>80</b>	<b>150</b>	<b>230</b>
<b>% Renglón:</b>	<b>34.8%</b>	<b>65.2%</b>	<b>100%</b>

El individuo participante piensa que sí puede cambiar su situación, que puede incidir en la modificación del tipo de actividades que realiza su interlocutor gubernamental. Pero la acción de cambio requiere de una serie de estrategias y procedimientos para lograr sus fines, y estos pueden ser extremadamente complejos, diferentes a la participación en una organización que despliega acciones de movilización social. *No encontramos entonces una relación de simple necesidad, de implicación de tipo determinante, entre la aceptación de la posibilidad del cambio y las estrategias y procedimientos específicos para lograrlo.* Porque sucede, con frecuencia, que la selección de las estrategias del cambio se hace descansar más bien en acciones de tipo individual: el sujeto considera que por la red de relaciones personales que mantiene con las autoridades gubernamentales, puede conseguir favores y prebendas que le permitan resolver sus necesidades sin la exigencia de asociarse a una organización:

14. Hay una muy significativa relación entre tipo de poblador y percepción de la posibilidad de cambiar las actividades gubernamentales: se obtuvo una  $X^2$  de 39.88166, con un grado de libertad, y un nivel de significación de .0000.

Yo siempre he encontrado con mis amigos del partido y del gobierno apoyo para resolver mis problemas. Cuando sucedieron los terremotos de 1985, y mi casa quedó bien dañada, me presente a la oficina del J.L., que trabajaba en FONHAPO, y sin más ni más me incluyó en una lista «especial» que tenían para atender a los damnificados.

Por eso no he estado interesado en participar en el «grupo de damnificados de la colonia», porque ahí en lugar de ayudar, hay puras grillas, discusiones y no se logra nada.

La decisión para participar en una acción colectiva, presupone más bien una orientación favorable para trabajar en grupo<sup>15</sup>, una valoración positiva del grupo como medio estratégico para generar cambios y resolver problemas. Y quien considera que el trabajo en grupos ocasiona más problemas que soluciones, que con la acción individual se puede conseguir más que con la acción colectiva, será por principio más refractario a esa decisión.

El participante en una acción colectiva configura su decisión, entonces, con enunciados de tipo cognitivo favorables para generar un cambio social, pero también con enunciados que valoran y legitiman el despliegue de estrategias de tipo comunitario, en cuanto medios para la consecución de los fines que persigue. No se trata para él de actuar simplemente como individuo aislado, de tramitar por sí solo la solución de los problemas que ha detectado como importantes. Se trata de considerar el trabajo comunitario como una estrategia racional y probable de éxito. Y para someter a prueba empírica esta hipótesis, incluimos en el cuestionario de preguntas cerradas una serie de indicadores para evaluar la relación entre «tipo de poblador» y «orientación comunitaria», integrando en esta variable dos conceptos fundamentales:

- La opinión favorable del entrevistado hacia el trabajo grupal, y una percepción positiva, en términos generales, de los individuos con los cuales se relaciona.
- Y la presencia de un sentido de responsabilidad individual en la solución de los problemas comunitarios.

La variable «orientación comunitaria» no se restringe entonces a la valoración del trabajo grupal como una estrategia útil para la consecución de determinados fines, sino también implica reconocer la necesidad de un aporte personal para el logro de tal tarea. Se incluyeron así las siguientes preguntas para que el entrevistado contestara a cada una de ellas con un «cierto» o «falso», y se construyó posteriormente un índice a través de un análisis factorial: 1) "Cuando se tienen muchos problemas, si uno le busca casi siempre encuentra alguna persona que ayude, alguien que nos brinde una mano amiga"; 2) "La formación de grupos de vecinos es buen camino para solucionar los problemas que nos

---

15. En el mismo sentido, Peter Steinberger, "Urban politics and communality", en revista *Urban Affairs Quarterly*, vol. 20, núm. 1, 1984, pp. 4-21, y David Horton Smith, "A psychological model of individual participation in formal voluntary organizations", en revista *The American Journal of Sociology*, vol. 72, núm. 3, 1966, pp. 249-265.

afectan en la colonia", y 3) "La solución de algunos problemas que afectan a nuestra colonia depende del compromiso y responsabilidad que usted tenga para solucionarlos"<sup>16</sup>.

Los resultados fueron muy significativos en términos estadísticos (Ver Cuadro III-7, y prueba en pie de página núm. -17-). Encontramos una tendencia claramente contrastante entre los participantes y los no participantes: el 71.7% de los primeros mostraron una orientación favorable hacia el trabajo comunitario, en cambio, en el caso de los no participantes, solo el 41.0% mostraron tal tendencia. Por lo tanto, en el caso de los no participantes, ¡más de la mitad, el 59.0%, presentaban una baja orientación comunitaria!.

CUADRO III-7			
TIPO DE POBLADOR Y ORIENTACION COMUNITARIA			
TIPO DE POBLADOR	ORIENT. COMUNITARIA		
	NEGATIVA	POSITIVA	
<b>PARTICIPANTES</b>			
● Casos:	32	81	113
● % Columna:	31.7%	62.8%	49.1%
● % Renglón:	28.3%	71.7%	
● Frecuencia esperada:	49.6	63.4	
<b>NO PARTICIPANTES</b>			
● Casos:	69	48	117
● % Columna:	68.3%	37.2%	50.9%
● % Renglón:	59.0%	41.0%	
● Frecuencia esperada:	51.4	65.6	
<b>Total columnas:</b>	<b>101</b>	<b>129</b>	<b>230</b>
<b>% Renglón:</b>	<b>43.9%</b>	<b>56.1%</b>	<b>100%</b>

En el terreno del conocimiento estratégico, la decisión para participar en una acción colectiva es entonces el resultado de una percepción que enjuicia como posible el cambio de las formas de acción gubernamental, y de una valoración positiva del trabajo grupal en cuanto herramienta para resolver necesidades. Y este doble componente cognitivo nos permite acceder en gran medida a la peculiaridad del perfil subjetivo del participante, muy diferente de numerosas concepciones que frecuentemente se esgrimen para criticarlo. En primer lugar, el participante no es un sujeto «manipulable», en el sentido de que se somete irracionalmente a las decisiones e intereses de un grupo ilustrado de

16. El peso que obtuvimos para cada uno de los indicadores que intervienen en el factor «orientación comunitaria» fue el siguiente: para la primera pregunta 0.73376, para la segunda 0.79588, y para la tercera 0.76466; en consecuencia, son consistentes entre si y nos permiten explicar el 58.6% de la varianza observada.

17. Hay una relación de asociación muy significativa entre las variables «tipo de poblador» y «orientación comunitaria»: se obtuvo una  $X^2$  de 20.70637, con 1 grado de libertad, y un nivel de significación de 0.0000.

dirigentes, de «profesionales de la subversión». Más bien, el individuo que participa en una acción colectiva lo hace porque considera de manera no fatalista su situación social, sus condiciones de vida. Tiene una percepción abierta del tiempo, de sus posibilidades, y por ello toma una decisión alternativa a la resignación. En segundo lugar, el participante no es un tipo anómico, no vive en un mundo desestructurado y sin normas, según la interpretación original de las teorías del comportamiento de las masas (Blumer). Es, ante todo, un individuo que valora en mayor grado la asociación y coordinación con sus próximos, con sus vecinos. La orientación comunitaria que tiene, le permite acceder más fácilmente a trabajos colectivos y de tipo organizativo voluntarios.

Estos dos rasgos del conocimiento estratégico del participante lo diferencian claramente del poblador no participante. Pero el individuo que ve como posible el cambio de la acción gubernamental y valora positivamente el trabajo en grupo, tiene diversas «*opciones de trabajo comunitario*» para concretizar su decisión favorable para participar en una organización vecinal, destaquemos por el momento las siguientes<sup>18</sup>:

1. Puede afiliarse a una organización vecinal que desarrolla, ante todo, trabajos de autoayuda para resolver los problemas cotidianos del consumo, y las diversas necesidades no satisfechas en cuanto miembro del sector popular urbano.

Es la estrategia de trabajo comunitario de tipo cooperativo, donde el énfasis está dado en el procesamiento interno de la solución de los problemas: faenas colectivas de trabajo para abrir calles en las colonias, para construir los servicios básicos de educación y la infraestructura urbana, para levantar los templos en la colonia, para brindar protección contra asaltos, para mejorar la alimentación, etc. Desde luego, pueden buscar ayuda y apoyo de agentes externos, como son ciertas agencias gubernamentales y no gubernamentales de desarrollo y promoción social, pero siempre las entenderán como colaterales al esfuerzo y responsabilidad centrales de los mismos pobladores.

2. Puede participar en un grupo formalmente organizado para canalizar demandas y necesidades colectivas por vías funcionales y bien establecidas de participación social. Es la estrategia de participación corporativa o neocorporativa, donde los mecanismos de presentación de demandas, negociación y solución de las mismas, refuerzan los sistemas de poder político establecidos, como también es el caso de los formas clientelares de participación comunitaria.
3. Finalmente, puede afiliarse a grupos que despliegan acciones de presión social, con el objetivo de mejorar las condiciones de vida de sus miembros integrantes. En este caso, se valora positivamente la realización de estrategias de trabajo como

---

18. La exposición en detalle de las formas de participación social que se presentan, y el análisis de su lugar en las estructuras de poder de la sociedad, serán analizadas en el capítulo quinto de este trabajo "Viejas y nuevas formas de participación comunitaria: un enfoque neopluralista".

son los mítines y marchas, la denuncia de las situaciones consideradas como injustas y la identificación pública de responsables, la organización de huelgas, la toma de instalaciones, etcétera.

Es una estrategia de participación que enfatiza así el aporte de acciones de presión social en cuanto métodos privilegiados para solucionar las necesidades y las demandas. Estas se hacen descansar centralmente en la capacidad de generar respuestas favorables por parte de los interlocutores con los cuales se mantiene el enfrentamiento, por ejemplo, mediante el desarrollo gubernamental de programas adecuados de vivienda, el mejoramiento de los sistemas públicos de salud, la construcción de escuelas por parte del sistema educativo estatal, y así sucesivamente.

En el caso de las organizaciones que hemos venido estudiando en este trabajo, encontraremos una importante presencia de estrategias de autoayuda, que ya analizamos a través del concepto de «orientación comunitaria». Pero también hay una valoración positiva del uso de métodos de presión social para solucionar demandas y necesidades. En consecuencia, en el poblador participantes que entrevistamos es de esperarse una tendencia favorable hacia ellos, no necesariamente en cuanto métodos centrales de acción, sino únicamente como métodos importantes de trabajo. Si nuestro participante no tuviera una tendencia favorable hacia el uso de métodos de presión social, antes de su afiliación a una organización vecinal que las utiliza como medios centrales o complementarios (condición vital de la participación social de tipo subjetivo), es previsible una decisión contra la oferta de afiliación. Y las razones que se pueden aducir para el rechazo son múltiples, pero en especial podemos destacar la de cálculo racional: hay importantes dificultades para definir de manera precisa la relación entre costos y beneficios.

Los métodos de presión social implican para el individuo que los utiliza una inversión de trabajo generalmente no redituable de manera inmediata: no es fácil observar la relación directa entre el esfuerzo invertido para desplegar actos de presión, y el beneficio concreto y tangible que se obtendrá. Se requiere más bien un proceso de reflexión y cálculo de tipo racional con alto nivel de improbabilidad. Porque puede suceder, como en realidad ocurre frecuentemente, que la participación en una acción de presión social sólo sea el comienzo de una solución cuyos resultados finales llegarán más bien en un mediano y largo plazos. Como también es posible que no lleguen nunca. En cambio, quien participa solamente en actividades de autoayuda, como construir de manera comunitaria la escuela primaria de la colonia, puede percibir inmediatamente la relación entre el esfuerzo invertido y los beneficios obtenidos: los cimientos se construyen poco a poco, las paredes se levantan progresivamente, la obra se concluye día a día.

Por otra parte, la utilización de métodos de presión social conlleva riesgos, puede implicar una reacción dañina por parte de las autoridades y de las fuerzas del orden social<sup>19</sup>. Cuestión muy diferente de la percepción que generalmente tienen las élites políticas y económicas sobre las estrategias de autoayuda y trabajo comunitario: éstas son vistas de manera muy positiva y generalmente no formulan obstáculos para su utilización, sino más bien muestran especial interés para que se usen de manera extendida. Finalmente, los métodos de presión pueden conllevar importantes tensiones de orden moral y ético para el individuo: entran en conflicto con numerosos sistemas normativos introyectados en su subconsciente que lo presionan para relacionarse de manera no conflictiva con las personas en general, y en especial con aquéllas que detentan una autoridad de tipo público o particular.

Desde estas perspectivas, la decisión favorable para participar en organizaciones que utilizan métodos de presión social para lograr sus fines, es un proceso subjetivo complejo que presupone en el individuo no sólo la percepción de un posible cambio en las actividades gubernamentales, y una valoración positiva del trabajo comunitario, sino también la aceptación de la utilidad y legitimidad normativa de tales actividades. Y para someter a prueba esta última condición subjetiva de la participación social, de tipo estratégico-normativo, elaboramos en nuestra encuesta tres preguntas encaminadas a conocer la percepción del poblador sobre la temática. Fueron especiales en comparación con las demás empleadas en el cuestionario: se presentaron casos concretos de utilización de métodos de presión social en la Ciudad de México, con la finalidad de que el entrevistado manifestara su aceptación o rechazo<sup>20</sup>. Con las respuestas elaboramos nuevamente un índice factorial que llamamos «orientación hacia los métodos de presión social»<sup>21</sup>, o simplemente «orientación hacia la presión social», el cual dicotomizamos en «positiva» y «negativa». Los resultados fueron muy significativos en términos estadísticos: había una orientación contrapuesta entre los subgrupos de pobladores. En el caso de los participantes, el 75.5% mostró una orientación positiva hacia los métodos de presión social, mien-

---

19. Guillermo Campero, *Entre la sobrevivencia y la acción política (las organizaciones de pobladores en Santiago)*, Santiago, Ediciones ILET, 1987, p. 86.

20. Las preguntas-tema fueron las siguientes: 1) "Los vecinos de una colonia pobre de Iztapalapa, venían solicitando a las autoridades gubernamentales, desde hace 3 años, la introducción de agua potable y drenaje en su colonia. Como no les hacían caso, decidieron cerrar el tránsito de vehículos durante 3 horas, en una importante avenida de la Capital. ¿Está usted de acuerdo con este tipo de medidas para demandar la solución de problemas como esos?"; 2) "Cuando los obreros de la compañía Ford de Cuautitlán se fueron a la huelga hace algunos meses, algunas universidades públicas hicieron paros de labores para apoyar a los huelguistas. ¿Está usted de acuerdo que suspendieran las clases par apoyar los problemas laborales de los trabajadores?", y 3) "El pasado 10. de mayo, día del trabajo, algunos grupos que marcharon gritaron contra el gobierno frases como las siguientes «gobierno vendido, hambreador del pueblo», «salarios sí, circo no», «basta de promesas, exigimos soluciones», etc., ¿Le parece correcto que se dijeran frases como esas ante la presencia del Presidente de la República e importantes autoridades nacionales y del extranjero?".

21. El peso que obtuvimos para cada uno de los indicadores que intervienen en la «orientación hacia métodos de presión» fue el siguiente: para la primera pregunta 0.77734, para la segunda 0.73563, y para la tercera 0.76868; en consecuencia, son consistentes entre si y nos permiten explicar el 57.9% de la varianza observada.

tras que los no participantes sólo presentaron tal orientación en un 41.9% (Ver Cuadro III-8, y prueba estadística en pie de página número -22-).

CUADRO III-8			
TIPO DE POBLADOR Y ORIENTACION HACIA LOS METODOS DE PRESION SOCIAL			
TIPO DE POBLADOR	ORIENTACION		
	NEGATIVA	POSITIVA	
<b>PARTICIPANTES</b>			
● Casos:	27	83	110
● % Columna:	28.4%	62.9%	48.5%
● % Renglón:	24.5%	75.5%	
● Frecuencia esperada:	46.0	64.0	
<b>NO PARTICIPANTES</b>			
● Casos:	68	49	117
● % Columna:	71.6%	37.1%	51.5%
● % Renglón:	58.1%	41.9%	
● Frecuencia esperada:	49.0	68.0	
Total columna:	95	132	227
% Renglón:	41.9%	58.1%	100%

Esta orientación favorable del participante hacia los métodos de presión social, nos habla nuevamente de la complejidad de su perfil subjetivo en términos estratégicos, porque se entrecruza con su disposición para trabajar en grupo y la concepción de la posibilidad de cambiar las actividades gubernamentales. La decisión que lo lleva a afiliarse en una organización que despliega acciones de movilización social, es por lo tanto el resultado de la convergencia de diversos medios que conceptualiza como los más viables para la consecución de los fines que persigue. Y esta convergencia de medios es para el participante una selección racional, porque implica el descarte de otros caminos posibles para resolver sus problemas, o al menos la priorización de algunos.

El participante selecciona así la posibilidad de cambiar las actividades gubernamentales, como alternativa a su consideración como institución inamovible, inafectable. Selecciona el trabajo en grupo como un medio eficaz y valioso para modificar sus condiciones de vida, en contraste con la sola utilización de estrategias individuales de acción. Y selecciona el despliegue de métodos de presión social, como vía importante -no única- para lograr el reconocimiento de sus demandas. Conjunto de estrategias que también conllevan una validación en términos normativos: se consideran como legítimas, como «correctas». En consecuencia, los enunciados estratégicos son un puente entre el

22. Hay relación entre la variable «tipo de poblador» y «orientación hacia los métodos de presión social», porque se obtuvo una  $X^2$  de 24.89992, con 1 grado de libertad, y un nivel de significación de 0.0000.

mundo objetivo de los instrumentos, de los procedimientos, y el mundo subjetivo de los valores sostenidos por el individuo, recordando un poco la clasificación de Jean Piaget.

#### **1.4 Conclusión: las condiciones subjetivas como causa y efecto de la participación social.**

Entre los diversos significados que los sectores populares urbanos enlazan a sus condiciones materiales de vida, hemos encontrado una serie de enunciados expresivos y cognitivos (normativos y estratégicos) que distinguen claramente a los participantes y no participantes de una organización vecinal:

- Los participantes interpretan sus condiciones deprimidas de consumo como una situación imputable a la responsabilidad de un sujeto colectivo, al gobierno. Y este enjuiciamiento es el reconocimiento de una obligación no cumplida y de un derecho no atendido, donde se mezcla tanto la insatisfacción por las condiciones vividas (conocimiento expresivo), como el reconocimiento de una situación de injusticia (conocimiento normativo). Siguiendo a Barrington Moore, hemos llamado a esta combinación de significados «sentimiento de injusticia» o «sentimiento de indignación moral».
- Y los participantes interpretan sus condiciones deprimidas de consumo como situaciones susceptibles de modificarse mediante la convergencia de tres estrategias de acción: 1) cambiando las actividades gubernamentales; 2) priorizando el trabajo grupal, la asociación en organizaciones, y 3) utilizando métodos de presión social.

Estos significados, a diferencia de los recursos materiales, moldean favorablemente la decisión de los pobladores para afiliarse en una organización que despliega acciones de movilización social. Son propiedades interactivas que portan ciertos individuos, permitiéndoles fundar identidades colectiva como es el caso de una organización vecinal. Sin embargo, se podría hacer la siguiente pregunta crítica, dirigida contra nuestro planteamiento del importante papel de los significados en la modelación de la decisión favorable para participar: ¿los enunciados expresivos y cognitivos que diferencian a los participantes de los no participantes, no serán más bien una consecuencia de su afiliación a una organización que tiene determinada ideología, determinados planteamientos conceptuales?. Desde esta perspectiva, ¿esos significados serían el producto de la participación y no, como se ha querido mostrar, una causa condicionante de la decisión para participar?. En resumen, según nuestro crítico potencial: ¿estaremos manejando un planteamiento teórico de las condiciones subjetivas, vitales, de la participación social que nos ha llevado a manipular datos empíricos de manera más o menos arbitraria, los cuales podrían interpretarse en sentido opuesto?.

Nuestro crítico tendría inicialmente a su favor un punto importante en términos metodológicos: entrevistamos a personas que ya participaban, y no a sujetos que podrían participar. No obstante, contra el argumento que convierte a los significados en meras consecuencias, se pueden aducir importantes cuestionamientos tanto empíricos como teórico-conceptuales. En relación a los primeros, la evidencia empírica de nuestra investigación no apoya tal interpretación extrema. Desde luego sí reconoce una influencia importante y significativa de la misma organización en el desarrollo y orientación de las condiciones subjetivas de la participación, porque son causa y producto simultáneamente, pero no nos lleva a desconocer su rol de prerequisite individual de la decisión para afiliarse. Cuestión que en el siguiente capítulo: «La formación del actor colectivo», trataremos en detalle.

En segundo lugar, y es lo que aquí me interesa de manera especial, es el cuestionamiento conceptual de los argumentos presentados por nuestro supuesto crítico. En efecto, no me resulta comprensible, de ninguna manera, cómo es factible que un individuo que por principio ve imposible el cambio de la acción gubernamental, o desprecia y desvaloriza la utilidad del trabajo en grupo, o es reacio totalmente a utilizar métodos de presión, o se muestra contento y satisfecho con la actividad gubernamental, lo encontremos participando en un mitin frente a una oficina pública, demandando y exigiendo el cumplimiento de lo que considera un derecho violado o la satisfacción de una necesidad importante. Conceptualmente tal posibilidad me resulta bastante absurda. Y en consecuencia, tal perfil subjetivo lo interpreto más bien como una condición de la decisión para no participar, para mantenerse al margen de la oferta de afiliación a una acción colectiva orientada al cambio social.

Pero hechas estas aclaraciones, es igualmente necesario evitar una concepción rígida, unidireccional, de las condiciones subjetivas que facilitan la decisión para afiliarse a una organización vecinal que utiliza estrategias de movilización social, porque la dinámica misma de la participación tiene un efecto de recreación, fortalecimiento y modificación de esos significados. Y esto a través de distintos procesos. Destaca, por una parte, que la participación por sí sola tiene un efecto evidentemente cultural en los individuos, indistintamente de la existencia o no de actividades organizadas explícitamente para tal fin. El solo hecho de asistir a reuniones donde se discuten problemas colectivos y se plantean soluciones, o la colaboración en una manifestación, por ejemplo, repercute directamente en la percepción sobre el entorno social y los mecanismos para cambiarlo: enriqueciendo y precisando las estrategias de acción, identificando interlocutores para el logro de los objetivos, etcétera.

Por otra parte, los grupos vecinales que desarrollan acciones de movilización social son, generalmente, el resultado de un proceso de acumulación de diversos mecanismos de organización y trabajo; situación que permite cambios y modificaciones progresivas en la percepción estratégica, normativa y expresiva de los participantes. Tenemos así, por ejemplo, que los grupos suelen comenzar con actividades de autoayuda en sus comunidades, organizando por ejemplo tiendas de abasto, actividades de limpieza, talleres de

tejido, cursos de alfabetización, desayunos escolares, etc., y posteriormente, poco a poco, van introduciendo actividades que implican estrategias de movilización social. Las condiciones subjetivas de la participación se van enriqueciendo entonces progresivamente: encontramos inicialmente una disposición para el trabajo comunitario, y después una disposición para la utilización de estrategias de presión social.

Desde esta perspectiva, las condiciones subjetivas de la participación se deben entender como un proceso bidireccional: se requieren ciertas características mínimas en los individuos que condicionen una decisión favorable para afiliarse, y estas características iniciales dependerán del tipo de actividades que vayan a desarrollar y promover las organizaciones concretas; pero una vez realizada esa decisión, los significados estratégicos, normativos y expresivos se van modificando de manera importante para favorecer la transformación de los mecanismos de trabajo grupal.

## **2. APLICACION EMPIRICA DEL MODELO.**

El análisis de las condiciones materiales y subjetivas de la participación social, en cuanto dimensiones del contexto vital que facilitan o no la decisión para asociarse en una acción colectiva, han mostrado comportamientos estadísticos diferentes, que coinciden en términos generales con lo previsto por el modelo teórico expuesto al comenzar el capítulo anterior<sup>23</sup>.

Las condiciones materiales, o recursos objetivos de la interacción vital, en especial cuando se refieren a indicadores relacionados con el uso y consumo de los bienes ligados al territorio urbano, tuvieron una distribución estadística semejante en ambos subgrupos de pobladores entrevistados. En este aspecto participantes y no participantes tienden a compartir el mismo tipo de servicios y equipamientos urbanos, habitan el mismo tipo de viviendas y tienen semejantes formas de propiedad. Es un proceso de identificación en el terreno del consumo que opera por la posición de clase que comparten los pobladores en el mercado, no obstante sus diversas situaciones laborales o de clase.

En contraste, en relación a las condiciones subjetivas de la participación social, o «dimensión de significados» de la interacción vital, encontramos una clara diferencia entre los pobladores participantes y los no participantes. Donde si bien ambos subgrupos no muestran diferencias peculiares en materia de los enunciados de tipo expresivo, sí encontramos comportamientos muy distintos en los enunciados de tipo cognitivo que formulan, sean normativo-expresivos o estratégicos. Hay así diferencias importantes en relación a la presencia de un sentimiento de indignación contra quienes se considera responsables de su situación social, el reconocimiento de la posibilidad de cambiar las

---

23. Capítulo II, "Las condiciones vitales de la participación I: el modelo analítico y las condiciones materiales", inciso 1 "Las diferencias entre participantes y no participantes".

actividades gubernamentales, la valoración del trabajo en grupo como estratégica para solucionar problemas, y la utilización de métodos de presión social.

Sin embargo, hay dos cuestiones relacionadas con el modelo original que hasta el momento no hemos sometido a prueba empírica. Por una parte, necesitamos analizar el lugar que juegan las otras dos dimensiones de la interacción, del contexto vital, en la configuración de la decisión favorable para participar en una acción colectiva. Me refiero a la dimensión de «rol» y la dimensión de «posición de poder». Y por otra parte ¿podemos avanzar hacia un análisis que nos permita evaluar el peso real de cada dimensión en la configuración de la decisión para participar?. Ya no se trata, entonces, de estudiar la relación bivariada entre «tipo de poblador» y las condiciones materiales de vida, las condiciones subjetivas, las de rol y de posición de poder consideradas de manera separada. Se busca ponderar más bien la mayor o menor importancia de cada una de ellas.

Para resolver este doble problema, una buena opción es aplicar un modelo de «regresión logística»<sup>24</sup>, por lo siguiente: 1) la variable a explicar: el tipo de poblador, es dicotómica en su valores (participantes y no participantes), y 2) las hipótesis explicativas: las cuatro dimensiones de la interacción social, conforman un sistema. Desde esta perspectiva, un primer modelo para medir el aporte de cada una de las dimensiones del contexto vital a la participación sería el siguiente:

$$\text{MOMIO DE PARTICIPACION} = F(\text{RECURSOS MATERIALES; SIGNIFICADOS; ROLES; POSICIONES DE PODER})$$

Donde la variable dependiente: «Momio de participación» o razón de participación contra no participación<sup>25</sup>, es una función de cuatro variables explicativas: recursos materiales, significados, roles y posiciones de poder, las cuales, según las características que asuman, nos permitirán predecir (en términos de razones o momios) la decisión favorable de los individuos para participar en una acción colectiva.

Sin embargo, este modelo estadístico inicial -de carácter multivariado- hay que precisarlo en mayor medida, en especial por el lugar que ocupa la variable «rol del entrevistado» en el contexto vital de la vivienda y su entorno social inmediato, que específicamente significa «rol de parentesco». Esta variable la dividimos en dos grandes funciones:

24. El modelo de regresión logística responde a la siguiente ecuación:  $\text{Ln}[P/(1-P)] = \beta_1 \text{ Recursos} + \beta_2 \text{ Significados} + \beta_3 \text{ Rol} + \beta_4 \text{ Posición de Poder} + E$ . Donde tenemos cuatro regresores definidos por las dimensiones del contexto vital de la participación social, y donde P es la probabilidad de que una persona participe en una organización vecinal. Por lo tanto, (1-P) es la probabilidad de que no participe, y la relación  $[P/(1-P)]$ , que es el cociente de la probabilidad de participar entre la probabilidad de no participar, se conoce con el nombre de «momio» y mide la ventaja en favor de participar en una organización vecinal. El logaritmo natural del momio se conoce con el nombre de «logit».

25. Momio de participación = participación/no participación. Tenemos así, por ejemplo, que un momio de 3, es igual a 3/1, donde la razón de participación es tres veces superior a la no participación, y nos sirve claramente para predecir comportamientos.

jefe de familia y jefa de familia. Y la explicación de esta decisión es la siguiente: partimos de la hipótesis de que *existe una relación estrecha entre el tipo de función que con su condición de género (femenino y masculino) desarrolla un individuo dentro de la vivienda, como espacio territorial del hogar y la unidad familiar, y la existencia de un imperativo subjetivo para colaborar a solución de los problemas existentes en el terreno del consumo cotidiano*; imperativo que influye directamente en la decisión para participar. No se pueden esperar, por ejemplo, las mismas obligaciones por parte de un individuo que ocupa el rol de hijo soltero dentro de una familia, respecto a quien tiene que responsabilizarse por definición de la suerte y destino económico de su hogar, esto es, de un jefe o jefa de familia.

Asimismo, por cuestiones metodológicas, la relación entre el «ejercicio de un rol de parentesco» y la participación dentro de una organización vecinal, fue una de las condiciones iniciales de carácter empírico en nuestra investigación: al seleccionar los participantes de manera aleatoria dentro de sus organizaciones, el 70.8% de los entrevistados fueron jefas de familia, el 23.5% jefes de familia, y sólo el restante 5.7% se distribuyó entre hijos solteros y otras formas de parentesco. En consecuencia, cuando seleccionamos posteriormente a los no participantes -también de manera aleatoria pero en los poblamientos-, buscamos una distribución más o menos semejante de jefes y jefas de familia para poder comparar los diversos comportamientos.

Esta división de los roles de los entrevistados en dos grandes funciones, que simultáneamente es una división de género, y la notificación de diversos estudios que han llamado la atención sobre la desigualdad de motivaciones y comportamientos entre las mujeres y los varones cuando participan en una acción colectiva<sup>26</sup>, nos llevó a reestructurar el modelo original en dos modelos de análisis multivariados, uno para los participantes jefes de familia (desde ahora hombres) y otro para las participantes jefas de familia (desde ahora mujeres), donde la variable «rol de parentesco» se transformó de variable explicativa a variable dependiente:

#### MODELO 1.

MOMIO DE PARTICIPACION DE LOS HOMBRES = F(RECURSOS MATERIALES;  
SIGNIFICADOS; POSICIONES DE PODER)

---

26. Alan Boot, "Sex and social participation", en *American Sociological Review*, vol. 37, núm. 2, 1972, pp. 183-193; Guillermo Campero, *Entre la sobrevivencia y la acción política (las organizaciones de pobladores en Santiago)*, op. cit., pp. 62-66.

## MODELO 2.

MOMIO DE PARTICIPACION DE LAS MUJERES = F(RECURSOS MATERIALES;  
SIGNIFICADOS; POSICIONES DE PODER)

### 2.1 Las condiciones de participación del jefe de familia en los sectores populares urbanos.

En el análisis bivariado que hicimos sobre el papel de las condiciones materiales y subjetivas en la configuración de la decisión para participar, no hicimos ninguna distinción entre los roles de los entrevistados y su condición de género. Tratamos a todos los entrevistados como un grupo neutro en esos términos. Es previsible, por lo tanto, que al recuperar la desigualdad de funciones que van asociadas al ejercicio del rol de jefe de familia con respecto al de jefa de familia, encontremos un comportamiento más o menos diferente de las condiciones vitales de la participación social originalmente analizadas. Nuestro modelo inicial, de carácter multivariado, es el que ya mencionamos:

MOMIO DE PARTICIPACION DE LOS HOMBRES = F(RECURSOS MATERIALES;  
SIGNIFICADOS; POSICIONES DE PODER)

Este modelo es, como punto de partida, semejante al que utilizaremos para el estudio de las condiciones de participación de las mujeres. Sin embargo, como es un modelo de «regresión logística», no se puede aplicar de manera directa a los datos empíricos de la encuesta y sacar las consecuentes conclusiones. Se trata ante todo de ajustar los diversos indicadores utilizados para lograr una mayor «bondad de ajuste», esto es, una adecuación entre variables y datos empíricos. Hay que evaluar así, nuevamente, la mayor o menor procedencia de los diversos indicadores que registramos en la encuesta. Porque puede suceder que algunos indicadores útiles en el análisis bivariado, o para un análisis de regresión que no distinguiera entre mujeres y hombres, resultaran totalmente inadecuados ahora; o viceversa.

El método de regresión logística nos exige así un diálogo fundamentado entre las propuestas del modelo teórico, nuestras hipótesis sustantivas, y el comportamiento de los datos empíricos. Y en ese diálogo se producen tanto modificaciones y adecuaciones del modelo, como selección y filtración de los indicadores. Relaciones que no deben llevar a la creación de hipótesis ad-hoc, para explicar la particularidad de los resultados, sino que deben ser congruentes con las hipótesis fundamentales de nuestro trabajo: la propuesta de una sociología de la interacción estructural. En caso contrario, hay que tener la sinceridad de reconocer la improcedencia, en los casos investigados, de las hipótesis originalmente utilizadas.

La variable a explicar en el modelo estadístico, o variable dependiente, es desde luego la misma que utilizamos en el análisis bivariado: el tipo de poblador, con sus valores dicotómicos de participante y no participante jefe de familia. Sin embargo, en el caso de las variables explicativas, en concreto las de «recursos materiales» y «significados», hubo importantes cambios en los indicadores utilizados, con el fin de lograr el mejor ajuste del modelo. Asimismo, en relación a la variable «posición de poder», que no habíamos utilizado anteriormente, tuvimos que construirla de manera diferente con respecto a la empleada en las mujeres. Hechos estos cambios, las variable explicativas, o regresores, fueron entonces las siguientes:

#### **a) Los recursos materiales.**

En relación a las condiciones materiales de vida, las primeras versiones del modelo excluyeron como no significativos todos los indicadores relacionados con el uso del territorio urbano, y con la disponibilidad de bienes muebles. En este nivel del análisis, no se detectó ninguna distinción importante entre participantes y no participantes, y en consecuencia, los indicadores perjudicaban la bondad de ajuste del modelo, su capacidad predictiva, haciendo necesario su exclusión. Esta exclusión era predecible en cierta medida, a partir del análisis bivariado que hicimos en el capítulo anterior, donde se detectó un tendencia hacia la identidad en materia del consumo entre ambos subgrupos de pobladores. Sin embargo, incorporamos al modelo un nuevo indicador relacionado con las condiciones materiales de vida, porque sí intervenía en la configuración de la decisión para participar de los jefes de familia: el horario de trabajo. Encontramos así que *la diferencia entre desempeñar un trabajo con horario fijo, rotativo o decidido por el mismo entrevistado, inflúa directamente en las condiciones para participar en una acción colectiva*

#### **b) Los significados.**

Los indicadores utilizados para analizar el papel de las condiciones subjetivas de la participación social, también necesitaron algunos ajustes. En primer lugar, en relación a la presencia de un sentimiento de injusticia que diferenciaría a participantes y no participantes varones, las primeras versiones del modelo lo excluyeron: ambos subgrupos presentaban un sentimiento semejante, de indignación, con respecto al gobierno. Por lo tanto, no nos permitiría prever la desigualdad de comportamiento de los pobladores. Cuestión que también encontramos con la percepción de la posibilidad de cambiar las actividades gubernamentales, donde ambos subgrupos de entrevistados tendieron a compartir la misma opinión favorable. Las dos variables fueron así excluidas del modelo. Sin embargo, al igual que las variables relacionadas con el consumo de bienes muebles e inmuebles, *se encuentran presentes como elementos del contexto vital compartido por participantes y no participantes.*

En cuanto a la «orientación comunitaria» de los jefes de familia, sí encontramos un comportamiento muy diferente entre ambos subgrupos de pobladores: los participantes presentaban una disposición más favorable a participar en trabajo grupales. En consecuencia, el modelo estadístico final lo recuperó como una variable explicativa importante. Finalmente, en relación al uso de métodos de presión social, el ajuste del modelo nos llevó a construir un nuevo índice factorial diferente al utilizado en el análisis bivariado (ver inciso 1.3 de este capítulo), porque se basó en preguntas diferentes, de carácter más bien general: referidas a la opinión de los entrevistados sobre sucesos abstractos y no históricos. Las preguntas eran las siguientes: 1) "Cuando en un país existen muchos problemas y hay un gobierno muy malo, la solución más importante es: a) organizarse en un gran grupo que presione al gobierno y lo obligue a cambiar y solucionar los problemas, o b) que cada persona cumpla sus obligaciones y respete los derechos de los demás", y 2) "Según la Constitución Política de México, todo mexicano tiene el derecho de una vivienda adecuada y digna. Como muchas viviendas no son así, la gente debería: a) Exigirle al gobierno que cumpliera, brindando buenas viviendas, o b) Mejorar su vivienda por si sola, con su esfuerzo y trabajo".

Los resultados del nuevo índice factorial<sup>27</sup>, dentro del modelo multivariado, también nos permitieron diferenciar claramente a los «participantes» de los «no participantes» masculinos, donde los primeros tenían una orientación favorable para el uso y empleo de métodos de presión social en el logro de determinados objetivos. Sin embargo, es importantes mencionar que la necesidad de construir este índice factorial, con preguntas diferentes a las utilizadas en el análisis bivariado, nos llevó a cuestionarnos el por qué éstas no se habían podido utilizar en el modelo. No tenemos ninguna respuesta concreta, pero nuestra hipótesis al respecto -materia de otras investigaciones más detalladas- se refiere a la posibilidad de que ambos factoriales midan aspectos diversos de un mismo fenómeno, por ejemplo, diversas formas de presión social.

### **c) La posición de poder.**

La selección e identificación de indicadores relacionados con esta dimensión de la interacción, fue nuestro mayor problema en la prueba empírica del modelo estadístico. En especial porque, en el diseño original de la encuesta, no integramos suficientes indicadores para su análisis detallado. Es cierto que se había previsto conocer la participación o no del varón en actividades domésticas, y el tiempo que podía dedicar a ellas a partir del invertido en sus actividades laborales y en la transportación. Sin embargo, no se formularon otros indicadores que podrían haber sido directamente más útiles.

---

27. El peso que obtuvimos para cada uno de los indicadores que intervienen en el nuevo índice sobre «orientación hacia métodos de presión» fue el siguiente: para la primera pregunta 0.79005, y para la segunda 0.79005; donde el factor explica el 62.4 de la varianza observada.

Para medir el aporte de la posición de poder del jefe de familia en la decisión favorable para participar, recurrimos entonces a indicadores provenientes de otras variables, en especial relacionados con el ciclo evolutivo de las familias. En efecto, retomando algunos estudios que sobre las estructuras de autoridad y dominación se han hecho dentro de las familias<sup>28</sup>, y de la relación entre estructura familiar y participación<sup>29</sup>, planteamos las siguientes hipótesis que las relacionan con su ciclo evolutivo:

- Las estructuras dominantes de poder dentro de las familias urbano populares, y la división de actividades entre los géneros, facilitan que en las fases iniciales del matrimonio sin hijos, o cuando los hijos son pequeños y poco numerosos, encontremos más comportamientos de tipo autoritario por parte del jefe de familia, porque son más escasas las posibilidades de contrapesar sus pretensiones de control.
- Cuando el ciclo evolutivo de la familia está más desarrollado, donde los hijos son más numerosos y de mayor edad, las capacidades de poder del jefe de familia tienden a disminuir. Y no sólo porque los hijos mayores pueden contrabalancear las tendencias autoritarias del padre, sino también porque en un contexto interactivo más complejo, donde puede haber o no un padre autoritario, el poder de éste tiende a debilitarse necesariamente. Así mismo, es previsible que una familia con un ciclo vital más evolucionado, que por distintos procesos ha permanecido unida, tienda a generar un mayor involucramiento del varón en las actividades domésticas.
- Las tendencias autoritarias del varón, ligadas a una marcada división en las funciones que los géneros realizan dentro y fuera de los hogares, lo transforman en mero proveedor económico y lo «desligan» de la responsabilidad de contribuir con otro tipo de actividades a la atención de las necesidades y carencias familiares. Desde esta perspectiva, el autoritarismo masculino condiciona negativamente la decisión favorable para participar en una acción colectiva dentro de los espacios de vivienda y su entorno inmediato, porque no es considerado como un ámbito directo de su responsabilidad.

A partir de estos supuestos teóricos, seleccionamos dos indicadores que nos podrían servir para medir de manera indirecta el aporte de la posición de poder del jefe de

---

28. Teresita de Barbieri, "Sobre géneros, prácticas y valores: notas acerca de posibles erosiones del machismo en México", en Juan Manuel Ramírez S., (coord.), *Normas y prácticas morales y cívicas en la vida cotidiana*, México, CIIH-UNAM, Miguel Angel Porrúa, 1990, pp. 83-105; Mercedes González de la Rocha, "De por qué las mujeres aguantan golpes y cuernos: un análisis de hogares sin varón en Guadalajara", en Luisa Gabayet (et. al) (comps.), *Mujeres y Sociedad*, México, CIESAS, El Colegio de Jalisco, 1988, pp. 225-228; Sylvia Chant, "Mitos y realidades de la formación de las familias encabezadas por mujeres: el caso de Querétaro, México", en *ibid.*, pp. 181-203.

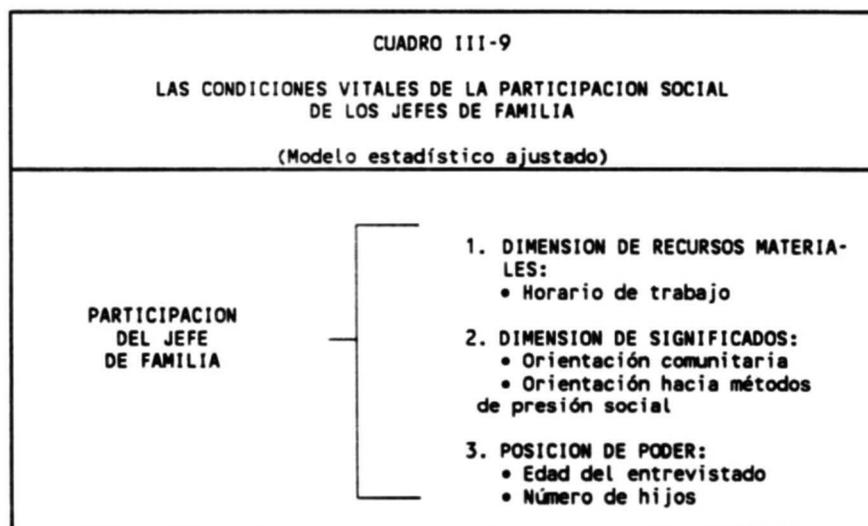
29. Kevin R. Cox, "Housing tenure and neighborhood activism", en *Urban Affairs Quarterly*, vol. 18, núm. 1, 1982, p. 111.

familia en la decisión para participar: la edad del entrevistado y el número de hijos. Donde a mayor edad y número de hijos, suponemos la presencia de un ciclo evolutivo más desarrollado en la familia, y en consecuencia una posición de poder menos autoritaria del varón y más involucrada con los problemas cotidianos del hogar. El modelo estadístico final, los presentó como variables explicativas importantes.

#### d) La prueba empírica del modelo.

Una vez ajustado el modelo estadístico inicial, en sus diversas variables, llegamos a la siguiente ecuación final, con sus indicadores correspondientes (Ver Cuadro III-9):

Momio de participación del jefe de familia =  
 F[Recursos materiales (Horario de trabajo);  
 Significados (Orientación comunitaria y orientación hacia los métodos de presión social);  
 Posición de poder (Edad del entrevistado y número de hijos)].



Concentrándonos ahora en los principales resultados descriptivos que obtuvimos con la aplicación del método de regresión logística, y dejando para después el análisis de sus implicaciones sustantivas<sup>30</sup>, podemos decir lo siguiente:

- El modelo tiene una alta capacidad para predecir la participación del jefe de familia: tiene un logaritmo de máxima verosimilitud de .9465 y una bondad de ajuste de .8167 (Ver Anexo I).

30. Ver más adelante, inciso 2.3 "Conclusión: modernización y racionalidad comunitaria".

- En consecuencia, a partir del conocimiento de las variables que hemos identificado como condiciones vitales de la participación social, podemos predecir en un 81.48% de los casos la configuración de una decisión favorable para asociarse en una acción colectiva, y en un 90% la decisión no favorable. En resumen, una capacidad predictiva de 86.57%
- Y particularizando en la capacidad predictiva de cada variable explicativa, podemos decir lo siguiente:
  - El jefe de familia que presenta una orientación comunitaria favorable, tiene una probabilidad 8.75 veces mayor de afiliarse a una acción colectiva, en contraste con el individuo que presenta una orientación comunitaria negativa.
  - La participación también está condicionada por la disponibilidad de un recurso muy valioso: el tiempo. Tenemos así que los jefes de familia que desempeñan un trabajo con horario determinado por ellos mismo, tienen una posibilidad de participar 3.31 veces mayor, si los comparamos con aquéllos que laboran bajo un régimen de horario fijo.
  - Finalmente, la orientación favorable hacia métodos de presión social aumenta la posibilidad 2.59 veces. Y las variables relacionadas con la posición de poder de la siguiente manera: el número de hijos 2.18 veces, y la edad del entrevistado 1.11 veces.

Cada una de estas variables del contexto vital contribuyen así a configurar la decisión para participar, pero necesitamos algún procedimiento matemático que nos permita resumirlas y manejarlas conjuntamente. Y este método consiste, precisamente, en transformar uno de los valores obtenidos en la regresión logística (los valores Beta) en un índice de probabilidad de participación<sup>31</sup>: donde los individuos cercanos al «1» presentarán la mayor probabilidad de participación -porque el comportamiento de sus diversas propiedades interactivas será más favorable-, y aquéllos que se acerquen al «0» serán los menos favorables.

---

31. El proceso estadístico es el siguiente: 1) se necesita calcular los valores «zeta» para cada uno de los participantes, a partir de los valores «Beta» obtenidos en la regresión logística y el indicador que cada entrevistado tiene en relación a la variable considerada. La ecuación resultante, en el caso de los hombres, es la siguiente:  $ZETA = (.1035 * edad) + (1.1978 * tipo\ de\ horario\ de\ trabajo) + (.7783 * número\ de\ hijos) + (2.1691 * orientación\ comunitaria) + (.9525 * presión\ hacia\ el\ gobierno) - 8.4786$  (la constante). Y en el caso de las mujeres la ecuación es la siguiente:  $ZETA = (1.9592 * crítica\ al\ gobierno) + (-.5413 * número\ de\ bienes\ muebles\ en\ el\ hogar) + (1.1825 * orientación\ comunitaria) + (1.7656 * poder\ dentro\ del\ hogar) + 1.3027$  (la constante). Los valores ZETA que se obtienen así para cada uno de los entrevistados, se transforman en una probabilidad, según la ecuación siguiente:  $probabilidad\ de\ participar = 1 / (1 + EXP(-1 * ZETA))$ . Quedando cada uno de ellos ubicados en un punto situado entre la probabilidad máxima (1), y la probabilidad nula (0).

Si agrupamos los valores obtenidos en dos grupos: baja probabilidad (valores de 0.0 a 0.5), y alta probabilidad (valores de 0.5 a 1.0), los resultados son muy significativos en términos estadísticos: permiten una distinción clara entre los participantes y no participantes varones. En el caso de los primeros, encontramos que la mayoría tiende a situarse en el nivel alto de la escala de probabilidad (Ver Cuadro III-10, y prueba estadística en pie de página número <sup>32</sup>): el 81.5% tienen una probabilidad alta, entre 0.5 y 1.0, y solo el 18.5% una probabilidad baja, menor a 0.5; en cambio, en el caso de los no participantes, se invierte el comportamiento de los valores: el 10.0% de los entrevistados tienen una probabilidad alta de participar, y el 90.0% una probabilidad baja.

Si seleccionamos algunos de los casos para ejemplificar la importancia analítica de este tipo de indicadores de probabilidad, tendríamos el Cuadro III-11. Donde la primera columna identifica al caso seleccionado; la segunda columna la participación real o no del entrevistado dentro de una organización vecinal; la tercera su probabilidad teórica de participación, y las siguientes columnas su comportamiento en relación a las variables seleccionadas como condicionantes vitales de la participación.

CUADRO III-10			
TIPO DE POBLADOR Y PROBABILIDAD DE PARTICIPACION DE LOS JEFES DE FAMILIA			
TIPO DE POBLADOR	PROBABILIDAD DE PARTICIPAR		
	BAJA	ALTA	
<b>PARTICIPANTES</b>			
● Casos:	5	22	27
● % Columna:	12.2%	84.6%	40.3%
● % Renglón:	18.5%	81.5%	
● Frecuencia esperada:	16.5	10.5	
<b>NO PARTICIPANTES</b>			
● Casos:	36	4	40
● % Columna:	87.8%	15.4%	59.7%
● % Renglón:	90.0%	10.0%	
● Frecuencia esperada:	24.5	15.5	
Total columnas:	41	26	67
% Renglón:	61.2%	38.8%	100%

En la parte superior encontraremos, por ejemplo, a los entrevistados que por sus condiciones vitales tienen la mayor probabilidad de participar. El caso número 33, por ejemplo, es el prototipo del participante: por su edad es un adulto en plena etapa de madurez, el tipo de trabajo que desempeña es con horario definido por él mismo, tiene una familia numerosa, una orientación muy favorable para el trabajo comunitario y hacia el uso de

32. Hay relación entre tipo de poblador y probabilidad de participación en el caso de los jefes de familia: se obtuvo una  $X^2$  de 31.73912, con 1 grado de libertad, y un nivel de significación de 0.0000.

métodos de presión social. Le corresponde así una probabilidad de 1.0, donde sus cualidades interactivas coinciden, efectivamente, con su participación real en una asociación vecinal. Como contraparte, en la parte inferior del cuadro, encontramos aquéllos entrevistados que por sus condiciones vitales tienen la menor probabilidad de participar. A él pertenece el caso 76, con 0.0 de probabilidad, donde la edad es de 28 años, el horario de trabajo es fijo, tiene un solo hijo, la orientación comunitaria es negativa (-1.04361), y no tiene una orientación favorable hacia el uso de métodos de presión social (-.03560). Es así el prototipo del «no participantes», que efectivamente no está afiliado a ninguna organización vecinal.

Finalmente, en la parte intermedia del cuadro, encontramos fácilmente situaciones donde se combinan características favorables para la participación y la no participación, como son los casos 205 y 145. En consecuencia, si bien tienden a compartir probabilidades semejantes (57% y 55% respectivamente), el comportamiento de las variables es diverso y hay diferencias en la afiliación real a una organización vecinal. Desde luego, cabe hacer notar, que en los extremos de la tabla también encontramos algunos pocos casos donde no hay asociación entre la probabilidad de participar o no participar, y la afiliación o no afiliación a una organización. Pero estos pocos casos reflejan que el modelo de interpretación propuesto no se ajusta a la totalidad de los entrevistados, sino sólo al 86.7% de ellos.

CUADRO III-11							
EJEMPLOS DE PROBABILIDADES DE PARTICIPACION: TIPO DE POBLADOR Y CONDICIONES VITALES DE LOS JEFES DE FAMILIA.							
VARIABLES							
NUMERO DE CASO	PARTICIPACION ACTUAL	PROBABILIDAD	EDAD	HORARIO EN EL TRABAJO	NUMERO DE HIJOS	ORIENT. COMUNITARIA	PRESION AL GOBIERNO
33	sí	1.00	41	3	7	.70633	.94763
34	sí	.95	50	3	2	.70633	.94763
39	sí	.81	37	1	5	.70633	.94763
45	sí	.76	31	1	6	-.10985	.94763
227	no	.74	47	0	3	.70633	-1.99773
158	sí	.68	32	3	0	.70633	.00377
16	sí	.60	25	2	2	.70633	.94763
205	no	.57	43	1	1	.70633	.94763
145	sí	.55	71	0	1	-.10985	-1.99773
156	no	.50	33	1	2	.70633	.00377
64	no	.38	50	1	3	-.10985	-1.01450
177	sí	.35	23	2	1	.70633	-1.99773
69	no	.33	26	1	2	.70633	-.03560
56	no	.24	34	1	2	.70633	.94763
193	no	.11	46	3	2	-1.98339	.00377
61	no	.00	38	1	2	-1.98339	.00377
76	no	.00	28	1	1	-1.04361	-.03560

NOTAS SOBRE LAS VARIABLES:

- Tipo de trabajo. El número 1 se refiere a un trabajo con horario fijo, el 2 con horario rotativo, el 3 con horario libre (fijado por el propio entrevistado), y el 0 que no tiene trabajo.
- Número de hijos. El valor es progresivo.
- Orientación comunitaria. Los valores positivos (.70633) muestran una orientación favorable, y los valores negativos muestran una orientación no favorable.
- Presión al gobierno. Los valores positivos muestran una actitud favorable para el uso de estrategias de presión social, los valores negativos muestran una tendencia contraria.

## 2.2 Las condiciones de participación de la jefa de familia de los sectores populares urbanos.

Como en el caso de los entrevistados de sexo masculino, es previsible que al recuperar el aporte del «rol de jefa de familia» (desde ahora «mujer») en la configuración de la decisión para participar en una acción colectiva, encontremos también un comportamiento más o menos diferente de las variables explicativas que veníamos analizando de manera bivariada. Para desarrollar esta perspectiva, comencemos con el mismo modelo multivariado que ya utilizamos en el caso de los hombres:

$$\text{MOMIO DE PARTICIPACION DE LAS MUJERES} = F(\text{RECURSOS MATERIALES; SIGNIFICADOS; POSICIONES DE PODER})$$

Y este modelo de regresión logística requiere igualmente un proceso de modificación para lograr una mayor «bondad de ajuste» con respecto a los datos empíricos. Hay que

seleccionar y evaluar, nuevamente, la pertinencia de los indicadores que registramos en la encuesta, que nos permiten someter a prueba empíricamente el aporte de las diversas dimensiones de la interacción vital en la configuración de la decisión para afiliarse a una acción colectiva.

#### **a) Los recursos materiales.**

En relación a las condiciones materiales de vida de las mujeres, el modelo multivariado excluyó, por no significativos, todos los indicadores relacionados con el territorio urbano: dotación de servicios, calidad de la vivienda y sus formas de propiedad. En cambio, no hizo lo mismo con aquéllos relacionados con el nivel de disponibilidad de bienes muebles dentro de los hogares. Aquí sí los integró en la ecuación, pero con un comportamiento inverso y baja influencia: a mayor posesión de bienes muebles, menor probabilidad de participación femenina.

Este comportamiento de los dos grupos de variables relacionadas con la dimensión de los recursos materiales refleja, en gran medida, el tipo de comportamiento de los indicadores que analizamos de manera bivariada en el capítulo anterior. Donde aquéllos que tenían una expresión territorial presentaban una tendencia similar entre participantes y no participantes; mientras en el caso de los bienes inmuebles, se encontró una leve heterogeneidad entre ambos subgrupos de pobladores.

#### **b) Los significados.**

En el caso de los indicadores vinculados con las condiciones subjetivas, sí requerimos un ajuste especial. En primer lugar, en relación a la presencia de un sentimiento de injusticia que permitiría diferenciar a las participantes de las no participantes, el modelo ajustado solo aceptó como significativa la pregunta que habíamos elaborado para sintetizar la perspectiva global de las entrevistadas con respecto a la actuación gubernamental: "En resumen ¿en términos generales está usted satisfecha por la forma en que el gobierno mexicano trabajo y desarrollo sus actividades?". Y el comportamiento del indicador, como veremos más adelante, fue muy claro: las participantes tenían una clara orientación para evaluar como no satisfactoria la actividad gubernamental.

En el caso de los demás indicadores de tipo cognitivo, el modelo multivariado sólo incluyó como significativos los relacionados con la «orientación comunitaria» de las entrevistadas, donde las participantes presentaron una muy favorable inclinación. En cambio, excluyó las otras dos variables que también habíamos utilizado en los análisis bivariados: la percepción de una posibilidad de cambiar las actividades gubernamentales, y la utilización de métodos de presión social. Sin embargo, es necesario decir lo siguiente: si bien el modelo multivariado excluyó a las dos variables anteriormente mencionadas,

su análisis por separado para el caso de las mujeres (análisis bivariado), si mostró nuevamente un comportamiento muy diferente entre las participantes y las no participantes<sup>33</sup>.

### c) La posición de poder.

En diversos estudios que se han hecho sobre la actuación de las mujeres en acciones colectivas, por ejemplo dentro de organizaciones vecinales, se ha destacado que su participación le implica una modificación en el lugar que tradicionalmente se le ha asignado en las estructuras de autoridad dentro de la familia<sup>34</sup>. Basándose preferentemente en una metodología de «historias de vida», esos estudios consideran que la mujer participante tiende a ejercer el rol de «madre de familia» desde una perspectiva menos sometida al control y dominio autoritario por parte del varón; constituyendo así parte de una orientación general de un número creciente de mujeres para afirmar su «voluntad de sera» (M. Tarrés<sup>35</sup>), esto es, de emancipación, de jugar un rol más activo en la solución de sus problemas y en la configuración de su entorno social.

Esta hipótesis de trabajo sería, en consecuencia, la contraparte femenina de lo que consideramos anteriormente como requerimiento de «posición de poder» para la participación del varón. En el caso de la mujer, suponemos así que una posición de menor sometimiento facilitaría la decisión para involucrarse en una acción colectiva. Y en el caso del varón, suponemos que una posición de menor autoritarismo facilitará igualmente su decisión. Sin embargo, vistas en conjunto ambas tesis, estaríamos observando, más bien, dos fenómenos empíricos que obedecerían a una misma causa fundamental: las situaciones de poder que tienden a ser más equilibradas dentro de los hogares, entre mujeres y varones, especialmente entre jefes y jefas de familia, favorecen en mayor medida la participación en acciones colectivas.

Para someter a prueba empírica esta hipótesis, en el caso de las mujeres jefas de familia, y su contribución a la decisión favorable para participar en una acción colectiva, formulamos en la encuesta una serie de indicadores contruidos expresamente para tal fin. La variable resultante la llamamos «poder de la mujer», y buscaba medir dos aspectos centrales de su comportamiento dentro del hogar:

---

33. Hay una relación muy estrecha entre participación femenina en una acción colectiva, y la orientación favorable hacia el uso de métodos de presión social: se obtuvo una  $X^2$  de 11.12554, con 1 grado de libertad, y un nivel de significación de .0009

34. Dolores Lozano Pardini y Cristina Padilla Dieste, "La participación de la mujer en los movimientos urbano-populares", en Luisa Gabayet, Patricia García, Mercedes González de la Rocha (et. al) (comps.), *Mujeres y sociedad*, México, El Colegio de Jalisco, CIESAS del Occidente, 1988, pp. 237-257; Dora Rapold, "Movilización femenina y toma de conciencia. Un ensayo teórico sobre las condiciones sociales y familiares", en *Estudios sobre la Mujer 2*, Serie de Lecturas III, México, INEGI, SPP, 1986.

35. Cfr. María Luisa Tarrés, "Introducción: la voluntad de ser", en María Luis Tarrés (comp.), *La voluntad de ser*, México, COLMEX, 1992, pp. 21-45

- En primer lugar, el desempeño o no de actividades laborales remuneradas. Suponemos, como se ha mencionado en diversos estudios, que la mujer que participa en el mercado laboral, y en consecuencia tiene mayor autonomía económica con respecto al varón, tendrá una posición más favorable en la toma de decisiones dentro del núcleo familiar, en la estructura de autoridad. Y esta posición superior de poder facilitará el involucramiento en actividades no tradicionales, no relegadas al solo ámbito interno de los hogares, como es el caso de la participación en una acción colectiva.
- En segundo lugar, la variable «poder de la mujer» también busca evaluar la presencia de trabajo auxiliar de tipo doméstico dentro del hogar, y su contribución a la decisión femenina para participar en una acción colectiva. Presencia que podría entenderse como una mayor disponibilidad de tiempo libre para participar, pero entonces no sería un indicador de posición de poder sino de disponibilidad de condiciones materiales, como en el caso del tipo de horario de trabajo desempeñado por el varón.

Sin embargo, desde nuestra perspectiva, es algo más complejo: se trata de trabajo auxiliar de tipo voluntario, realizado por las hijas, las hermanas, la mamá u otros parientes de la entrevistada, que si bien conlleva una mayor disposición de tiempo libre, también es un indicador de la presencia de un proceso que llamaré «capacidad gerencial del trabajo doméstico», donde la jefa de familia muestra habilidades para coordinar el trabajo en el hogar de otros miembros de su familia y habilidades para delegar responsabilidades. En suma, la entrevistada muestra una mayor capacidad en la toma de decisión y una mejor posición de poder en el ejercicio del rol tradicional de madre.

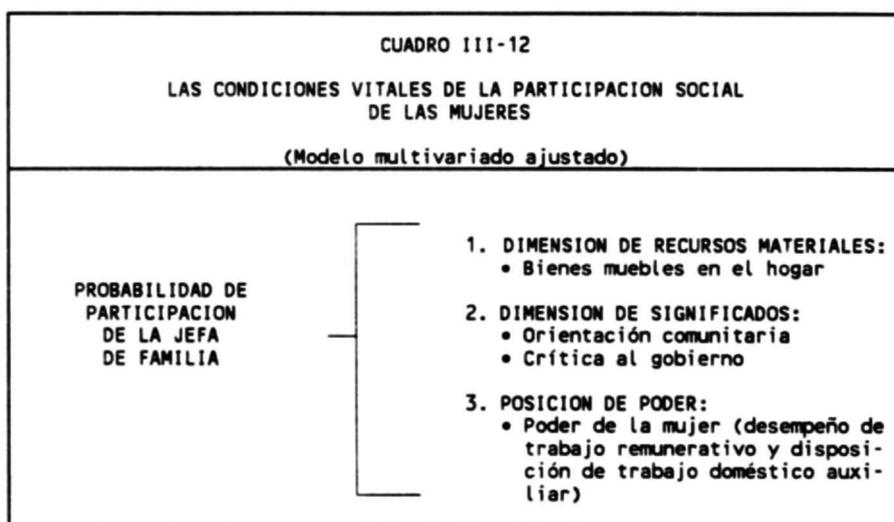
A partir de estos supuestos teóricos, cruzamos ambos indicadores: el desempeño de actividades remunerativas y la presencia de trabajo doméstico auxiliar, para construir la variable «poder de la mujer», con los siguientes valores:

- *La mujer trabaja remunerativamente y le ayudan en el hogar*, que le correspondería la mayor probabilidad de participar en una acción colectiva, porque conlleva el ejercicio de un rol femenino de jefa de familia con mayor capacidad para resolver los problemas cotidianos del consumo.
- *La mujer no trabaja remunerativamente y no le ayudan en el hogar*, que le correspondería la menor probabilidad de participar en una acción colectiva, por el carácter más subordinado de su posición de poder dentro del hogar.
- *Y situaciones alternadas para la mujer: trabaja y no le ayudan, o no trabaja y sí le ayudan*, cuya probabilidad de participación sería indiferente por la neutralización mutua entre las variables.

**d) La prueba empírica del modelo.**

Una vez ajustado el modelo multivariado inicial, en sus diversas variables, llegamos a la siguiente ecuación final, con sus indicadores correspondientes (Ver Cuadro III-12):

Momio de participación de la jefa de familia =  
 F[Recursos materiales (Bienes muebles en el hogar);  
 Significados (Orientación comunitaria y crítica a  
 la acción gubernamental);  
 Posición de poder (Poder de la mujer)].



Concentrándonos ahora en los principales resultados descriptivos que ovtuvimos por la aplicación del método de regresión logística, y posponiendo el análisis de sus implicaciones sustantivas<sup>36</sup>, podemos decir lo siguientes:

- El modelo tiene una alta capacidad para predecir la participación de la mujer en cuanto jefa de familia: tiene un logaritmo de máxima verosimilitud de .9339 y una bondad de ajuste de .8183 (Ver Anexo II).
- En consecuencia, a partir del conocimiento de las variables que hemos identificado como condiciones vitales de la participación social de la mujer, podemos predecir en un 84.34% de los casos la configuración de una decisión favorable para asociarse en una acción colectiva, y en un 75.32% la decisión no favorable. En resumen, una capacidad predictiva de 80.00%

36. Ver más adelante, inciso 2.3 "Concluciones: de la racionalidad individual a la racionalidad comunitaria".

- Y particularizando en la capacidad predictiva de cada variable explicativa, podemos decir lo siguiente:

- La mujer, jefa de familia, que percibe de manera crítica la acción gubernamental (sentimiento de injusticia), tiene una probabilidad 7.09 veces mayor de afiliarse a una acción colectiva, en contraste con aquélla que presenta una percepción positiva de la acción gubernamental.

- La mujer con mejor posición de poder, porque desempeña actividades remunerativas y tiene ayuda dentro del hogar, tiene una probabilidad de participar en una acción colectiva 5.85 veces mayor en relación a quien combina ambas posibilidades de manera desigual (trabajo remunerativo sin ayuda doméstica, o sin trabajo remunerativo pero con ayuda doméstica<sup>37</sup>); mientras que la mujer en situación contraria: sin actividades remunerativas y sin ayuda dentro del hogar, disminuye su probabilidad a menos de la quinta parte (.17).

- La orientación favorable para el trabajo comunitario aumenta 3.26 veces la probabilidad de participar, y la disposición mayor de bienes muebles dentro del hogar la disminuye casi a la mitad (a solo .58 veces).

Como en el caso de los varones, podemos resumir estos resultados en un índice de probabilidad, donde las entrevistadas «jefas de familia» que se acercan a «1» presentarán la mayor probabilidad de participar, y aquéllas que se acercan al «0» serán las menos favorables para participar. Dicotomizando los valores obtenidos en dos grupos: baja probabilidad (valores de 0.0 a 0.5), y alta probabilidad (valores de 0.5 a 1.0), obtenemos nuevamente una relación muy significativa en términos estadísticos: hay una distinción clara entre las participantes y no participantes femeninas (Ver Cuadro III-13, y prueba estadística en pie de página número <sup>38</sup>-). En el caso de las primeras, encontramos que la mayoría tiende a situarse en el nivel alto de la escala de probabilidad: el 96.4% tienen una probabilidad entre 0.5 y 1.0, y sólo el 3.6% una probabilidad menor a 0.5; en cambio, en el caso de las no participantes, se invierte el comportamiento de los valores aunque con menos fuerza: el 54.5% de las entrevistadas tienen una probabilidad de participar entre 0.5 y 1.0, y el 45.5% una probabilidad menor a 0.5.

---

37. Es necesario recordar, nuevamente, que estas dos combinaciones contradictorias son la categoría de comparación de la variable "posición de poder".

38. Hay relación entre tipo de pobladora y probabilidad de participación en el caso de las jefas de familia: se obtuvo una  $X^2$  de 36.33688, con 1 grado de libertad, y un nivel de significación de 0.0000.

CUADRO III-13			
TIPO DE POBLADORA Y PROBABILIDAD DE PARTICIPAR DE LAS MUJERES JEFAS DE FAMILIA			
TIPO DE POBLADORA	PROBABILIDAD		
	BAJA	ALTA	
<b>PARTICIPANTES</b>			
● Casos:	3	80	83
● % Columna:	7.9%	65.6%	51.9
● % Renglón:	3.6%	96.4%	
● Frecuencia esperada:	19.7	63.3	
<b>NO PARTICIPANTES</b>			
● Casos:	35	42	77
● % Columna:	92.1%	34.4%	48.1%
● % Renglón:	45.5%	54.5%	
● Frecuencia esperada:	18.3	58.7	
Total columnas:	38	122	160
% Renglón:	23.8	76.2	100%

Si seleccionamos algunas pobladoras participantes y no participantes de nuestra muestra, el comportamiento de cada una de ellas en relación a las variables del contexto vital y la probabilidad de participación, nos dará el Cuadro III-14. Donde la primera columna identifica al caso seleccionado; la segunda columna la participación real o no de la entrevistada dentro de una organización vecinal; la tercera su probabilidad teórica de participación, y las siguientes columnas su comportamiento en relación a las variables seleccionadas como condiciones vitales de la participación.

El cuadro desplegado para las mujeres seleccionadas, nos permite visualizar la relación estrecha que existe entre el tipo de pobladora, sus condiciones vitales y la probabilidad de participación. Tomemos para ejemplificar el caso 25. Le corresponde teóricamente la probabilidad máxima de participación: 1.0, y en consecuencia, por sus condiciones vitales, es el prototipo de la mujer que efectivamente tiene mayor posibilidad de afiliarse a una acción colectiva. Se trata así de una mujer que tiene una orientación crítica hacia el gobierno, muy pocos bienes muebles dentro de su hogar, una alta orientación comunitaria, y desempeña actividades remunerativas con ayuda en las labores domésticas. En términos de participación real, efectivamente está involucrada en una acción colectiva.

En la parte intermedia del cuadro encontramos a las entrevistadas que, en términos teóricos, tienen una probabilidad media para participar, y en consecuencia, pueden o no presentarse algunas de las condiciones vitales que facilitan la decisión para involucrarse en una acción colectiva. Tomemos como ejemplos los casos 121 y 59, donde la primera tiene una probabilidad de 0.53 y la segunda de 0.48. En ambos casos encontramos una orientación poco favorable hacia el trabajo comunitario, pero una tiene una percepción crítica de la acción gubernamental y la otra una percepción más bien positiva. Situaciones

que, en términos empíricos, se expresan en la combinación y proximidad de casos de participación y no participación, donde la ubicación media en la escala de probabilidad juega un evidente papel de puente entre las propiedades que caracterizan a ambos tipos de pobladoras.

CUADRO III-14						
EJEMPLOS DE PROBABILIDADES DE PARTICIPACION: TIPO DE POBLADORA Y CONDICIONES VITALES DE LAS JEFAS DE FAMILIA.						
VARIABLES						
NUM. DE CASO	PARTICIPACION ACTUAL	PROBABILIDAD	CRITICA AL GOBIERNO	BIENES MUEBLES	ORIENTACION COMUNITARIA	PODER EN EL HOGAR
25	sí	1.00	sí	1	.73699	1.00
184	sí	.93	sí	6	.73699	1.00
9	sí	.92	sí	3	.73699	.00
20	sí	.88	sí	4	.73699	.00
58	no	.87	sí	2	-.26386	.00
21	sí	.81	sí	5	.73699	.00
22	sí	.75	no	2	.73699	.00
27	sí	.71	sí	6	.73699	.00
86	sí	.79	sí	3	-.26918	.00
38	sí	.63	no	3	.73699	.00
72	no	.56	sí	5	-.26386	.00
121	sí	.53	sí	3	-.7002	.00
59	no	.48	no	2	-.26386	.00
19	no	.42	sí	6	-.26918	.00
218	sí	.41	sí	3	-1.70750	.00
146	sí	.30	sí	7	-.26918	.00
101	no	.26	sí	2	-2.70835	.00
149	no	.16	no	4	-.70134	.00
23	no	.06	no	6	-.70134	.00
80	no	.01	no	5	-2.70835	.00

NOTAS SOBRE LAS VARIABLES:

- Número de bienes en el hogar. El valor es progresivo: 1 representa la menor propiedad de bienes muebles en el hogar, y 7 representa la mayor propiedad.
- Orientación comunitaria. Los números positivos representan una orientación favorable, y los números negativos una orientación no favorable.
- Poder de la mujer en el hogar. El número 1 representa a la mujer que desempeña algún tipo de actividades remunerativas y cuenta con ayuda de labores domésticas en el hogar. El número 0 representa el caso contrario: mujeres que no trabajan y no cuentan con ayuda. La categoría de comparación fue la combinación de ambas posibilidades: mujeres que trabaja y no cuentan con ayuda, o no trabajan y sí cuentan con ayuda.

Finalmente, encontramos los casos ubicados en la parte inferior del cuadro, que en términos teóricos les corresponde la menor probabilidad de participación. Tomemos como ejemplo el caso 80, con una probabilidad de 0.01. Se trata de un evidente prototipo, pero de las condiciones que no favorecen la decisión para involucrarse en una acción colectiva. Es así de una mujer que no tiene una orientación crítica hacia el gobierno ni es favorable para el trabajo comunitario; posee un nivel alto de bienes muebles, y no tiene trabajo remunerativo y ayuda doméstica. Y en términos empíricos tendería a corres-

ponder, y así ha sido, con el tipo de mujer que no está afiliada a ninguna acción colectiva.

Para terminar, es necesario mencionar una temática que ciertos estudios cualitativos han considerado particularmente importante en la explicación de la participación de las mujeres: me refiero a la influencia del cónyuge masculino. Se argumenta así que la presencia del varón puede ser un obstáculo para su afiliación, y en consecuencia, que la madre sola, jefa de familia y sin pareja conyugal, tendría más posibilidades de participación.

El modelo multivariado excluyó por cuestiones de ajuste la variable de la encuesta «presencia de cónyuge en el entrevistado». Pero tratando de resolver el problema de otra manera, sometimos a una prueba bivariada, utilizando  $X^2$ , la hipótesis de la influencia del cónyuge masculino en la participación femenina. En el caso de nuestras comunidades investigadas la conclusión es clara: no hay relación entre tener o no pareja conyugal masculina, y la participación o no de las mujeres<sup>39</sup>. Más fructífero nos resultó haber considerado la posición de poder de la mujer dentro del hogar, hubiera o no presencia de cónyuge masculino.

### **2.3 Conclusiones: de la racionalidad individual a la racionalidad comunitaria.**

Los modelos multivariados que hemos construido para analizar las condiciones vitales de la participación en una movilización vecinal, han mostrado importantes niveles de significación: nos permiten predecir en términos generales el comportamiento de más del 80% de los entrevistados. La participación y la no participación pueden interpretarse, entonces, como el resultado de una decisión del sujeto individual construida de manera compleja, a partir de la intervención de cuatro dimensiones que configuran su interacciones en los espacios de vivienda y el entorno inmediato.

La primera dimensión le corresponde a los recursos materiales. Estos, marcados por la escasez, son el resultado de una posición de clase semejante que los entrevistados tienen en el mercado. Posición de clase que unifica situaciones laborales diversas (situaciones de clase), y que los lleva a compartir los mismos niveles de vida, en especial referidos a la adquisición de bienes construidos territorialmente en el espacio urbano. Es una comunalidad entre participantes y no participantes, que permite identificarlos en calidad de miembros de las clases populares urbanas.

La dimensión de los recursos materiales es así una variable de índole claramente estructural. Es el contexto histórico que comparten participantes y no participantes, y el trasfondo que los une en la decisión para afiliarse o no a una acción colectiva; a una

---

39. No hay relación estadística entre participación de la mujeres y la presencia de un cónyuge masculino: se obtuvo una  $X^2$  de .91419, con 1 de libertad, y un nivel de significación de .3390

organización vecinal que desarrolla procesos de movilización social. Un trasfondo que nos permite ubicar a la población entrevistada en un lugar bastante preciso de la organización económica de la sociedad; y cuyo origen y explicación, que no hemos buscado realizar en este trabajo, ha sido un tema recurrente de un importante número de investigación en ciencias sociales desde diversas óptimas interpretativas (teorías de la marginalidad, teorías de la dependencia, teorías del colonialismo interno, teorías de los mercados duales, teorías de la modernización industrial, etcétera).

Como contexto estructural de los entrevistados, es el común mundo de vida que comparten participantes y no participantes, la explicación de sus condiciones de vida desventajosas, subordinadas y de pobreza, pero adolecen de una limitación central: no nos permiten discriminar entre las desiguales respuestas y alternativas que buscan articular. En consecuencia, si bien son una referencia compartida por los entrevistados, quedaron excluidos de los modelos multivariados porque no permiten distinguir a los participantes de los no participantes, entre quienes se resignan a sus situaciones de pobreza o solo buscan medios individuales para resolverlos, y quienes articulan acciones colectivas para mejorar sus condiciones de vida.

Los modelos multivariados registraron precisamente este proceso de diferenciación: la serie de características de los entrevistados que teniendo como trasfondo una posición estructural en la sociedad, permiten a los individuos articular una organización vecinal que desarrolla procesos de movilización social. Conjunto de variables donde las interpretaciones de tipo estratégico y normativo que enlazan a su situación social, a sus condiciones deprimidas de consumo, y los roles y posiciones de poder que tienen dentro de sus hogares, juegan un papel fundamental y central.

Surge así la posibilidad de definir una «perfil del participantes», de un individuo que por sus características interactivas es favorable para la afiliación a una acción colectiva. Un individuo que identifica responsabilidades muy concretas en el origen de los problemas sociales e injusticias que vivencia; que considera modificables y cambiables esos problemas; que legitima el uso de medios de presión social, y que tienen en alta estima el trabajo grupal y la necesidad de contribuir personalmente al logro de los objetivos colectivos. En fin, se trata del perfil de un sujeto con una «racionalidad» diferente a la del individuo orientado por la sola búsqueda de sus intereses personales. Una forma de racionalidad sustantivamente diversa a la presentada por la filosofía individualista de la ilustración, y que llamaremos «*racionalidad comunitaria*».

En efecto, según analizamos anteriormente<sup>40</sup>, la interpretación que la filosofía de la ilustración hizo sobre el proceso de cambio cultural de la sociedad contemporánea, el proceso de modernización, se estructuró sobre la base de una concepción instrumentalista y cosificante de la racionalidad del individuo. Y sobre esta interpretación los forjadores

---

40. Sobre este aspecto en particular, ver Capítulo I, inciso 4: «La ilustración y las teorías de los movimientos sociales».

de la teoría sociológica, y en general sus clásicos, fundaron sus discursos y sus análisis. Modelo de una racionalidad que tiene la capacidad de someter a cálculo y ponderación el entorno social, y que procedería de manera neutra en términos expresivo y normativos. Sin embargo, tal visión de la racionalidad la consideramos ficticia y parcial para la comprensión de la sociedad moderna, para la interpretación del proceso de modernización; en especial porque la construcción de instituciones que articulen sistemáticamente enunciados de tipo instrumental descansa, de manera central, en la presencia de un marco normativo que permita estandarizar la acción de los individuos involucrados en una interacción.

Pero la filosofía de la ilustración no solo heredó a las ciencias sociales una visión unilateral de la racionalidad, también influyó en levantar otro mito de la organización social moderna: la supremacía de la racionalidad individualista, del sujeto que calcula y pondera de manera aislada su entorno estratégico, por encima de las formas de acción de tipo más bien comunitario y solidario, que destacarían por ser resabios arcaicos y tradicionales de organización. Concepción desarrollada brillantemente por Max Weber, y plasmada sin igual en su obra "La ética protestante y el espíritu del capitalismo".

Sin embargo, hay continuidad entre la crítica que se puede hacer a la interpretación instrumentalista de la racionalidad, y la que tendría como blanco la supuesta primacía de la acción individualista sobre las de tipo comunitario y solidario: cuando éstas se articulan sobre la base de una identificación y evaluación de las reglas sociales que articulan los sistemas de poder económico y político, distribuyendo de manera asimétrica privilegios y recursos, no son de ninguna manera formas arcaicas y tradicionales de organización social, sino más bien ofertas de acción que brindan a los individuos una capacidad significativamente superior para enfrentar sus desventajas sociales, y resolver diversas necesidades y demandas.

Y el perfil subjetivo del «participantes», que hemos estudiado a través de diversos indicadores, expresa precisamente esa superioridad de la racionalidad moderna de tipo colectivo sobre la individualista, donde el «participante» destaca sobre el «no participante» porque considera que el entorno de desigualdades, y en general de carencias y necesidades no resueltas que derivan de una determinada posición estructural, pueden transformarse y modificarse con la conjunción de trabajo organizado, estrategias de demanda y negociación, la relativización de los sistemas de autoridad y poder, la visión de la sociedad como posibilidad y no como fatalidad, y sobre todo, por el aporte insustituible del compromiso personal a tal tarea. Características de un individuo que articulando una racionalidad de tipo comunitario, puede sobreponerse con mayor éxito a una sociedad estructurada de manera desigual.

## CAPITULO IV

### LA FORMACION DEL ACTOR COLECTIVO

La existencia de los grupos sociales, sean o no acciones colectivas, descansa en los procesos de coordinación que los individuos participantes realizan en sus relaciones directas, inmediatas. Una coordinación de sus propiedades interactivas en términos de recursos materiales, significados, roles y posiciones de poder, con el objetivo de satisfacer diversas necesidades, y a la cual hemos llamado contexto vital.

Una característica central de la sociedad moderna es, precisamente, la capacidad de los individuos de intervenir en un plexo crecientemente complejo, parcializado y especializado de contextos vitales, que se distancia totalmente de las formas tradicionales de organización donde coincidían espacial y orgánicamente los ámbitos de trabajo, vivienda, amistad y vida religiosa, etc. En el presente, más bien, existen tantos grupos sociales como posibilidades tienen los individuos de articular diferentes espacios de vida cotidiana: sistemas de recursos materiales, significados, roles y posiciones de poder.

En términos dinámicos, la coordinación interactiva de los individuos dentro de un grupo social, puede ser analizada como el resultado de un doble proceso. Por una parte, como un momento de *referencias colectivas*, y por otra parte, como un momento personalizado, donde los sujetos operacionalizan de manera circunstancial y específica, a través de *acciones singulares y reflexivas*, esas referencias. Los grupos sociales son, entonces, el efecto de una dialéctica entre un conjunto de referencias compartidas que permiten *coordinar formalmente* la producción, uso y distribución de los medios materiales, el significado normativo, expresivo y estratégico de sus interpretaciones, la división de funciones y roles, y las posiciones de poder en la toma de decisiones, que llamaremos «*campo interactivo*»; y las acciones circunstanciales y prácticas de los individuos, que le dan una expresión temporal y espacialmente concreta.

Esta distinción entre referencias colectivas y acciones singulares, como dinámicas centrales de los procesos de coordinación social en la vida cotidiana, es uno de los aportes importantes de la etnometodológica de Harold Garfinkel. Lo distingue claramente de la interpretación que sobre la integración social hizo Parsons en obras como «El Sistema Social», donde el proceso de constitución de las organizaciones se identifica fuertemente con el proceso de su reproducción y mantenimiento<sup>1</sup>. Sin embargo, la propuesta de Garfinkel tiene una limitación importante, que finalmente deriva de cierta influencia parsoniana: reconoce la distinción pero reduce las referencias colectivas a cuestiones normati-

---

1. Harold Garfinkel, "A conception of, and experiments with, «trust» as a condition of stable concerted actions", en O.J. Harvey (ed.), *Motivation and social interaction*, New York, Ronald Press, 1963, pp. 187-188.

vas, a reglas básicas de acción, en otras palabras, únicamente a una de las formas de conocimiento de lo que hemos llamado «la dimensión de los significados de la interacción».

Pero el campo interactivo no son únicamente reglas básicas de coordinación que norman colectivamente las relaciones directas entre los individuos, también es, y de manera destacada, un conjunto de recursos materiales que condicionan la coordinación de los individuos y que no son reducibles a cuestiones normativas o subjetivas de ningún tipo. Un ejemplo concreto es el caso de aquellos recursos materiales ligados al territorio: los soportes físicos o bienes inmuebles, sean naturales o producidos por la sociedad. Tienen la capacidad de favorecer u obstaculizar las actividades singulares a las cuales están ligados. En otros términos, el espacio físico construido o natural son parte del campo interactivo y de las referencias formales que los individuos también buscan operacionalizar a través de sus acciones singulares. Cuestión que también podríamos decir de la mayoría de los bienes de tipo mueble.

Desde esta perspectiva, el campo interactivo nos remite a referencias colectivas de naturaleza simbólica y material, que relacionadas con las actividades singulares de los individuos, se expresan en la coordinación de las cuatro dimensiones del contexto vital. Y en esa relación encontramos una primera base para explicar los procesos de cambio social: cuando en un contexto vital hay problemas recurrentes para contrastar empírica y positivamente su campo interactivo, es decir, para traducirlo en acciones singulares, porque no logra atender las necesidades que legitiman su existencia, se produce un distanciamiento subjetivo en algunos de los individuos que lo conforman. El contexto vital desarrolla así una especie de «dinámica divergente». Por una parte, todos los individuos continúan compartiendo ciertas propiedades de su campo interactivo, en especial las ligadas a las referencias materiales y al ejercicio de determinados roles y posiciones de poder, pero en términos de significados se produce un distanciamiento en algunos de ellos, porque someten a cuestionamiento y crítica las necesidades no satisfechas, las aspiraciones no resueltas. Son individuos que detectan situaciones y dinámicas que no encuentran respuestas en los marcos existentes, pero continúan operando dentro de ellos, delimitándolos y condicionándolos.

En el distanciamiento subjetivo del contexto vital, en su crítica, comienza el proceso de transformación de cualquier institución (temática del Capítulo III, inciso 1), y la distinción entre los individuos favorables o no a la participación en una acción colectiva. Pero esta experiencia, en su comienzo, *no está socializada y se vivencia aisladamente*, porque se ejerce únicamente en la circunstancialidad de la vida cotidiana, en el mismo terreno donde las acciones singulares reproducen empíricamente a las instituciones, pero sin un respaldo colectivo: no es materia de ninguna identidad grupal, de ningún campo interactivo alternativo. Detrás del distanciamiento subjetivo no hay una coordinación en las interpretaciones de crítica y cuestionamiento, ni mucho menos una definición y organización colectiva de las alternativas. La única coordinación es la dada por la institución existente, por el campo interactivo en el cual ya se participa.

El proceso de constitución o formación de una acción colectiva, y en específico de una organización vecinal, es precisamente *la transformación de esa experiencia atomizada y aislada en una experiencia compartida*. Es la construcción de una identidad grupal entre quienes ya compartían propiedades de su contexto vital, pero problematizaban de manera separada su viabilidad circunstancial. Es la elaboración de una alternativa mediante la convergencia en una acción grupal, la convergencia en la construcción de un nuevo campo interactivo.

Los grupos sociales generan así sus mismas posibilidades de cambio, y *el cambio puede ser un producto directo de su dinámica de funcionamiento*. Por su campo interactivo, las instituciones definen marcos generales de acción para resolver necesidades, posibilidades formales para los individuos en términos de significados, recursos materiales, roles y posiciones de poder, pero exigen una reproducción singularizada y empírica, y en esta exigencia se someten a la crítica de sus participantes. Las instituciones definen «qué hay que hacer», y el «hacer» práctico problematiza su viabilidad histórica. Las instituciones definen «cómo hay que actuar», y el «actuar» empírico cuestiona su procedencia. Las instituciones definen «cómo se deben relacionar las personas», y las «relaciones» concretas critican los imperativos. Las instituciones dicen «cómo hay que usar los recursos materiales», y los «recursos materiales» son limitadas, escasos y asimétricamente distribuidos. Y en la detección de esas limitaciones, en la identificación de esos problemas de contrastación empírica, un sector de los integrantes indaga nuevas alternativas de comportamiento.

Para la sociología de la interacción estructural, el interés sustantivo para el análisis de los procesos de constitución de las organizaciones vecinales, es estudiar los mecanismos por medio de los cuales sucede esa transformación de las experiencias individuales en experiencias grupales, que permiten el despliegue de acciones colectivas. Y esto significa en el presente trabajo lo siguiente:

1. Identificar las redes de significados que en el contexto de la vida cotidiana permiten la convergencia de las voluntades: el proceso de transformación de las interpretaciones individuales de la crisis en una experiencia colectiva (Inciso 1).
2. Estudiar las características socio-culturales de los sujetos que actúan como ejes y catalizadores de la socialización de las experiencias individuales (Inciso 2).
3. Y analizar las estructuras de afiliación que se establecen dentro del nuevo campo interactivo, dentro de la organización vecinal resultante (Inciso 3).

## 1. DE LA PROTESTA INDIVIDUAL A LA ACCION COLECTIVA.

Las instituciones entran en crisis en el terreno de su reproducción, cuando los individuos encuentran de manera recurrente problemas para resolver demandas y necesidades de su vida diaria mediante el desarrollo de acciones singulares, empíricas. Ante esa crisis, un sector de los participantes problematizan la dinámica de las instituciones, subjetivamente las critican. Otros buscan refuncionalizarlas, corrigiendo aspectos y áreas específicos. Y muchos otros rehusan cualquier cuestionamiento directo de su viabilidad. Un rechazo a cambiar la situación que no solo proviene de los grupos que se benefician directamente de su funcionamiento, sino que se presenta también de manera frecuente en aquéllos que pertenecen a los grupos notoriamente perjudicados.

La interpretación de la situación social es un proceso que separa así a los individuos que comparten ciertas propiedades de su contexto vital, porque conlleva para ellos una desigual significación. Pero los críticos de las instituciones, en un primer momento que puede ser de mayor o menor duración, siguen tan inmersos en ellas como sus defensores. Su «mente y su corazón» se distancian, pero sus prácticas continúan igualmente moldeadas. Sus perspectivas valorativas e intereses difieren, pero sus actividades externas no lo hacen, en especial en términos de roles ejercidos, posiciones de poder y condiciones materiales. ¿Cómo pueden, entonces, ejercer este doble juego?, ¿cómo pueden seguir actuando dentro de una determinada institución social, y a la vez cuestionar subjetivamente su legitimidad y la perspectiva de su viabilidad?.

La posibilidad de esta crítica subjetiva de las instituciones descansa, precisamente, en su carácter preponderantemente privado que *no se traduce en actividades interactivamente directas de carácter sistemático; no es elemento de ningún campo interactivo*. No es una acción social, es una acción esencialmente individual, porque no está orientada a coordinarse de manera regular con las interpretaciones formuladas por otros. Pertenece sobre todo al terreno de la interioridad, y cuando es comunicada a uno o más interlocutores, se realiza como un ejercicio de lenguaje espontáneo que corre paralelo al lenguaje institucional: como rumor, como confidencia, como «chisme». Desde esta perspectiva, el surgimiento y multiplicación de estas formas «extraordinarias» de comunicación, pero relacionadas con temáticas de índole colectivo, es un rasgo típico del nivel de deterioro de las instituciones, del estado de agravamiento de la solidaridad social cuando existen problemas recurrentes para traducir empíricamente cometidos de determinados campos interactivos.

En el traspaso de lo público, según corresponda a cada institución, los participantes empiezan a hablar de sus preocupaciones y desacuerdos. Hablan de sus necesidades no satisfechas, de sus aspiraciones, de sus sueños. Pero sobre todo critican a quienes se les considera responsables de la situación porque detentan el ejercicio del poder; llámese presidente de la república, gobernador, presidente municipal o autoridad en general. Se cuestionan sus capacidades. Se dice que son autoritarios, que les preocupan solo sus intereses, que están ávidos de poder. Pero sea en una u otra forma, el «rumor» rehusa

por principio expresarse abiertamente con el lenguaje establecido, con el lenguaje que se utiliza regularmente.

Las condiciones subjetivas favorables para el surgimiento de las organizaciones vecinales se vivencian entonces, en un primer momento, de manera preferentemente interna o bajo la forma del «rumor». No existen como interacciones coordinadas y sistemáticamente regularizadas. Se generan en los mismos espacios circunstanciales donde se reproducen cotidianamente las instituciones, pero carecen de respaldo institucional porque son formas espontáneas de hablar, ejercicios libres del lenguaje. Estos usos libres del lenguaje, paralelos al lenguaje institucional, muestran una doble preocupación por parte de sus portadores: expresan el reconocimiento individual de problemas y necesidades fundamentales, y también son un juicio contra los sujetos considerados como responsables. En el capítulo anterior, hicimos una serie de ejercicios para distinguir, a partir de estas condiciones subjetivas, las disposiciones de participación hacia una organización vecinal por parte de un sector de los pobladores. Vimos cómo diferían de los pobladores no participantes con respecto a la evaluación de la situación social, la identificación de los problemas que los afectan, la responsabilidad del gobierno en su generación, la viabilidad de las estrategias de trabajo comunitario y de los métodos de presión social para solucionarlos, y la importancia del compromiso personal.

Antes de la formación de la acción colectiva, los enunciados formulados por la gente se mantienen en el resguardo de lo privado. No salen frecuentemente de la casa, y cuando lo llegan a hacer, se manejan en el círculo restringido de los amigos, los parientes y tal vez los vecinos más próximos. Son cuestionamientos y críticas muy claras con respecto al funcionamiento de un contexto social colectivamente compartido, pero en la mayoría de los casos no se traducen en actividades prácticas orientadas a su solución. La constitución de una acción colectiva no prescriptiva, como es el caso de una organización vecinal, es precisamente el problema de reconstruir esas críticas subjetivas, vivenciadas individualmente, en una práctica coordinada que aglutine a sus portadores, se traduzca en actividades compartidas y se presente públicamente para encontrar soluciones. Por lo tanto, no sólo encontramos una diferencia entre los sujetos que comparten un común contexto vital, entre quienes se distancian de las instituciones y quienes no lo hacen, también encontramos una distinción posterior en el primer grupo: entre aquéllos que hacen converger su crítica individual en una acción colectiva, y los que se quedan en los resguardos del «rumor», de la interioridad que no se traduce en actividad.

### **1.1 La reconstrucción de las redes de significados.**

La crítica del contexto vital, que es individual y espontánea en un primer momento, se ejerce siempre sobre la base de un sistema de interacciones cotidianas previamente existente, en especial en las redes sociales que comparten los participantes y que posibilitan de manera sistemática su coordinación subjetiva (de carácter expresivo, normativo e instrumental). En el caso de los espacios de vivienda de los pobladores urbanos des-

tacan dos fundamentales: las interacciones de amistad y las de parentesco. Quien comienza a cuestionar la viabilidad de una determinada institución, no lo hace así abiertamente en público, en cualquier esfera de su vida social, pues esto implicaría enfrentarlas directamente. Su comunicación se ejerce teniendo como interlocutores a un grupo reducido de individuos en quienes se confía el resguardo privado de los enunciados, entre otros, los amigos, los compadres, los hermanos, los padres, la esposa y los hijos.

La crítica inicial se desarrolla en los recovecos del lenguaje normal y consuetudinario de la vida cotidiana, en los mismos espacios donde se habla, discute, polemiza y contraponen las temáticas colectivamente compartidas y reconocidas por todos. Pero ese tipo de comunicación tiene características que lo resaltan con respecto al lenguaje que le sirve de fondo. Esta marcado por un alto nivel de expresividad y de indignación: se expresa como una «sentimiento de injusticia» (Barrington Moore), porque en él hay un reclamo y una demanda contra quien se considera responsable pero sin embargo no está presente.

Antes de los terremotos del 85, la mayoría de los vecinos nos conocíamos más o menos bien. Muchos éramos familiares, amigos y compadres. No faltaba quienes siempre estaban de pleito, y alguno que otro vecino era muy aislado, y tenía pocos amigos. Pero la mayoría sí nos tratábamos de vez en cuando, con algunos más que con otros. Pero cuando sucedió el terremoto, se presentó el casero exigiéndonos que desalojáramos inmediatamente los cuartos porque se nos iba a caer los techos y los muros. Algunos vecinos se fueron de la vecindad, para protegerse con sus parientes que vivían en otros lugares de la ciudad. Pero los que nos quedamos ahí, la mayoría, no le hicimos caso. Nos fuimos a la calle, algunos con casas de campaña que dieron los de la Cruz Roja y otros hicimos jacalitos con cartones y plásticos. Como pudimos. Pero sucedió algo muy importante: nos empezamos a sentir más unidos, como si fuéramos una sola familia. En distintos momentos del día nos juntábamos, nos reuníamos más frecuentemente. Discutíamos en todos lados los problemas que nos pasaban, y algunos andaban pensando qué podíamos hacer para evitar que nos sacara el «desgraciado» casero.<sup>2</sup>

La problematización del contexto vital se elabora, entonces, sobre el lenguaje normal y consuetudinario, y se desarrolla sobre sus redes. Pero tiene sobre él un efecto de reconstrucción: lo densifica temática y expresivamente. Aparecen enunciados novedosos que enriquecen a los tradicionales. La monotonía de los discursos se rompe por el tratamiento de problemáticas de interés colectivo. Da la apariencia que la gente habla mucho, discute más, se reúne extraordinariamente, y vierte su opinión de manera menos fabricada y más espontánea. Quienes antes parecían ser muy callados, ahora se presentan interesados y con gestos y ademanes participan en la comunicación.

Habíamos llegado a estos terrenos cada quien por su lado, sin organización. Cada uno había comprado por su lado a los ejidatarios, y estábamos ahí aunque sabíamos que no era muy «legal» la situación. En la construcción de los cuartos provisionales, en los problemas comunes de agua y luz que teníamos nos fuimos conociendo. Pero entonces sucedió el día en que

---

2. Esta cita, como todas aquéllas que no mencionemos directamente la fuente de obtención, son el resultado de las entrevistas que aplicamos en la investigación.

llegó la policía montada y nos sacó por la fuerza; quemó nuestras pocas cosas que teníamos y tuvimos que ir a refugiarnos cerca de las vías del ferrocarril. Nos llegó mucha ayuda externa, hasta salimos en un noticiero de la televisión. En cuestión de horas, quienes vivíamos cerca y apenas nos comenzábamos a conocer, nos empezamos a reunir de manera muy frecuente. Ya no éramos extraños. Discutíamos nuestros problemas; los analizábamos. Todos decíamos nuestro punto de vista y nadie se quedaba callado.

La comunicación espontánea de las experiencias individuales de la crisis, erráticas y no sistemáticas, pero sobre el transcurso de una red de interacciones cotidianas, tiene el importante efecto de socializarlas. Los individuos van creando así, en el terreno subjetivo, *un nuevo campo interactivo, una nueva identidad colectiva*, porque van reconociéndose como partícipes de una problemática común. El contexto vital sigue esencialmente igual. Los problemas existentes no han cambiado en sustancia, y la interacción tradicional está igualmente problematizada. Pero una alternativa se va vislumbrando: los vehículos de comunicación se van reconstruyendo, y en el terreno de las ideas y de los sentimientos, los individuos van reelaborando una identidad colectiva.

Sin embargo, no todos los individuos que comparten el contexto vital problemático participan en este proceso inicial de construcción de un nuevo campo interactivo, de un campo de identidad comunicativa alternativo. Encontramos diferencias entre las distintas familias, donde algunas deciden participar en el proceso y otras lo ven con distancia y recelo. Pero más aún, no es infrecuente observar una división incluso dentro de numerosas familias, que puede reforzar problemas de comunicación previamente existentes entre los esposos, y entre los padres y los hijos:

En esa época mi viejo no entendía nada de lo que estaba haciendo, me decía que nomás me pasaba el tiempo chismeando y «güirigüiriando». Pero lo que más me dolió fue cuando me lo dijo también uno de mis hijos; el mayor. Me dijo que éramos señoras que nomás nos pasábamos hablando y hablando pero no hacíamos nada. Los dos no entendían nada. ¡Y cómo me costó trabajo hacerlos entender!

## **1.2 Tiempos cortos y tiempos largos: los factores precipitantes.**

Reconstruir una red de significados, en términos temáticos y de individuos participantes, es un proceso temporalmente indefinido. Puede llevar muy poco tiempo, y convertirse en una cuestión de días e incluso de horas, o puede ser el resultado de un largo proceso que dure muchos años, porque se va gestando muy poco a poco. El primer caso está ligado especialmente a situaciones donde se produce una alteración drástica, veloz, de las condiciones de vida de un sector poblacional; son las situaciones de desastre o emergencia. En cambio, en los procesos que duran años, el daño de las condiciones de vida se va acumulando paulatinamente, es el resultado de un deterioro progresivo cuyo resultado final también ocasiona problemas importantes en la atención de necesidades legitimadas como fundamentales.

El deterioro brusco de las condiciones de vida, sea en términos materiales, simbólicos, de rol o de poder, puede estar relacionado con eventos de origen natural que, de una manera más o menos imprevista, impactan en las organizaciones humanas y vuelven problemático su funcionamiento. Son los daños causados por huracanes, inundaciones, terremotos, incendios, y otros fenómenos relacionados con el medio ambiente natural. También puede estar vinculado con eventos de origen estrictamente humano, de carácter industrial, económico, político o de otro tipo. Son los daños ocasionados, por ejemplo, por la pérdida de control de un proceso industrial que ocasiona la expulsión de sustancias venenosas en el medio ambiente natural o la fuga de radiación. Puede ser la situación de desamparo en que queda un conjunto de familias cuando son expulsadas de sus viviendas, o bien, puede ser el resultado de un acontecimiento bélico que ocasiona pérdidas importante en las vidas y en los patrimonios.

En ambos casos, la afectación acelerada de las condiciones de vida está relacionada así con eventos causales concentrados en el tiempo, y estos eventos los podemos llamar, siguiendo a Hebert Blumer, *factores precipitantes*. Pero los factores precipitantes, sean naturales o producidos por la sociedad, no generan por sí mismos daños destructivos en las condiciones de vida de un grupo poblacional. Un terremoto en una zona desierta no es un desastre, y un huracán en una isla despoblada tampoco genera daños. Más bien, los factores precipitantes contribuyen a perjudicar las condiciones de vida de un sector poblacional, en la medida en que la colectividad humana tiene baja capacidad para manejar los eventos y controlar sus potenciales efectos dañinos. Y esta baja capacidad se llama vulnerabilidad social.

Situaciones de vulnerabilidad social son, entre otras, las siguientes: estructuras de mercado relativas a la distribución territorial de la población, que favorecen la ocupación de espacios de alto riesgo en áreas urbanas y rurales; procesos de desarrollo regional desigual que empobrecen a amplias capas de la población rural y concentran la población en reducidos espacios geográficos; modelos de desarrollo industrial y tecnológicos de tipo predatorio y no autosustentables; sistemas de estratificación social y de distribución de la riqueza que empobrecen a amplios sectores poblacionales; carencia de sistemas de protección civil para situaciones de emergencia y desastre; políticas liberales del uso de inmuebles, o formas de corrupción, que favorecen la ocupación de inmuebles para los fines que no fueron originalmente diseñados; utilización de tecnologías con altos niveles de riesgo; sistemas de administración y de ejercicio del poder, público o privado, que dificultan o anulan la posibilidad de un trabajo coordinado entre las autoridades y la población, etcétera.

En el encuentro de estas situaciones de vulnerabilidad social con determinados factores precipitantes, se ocasiona un deterioro brusco en las condiciones de vida. Y la población afectada no puede continuar actuando como siempre: está ante la tarea imprescindible de atender lo más rápido posible sus necesidades no satisfechas, porque va de por medio su misma sobrevivencia. Una exigencia que tiene diversas alternativas, pero

ante la cual un sector de los pobladores comienza por reconstruir sus estructuras de comunicación en un tiempo muy corto para encontrar una solución de carácter colectivo:

Lupita y Mary vivían en cuartos continuos en la vecindad, una junto a otra. Desde hace más o menos tres años, por problemas entre sus hijos, dejaron de hablarse. Ya no se dirigían ninguna palabra. Actuaban como si no existieran una para la otra. Después del terremoto no les quedó otra que sentarse a platicar: la pared dañada de una era también la pared dañada de la otra, y quisieran o no tenían que ponerse a platicar lo que iban a hacer con ella.

En el caso de situaciones de deterioro progresivo de las condiciones de vida, como pueden ser aquéllas resultantes de una dinámica de deterioro económico nacional o regional, o de una sequía que progresivamente va generando daños, la población afectada tiene una opción temporalmente más larga para reconstruir sus redes de comunicación. Es un proceso muy lento, discontinuo en el tiempo, y por ello no adquiere los rasgos de un acontecimiento notorio en términos públicos. Parecería más bien que no «sucede nada», que las cosas proceden de manera «normal».

La lentitud del proceso se puede explicar por la ausencia de daños que se puedan identificar como concentrados en el tiempo y en el espacio: no hay pérdida de vidas ni de carácter notorio en el patrimonio de las familias, no hay problemas de escasez de alimentos que lleven a situaciones de hambre, no hay problemas inminentes que pongan en peligro la sobrevivencia personal o del grupo familiar. Más bien, las cosas se puede ir sobrellevando mediante una disminución en el consumo de ciertos bienes, cambiando el consumo de artículos más caros por otros más baratos. Se puede elaborar en las casas productos y bienes que antes se adquirían en el mercado. La esposa o los hijos pueden salir a buscar nuevas fuentes de ingreso o aprovisionamiento, etc. Sin embargo, en estos casos, también se van acumulando los daños en las condiciones de vida, y tarde o temprano los perjuicios son tan numerosos que presionan de manera importante para reconstruir las redes de significados de un sector de los pobladores:

Los problemas en nuestra unidad se fueron ocasionando poco a poco. Cuando estaba nueva y la mayoría de las personas estábamos recién llegados, las cosas funcionaban más o menos bien. Los encargados de la administración cumplían con sus tareas. Sin embargo, con el transcurso de los años las cosas empezaron a empeorar. La administración cambió y ya no trabajaba igual, ya no se preocupaba por el bienestar de la unidad. Muchas viviendas empezaron a tener problemas en sus servicios. Apareció y creció el problema de la delincuencia y de la drogadicción, y somos ahora una unidad muy insegura, con mucha basura.

Al principio solo unos pocos se quejaron de lo mal que estaban las cosas; la mayoría no se preocupaba ni le importaba. Pero desde hace unos cinco años a la fecha, como que aumentó mucho la gente que quería mejorar la unidad, que no quería seguir viviendo igual. Y mucha de esa gente ha sido la que formamos la organización.

En la práctica, casi siempre podemos encontrar una combinación de situaciones de deterioro de las condiciones de vida de mediano y largo plazos, con la presencia de factores precipitantes. Los problemas se van así acumulando poco a poco, pero en cierto momento, por la presencia de un acontecimiento especial, se acelera dramáticamente el

perjuicio en las condiciones de vida de un sector poblacional. La reconstrucción de las redes de comunicación no es por lo tanto un proceso homogéneo en el tiempo. En ciertas fases es muy lenta su dinámica de desarrollo, en otras es más acelerada, y en unas más puede adquirir un gran vértigo:

Nuestro ejido empezó a cambiar con el crecimiento de la ciudad. Varios de los ejidatarios, con el apoyo del comisario, comenzaron a vender partes de sus parcelas a ladinos. Con toda esa nueva gente, empezaron a presentarse problemas en la comunidad que antes no existían. Muchas de las familias que nacimos y crecimos aquí, no veíamos con buenos ojos a las nuevas familias. Traían costumbres diferentes. Pero el colmo de la situación fue cuando el comisario, con el apoyo de unos pocos ejidatarios, decidió vender a nuestra espalda una buena parte de nuestros terrenos comunales.

La posibilidad de reconstruir una red de significados dentro de los sectores populares urbanos puede estar ligada así, estrechamente, a situaciones de deterioro acelerado o progresivo de las condiciones de vida, materiales preferentemente pero también de otra naturaleza. Pero también sucede, aunque con menor frecuencia en el caso de las organizaciones vecinales, que la reconstrucción de una red de comunicación no esté asociada a una situación de deterioro evidente de las condiciones de vida, sino especialmente a un proceso de cambio cultural que transforme la percepción de la gente sobre su realidad social cotidiana y estructural. Las instituciones continúan atendiendo las necesidades tradicionalmente definidas, mediante los procedimientos consuetudinariamente establecidos. No detectamos ninguna situación especial donde se pueda identificar un deterioro en la realización de los objetivos que justifican su existencia. Sin embargo, sucede algo muy importante: por procesos diversos de naturaleza cultural, va cambiando la percepción que la gente tiene con respecto a su actuar social institucional, tanto en relación a los objetivos como a los procedimientos de funcionamiento (uso de los recursos materiales, posiciones de poder y ejercicio de roles). Hay así cambios previos en las evaluaciones de tipo expresivo, normativo y estratégico que ponen en cuestionamiento la viabilidad de un determinado actuar social:

Nuestra colonia se formó sobre una zona minada. Los que se fueron a vivir al principio eran trabajadores de las minas que se habían quedado sin empleo cuando se cerró. Posteriormente empezaron a llegar nuevas familias. Todos éramos muy humildes. Construimos nuestras casas poco a poco, todavía en la orilla abundan los jacales improvisados, hechos con cartón.

Los problemas que hemos tenido siempre han sido siempre muchos, empezando por el tipo de calles y avenidas: se trazaron sin ningún plan, y ahora pagamos las consecuencias de tener una cantidad enorme de callejones que se prestan a ser ocupadas por vividores.

Así estuvimos durante años, unos veinte más o menos. Sin embargo, hace tres años, nombraron un nuevo párroco en la colonia, y el vicario, el padre F., empezó a formar grupos en las casas: las comunidades. Ellas nos han ayudado a despertar, a darnos cuenta de que podemos cambiar y mejorar nuestras vidas.

## **2. LA PROMOCION DE LA ORGANIZACION.**

La reestructuración temática de las redes de comunicación, que operan en los espacios de la vida cotidiana, va transformando la experiencia individual de la crisis en una experiencia colectiva. Pero este proceso casi nunca sucede de manera «contractualista», en el sentido de una simple convergencia de participantes que por igual colaboran a su construcción. En realidad, la socialización de la experiencia individual de la crisis se desenvuelve alrededor de personas muy concretas, que sirven como catalizadores y sintetizadores del proceso, y por ello, el estudio del ejercicio del liderazgo directivo dentro de los procesos de organización vecinal, y de sus características sociales y culturales, es una temática central para entender adecuadamente el proceso de formación de una acción colectiva.

### **2.1 La constitución del liderazgo directivo.**

Antes de la formación de una organización vecinal, encontramos siempre a un individuo o a un grupo de individuos que trabajan especialmente en la reconstrucción de la red de significados. A ellos los encontramos en todos lados. Visitan a los vecinos en sus viviendas y entablan pláticas sobre los problemas que están sucediendo en la comunidad y las alternativas que vislumbran. Los vemos en las esquinas y en las calles conversando y discutiendo multitud de asuntos. Si está a su alcance, difunden pequeños panfletos y boletines donde se tratan asuntos de interés general. Pintan paredes y pegan propaganda en ellas. Tal pareciera que son incansables en sus actividades, y que nunca pararan de «hablar, hablar y hablar».

Llevábamos años viviendo en esta colonia; inclusive muchos de nosotros habíamos nacido aquí. La mayoría habitábamos vecindades donde quien decidía todo era el casero o la persona administradora que había nombrado. Vivíamos como resignados, e inclusive frecuentemente nos cortaban y controlaban el agua a su voluntad. Pero sucedió que una vez se presentó un grupo de trabajadoras sociales en una de las vecindades, que venían a realizar su servicio social. Y poco a poco, según fueron conociendo nuestros problemas, nos comenzaron a despertar la idea de la necesidad de resolver de manera organizada nuestros problemas; de movernos en las distintas oficinas del gobierno para solucionar nuestras demandas.

Estos sujetos se van constituyendo, poco a poco, en el eje donde convergen y se socializan las interpretaciones individuales de la crisis, por parte de quienes comparten un determinado contexto vital. Pero esto no es un asunto que resulte de manera espontánea. Tienen que ganarse ese lugar mediante el despliegue de actividades y esfuerzos particularmente intensos, que los haga sobresalir del resto de sus compañeros, vecinos y amigos. Tienen que insertarse de una manera más activa y más creativa en las redes de comunicación cotidiana donde tradicionalmente los pobladores intercambian información y discuten sus aspiraciones y deseos.

¿Qué por qué elegimos a «doña Lupita» como representante de nuestra sección?. Pues la explicación es muy fácil. Cuando todos estábamos muy preocupadas por los problemas de la comunidad, porque las cosas cada vez estaban peor. Ella fue la que mostraba más interés y ganas para solucionarlos. No se quedaba como nosotras nada más hablando sin hacer nada. Ella nos propuso unirnos y formar una organización.

La constitución de la «dirigencia» es entonces un proceso paralelo a la constitución de la organización. Y ese rol hay que ganárselo de una manera muy decisiva y activa en los procesos de movilización vecinal. En otras situaciones los requerimientos son frecuentemente muy diferentes, por ejemplo, como en el caso del desarrollo de una organización vecinal controlada por el partido oficial. Ahí, la constitución del liderazgo directivo suele realizarse mediante el control inicial de una serie de recursos que necesitan los pobladores para satisfacer sus necesidades colectivas. El dirigente de la organización no necesita entonces fomentar un espacio previo de comunicación entre los participantes, de identidad subjetiva, sino administrar bienes que utilizará instrumentalmente para controlarlos:

el cacique de un asentamiento precario puede tener el control casi absoluto sobre la asignación de los terrenos, primero mediante la venta ilegal de credenciales o permisos para ocupar terrenos dentro de la zona, y después durante el proceso de *lotificación* (la medición formal y la subdivisión de los terrenos ocupados por el asentamiento) que se hace después del reconocimiento o legalización gubernamentales del asentamiento. Este control sobre la distribución de los terrenos hace posible que el cacique tenga un fuerte apoyo de las familias que le deben sus derechos de propiedad.<sup>3</sup>

Desde luego, como veremos en el siguiente capítulo, en los procesos de movilización vecinal acontecen situaciones donde se mezclan ambas formas de constitución del liderazgo directivo. Sin embargo, el tipo de liderazgo que aquí no interesa estudiar: el directivo, tienen un rasgo marcadamente más consensual y argumentativo en la formas de acceder al rol. Y esto obedece a la situación de reestructuración que buscan realizar en las redes de comunicación.

La reconstrucción de una nueva red de significados entre los pobladores frecuentemente empieza antes de la presencia de un liderazgo, sea grupal o individual, que esté orientado a la formación de una acción colectiva. Y esto obedece, como vimos anteriormente, a un proceso que se desarrolla sobre la base de un contexto vital ya existente, sobre la base de redes de significados que se encuentran en operación y que están particularmente relacionadas con los lazos de parentesco y de amistad vecinal. Desde esta perspectiva, gran parte de la capacidad inicial de un individuo o de un grupo para acceder al ejercicio del rol de dirección de la organización descansa, precisamente, en su habilidad para detectar esas redes ya existentes, involucrarse en ellas, y colaborar a su reconstrucción desde dentro.

---

3. Wayne A. Cornelius, *Los inmigrantes pobres en la Ciudad de México y la política*, México, F.C.E., 1980, p. 162.

La organización comenzó a partir de las propuesta y actividades de Mari. Era una persona ya muy conocida por nosotras. Había vivido desde pequeña en nuestra colonia, y su familia como ella misma tenía muchos amigos y conocidos. Cuando empezó ha hablarnos de la necesidad de organizarnos para solucionar algunos de los problemas que teníamos, ya sabíamos que era una persona de confianza. No era una desconocida para nosotras.

Pero una dirigencia en proceso de constitución no requiere, de manera imprescindible, un proceso tan largo de inserción previa en la colonia o comunidad urbana, donde la biografía del individuo o de los individuos se funde temporal y espacialmente con una generación de los pobladores participantes. Más bien, sucede con frecuencia lo contrario: la inserción se puede remitir a un período más o menos corto, donde el promotor de la organización es uno de los más recientes pobladores del asentamiento, e incluso, alguien que no tiene su vivienda dentro del mismo poblamiento. Sin embargo, en este caso, como en el anterior, se requiere siempre un fuerte involucramiento en algunas de las redes de comunicación ya existentes, porque solamente así se puede reivindicar confianza y capacidad de convocación. El dirigente en proceso de constitución tiene, en consecuencia, que insertarse vitalmente en el contexto comunitario, y ser reconocido como una persona con la cual se puede mantener una relación social significativa y relevante.

La organización comenzó con la iniciativa de unos jóvenes estudiantes que habían llegado a vivir muy recientemente a la colonia. Antes de eso, venían los fines de semana y algunos días entre semana para participar en los cursos de educación abierta para adultos, también colaboraban en la catequesis de la capilla. Ahí los fuimos conociendo poco a poco. Posteriormente alquilaron unos cuartos y se vinieron a vivir a la colonia. Cuando ellos, junto con otros nos invitaron a formar la organización de vecinos, ya eran bastante conocidos por muchos de nosotros. Acostumbraban visitarnos a nuestras casas, ir a las fiestas. Se pasaban sus vacaciones conviviendo con nosotros.

Pero los promotores de la organización no sustentan sus actividades únicamente en una estrategia que establece relaciones personales con los pobladores en general. Frecuentemente se observa -y a veces como una estrategia más importante- que entran en contacto con líderes locales naturales, como puede ser un maestro, el sacerdote de la parroquia, un vecino con reconocimiento por parte de su comunidad, entre otros, y a partir de ese contacto involucran a las personas con las cuales tiene presencia el líder local. Es una especie de efecto en cascada, y desde el punto de vista de la racionalidad del proceso de constitución de una organización, puede ser bastante más eficaz<sup>4</sup>.

Un caso muy especial de constitución de liderazgo directivo se conforma en cierto tipo de grupos de solicitantes de vivienda que desarrollan procesos de movilización social: en aquéllos formados por participantes que provienen de diversos lugares y zonas de la ciudad. En este caso, con más énfasis que los mencionado anteriormente, la futura dirección de la organización juega un papel único como eje de convergencia de los indivi-

---

4. Alan Booth y Nicholas Babchuk, "Personal influence networks and voluntary association affiliation", en *Sociological Inquiry*, vol. 39, 1969, pp. 179-187.

duos para la formación de una acción colectiva. Aquí no encontramos una red de comunicación ya existente, en la cual el liderazgo se inserte y pueda colaborar a su reconstrucción desde dentro. De hecho, a la mayoría de los futuros participantes sólo los une relaciones impersonales que resultan, por ejemplo, de su participación como consumidores potenciales en el mercado de la vivienda.

Por ello, este proceso de formación de una acción colectiva, con su correspondiente proceso de formación de una dirigencia, es enormemente frágil: está sujeto a un continuo cambio en el número de los afiliados. En un momento entran unos, después salen muchos de ellos. Posteriormente vuelven a entrar más, y algunos de los más viejos salen junto con los más recientes. Y así continuamente, hasta que finalmente después de grandes cambios se logra un cierto grado de estabilización:

Nuestra organización fue una de las primeras organizaciones independientes de solicitantes de vivienda en México. Los promotores de la organización proveníamos de distintas colonias y pertenecíamos a un movimiento político de masas. Cuando buscamos conformar al grupo de solicitantes de vivienda, tuvimos que lanzar una convocatoria de participación muy amplia, precisamente por la gran entrada y salida de personas: aproximadamente por cada cinco que entraban, finalmente solo se quedó uno solo.

## 2.2 Origen social.

En la literatura sobre procesos de cambio y movilización social, es frecuente llamar la atención sobre la extracción social media que tienen los individuos que ejercen el liderazgo directivo. Recordemos especialmente la vieja tesis de Lenin sobre el origen «pequeño burgués» de los cuadros dirigentes de los movimientos y partidos revolucionarios. Desde esta hipótesis se trataría, entonces, de individuos y grupos pertenecientes a estratos sociales que son diferentes, en cuanto a su situación de clase, con respecto a la que ocupan los sectores populares, sean de origen urbano o rural.

El estudio empírico de este problema de investigación, desde luego es importante por razones teóricas. Busca conocer los antecedentes sociales que facilitan a un determinado individuo o conjunto de individuos, acceder al ejercicio de un liderazgo. Sin embargo, la problemática es relevante ante todo por sus implicaciones ideológicas y sociopolíticas: la hipótesis sobre el «origen no popular del liderazgo» frecuentemente se ha utilizado para cuestionar la legitimidad de las organizaciones y de sus estrategias de acción. Se argumenta que son más bien un reflejo de concepciones y perspectivas originadas por grupos de interés externos. Pero una explicación de la facilidad con la cual se infieren estas conclusiones a partir de supuestos datos empíricos, la podemos encontrar en el uso reducido y simple que se hace del concepto «origen social del liderazgo directivo». Se pretende analizar la problemática bajo una o muy pocas dimensiones sociales, en especial, privilegiando las variables de tipo material o económicas. Sin embargo, cuando manejamos un enfoque multidimensional encontramos, al menos en el caso de las organi-

zaciones vecinales desarrolladas por los sectores populares urbanos, una configuración mucho más compleja de su origen social.

#### **a) Estratificación económica.**

En relación a las 16 personas que estudiamos con un guión de entrevista, por ocupar algún cargo importante en la dirección de la organización vecinal, encontramos una presencia mayoritaria de individuos que provenían de familias pertenecientes a los sectores populares: 12 casos, en contraparte a los 4 restantes que sí podíamos ubicarlos por su origen dentro de los estratos sociales medios. Cuestión que significaba lo siguiente:

- Había una total ausencia de líderes que por su extracción económica los pudiéramos situar dentro de los sectores dominantes de la sociedad, o al menos dentro de las clases medias altas.
- En el caso de los 12 entrevistados que sí tenían una extracción familiar de tipo popular, sólo 2 presentaban antecedentes en los niveles más pauperizados de la sociedad urbana, con condiciones extremas de pobreza, y que según las distintas perspectivas teóricas existentes se podrían conceptualizar como sub-proletariado, lumpen proletariado o simplemente desclasados. Se trataba en concreto de líderes que habían pertenecido a familias con ausencia de componente masculino, y donde la madre se había dedicado al desempeño de trabajos remunerados de tipo doméstico.
- La mayoría de los entrevistados (10) habían pertenecido, más bien, a familias donde la actividad económica del jefe se ubicaba o se había ubicado preferentemente en el desempeño de actividades como las siguientes: obreros industriales, empleados gubernamentales y del sector privado de servicios de más baja calificación, y artesanos o trabajadores independientes.
- Finalmente, sólo encontramos cuatro casos donde el padre del entrevistado ejercía o había ejercido actividades profesionales universitarias. Pero, en este caso, se trataba más bien del desempeño de labores relacionadas con la toma intermedia de decisiones; no pertenecían a los cuadros directivos de las empresas o dependencias gubernamentales donde trabajaban.

Sería importante, para ulteriores investigaciones que se podrían apoyar sobre todo en el registro detallado de historias de vida, estudiar de manera más comprensiva los antecedentes económico-familiares de la dirigencia de las organizaciones, por ejemplo, considerando la evolución de esta variable en las distintas fases del ciclo familiar. Así podríamos evaluar con más precisión la relación entre el liderazgo y sus condicionantes materiales dentro del contexto vital.

Por el carácter bastante más agregado de nuestra información, no fue posible realizar este tipo de análisis<sup>5</sup>. Sin embargo, como un intento de resumir nuestros hallazgos, podemos formular la siguiente hipótesis a manera de una conclusión exploratoria que sirva para futuras investigaciones: como en el caso de los recursos materiales que no nos permiten diferenciar en términos generales a los participantes y no participantes de una organización vecinal, los antecedentes económico-familiares de la dirigencia de las organizaciones tampoco tienden a distinguirse notoriamente de los que han tenido sus bases. Existe una semejanza sustancial que se presenta como resultado de un contexto compartido por ambos tipos de participantes (dirigencia y bases), pero que no permiten explicar sus diferencias en la toma de decisiones dentro de la organización. La alternativa es, nuevamente, indagar sobre los antecedentes socio-culturales (la dimensión de los significados), tanto en términos de formación escolar como de socialización política.

#### **b) Niveles de educación formal.**

En esta dimensión del análisis, relacionada con las condiciones subjetivas o significados que facilitan al individuo el ejercicio de un liderazgo dentro de una organización vecinal, encontramos una importante diferencia entre el nivel de educación formal que han tenido los dirigentes centrales de la organización que entrevistamos, y el alcanzado por sus bases (Ver Cuadro IV-1). Detectamos así que la mayoría han tenido una formación de tipo medio y universitario: 4 con secundaria terminada, 6 con preparatoria u otro tipo de educación media superior, y 4 con estudios universitarios. En cambio, solo 2 cursaron como máximo estudios de primaria. Esta situación contrasta claramente con lo detectado en los demás participantes de la organización, incluyendo aquéllos que ocupaban cargos secundarios en la dirigencia de la organización. Donde encontramos en el total de 105 entrevistados<sup>6</sup>, una mayoría que sólo había cursado educación primaria incompleta o simplemente no había recibido ningún tipo de instrucción (39 casos), o bien tenía primaria completa o secundaria incompleta (45 casos). Mientras aquéllos con otro tipo de estudios, medios o superiores, eran bastante más escasos en términos proporcionales: 10 con secundaria completa, 8 con preparatoria o carrera técnica, y solo 3 con estudios profesionales.

---

5. En especial, estudiar la historia económica de una familia, considerando en detalle cuestiones como la evolución de sus ingresos, parece ante todo una tarea prácticamente imposible.

6. La suma de los participantes entrevistados que no tenían puestos en la dirección central de las organizaciones (105), y de los que sí ocupaban esos cargos (16), nos da un total de 121 casos, lo cual no coincide con el número de participantes que se ha venido trabajando (alrededor de 113). La explicación se encuentra en lo siguiente: la mitad de los entrevistados del último subgrupo (8 casos) pertenecían a las cuatro organizaciones que no fueron incorporadas en el cuestionario de preguntas cerradas.

CUADRO IV-1		
DIFERENCIAS EN LOS NIVELES DE EDUCACION FORMAL ENTRE LOS PARTICIPANTES		
NIVEL DE EDUCACION FORMAL	TIPO DE PARTICIPANTE	
	DIRIGENTES*	BASES
Ningún tipo de instrucción o primaria incompleta	0 (0%)	39 (37.1%)
Primaria completa o secundaria incompleta	2 (12.5%)	45 (42.9%)
Secundaria completa	4 (25.0%)	10 (9.5%)
Preparatoria o carrera técnica	6 (37.5%)	8 (7.6%)
Estudios universitarios	4 (25.0%)	3 (2.9%)
TOTAL COLUMNA:	16 (100%)	105 (100%)
* Nos referimos a los dirigentes entrevistados con el cuestionario de preguntas abiertas y que ocupaban puestos centrales en sus organizaciones.		

Los dirigentes centrales de una organización vecinal pertenecen así a un estrato con educación formal notablemente mayor a la media de los participantes de base. Y esta situación, como lo han mostrado sistemáticamente los estudios que se han hecho en otros ámbitos de la sociedad, les da una serie de habilidades intelectuales y técnicas que les permiten enfrentar, con mucho mayor éxito, los problemas y dinámicas que derivan de las exigencias administrativas y de coordinación que toda organización requiere, en nuestro caso una organización vecinal que desarrolla procesos de movilización social.

Desde luego encontramos en las organizaciones una capa más amplia de participantes, que si bien no pertenecen a los grupos centrales de la dirigencia, comparten responsabilidades intermedias en la toma de decisiones. Es el caso, por ejemplo, de muchos representantes de manzanas o secciones que frecuentemente existen dentro de las organizaciones vecinales. En este caso, si bien no tenemos información directa para contrastar empíricamente la hipótesis, es previsible por los datos que recolectamos, que detectemos en ellos una formación académica muy semejante a la registrada en la media de los participantes. Pero en el caso de la dirigencia central de una organización, la cual entre otras actividades ha actuado como forjadora y eje central de aglutinación de los demás participantes, la importancia de un mayor nivel de educación formal es fundamental. Entre otras razones porque está más fácilmente asociada a las siguientes habilidades administrativas y de coordinación:

- Elaboración de pliegos petitorios y otros instrumentos de presentación de demandas por escrito.
- Manejo más fluido del lenguaje verbal, imprescindible para la coordinación de las actividades colectivas.
- Mejor conocimiento de los interlocutores reales o potenciales de la organización, sean gubernamentales, empresariales o de cualquier otro tipo, necesarios para resolver las demandas.
- Mayor capacidad de interlocución y discusión tanto con instituciones e individuos demandados, como grupos y agencias solidarias.
- Mayor claridad sobre los fundamentos ideológicos y socio-culturales de la organización, y de las estrategias y tácticas para lograr la solución de las demandas y la articulación de redes de apoyo.
- Y mejor capacidad para realizar actividades orientadas a la formación y educación política de los participantes.

Se trata entonces de un conjunto de habilidades de la dirigencia que se pueden resumir, a grandes rasgos, en la capacidad de ofrecer una estrategia de acción a los participantes, una serie de procedimientos operativos y necesarios para el logro de los objetivos colectivos, como también una ideología social, un marco de interpretación del lugar de la organización dentro del conjunto social, de la naturaleza de sus interlocutores y del significado político y cultural de las actividades que se desarrollan<sup>7</sup>.

Son habilidades estrechamente relacionadas con los niveles de educación formal, que diferencian a los cuadros dirigentes de una organización vecinal respecto a las bases o participantes medios, y que nos permiten incursionar en un análisis de tipo más bien histórico y cultural sobre el origen social del liderazgo. Los cuadros dirigentes tienden así a compartir las condiciones materiales de vida de los demás pobladores y participantes de las organizaciones, pero el proceso de formación académica que han recorrido, que en nuestra investigación es superior a los 10 años, los coloca en una situación de mayor competencia para el ejercicio de actividades de coordinación y administración dentro de un trabajo colectivo.

En esta perspectiva, desde los efectos que una educación de tipo formal ocasionan en el individuo, la capacidad para participar en la dirección de una acción colectiva no se puede improvisar entonces en el corto o mediano plazos, como tampoco es una cuestión previsible en términos generales en el largo plazo. Porque el individuo que llega a

---

7. Theodore Abel, "The pattern of a successful political movement", en revista *American Sociological Review*, vol. 2, núm. 3, 1937, pp. 349-350.

ocupar un liderazgo de ese tipo, lo hace bajo el respaldo de un proceso de educación formal que comenzó muchos años antes, y que sus posibilidades y características de desarrollo, en especial a nivel de educación básica y media, es independiente del ejercicio de un liderazgo dentro de una acción colectiva<sup>8</sup>. Sabemos, por la información disponible, que el individuo con mayores niveles de educación tendrá habilidades más compatibles con la participación dentro de la dirección de una acción colectiva, pero no podemos prever, de ninguna manera, que por haber asistido hasta determinado nivel de educación, el sujeto en cuestión accederá al ejercicio de tal liderazgo.

La relación entre niveles de educación formal y participación en la dirección de una acción colectiva, es por lo tanto una relación de tipo más bien condicionante, pero no causal. Es más un requisito favorecedor, que una explicación del origen social del liderazgo. Sin embargo, es importante la relación detectada, porque aunque sea de tipo condicionante, es una característica que sólo se construye en un proceso de largo plazo en términos de la historia del individuo, y que no puede ser suplantado por acciones espontáneas, erráticas o de corto y mediano plazos.

### **c) El aprendizaje político.**

Un análisis que nos permitiría acceder en mayor medida a una explicación causal del origen social del liderazgo, lo podemos encontrar en el estudio de los procesos de aprendizaje o socialización política de los individuos. En efecto, una constante que encontramos en los entrevistados que ocupaban cargos de dirección central en las organizaciones vecinales -en 13 de los 16 individuos-, es la presencia de experiencias en la niñez, pero especialmente en la juventud, que habían determinado su interés por participar en acciones colectivas orientadas al cambio social.

En un grupo de los entrevistados -en 4 casos-, el aprendizaje hundía sus raíces en la niñez, y en concreto en un tipo de formación social y política que habían recibido directamente de sus padres o de familiares muy cercanos. Se trataba, por ejemplo, de la convivencia con el padre o la madre que participaba en algún tipo de organización preocupada por solucionar problemas sociales, fuera de tipo sindical, partidario, vecinal, religioso, o de otras características. Ahí, la percepción de las actividades desempeñadas por los mayores, y el lenguaje especial que conllevan, desde la discusión de los problemas que se presentan hasta las situaciones emocionales de alegría, tristeza e indignación que se van presentando, indudablemente tienen una influencia directa y muy importante en el consciente e inconsciente del niño. Determinarán en gran medida no sólo su enfoque de la sociedad, sino también el rol que buscará jugar dentro de ella.

---

8. En relación a la educación de tipo universitario, es previsible que la selección de la carrera universitaria esté motivada, en gran medida, por el ejercicio real de un liderazgo dentro de una acción colectiva o al menos por la participación dentro de una organización social. Cuestión que en nuestra investigación detectamos claramente en tres de los cuatro dirigentes entrevistados.

Mi interés por las cuestiones sociales, por participar en organizaciones que buscaran solucionar las situaciones de injusticia y opresión del pueblo, se remontan a la época en que era un niño. En especial me acuerdo de la influencia muy importante que tuvo mi abuelo. A él le encantaba leer todos los días el periódico, y me llamaba frecuentemente para leerlo juntos. Entonces me platicaba sus opiniones, lo que estaba de acuerdo y lo que consideraba como equivocado. Y esta influencia por preocuparme de las cuestiones sociales, me la llevé cuanto crecí, cuando pase por la adolescencia y la juventud. Y ha determinado en gran medida mis actividades y opciones como adulto.

La formación social y el proceso de socialización política que explica la participación en la dirección de una acción colectiva, puede hundir sus raíces en la niñez. Pero no necesariamente tiene que ser así. En la mayoría de los dirigentes el proceso de socialización política comenzó más bien en la época de la adolescencia, y sobre todo, en la juventud. Sin embargo, en estos casos, también resultó evidente que en las épocas de su niñez no habían sido influenciados por una formación cultural que, por principio, rechazara la propuesta de un compromiso personal dentro de una organización social<sup>9</sup>. No encontramos rasgos de una cultura de orientación centralmente individualista o utilitarista.

El primer antecedente del origen social del dirigente se encuentra, entonces, en un ambiente cultural familiar que favorece o al menos no obstaculiza la participación en una acción colectiva. Pero más determinante en los entrevistados, fue la presencia de una serie de experiencias acaecidas en las etapas de adolescencia y juventud. Muchos habían participado previamente en algún tipo de grupo o asociación voluntaria vinculados con la solución de problemas comunitarios. Y esta podía ser la afiliación a un grupo de tipo parroquial, una organización estudiantil, e inclusive la vinculación a un movimiento o partido político.

Cuando ingresé a la preparatoria, llegó un nuevo cura a la colonia. Empezó a realizar muchas actividades nuevas, y cómo convivía más con las familias y se mostraba muy interesado en contribuir a la solución de los problemas de la colonia, poco a poco la gente comenzó a ir más a la Iglesia y a participar en los grupos que el padre había comenzado a formar.

Fue cuando me invitó a participar en el grupo juvenil de la parroquia. Y ahí, junto con otros muchachos de la colonia, comenzamos a formar un grupo de amigos no sólo interesados en reunirnos para cantar y «echar novio», sino también para colaborar a solucionar algunos problemas importantes de la colonia. Recuerdo muy bien que una de nuestras primeras actividades fue la formación de un grupo de educación para adultos....

En otros casos, el proceso de socialización política comenzó con la participación en grupos estudiantiles, con mayores o menores niveles de politización. Ahí, gracias al trabajo de afiliación y convocación realizado por compañeros de años superiores, algunos de los estudiantes nuevos se van vinculando a experiencias de acción colectiva:

---

9. El rol de la familia como facilitador de la participación social, es una vieja tesis de diversos investigadores. Cfr. W.A. Anderson, "The family and individual social participation", en revista *American Sociological Review*, vol. 8, num. 4, 1943, pp. 420-424.

En el primer semestre de la carrera, se presentaban a la hora de clase frecuentemente estudiantes de niveles superiores para traernos propaganda de sus organizaciones, o bien para invitarnos a colaborar en distintas actividades de solidaridad. A veces había conferencias o mítines que se hacían fuera de los salones de clases, en la explanada.

Al principio estas actividades me resultaban muy extrañas, en especial porque provenía de una preparatoria que no las tenía. Sin embargo, debido a las discusiones que sobre las materias sociales se hacían en los salones de clase, y las invitaciones que de manera personal me hacían algunos de los participantes de esos grupos, comencé a sentir interés. Finalmente pedí mi ingreso, y esa experiencia que tuve durante unos tres años aproximadamente, marco de manera determinante mis opciones políticas y profesionales posteriores.

Este tipo de experiencias, que más allá de sus particularidades pueden generarse en muy diversos escenarios y espacios de la sociedad, muestran en nuestra investigación una importancia determinante para que ciertos individuos llegaran a ocupar puestos de dirección dentro de una organización vecinal. Se trata de vivencias que han marcado una influencia central en las percepciones valorativas de los individuos, y *les han brindado entrenamiento para ejercer actividades de coordinación y administración de una acción colectiva*. La dirigencia de una organización que desarrolla acciones de movilización social, no se puede entonces improvisar. No es una cuestión que se pueda resolver con actividades de unos pocos meses o de muy pocos años. Es un proceso de construcción de largo plazo, ligado estrechamente a experiencias acontecidas en la juventud, en las etapas naturales de formación del individuo. En este sentido, cuando un grupo promotor de una organización vecinal que tiene un origen externo al poblamiento, pretende que a través de una estrategia de educación política y social de corta duración generará cuadros autóctonos de dirigentes, está jugando realmente con una fantasía.

Desde luego, una estrategia educativa de corta duración contribuye a la generación de cuadros de nivel medio, de pobladores que pueden ejercer actividades de coordinación y administración de acciones especializadas y particulares dentro de la organización vecinal. Es el caso, por ejemplo, de las labores desempeñadas por el encargado de una tienda comunitaria, o de la preparación y distribución de los alimentos elaborados en las cocinas comunales. Sin embargo, la formación de cuadros de dirección media no es lo mismo que la formación de cuadros de dirección central, los cuales más allá del desempeño de actividades parciales y especializadas dentro de la organización, tienen la tarea de colaborar a la coordinación general de la acción colectiva, al diseño y operación de las principales estrategias y programas de acción. Y la capacidad para realizar estas responsabilidades colectivas no se genera en el corto o mediano plazos, y mucho menos por el empeño de un grupo promotor de origen externo que sólo esté vinculado a la organización en un plazo corto o mediano de años.

La construcción de los cuadros dirigentes de una organización vecinal, en los casos que investigamos, es así un proceso identificado con una biografía personal, con un proceso de aprendizaje que abarca una buena parte de la etapa natural de formación del individuo, en especial la etapa de la juventud. Y esta exigencia no es sustituible, en términos generales, por posteriores experiencias comunitarias y educativas acaecidas en

las etapas de adulto. Desde luego podemos encontrar excepciones a este requerimiento, pero en la mayoría de los casos que hemos estudiado hay una relación estrecha entre el ejercicio de un liderazgo de tipo directivo y la presencia de tales experiencias formativas.

Por ello, cuando un grupo promotor de origen externo abandona a la organización vecinal, después de haber trabajado pocos años en el asentamiento, fácilmente termina la organización o bajan significativamente sus actividades, pese a la existencia de cuadros medios dentro de ella. Las actividades desempeñadas durante pocos meses o años, no obstante sus mayores o menores logros, no pueden suplantar la exigencia de un proceso que lleva muchos años para formar los cuadros dirigentes que los pueden sustituir con éxito. Podemos decir, según la información obtenida, y otros estudios que se han hecho<sup>10</sup>, que es *un proceso más bien determinado generacionalmente, por un ciclo de alrededor de 20 años.*

#### **d) Las tradiciones culturales e ideológicas.**

El proceso de aprendizaje político y social que determina finalmente la capacidad para ejercer un liderazgo de tipo directivo dentro de las organizaciones vecinales, no es una simple acumulación de experiencias más o menos aisladas. La formación de liderazgo está situada generalmente dentro de determinadas tradiciones culturales e ideológicas que le dan marcos y estructuras muy precisos. En otros términos, la formación de los futuros cuadros dirigentes se da dentro de un campo interactivo que ellos mismos no crean, pero con el cual van relacionándose de manera circunstancial, y poco a poco introyectan bajo la forma de habilidades y capacidades genéricas de comportamiento. Los individuos que se van habilitando como potenciales dirigentes de una acción colectiva son así, literalmente, discípulos de otros individuos que ya han asimilado una determinada tradición cultural e ideológica, y que la recrean empíricamente en sus prácticas con un mayor o menor éxito.

En el caso de los dirigentes entrevistados para nuestra investigación, detectamos tres grandes tradiciones culturales e ideológicas dentro de las cuales se habían formado. Tradiciones que frecuentemente relacionaban los mismos entrevistados, pero distinguibles en cuanto a su origen histórico y rasgos más característicos. En primer lugar, encontramos que varios de los dirigentes se remitían frecuentemente, cuando daban cuenta de las razones fundamentales de sus actividades, sea en términos ideológicos, filosóficos o de otro tipo, a la tradiciones de lucha y emancipación que se han desarrollado en la historia de México. Hablaron así de la influencia que había tenido en sus concepciones y estrategias, procesos como la Independencia y Revolución Mexicana, y en especial personajes ligados significativamente a estas luchas. Destacaron, especialmente, las figuras de Mi-

---

10. Marian Lief Palley, Robert Russo y Edward Scot, "Subcommunity leadership in a black ghetto", en revista *Urban Affairs Quarterly*, vol. 5, núm. 3, 1970, pp. 299-309.

guel Hidalgo, José María Morelos y Pavón, Emiliano Zapata, Francisco Villa y Lázaro Cárdenas.

Encontramos así una tradición estrictamente mexicana que influye, de distintas maneras, en el aprendizaje de los cuadros dirigentes de las organizaciones vecinales. Influye en sus ideales y mitos, en sus palabras y en acciones, y en sus razones y «sinrazones». Una tradición muy vital, que une a nuestros protagonistas con la misma cultura nacional, y les permite reivindicar una gran legitimidad en el marco de los diversos actores colectivos e individuales con los cuales se relacionaran. Su presencia ha sido especialmente importante en numerosos movimientos de pobladores, por ejemplo, en la Asamblea de Barrios de la Ciudad de México, como también en otras que posteriormente mencionaremos. Sin duda alguna, es una de las tradiciones con más presencia en las organizaciones vecinales independientes.

Las otras dos tradiciones que detectamos son más recientes, no en cuanto a su origen, sino más bien en relación a la lectura bajo la cual se utilizan. En concreto nos referimos a la influencia de un marxismo no leninista, ligado muy estrechamente a ciertas influencias maoístas, que reivindica como actor central del cambio social no al «proletariado industrial», sino al «pueblo», a las clases y sectores que ocupan las posiciones más bajas de las estructuras de dominación políticas y económicas. Frecuentemente se ha conocido como «línea de masas», y destaca el carácter prioritario que tienen las necesidades y dinámicas de acción de las bases de las organizaciones por encima de los criterios y definiciones estratégicas y programáticas de la dirigencia. Posición desde luego muy alejada de las tesis centralistas del leninismo.

Su influencia la podemos encontrar en muchas de las organizaciones vecinales independientes que se han desarrollado en México desde finales de los años sesentas, mejor conocidas como Movimiento Urbano Popular. La encontramos así no sólo a nivel de los cuadros dirigentes de las colonias, sino también de las organizaciones que entre ellas se han formado. Es el caso de su fuerte presencia en la Coordinadora Nacional del Movimiento Popular, que dominó la escena popular urbana en México durante la primera mitad de los años ochenta. La encontramos también en muchos de los grupos que integraron en la ciudad de México la «Coordinadora Unica de Damnificados» a partir de los sismos de 1985. Es parte central de propuestas de importantes movimientos de pobladores que existieron o que todavía existen como son la «Unión de Colonias Populares (UC-P)», el «Frente Popular Tierra y Libertad» de Monterrey, la Unión Popular Revolucionaria Emiliano Zapata (UPREZ), el Frente Popular de Durango, y muchos casos más.

Finalmente, la última tradición que encontramos está ligada especialmente a un cristianismo de orientación popular: la teología de la liberación<sup>11</sup>. Una tradición que en

---

11. La teología de la liberación, como también corrientes marxistas de tipo maoista, han sido igualmente importantes en las experiencias de otros países latinoamericanos, como es el caso de Perú. Cfr. Thomas Carroll, Denise Humphreys y Martin J. Scurrah, "Organizaciones de apoyo a grupos de base en el Perú", en revista

su origen es milenaria y relacionada estrechamente con la Iglesia Católica, pero que es el resultado de los procesos de renovación que ha sufrido la teología y la pastoral católicas especialmente a partir del Concilio Vaticano II (1962-1965), y los trabajos de la II Conferencia Episcopal Latinoamericana, en el año de 1968 en la ciudad de Medellín, Colombia. En esta tradición se ha reivindicado de manera especial las exigencias de unir, sustancialmente, las prácticas religiosas referentes al culto y de carácter doctrinal, con la exigencia en la vida social de contribuir a la solución de los problemas graves de la pobreza e injusticias sociales. Una unión que no es resultado, como pretenden los críticos, de una utilización instrumental de las tradiciones religiosas, sino de un redescubrimiento de las consecuencias sociales y liberadoras del mensaje del Evangelio.

Estas tres tradiciones, entre otras, contribuyen al proceso de formación de los cuadros dirigentes de las organizaciones vecinales. Tienen orígenes diversos, pero frecuentemente se encuentran entrecruzados en la práctica. Donde encontramos no sólo el trabajo conjunto de individuos y grupos que han sido formados de manera separada en cada una de ellas, sino también la referencia conjunta que hacia las tres realiza un mismo individuo o un grupo determinado. Desde esta perspectiva, es muy frecuente encontrar un diálogo más o menos profundo entre el marxismo y la teología de la liberación, y entre estas dos y las tradiciones históricas de lucha del pueblo mexicano.

Actualmente asistimos a un importante replanteamiento de estas tradiciones, en especial del marxismo y de la teología de la liberación. Pero contrariamente a lo que pretendía profetizar el neoliberalismo, cuando hablaba del fin de la historia y de las ideologías ante la caída del muro de Berlín y el desplome de socialismo real, encontramos más bien un esfuerzo en estas tradiciones por replantear sus aportes mediante una recuperación de algunos de los grandes ideales de las tradiciones liberales clásicas, en especial los referentes al papel de la democracia y el rol de la sociedad civil.

### **3. LAS FORMAS DE AFILIACION DE LOS PARTICIPANTES.**

La formación de la organización está asociada estrechamente al trabajo de promoción que realizan determinados individuos. Son los cuadros dirigentes, y sirven como ejes de aglutinación, de coordinación, entre un conjunto de pobladores que si bien han respondido de manera semejantes a sus problemas cotidianos en términos de significados cognitivos y sensitivos, sus respuestas las habían manejando de manera aislada. La constitución de la organización es el proceso de coordinación de esas respuestas individuales, entre sujetos que comparten interpretaciones sobre su contexto vital pero no han generado entre sí una identidad colectiva.

La posibilidad de un encuentro entre ambos actores de la organización -los promotores y los futuros participantes en calidad de bases o cuadros medios-, está condicionado por la capacidad que tiene la futura dirección de la organización de insertarse en el contexto vital de los pobladores, y a partir de ello, colaborar a la reconstrucción de las redes de significados, a la generación de una nueva identidad colectiva. En los procesos de organización vecinal que analizamos, esta inserción de los promotores podía tener una larga tradición, muy anterior a la formación de la misma organización. Es el caso de ciertos grupos de dirigentes que habían nacido y vivido la mayor parte del tiempo dentro del mismo poblamiento. Eran así gente bastante conocida. Pero también podía tratarse, como es frecuente, de individuos que tenían una relación temporalmente corta. Eran pobladores más o menos recientes, e inclusive algunos no vivían en el poblamiento.

La formación de una organización vecinal puede resumirse, entonces, en la dinámica del encuentro entre un sujeto promotor, individual o grupal, y un conjunto de pobladores que comparten con él determinadas propiedades interactivas, en especial interpretaciones sobre su contexto vital. Pero este encuentro entre los participantes no es algo homogéneo para todos, no es un proceso donde los involucrados se someterían a una nivelación completa en sus características particulares, ni en cuanto dirigencia ni en cuanto bases y cuadros medios<sup>12</sup>.

En efecto, ejemplificando con los resultados estadísticos que hemos obtenido anteriormente, registramos un fenómeno muy importante que no puede ser explicado si partiéramos de un enfoque homogéneo, monolítico, de la formación de una acción colectiva: siempre encontramos un pequeño grupo de pobladores, de mayor o menor amplitud según los indicadores utilizados, que no comparten las características que definimos como «significados o condiciones subjetivas de la decisión para participar», y sin embargo están igualmente afiliados a una organización vecinal. Y la contraparte también es cierta, hemos identificado un «prototipo del no participante» en términos de significados, pero se presentan también individuos no afiliados que no comparten sus características.

Ante estos fenómenos requerimos una interpretación que explique la situación encontrada: la semejanza que ciertos participantes tienen con el prototipo de los no participantes. Un enfoque diferente a ciertas perspectivas analíticas que se han utilizado para estudiar las organizaciones vecinales en América Latina, donde se considera a los participantes únicamente en calidad de entidades colectivas homogéneas. En el caso de México, por ejemplo, son los importantes trabajos de Wayne A. Cornelius<sup>13</sup> y Juan Manuel Ramírez<sup>14</sup>; en Perú: los de José Matos Mar<sup>15</sup>, David Collier<sup>16</sup> y Luis Chirinos<sup>17</sup>, y en

---

12. Henry A. Dietz analizó en detalle la importancia de esta diferenciación entre los participantes de las organizaciones vecinales, aunque sus casos de estudio no se refirieron a procesos de movilización social. Cfr. "Political participation by the urban poor in an authoritarian context: the case of Lima, Perú", *Journal of Political and Military Sociology*, vol. 5, núm. 1, 1977, pp. 63-77.

13. Wayne A. Cornelius, *Los inmigrantes pobres en la ciudad de México y la política*, op. cit.

14. *El movimiento urbano popular en México*, México, Siglo XXI Ed., 1986.

Chile: los de Ernesto Pastrana y Mónica Threlfall<sup>18</sup>, Luis Razeto<sup>19</sup>, Guillermo Campe-ro<sup>20</sup> y Hernán Pozo<sup>21</sup>, entre otros.

Sin embargo, estudios muy recientes han comenzado a analizar las organizaciones vecinales en América Latina desde un enfoque dinámico de las identidades (Philip David Oxhorn<sup>22</sup>, Oscar Núñez G.<sup>23</sup>, Juan Manuel Ramírez<sup>24</sup>, y otros) y lo consideran una cuestión fundamental para explicar sus procesos de constitución y desarrollo. Y en el campo de las teorías de la acción colectiva, aunque no referidas a nuestro subcontinente, destaca especialmente la propuesta de Alberto Melucci, donde la identidad de los individuos que articulan un actor grupal necesita ser abordada de manera histórica y compleja: no puede entenderse sobre la base de un patrón rígido y cerrado de significados compartidos. Más bien, encontramos diversos niveles de apropiación, frecuentes tensiones y conflictos, procesos continuos de cambio.

Desde esta perspectiva, la propuesta de Melucci podría considerarse una alternativa para resolver nuestro problema de investigación: la presencia de un grupo importante, aunque no mayoritario, de participantes que comparten las características del «prototipo del no participante»; sería el resultado de un proceso nunca terminado de construcción de una identidad colectiva. Pero el paradigma teórico sobre el cual sustenta su propuesta, el de las nuevas identidades colectivas, tiene un problema central que ya mencionábamos en el Capítulo I: no es capaz de explicar la acción instrumental, estrictamente utilitarista, de un sector de los participantes. No logra levantar un puente entre las vertientes individualistas de la acción colectiva y las teorías de carácter más bien normativo, dejando sin solución el viejo problema del «free rider», de aquéllos individuos que se benefician del trabajo colectivo de otros sin aportar nada importante a su desarrollo. Problema que puede ser solucionado, creemos, con un enfoque personalista de la acción social, donde

---

15. *Desborde popular y crisis del estado: el nuevo rostro del Perú en la década de 1980*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1984.

16. *Barriadas y Elites: de Odría a Velasco*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos Ediciones 1978.

17. "El estudio de la coyuntura barrial. Lima, Perú.", en Jean-Jacques Guibbert y Margarita Pacheco (ed.), *El despertar de los pobladores*, Bogotá, ENDA-CINEP-UNIANDES, 1983, y "Gobierno local y participación vecinal: el caso de Lima Metropolitana", en revista *Socialismo y participación*, núm. 36, 1986.

18. *Pan, techo y poder. El movimiento de pobladores en Chile (1970-1973)*, Ediciones Siap-Planteos, Buenos Aires, 1974.

19. En colaboración con Arno Klenner, Apolonia Ramírez y Rbto. Urmeneta, *Las organizaciones económicas populares*, Santiago, Academia de Humanismo Cristiano, 1983.

20. *Entre la sobrevivencia y la acción política (Las organizaciones de pobladores en Santiago)*, Santiago, Ediciones ILET, 1987.

21. *Espacio y poder. Los pobladores*. Santiago, FLACSO, 1987(?).

22. *Democratic transitions and the democratization of civil society chilean shantytown organizations under the authoritarian regime*, Harvard University, Cambridge, Ph. Thesis, 1989.

23. *Innovaciones democrático-culturales del movimiento urbano popular*, México, UAM-Xochimilco, 1990.

24. *La vivienda popular y sus actores*, Guadalajara, CISMOS, 1993, en especial el Capítulo IV: "Impacto del proceso habitacional en las dos organizaciones", pp. 205-259.

los individuos enlacen significados a sus actividades no sólo de carácter normativo y expresivo, sino también de tipo estratégico.

### 3.1 Subgrupos primarios y secundarios.

Cuando un conjunto de individuos deciden participar en una acción colectiva de carácter no prescriptivo, como es una organización vecinal, lo hacen condicionados por una serie de propiedades que portan dentro de su contexto vital, en nuestro caso, en los espacios de vivienda y su entorno inmediato. Pero esas propiedades (recursos materiales, significados, posiciones de poder y roles) que les permite construir un campo interactivo, y que analizamos con detalle en los dos capítulos anteriores, no se presentan de manera igual en todos los participantes: hay semejanzas pero también ciertas diferencias, entre las cuales nos interesa destacar las relacionadas con los significados cognitivos y sensitivos que formulan. Encontramos así una escala en los niveles de indignación que presentan, como también en sus orientaciones comunitarias, la reivindicación del uso de métodos de presión social, y el sentido de responsabilidad individual para la solución de los problemas. En otras palabras, sus propiedades interactivas les permiten coordinarse en una acción colectiva, pero cada sujeto individual tiene una versión personalizada de ellas. Y esta versión no se difumina con la participación en la acción colectiva.

Cada participante puede ser situado, entonces, en una *escala de afiliación*: en un determinado nivel de relación con las propiedades que definen de manera típica el campo interactivo de la organización, el «prototipo». Habrá así un conjunto de individuos que subjetivamente tenderán a compartir de manera más estrecha y clara las definiciones que hacen posible la constitución y desarrollo de una determinada organización vecinal. Encontraremos también otra serie de individuos situados en el extremo contrario: compartiendo de manera externa las definiciones colectivas, pero distanciados subjetivamente de ellas. Y finalmente, en puntos intermedios, estarán otros más, acercándose a cualquiera de los dos polos.

Si representamos gráficamente esta idea, referente a la existencia de una escala de afiliación en los participantes, veríamos a las organizaciones vecinales como el resultado de la ubicación de los individuos dentro de un doble círculo concéntrico. El círculo interior representaría aquéllos que tienden a legitimar y aceptar subjetivamente los requisitos, estrategias y fines desplegados por la organización (sus propiedades singulares coincidirían con las propiedades del campo interactivo), y el círculo externo que representaría a los individuos que se alejan subjetivamente de las propuestas y acciones desarrolladas.

Los dos círculos concéntricos expresarían, en términos de una vieja tradición teórica de la sociología, la presencia dentro de la organización vecinal de dos subgrupos: uno de tipo comunitario o primario (el círculo central) y otro de tipo más bien asociativo o secundario (el círculo externo). El primero basado en una fuerte identidad normativa,

expresiva y estratégica entre los individuos: en una comunidad de significados, y el segundo basado en una relación de carácter más instrumentalista y utilitarista.

En efecto, según una importante tradición de la sociología clásica que encontramos en las propuestas de Ferdinand Tönnies, Max Weber y Emilio Durkheim, pasando por la Escuela Ecologista de Chicago (Ernest Burgess y Luis Wirth), la Escuela de Frankfurt (Hebert Marcuse, Horkheimer, etc.), los trabajos de Talcott Parsons, hasta la teoría de la acción comunicativa de Jürgen Habermas, la distinción entre ambos tipos de relaciones sociales, las de tipo comunitario y asociativo, resumen el proceso de transformación de la sociedad tradicional, preindustrial, a la sociedad moderna. La primera en proceso de extinción, y la segunda en proceso creciente de desarrollo, cuyo prototipo sería precisamente el mercado.

Sin embargo, a diferencia de esta propuesta clásica de la sociología, que contraponen históricamente ambas formas de interacción y las concibe como grupos e instituciones diversas: lo tradicional como dominio de lo comunitario, y lo moderno como dominio de lo asociativo, lo que queremos proponer con el concepto de «escala de afiliación» *es una interpretación de la acción colectiva que las integre*. Y en consecuencia, una lectura de la modernidad como posibilidad de articular empírica y sistemáticamente ambas formas de interacción dentro de una misma institución: combinando las formas de relación primarias o comunitarias, con las secundarias o asociativas.

Desde esta perspectiva, la acción colectiva en general, y una organización vecinal en particular, es el resultado de la combinación de afiliaciones de tipo primario y secundario de un conjunto de individuos. Las afiliaciones de tipo primario, que ocuparían en el ejemplo gráfico el círculo central de la organización, constituyen el eje de la acción colectiva, el espacio donde se sostiene la vida de la organización, sus diversas actividades, estrategias y dinámicas de acción. Está formado por la mayoría de los cuadros dirigentes y medios, y los diversos participantes de base que mantienen una identidad o comunidad de significados que les permiten desarrollar una conciencia comunitaria, de pertenencia a un grupo. Sin ellos, es impensable la constitución de la misma organización y todo su proceso de desarrollo. En consecuencia, son los individuos que soportan fundamentalmente los costos y esfuerzos que se requieren para tales actividades, y en las pruebas estadísticas que hemos utilizados integran los diversos prototipos (bivariados o multivariados) de las condiciones vitales de la participación.

Alrededor de este subgrupo de participantes se aglutina otro conjunto de individuos que, en mayor o menor medida, no se identifica con los significados, actividades y estratégicas desarrolladas por la organización vecinal. Tienden a considerarla, más bien, como un medio útil para el logro de ciertos fines personales. Su vinculación es así de carácter instrumentalista y, por lo tanto, en la perspectiva de lograr el máximo de beneficio con el mínimo costo posible, tienden a mostrar un comportamiento bastante más pasivo, poco proclive a tomar cargos de responsabilidad o a colaborar activamente en los trabajos colectivos.

En el caso de la investigación que realizamos para este trabajo, la existencia de los dos tipos de afiliación dentro de una misma organización es un hecho que empíricamente se puede contrastar. En primer lugar, como mencionamos anteriormente, cuando analizamos las condiciones vitales de la participación social de manera bivariada (de dos en dos variables), en especial las referidas a los significados que configuran una decisión favorable para involucrarse en una acción colectiva, encontramos siempre que una parte de los participantes, no mayoritaria pero si importante, no compartía interpretaciones como las siguientes: el valor del trabajo grupal, sentimientos de indignación moral ante las condiciones de vida y los correspondientes responsables, utilización de métodos de presión social, y posibilidad de cambiar la acción gubernamental. En consecuencia, si bien eran parte de los miembros del grupo, no compartían las propiedades interactivas que le daban consistencia, y se acercaban más bien a las características subjetivas del poblador no participante.

En segundo lugar, podemos recurrir a un método estadístico para someter a prueba la presencia e importancia de estas diversas formas de afiliación: elaborando subgrupos de perfiles de los participantes. Para ello, utilizaremos dos variables que consideramos particularmente importantes: la orientación comunitaria y la orientación hacia los métodos de presión social, porque a diferencia de las otras que también intervienen en la decisión para participar, tienen un papel fundamental, central, en el tipo de estrategia de trabajo que utilizan. Combinándolos obtendremos un modelo de las cuatro formas básicas de afiliación a una acción colectiva (Ver Cuadro IV-2): afiliación primaria, afiliación secundaria, y afiliación mixta con dos variantes, que en el caso de nuestra investigación tienen los siguientes valores:

- **Afiliación primaria.** Comprende al 54.5% de los participantes, los cuales tienen una orientación comunitaria y hacia métodos de presión positivas. Constituyen la mayoría del grupo, y sus propiedades coinciden con el prototipo de comportamiento que le da consistencia e identidad comunitaria a la acción colectiva.
- **Afiliación secundaria.** Comprende al 7.3% de los participantes, y son la contraparte del subgrupo anterior: orientación comunitaria y hacia métodos de presión negativas. Son minoría dentro del grupo, pero generan una dinámica particular en su interior que se distancia claramente de una interpretación en términos de «identidades colectivas»: para ellos la participación no es el resultado de compartir una comunidad de significados, sino el producto de una relación estrictamente utilitarista, de beneficio individual.

CUADRO IV-2		
PARTICIPANTES: TIPOS DE AFILIACION EN LA ACCION COLECTIVA SEGUN ORIENTACION COMUNITARIA Y METODOS DE PRESION SOCIAL		
ORIENTACION COMUNITARIA	ORIENTACION HACIA METODOS DE PRESION SOCIAL	
	POSITIVA	NEGATIVA
POSITIVA • Número de casos • % del total	<u>AFILIACION PRIMARIA</u> 60 54.5%	<u>AFILIACION MIXTA</u> 23 20.9%
NEGATIVA • Número de casos • % del total	<u>AFILIACION MIXTA</u> 19 17.3%	<u>AFILIACION SECUNDARIA</u> 8 7.3%

- Afiliaciones mixtas con dos variantes: a) orientación comunitaria positiva y orientación hacia métodos de presión negativa. Comprende el 20.9% de los casos, y está conformado por participantes que tienen en alto valor el trabajo en grupo y el sentido de colaboración dentro de él, pero no comparten una visión positiva del uso de estrategias de presión social. Y b) orientación comunitaria negativa y orientación hacia métodos de presión social positiva, que está conformado por el 17.3% de los entrevistados, los cuales, como el caso de las afiliaciones de tipo secundario, es previsible que mantengan una relación de tipo básicamente instrumental con la organización.

### 3.2 La relación entre la escala de afiliación y las estrategias de dirección argumentativas e instrumentales.

La ubicación desigual que los participantes tienen dentro de la escala de afiliación de su organización vecinal, tiene una consecuencia muy importante que determina en gran medida la dinámica del desarrollo de una acción colectiva: la necesidad de articular permanentemente estrategias de tipo argumentativo con otras de tipo instrumental. Las estrategias de tipo argumentativo para articular demandas, formular estrategias, realizar actividades, etc., responden precisamente a la presencia de un eje de articulación primaria dentro de la organización vecinal. Son así propuestas de trabajo que se desarrollan sin mecanismos de coerción, y están fundadas en la libre y voluntaria actuación de los individuos que comparten subjetivamente una identidad colectiva (un campo interactivo). En contraste, como también encontramos la presencia de participantes vinculados secundariamente a la organización, su dinámica de funcionamiento también requiere el uso de estra-

teguas de trabajo de tipo instrumental, sea de naturaleza coercitiva o estrictamente utilitarista<sup>25</sup>.

La organización vecinal, considerada en su dinámica «normal» de funcionamiento, será así el resultado de una continua tensión entre ambas estrategias según la amplitud de los subgrupos primarios y secundarios que se presenten, pero también según el enfoque que la dirigencia tenga sobre el problema en cuestión, y el tipo de relaciones que la organización mantenga con su entorno estructural, en especial el Estado, los grupos dominantes de la sociedad, y otras organizaciones y grupos semejantes. Pero el análisis preciso de esta relación entre estrategias de trabajo, enfoque de la dirigencia y entorno estructural, constituye precisamente el tema de nuestro último capítulo.

---

25. Estudios sobre partidos políticos, como los de Phillip Althoff y David Brady ("Toward a causal model of the recruitment and activities of grass roots political activists", en revista *Social Science Quarterly*, vol. 53, núm. 3, 1972, pp. 398-605), también muestran esta relación significativa entre tipos de afiliación y estrategias de trabajo.

## CAPITULO V

### NUEVAS Y «VIEJAS» FORMAS DE PARTICIPACION COMUNITARIA: UN ENFOQUE NEOPLURALISTA

Hemos estudiado las condiciones vitales que favorecen la decisión de los individuos para participar en una organización vecinal que desarrolla acciones de movilización social. Analizamos cómo el poblador participante tenía un perfil de propiedades -recursos materiales, significados, roles y posiciones de poder- que se entrecruzaban para motivar su inserción dentro de una acción colectiva, y cómo sólo algunas de esas características las compartía con los demás pobladores no participantes. Sin embargo, en términos de los significados, se trataba de un perfil vivenciado inicialmente de manera aislada, una interpretación personal respecto a determinadas carencias y necesidades no satisfechas, que no conllevaba una coordinación alternativa entre sus portadores.

En el capítulo anterior analizamos el proceso de encuentro de esos individuos, la transformación de las vivencias individuales en un actuar organizado. Es el proceso de formación o constitución de una acción colectiva, en nuestro caso de una organización vecinal, donde el trabajo de promoción y convergencia realizado por los futuros dirigentes juega un papel central en la generación de una nueva identidad colectiva, orientada a la solución grupal de determinadas necesidades y demandas.

Constituido el actor grupal, formada la organización, una teoría de la acción colectiva tiene la tarea de explicar su dinámica de desarrollo, las actividades que realiza para el logro de sus objetivos. Y entre los múltiples procesos que al respecto se pueden identificar, destaca uno que consideramos central: estudiar la relación entre la organización y las otras que también actúan en el escenario social. En otros términos, el problema de investigación es el conocimiento de los patrones de relaciones que existen entre los diversos grupos sociales, uno de los cuales son las organizaciones vecinales. Es un análisis que nos remite al estudio de las relaciones sociales estructurales: a los vínculos indirectos que establecen los individuos por mediación de su afiliación a una grupo. Aquí no interesa la dinámica interna de los espacios de la vida cotidiana, la relación entre la acción singular de los individuos y las propiedades de su campo interactivo que les permiten coordinarse. Más bien, la preocupación es el conocimiento de la relación que existe entre diferentes campos interactivos, entre sistemas de vida cotidiana diversos.

Desde el origen de la teoría sociológica, en especial la que llamamos «clásica», gran parte de la preocupación de los investigadores se ha enfocado a estudiar estas relaciones entre grupos, pero bajo una modalidad muy particular: buscando un patrón básico de articulación, o en otro términos, proponiendo una concepción unidimensional de la estructura social. Entendiendo por «estructura» un sistema de relaciones entre grupos sociales. Desde esta perspectiva, las teorías de Ferdinand Tönnies, Carlos Marx, Emilio

Durkheim, Max Weber, Talcott Parsons<sup>1</sup>, entre otros, son esfuerzos para estudiar el patrón básico de organización estructural de la sociedad contemporánea, y de articulación de los individuos dentro de ella. Y casi todos ellos, desde diversas posiciones teóricas o metodológicas, han presentado finalmente una respuesta unidimensional al problema, donde la sociedad moderna se caracteriza por el dominio de la racionalidad instrumental en la articulación de los grupos sociales y de los individuos. Propuesta dominante en sus obras, que en el caso de Max Weber cambió en algunos de sus escritos marginales, por ejemplo, en las incursiones que hizo sobre el rol de las sectas protestantes en el desarrollo del capitalismo de norteamérica<sup>2</sup>.

Para los fines de este trabajo, no nos proponemos cuestionar en detalle este tipo de enfoque que consideramos un problema importante de investigación, ni mucho menos estamos en posibilidad de formular algunas propuestas alternativa. Más bien, nuestra intención es diferente: centrarnos únicamente en sus implicaciones para la teoría de la acción colectiva en la perspectiva de la construcción de una sociedad democrática, y analizar el aporte y contribución de las organizaciones vecinales a tal tarea. Pero de un modelo de sociedad democrática que redefine de manera importante el que ha imperado en las sociedades industriales avanzadas. En efecto, igual que las teorías sociales «históricas», las principales concepciones sobre la acción colectiva se han basado en una propuesta unidimensional de la estructura social, donde consideran que el problema del orden democrático de las sociedades modernas, se reduce al dominio de un patrón básico de relaciones entre los grupos sociales, un patrón básico de intermediación pública de necesidades e intereses, aunque no necesariamente de carácter instrumental.

Neocorporativistas, pluralistas liberales y teóricos de los movimientos sociales, entre otros, parten así de una propuesta de estructura social y de democracia interpretable como dominio de una determinada forma de acción colectiva. Los neocorporativistas, por ejemplo, consideran que la estabilidad de las sociedades modernas occidentales se basa, centralmente, en la presencia de un sistema de relaciones entre grupos de carácter funcional, jerárquicamente estructurado, que permite la canalización de demandas y su manejo dentro de los marcos de la competencia política legal<sup>3</sup>. Los pluralistas liberales, en cambio, abandonan la idea de una estructura social entendida como sistema jerárquicamente estructurado, y la sustituyen por una interpretación «poliárquica», donde la democracia es viable en la medida en que el poder se distribuye de manera descentralizada, reflejando en gran medida la competencia pura del mercado<sup>4</sup>. Finalmente, para los teóricos de los

---

1. Nos referimos a los estudios de Talcott Parsons sobre el «Sistema Social», y no a aquéllos donde busca relacionarlo con el «Sistema de la Personalidad» mediante las pautas valor del «Sistema Cultural».

2. Jeffrey C. Alexander, *Structure and meaning*, New York, Columbia University Press, 1989, pp. 3-4.

3. Philippe C. Schmitter, *Teoría del neocorporativismo*, México, Universidad de Guadalajara, 1992, y "Corporativismo (corporativismo)", en Matilde Luna y Ricardo Pozas H., *Relaciones corporativas en un período de transición*, México, IIS-UNAM, 1992, pp. 3-26; René Millán: "(Neo) Corporativismo y gobernabilidad: vínculos discretos", *ibid.*, pp. 41-51.

4. Robert Dahl, *Who governs?*, New Haven, Yale University Press, 1961, y *Pluralist democracy in the United States: conflict and consent*, Chicago, Rand-McNally, 1967.

movimientos sociales, la estabilidad de las sociedades modernas occidentales, y la profundidad y amplitud de la democracia, se fundamenta en gran medida en la presencia de grupos sociales dispuestos a competir por el control civil de las tareas y funciones público-estatales, expropiadas frecuentemente por élites de poder político, económico o cultural<sup>5</sup>. Tres teorías de la democracia que reflejan, con sus variantes, una concepción unidimensional de la estructura social, y en específico, de la relación entre grupos sociales en el marco de la acción democrática.

Nuestro análisis de la acción colectiva desde la perspectiva de un enfoque interaccionista y estructural, parte de una preocupación central: la problemática de la estabilidad democrática de las sociedades occidentales desarrolladas o la propuesta de la construcción de un sistema político democrático. Sin embargo, ¿cómo estudiar la relación estructural entre los grupos sociales sin asumir, por principio, la idea de un orden unidimensional como lo sostienen los enfoque neocorporativistas, pluralistas liberales y de los movimientos sociales<sup>6</sup>, donde hay una equivalencia entre estabilidad democrática y presencia de un único patrón o sistema de intermediación colectiva de necesidades y demandas?. En otros términos, ¿cómo entender la democracia en términos de relaciones entre grupos sociales organizados bajo principios diferentes de intermediación de intereses?.

El punto de partida será, como lo desarrollamos en los cuatro capítulos anteriores, abandonar en primer lugar las concepciones unidimensionales de la vida cotidiana, según las cuales la participación de los individuos en acciones colectivas de la sociedad moderna es el resultado de una decisión condicionada por un principio básico de racionalidad, sea de tipo normativo o expresivo, o especialmente instrumental. Para nosotros, en cambio, serán el resultado de diferentes contextos vitales que les dan origen: de significados, recursos materiales, roles y posiciones de poder, que difieren en su naturaleza y en sus principios de relación. A partir de esta propuesta, el problema de la estabilidad de la democracia en las sociedades occidentales desarrolladas, o en el caso de México, de la construcción de un sistema democrático, *es en gran medida, junto con la competencia electoral y la ampliación del empleo, el problema de la coordinación entre diversos sistemas de articulación de los individuos dentro de las acciones colectivas, que no pueden ser reducidos a un único principio de ordenamiento*. Y la limitación central de las teorías neocorporativistas, pluralistas liberales y de los movimientos sociales, ha sido precisamente sus intentos de reducir el juego democrático a una cuestión relacionada con un único sistema de articulación, de intermediación colectiva de las necesidades y demandas en la esfera de la estructura social.

---

5. La lectura de la democracia a partir de los movimientos sociales, que lleva a redefinir los modelos tradicionales, es muy clara en las propuestas de varios autores. Por ejemplo, Rafael de la Cruz, "Encuentros y desencuentros con la democracia. Los nuevos movimientos sociales", en revista *Nueva Sociedad*, núm. 77, 1985, pp. 80-88; Luis Alfredo Delgado, "El movimiento cooperativo y los procesos de democratización" en revista *Socialismo y Participación*, núm. 36, 1986, pp. 63-84.

6. Sobre las propuestas de estos enfoques teóricos, ver *supra* Capítulo I, Inciso 2.2.

Este enfoque de la democracia lo llamaremos «neopluralismo o pluralismo radical de tipo político», y busca construir un puente analítico entre las tres teorías mencionadas, diferenciándose del «pluralismo liberal o tradicional» porque abandona la idea de una sociedad reducible a las relaciones de mercado (sociedad de masas), que sería homogénea en los principios que permiten la organización y coordinación de los individuos a nivel estructural. Un enfoque que utilizaremos en este último capítulo para exponer la dinámica de desarrollo del tipo de organizaciones vecinales que hemos venido estudiando (movilizaciones vecinales), así como de otras que también tienen importancia en nuestro país.

## **1. EL MARCO CONCEPTUAL DE LA PARTICIPACION COMUNITARIA.**

Como formas particulares de acción colectiva, las organizaciones vecinales, desarrollen o no movilizaciones sociales, son sistemas grupales de intermediación de necesidades y demandas de la sociedad civil. Y en su calidad de sistemas de intermediación de necesidades y demandas, su dinámica se desenvuelve en la esfera pública, en el marco de una estructura social, en la cual, para lograr sus objetivos, las organizaciones tienen que interactuar con otro conjunto de actores colectivos, como es el caso del Estado, con sus diversos aparatos e instituciones, pero también con los partidos y movimientos políticos, las agencias privadas nacionales e internacionales de asistencia, promoción y desarrollo social, el sector privado de la economía, las iglesias, numerosas organizaciones con fines y estructuras más o menos semejantes, y un número muy amplio de entidades colectivas de variados signos ideológicos y propósitos sociales.

En esta relación dinámica con tan diversos y disímolos interlocutores, miembros de una estructura social de carácter local, regional nacional o internacional, las organizaciones pueden encontrar la solución parcial o total de sus necesidades y demandas, o simplemente la imposibilidad de resolverlas. Pero no se trata de una dinámica de intervención de las organizaciones vecinales donde simplemente serían un actor más dentro del conjunto de interlocutores. Su operación dentro de ella es la actuación en un espacio caracterizado por una desigual distribución de oportunidades y capacidades de decisión, y con un ámbito particular de competencia: atender necesidades consideradas como básicas o fundamentales.

Desde esta perspectiva, las organizaciones vecinales son una forma particular de acción colectiva, vinculada a lo que en términos generales se ha venido llamando en la sociedad civil y en los gobiernos, «la participación comunitaria». Concepto que busca llamar la atención sobre la presencia e importancia de un tipo de acción colectiva que se ha identificado como fundamental para el diseño y operación de los programas sociales de asistencia, promoción y desarrollo.

La participación comunitaria se ha reconocido, en especial a partir de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Asentamientos Humanos, celebrada en el año de 1976 en Vancouver, como una de las palancas centrales para lograr el desarrollo social

de los países del llamado tercer mundo<sup>7</sup>, y en general de las regiones pobres y marginadas. A ella se remiten las más variadas instituciones y organizaciones locales, nacionales e internacionales. Su prestigio es tal, que la utilización o no del concepto constituye una de las bases centrales de legitimidad de los programas sociales en nuestros países, pues de ella depende en gran medida la obtención de fondos para su operación.

Una programa social específico podrá presentar así problemas técnicos de diversa naturaleza, como también de diseño y conceptualización, pero si se evalúa como una propuesta fuertemente participativa, encontrará que los obstáculos para su apoyo financiero estarán superados en gran medida. En cambio, un programa que tenga alta calidad en su diseño, conceptualización y planeamiento, pero que carezca de importante base participativa por parte de la comunidad destinataria, será casi rechazado de entrada. En consecuencia, la participación comunitaria constituye una variable central para evaluar en gran medida la procedencia o no de los programas sociales.

Pero el concepto de «participación comunitaria», con sus diversas variantes, ha terminado por convertirse en un término frecuentemente vacío, o al menos con muy poco significado analítico<sup>8</sup>. Porque ¿cómo podemos utilizarlo para referirnos simultáneamente a situaciones tan diversas como son el papel que tuvieron las organizaciones populares nicaragüenses dentro de la revolución Sandinista, con un programa con tan pocas implicaciones de cambio político como es la distribución de leche a los pobladores de Santiago, Chile, durante el régimen militar de Augusto Pinochet?. En estos casos, como un muchos otros, se está hablando de cosas bastante diferentes en términos políticos y culturales.

Sin embargo, el concepto de participación comunitaria encuentra un primer soporte teórico en la referencia que hace a los programas orientados a atender necesidades básicas y fundamentales de la población, independientemente de las implicaciones políticas que pueda o no llevar. Se utiliza así para referirse a la organización de grupos de asistencia y promoción de personas de tercera edad. Al trabajo de formación de «comedores y ollas comunes», donde las mujeres de los sectores populares enfrentan colectivamente el problema del abastecimiento y procesamiento de los alimentos. A la construcción organizada de viviendas, infraestructura urbana y servicios públicos mediante el esfuerzo compartido de los vecinos. A la impartición de cursos de formación y capacitación en los barrios y zonas marginadas de nuestros países, en materia de salud, nutrición y educación de los hijos. A la organización de las mujeres para enfrentar su doble situación de desventaja dentro de una estructura social desigual y patriarcal. A la intervención de los jóvenes en la solución de sus demandas y problemas particulares. Al trabajo con niños pequeños en guarderías y jardines de niños organizados por las mismas comunidades. En

---

7. Andrew Pearse y Matthias Stiefel, "Participación popular: un enfoque de investigación", en revista *Socialismo y Participación*, núm. 3, 1980, pp. 89-108.

8. Reinhard J. Skinner, "Community participation en Third World housing", en *Cities*, vol. 1, núm. 6, 1984, p. 564.

fin, a decenas y decenas de propuestas comunitarias orientadas a la atención de necesidades básicas y fundamentales, en el marco de la problemática del desarrollo social.

Participación comunitaria y desarrollo social son así dos conceptos indisolubles. Se implican mutuamente, y en la relación encontramos su legitimidad. Por desarrollo social se remite uno a la necesidad de articular las propuestas de crecimiento económico con un marco de mayor igualdad y justicia para el conjunto de los habitantes de un país y de las naciones. Y con el concepto de participación comunitaria se quiere remitir, en términos generales, a la necesidad de que las estrategias y programas orientados al desarrollo social *involucren* de manera fundamental a los destinatarios.

Pero ¿qué significado más específico puede tener la palabra participación comunitaria, más allá de su referencia a la solución de necesidades fundamentales y al involucramiento de la población beneficiada?, ¿cómo la podemos entender para abarcar las diversas y muy diferentes formas que en la práctica existen?. Considerada en sí misma, sin distinguir sus diferentes variantes, no levanta ninguna crítica importante en el ambiente mundial. Trátese de gobiernos, agencias internacionales, iglesias, partidos políticos, grupos empresariales, etc., todos coinciden al mencionar su importancia y legitimidad, porque están de acuerdo en que «los pobres deben participar y estar involucrados en su misma promoción y desarrollo».

Sin embargo, necesitamos ir más allá de este uso tan genérico e incuestionable del concepto, que por entrecruzarse con el lenguaje de los derechos humanos tiene la ventaja de volverse bastante invulnerable en términos políticos y culturales, pero no permite acceder a un análisis más detenido y provechoso de sus diversas variantes históricas y empíricas. Necesitamos sobreponernos al uso genérico del concepto de participación comunitaria, y sin desconocer su raíz en el lenguaje de los derechos humanos, proponer un enfoque que nos permita avanzar en la clasificación sustantiva de las diversas ofertas existentes. Clasificación que nos permita ubicar analíticamente las formas concretas en que se presenta la participación comunitaria en el panorama urbano popular de América Latina, y especialmente de México.

### **1.1 Desarrollo social y toma de decisiones.**

En el segundo capítulo de este trabajo colocamos la dimensión «posición de poder o toma de decisiones», como uno de nuestros conceptos centrales para articular la dinámica del sujeto individual con la colectiva: los individuos se ubican en una escala de poder donde contribuye a la constitución o la reproducción de un contexto de interacción cotidiana. Desde esta perspectiva, «participa» tanto aquel individuo o individuos que inciden en la configuración de las reglas de juego que definen la identidad de un conglomerado social, como el actuar operativo de los individuos que hace posible el desarrollo cotidiano

de las instituciones<sup>9</sup>. Formas diversas de participación, pero que están unidas por su ubicación dentro de una escala de posiciones de poder, o en lenguaje más contemporáneo, de toma de decisiones.

La participación en una escala de posiciones de poder es por lo tanto una parte esencial de cualquier tipo de interacción cotidiana. Nos remite a la colaboración reflexiva que en la toma de decisiones, toda institución requiere por parte de los individuos que la integran. Estos no son así meras criaturas de aquéllas, moldeados por imperativos que los determinan de manera absoluta. Más bien, las instituciones sólo existen en la medida en que pueden sostenerse en el actuar creativo, reflexivo y personal de los individuos, en la doble tarea de colaborar a la definición del marco de las expectativas que conforman su campo interactivo (en relación al uso de los recursos materiales, significados, y roles), o de la traducción de ese marco formal en actividades y operaciones prácticas, las cuales también requieren tomar decisiones circunstanciales muy específicas.

Desde esta perspectiva, la «participación comunitaria» debemos analizarla como una variante colectiva de la «participación genérica», pero entendiéndola dentro de una escala de posiciones de poder relacionada con el desarrollo social. Junto a ella, existen otras formas de «participación», como pueden ser la realizada por grupos y partidos políticos, las entidades gubernamentales, las empresas, y las instituciones culturales tradicionales (iglesias, universidades, escuelas, etc.), que si bien pueden tener una mayor o menor relación con actividades de asistencia y desarrollo social, sus objetivos fundamentales son más amplios o simplemente muy diferentes.

La «participación comunitaria», en cuanto modalidad colectiva de la «participación», se ubica así en una escala de toma de decisiones. En términos teóricos encontramos así una participación comunitaria que, por su localización en los niveles superiores de la toma de decisiones, accede a la definición de las características fundamentales de las actividades y programas de desarrollo social. En cambio, hay otro tipo que se localiza en los niveles inferiores de la toma de decisiones, y sólo contribuye a la aplicación y operación de esas actividades y programas. Diferencia teórica que, en términos empíricos, se presenta más bien como una ubicación de los actores colectivos en algún punto intermedio entre los dos extremos.

Tenemos así una primera clasificación de las formas de participación comunitaria, dependiendo de su ubicación en la escala de toma de decisiones con respecto a los programas de desarrollo social, sean formales o informales (Ver Cuadro V-1):

- Participación comunitaria de tipo constitutivo, donde la población organizada que se beneficia real o potencialmente por el programa de desarrollo social, está involucrada directamente en su conceptualización. Es un proceso construido desde

---

9. La participación es un fenómeno evolutivo: va de lo menos a lo más. Cfr. Pedro Demo, "Precariedad de las prácticas participativas", en *Revista Paraguaya de Sociología*, año 21, núm. 61, 1984, p. 75.

abajo, en términos de la definición de: objetivos, estrategias, políticas, procedimientos y selección de recursos. Los proyectos son originalmente propuestos por la población beneficiada, o pueden, desde luego, ser ofertas iniciales provenientes de instituciones y grupos externos. Sin embargo, en este caso como el anterior, hay un proceso de apropiación conceptual de tipo estratégico por parte de la población.

- Participación comunitaria de tipo reproductivo, donde los «beneficiarios» del programa social sólo están involucrados en sus fases operativas, en la aplicación. No acceden así a la definición de los objetivos, estrategias, políticas, procedimientos y selección de recursos que se requieren previamente para desarrollar un programa social. Estas exigencias son más bien propuestas de otros actores, y la población se convierte en destinataria de decisiones externas.



En la práctica, los grupos que participan en un programa de desarrollo social se ubican en algún punto intermedio de la escala, unos más hacia la parte alta de la toma de decisiones, y otros hacia la parte más baja. Inclusive, en los casos donde las organizaciones comunitarias tienen una presencia muy fuerte en la determinación de las políticas y estrategias fundamentales de los programas, en especial porque fueron originalmente concebidos por ellas mismas, en el proceso de negociación que desarrollan con sus interlocutores se ven en la necesidad de integrar distintos acuerdos no diseñados inicialmente por la misma población involucrada.

## 1.2 Los ámbitos sociales de la participación.

Contribuir a la definición u operación de una propuesta de desarrollo social, es una primera forma de clasificar sustantivamente los diferentes tipos de participación co-

munitaria. Es una clasificación de carácter interno, que busca ubicar la relación existente entre la población beneficiaria y las distintas fases que integran los programas de desarrollo social. Pero ¿cuál es la relación entre estas formas de participación comunitaria, con sus correspondientes programas de desarrollo social, y la dinámica global de la sociedad dentro de la cual se diseñan y operacionalizan?. En esta pregunta, como se muestra, ya no se trata de buscar una respuesta que nos permita continuar la clasificación interna de las formas de participación comunitaria, sino articular la clasificación con el contexto más amplio de la sociedad dentro de la cual se realiza.

En el marco de la propuesta conceptual que hemos venido manejando en este trabajo, la participación comunitaria puede ser dividida en dos grandes grupos, según su ubicación en los niveles fundamentales de toda relación social: los sistemas de interacción o de la vida cotidiana, y los sistemas de relaciones genéricas o estructurales (Ver Cuadro V-2). Tendremos así dos grandes tipos, según el ámbito social dentro del cuál se encuentran:



- Participación comunitaria en la vida cotidiana, donde el ámbito de acción se centra en los espacios de vinculación directa entre los individuos. Trátese, por ejemplo, de la vivienda y su entorno inmediato, donde algunas organizaciones vecinales estarían enfocadas únicamente a resolver problemáticas internas de los asentamientos poblacionales, o de otras actividades sociales, como es el caso de una organización sindical con reivindicaciones centradas en el ambiente interno de las empresas. Aquí no hay planteamientos que rebasen el ámbito importante pero estrecho de la vida cotidiana. No hay demandas que afecten a otras entidades

más amplias, como serían los municipios, las entidades federativas o las sociedades nacionales. Son así, claramente, organizaciones meramente reivindicativas.

- Participación comunitaria con implicaciones políticas, entendiéndola como incidencia en el orden público de una sociedad y no como lucha por el control del poder estatal. En esta situación, partiendo de una organización ubicada en determinados espacios de la vida cotidiana, se establece un intercambio de demandas y negociaciones más amplias que afectan el funcionamiento de las políticas públicas, en especial, la acción del Estado en materia de desarrollo social. Es el caso, por ejemplo, de una organización vecinal que buscaría no sólo resolver demandas internas al poblamiento, sino también modificar las políticas de desarrollo urbano; o bien, de otra organización vecinal que articulara sus demandas con un programa electoral de un partido político.

Desde esta perspectiva, por su impacto en las políticas públicas, esta forma de participación comunitaria puede ser dividida, a su vez, en dos grandes tipos: sistémica y no sistémica. En el primer caso, la relación entre la acción colectiva y la política pública está formalizada, sea por un marco legal de naturaleza cívica que la legitima, o bien, por mecanismos de tipo funcional y vertical. En cambio, en la participación de carácter no sistémico, los vínculos son de carácter informal, porque no tiene ninguna articulación vertebral. Más bien son circunstanciales, sometida al flujo de las coyunturas políticas y económicas.

Nuevamente, como en la clasificación anterior, cuando nos referimos a casos empíricos, históricos, estos tienden a ubicarse en puntos intermedios de la escala presentada. En primer lugar, porque toda forma de participación comunitaria centrada en la vida cotidiana tiene efectos indirectos en la estabilidad y ordenamiento de la sociedad en su conjunto. Y en segundo lugar, porque en el campo de la participación comunitaria con implicaciones en las políticas públicas, hay siempre una escala que comienza desde el ámbito local de la sociedad, como son las ciudades y los asentamientos rurales o los municipios, hasta los espacios federales y nacionales de las sociedades.

### **1.3 Matriz de las formas típicas de participación comunitaria.**

Si relacionamos<sup>10</sup> las dos clasificaciones anteriores (incisos 1.1 y 1.2), tendremos como resultado una matriz conformada por seis formas posibles de participación comunitaria (Ver Cuadro V-3): autoayuda, asistencia social, clientelismo, corporativismo-neocorporativismo, movilizaciones sociales tradicionales y movilizaciones sociales autogestionarias (nuevas movilizaciones sociales).

---

10. En un escrito pionero en América Latina, Francisco Guerra García ya planteaba la necesidad de relacionar las dos variables para analizar los procesos de participación comunitaria. Cfr. "Las estrategias de participación en América Latina", en revista *Nueva Sociedad*, núm. 49, 1980, p. 44.

CUADRO V-3			
MATRIZ DE LAS FORMAS DE PARTICIPACION COMUNITARIA			
TOMA DE DECISIONES	AMBITO SOCIAL DE LA PARTICIPACION		
	VIDA COTIDIANA	ESTRUCTURA SOCIAL	
		SISTEMICA	NO SISTEMICA
ALTA	<u>AUTOAYUDA</u>	<u>MOVILIZACIONES SOCIALES</u> <u>AUTOGESTIONARIAS</u>	<u>MOVILIZACIONES SOCIALES</u> <u>TRADICIONALES</u>
BAJA	<u>ASISTENCIA SOCIAL</u>	<u>CORPORATIVISMO-NEOCORPORATIVISMO</u>	<u>CLIENTELISMO</u>

Para la utilización de esta matriz en el análisis del comportamiento de las organizaciones vecinales dentro de una estructura social, en relación a programas de atención y solución de necesidades básicas, es necesario destacar que los seis tipos de participación comunitaria constituyen «formas ideales de acción», y no son en si mismos «actores colectivos». En otros términos, un grupo social como son las organizaciones vecinales, intervienen en la estructura social por mediación de diversos sistemas de prácticas, de solución de necesidades y demandas, y estos sistemas son de seis tipos posibles. Pero el «actor colectivo» no se identifica totalmente con «sus prácticas», aunque no exista sin ellas, porque en los casos concretos, por ejemplo de las organizaciones vecinales, si bien tiende a dominar uno de los seis «tipos ideales» de participación comunitaria, frecuentemente encontramos la combinación de dos o más. Y esta relación puede ser de tipo concéntrico: la autoayuda es la base de todas las demás; el clientelismo se construye teniendo como antecedente la autoayuda; el corporativismo puede desarrollarse sobre la base del clientelismo y de la autoayuda, y las movilizaciones articulan muchas veces estas formas anteriores de participación comunitaria y les añaden un aporte novedoso. En resumen, es necesario evitar cualquier consideración cosificante de los tipos ideales, que los transformara en tipos empíricos.

Las características históricas que asumen estas diversas formas de participación comunitarias, en sus variantes más puras y en sus combinaciones y articulaciones concéntricas, es una herramienta que podemos utilizar para estudiar la dinámica contemporánea de las organizaciones vecinales en México. Una dinámica donde se transforma un viejo

patrón de participación de los pobladores de tipo corporativo, y es sustituido progresivamente por un nuevo escenario «neopluralista»<sup>11</sup> y democrático.

## **2. EL PUNTO DE PARTIDA: AUTOAYUDA Y TRABAJO COLECTIVO.**

La autoayuda se ubica en la parte superior de la escala de toma de decisiones, y su ámbito de acción social se restringe a la vida cotidiana. En la historia del desarrollo urbano del México contemporáneo, como de América Latina, ha sido la forma de participación comunitaria más importante y fundamental de los sectores populares urbanos, y con excepción de la asistencia social, continúa siendo la base organizativa de todas las demás. Los otros tipos de participación comunitaria adquieren así consistencia y posibilidades de desarrollo siempre y cuando se sustentan previamente en el trabajo colectivo de autoayuda que realizan las comunidades participantes, o al menos un sector importante de ellas.

Con el trabajo colectivo aportado por los mismos pobladores se van construyendo obras y se brindan servicios en numerosas comunidades urbanas. Abunda así la infraestructura urbana que ha tenido ahí una buena parte de su origen: traza de calles y avenidas; instalación de redes de agua potable y drenaje; obtención de electricidad; levantamiento de edificios escolares y templos; instalación de juegos y zonas recreativas, etc. Pero también numerosos servicios sociales frecuentemente descansan en formas voluntarias de trabajo, como pueden ser la impartición de cursos de alfabetización, nutrición y salud; la operación de talleres de capacitación laboral y de promoción de la mujer; la distribución y administración de desayunos infantiles, y la organización de servicios de vigilancia comunales. Por lo anterior, en México como también en numerosos países de América Latina, el trabajo colectivo de los pobladores ha sido uno de los principales factores que han moldeado el desarrollo urbano. Junto con la acción gubernamental y del sector inmobiliario, entre otros actores, la participación comunitaria de este tipo ha influido determinadamente en lo que han llegado a ser nuestras ciudades, con su cúmulo de logros y problemas.

En el panorama del desarrollo urbano de México durante el siglo veinte, la autoayuda es una constante a lo largo de todos los años. No está ligada solamente a un período particular, a una coyuntura política o económica determinadas. Está presente en todas ellas, porque es una de las principales estrategias de acción colectiva que han generado los sectores populares para hacerle frente a sus condiciones deprimidas de consumo, al basarse en el recurso económico que tienen por excelencia: su fuerza de trabajo y la capacidad de realizar trabajos colectivamente útiles.

---

11. Podríamos haber utilizado, desde luego con más propiedad lingüística, el término «pluralista», sin embargo, no lo hicimos porque se podría relacionar equivocadamente con el significado que le da la teoría «pluralista liberal» de la democracia.

Como inversión directa de su principal recurso económico, la autoayuda de los sectores populares privilegia la atención de los espacios de vivienda y su entorno inmediato. En primer lugar, porque son los espacios sociales donde se definen y satisfacen las necesidades individuales y familiares más importantes, y en segundo lugar, porque ahí se puede evaluar de manera muy directa la relación costo-beneficio que conlleva: la inversión que requiere en tiempo y esfuerzo se puede comparar fácilmente con respecto a los bienes adquiridos, sean físicos o culturales. Se trabaja así colectivamente y se van observando los servicios obtenidos, los inmuebles construidos, los conocimientos y habilidades adquiridas, las necesidades satisfechas, las solidaridades alcanzadas.

El ámbito social de la autoayuda pertenece entonces a la vida cotidiana; dentro de ella se constituye y dentro de ella se desarrolla. Y en la medida en que es su ámbito privilegiado de acción, la autoayuda es el fundamento de las otras estrategias más complejas de participación comunitaria, con excepción de la asistencia social, porque no logran nunca desplazarla de su posición de base y sustento, en la medida en que numerosas actividades que despliegan serían prácticamente irrealizables si no encontraran un fuerte respaldo en el trabajo colectivo de tipo voluntario (peticiones, marchas, negociaciones, gestión de proyectos, etc.).

En nuestra investigación, esta articulación entre autoayuda y movilización social de los pobladores ha estado presente de manera muy importante: la valoración positiva del trabajo comunitario para resolver problemas colectivos y la conciencia de la necesidad de un aporte personal a esa tarea, entra en el perfil de las condiciones vitales que favorecen la decisión para participar en una acción colectiva. La movilización vecinal desde luego requiere otras condiciones, como son el sentimiento de indignación y la legitimidad del uso de métodos de presión, pero no sería entendible como estrategia de desarrollo social sin ese substrato ofrecido por el trabajo colectivo de tipo voluntario.

En otro tipo de investigaciones realizadas en América Latina, también se ha llamado la atención sobre la importancia de la autoayuda para el desarrollo de los procesos de organización vecinal de tipo clientelar y corporativo. En algunos de los estudios más destacados que sobre el tema se han hecho, como son los de Wayne A. Cornelius<sup>12</sup> y Susane Eckstein en México, y de David Collier<sup>13</sup> en Perú, la articulación clientelar y corporativa de los pobladores dentro del partido oficial descansa, en gran medida, en la correa de favores que se genera entre el trabajo colectivo de los pobladores, la dirigencia de las organizaciones, y el cuerpo de funcionarios gubernamentales y candidatos oficiales con los cuales trabajan.

---

12. Wayne A. Cornelius, *Los inmigrantes pobres en la Ciudad de México y la política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, pp. 80-149, 182-220.

13. David Collier, *Barriadas y élites: de Odría a Velasco*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos Ediciones 1978.

Desde esta perspectiva, parecería que el significado de la autoayuda en términos de la estructura social es ambiguo: por una parte es base y fundamento de formas más complejas de participación comunitaria, pero por otra parte puede decirse que en si misma no conlleva ningún proyecto sociopolítico, en la medida que puede articularse con estrategias diferentes de desarrollo social y se presenta en los diferentes períodos del desarrollo urbano industrial. Pero esta interpretación tan «aséptica» en términos políticos e ideológicos requiere de algunas precisiones. Por una parte, es cierto que el trabajo comunitario tiene un gran valor social en si mismo, independientemente de sus consecuencias políticas: es una de las estrategias más importantes que despliegan los sectores populares para enfrentar condiciones desventajosas en el terreno del mercado, condiciones de desigualdad social, con el objetivo de garantizar la satisfacción de determinadas necesidades fundamentales y básicas. Al respecto, ya José Matos Mar, en un escrito pionero de 1955, la evaluaba en tal perspectiva:

que se tenga plena conciencia de que el sistema comunitario, que responde a viejos patrones culturales peruanos, puede ser una solución eficaz, operante y de óptimos resultados para el tratamiento del problema que plantean estas Barriadas Limeñas.<sup>14</sup>

Sin embargo, considerando la autoayuda en su dinámica interna, en sus características propias cuando se desenvuelve por ejemplo en una organización vecinal que no mantiene ningún vínculo destacado de tipo corporativo, clientelar o de movilización social, también podemos interpretarla como un factor relevante para la reproducción del orden social, en términos económicos y políticos:

- En términos económicos, porque colabora para que un importante sector poblacional alcance condiciones mínimas de sobrevivencia, las cuales no serían atendidas por vías del mercado o los programas públicos y privados de asistencia y desarrollo social.
- Y en términos políticos, porque la solución colectiva y autogestiva de problemas sociales contribuye, desde luego, a frenar la transferencia de los conflictos hacia otras áreas de la sociedad, en especial las vinculadas con las entidades gubernamentales locales, estatales y nacionales.

Por estas funciones colaterales, algunos autores han llegado a sostener que la autoayuda es precisamente el resultado de una actividad promovida y muy acorde a los intereses de los sectores dominantes:

(El Estado) desarrolla la demagogia de la acción social y del desarrollo comunitario, haciendo recaer sobre los pobladores lo fundamental del costo de las acciones, recuperando parte o el total de las rentas del suelo no pagadas inicialmente y vinculando al mercado del suelo tierras inútiles para la urbanización y ahora valorizadas y adecuadas.

---

14. José Matos Mar, *Estudio de las barriadas limeñas*, 1955, Lima, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1967, p. 63.

Pero el hecho más importante es que la auto-construcción, efecto de la aguda situación de explotación y pauperismo de las masas, desgastadora de la fuerza de trabajo, se convierte en un mecanismo eficaz de apoyo a la acumulación de capital<sup>15</sup>

Pero en esta interpretación que se ubicaría en una posición totalmente contraria a nuestra lectura, donde valorizamos la autoayuda por sus características propias sin desconocer su aportaciones a la reproducción del orden socio-político, encontramos varios problemas conceptuales. En primer lugar, no reconoce la relación que existe entre la autoayuda y las movilizaciones sociales, entre el trabajo colectivo voluntario y los procesos de cambio social. En segundo lugar, es bastante unilateral en su interpretación, porque la presencia y amplitud que el trabajo colectivo de los sectores populares tiene en las sociedades con dominio económico del mercado, no es un producto directo de su dinámica: es cierto que es favorecida por procesos de contracción económica y desigualdad en la repartición de la riqueza, pero requiere de condiciones culturales muy diferentes a las moldeadas por la acción de los particulares dentro del mercado (p.ej., orientación comunitaria contra orientación individualista).

En tercer lugar, y de manera especial, la autoayuda conlleva, por encima de sus potenciales implicaciones conservadoras de tipo político y económico, un importante aporte cultural en los procesos de cambio social: *es la estrategia de desarrollo social que hace posible la autogestión y la solidaridad como valores centrales*, y permite frenar la tendencia recurrente de las movilizaciones sociales a sobreponer las actividades de cambio estructural sobre las dinámicas y necesidades cotidianas de los individuos participantes, las estrategias colectivas sobre las individuales, y la promesa mesiánica de un cambio radical en la historia sobre la experiencia cotidiana de que cada día tiene sus propias luchas y batallas.

Finalmente, la autoayuda también es la parte crítica cuando se articula con estrategias corporativas y clientelistas, porque éstas sólo pueden consolidarse cuando la someten a sus mínimas expresiones: generando un abismo infranqueable entre las capacidades de decisión de los cuadros dirigentes, y las reconocidas y ejercidas por los participantes de base. Por ello el corporativismo, en una sociedad como la mexicana, maneja todo tipo de reglamentaciones orientadas a constreñirla<sup>16</sup>: sobre su formación, sobre su funcionamiento, sobre la captación y uso de recursos económicos, sobre la contratación de personal, etc. No es así materia de un derecho estrictamente civil, según derechos universales,

---

15. Oscar Núñez, Emilio Pradilla y Martha Schteingart, "Notas acerca del problema de la vivienda en América Latina", en Emilio Pradilla (coord.), *Ensayos sobre el problema de la vivienda en América Latina*, México, U.A.M.-Xochimilco, 1982, p. 28.

16. En el caso de México, las diversas leyes y reglamentos que buscan normar jurídicamente los sistemas de participación comunitaria, y en consecuencia la autoayuda, tienen limitaciones importantes en términos de facilidades fiscales, racionalidad y eficacia de los controles administrativos, y flexibilidad para innovar sistemas y programas de acción. Es el caso concreto, por ejemplo, de la legislación sobre Cooperativas, Instituciones de Asistencia Privada, y Asociaciones Civiles.

sino está sometida a la validación y legitimación de la autoridad en turno, de acuerdo a sus particulares proyectos e intereses políticos y económicos.

### **3. ASISTENCIA SOCIAL Y SITUACIONES DE EMERGENCIA.**

A esta forma de participación comunitaria le corresponde un bajo nivel en la toma de decisiones y un ámbito de acción social restringido a la vida cotidiana. Comparada con las otras opciones participativas, es la única que no tiene una relación sustancial con la autoayuda y el trabajo colectivo, y ha sido objeto recurrente de críticas por su incapacidad de involucrar activamente a la población beneficiaria dentro sus programas sociales. Donde los términos «asistencia social» y «asistencialismo» han llegado a ser identificados como sinónimos de «inmovilidad» y «pasividad» de la población en materia del desarrollo social.

Esta crítica de la asistencia social en el marco de la participación comunitaria, tiene su origen en los procedimientos por los cuales se desenvuelve: el origen de los programas, con sus objetivos, políticas y estrategias de acción, así como su funcionamiento operativo y administrativo, es definido y realizado por individuos o grupos externos. La población beneficiada no sólo no se involucra en la definición de los programas sociales, sino tampoco en su operación y administración, ubicándose en la parte más baja de la escala de toma de decisiones. Y su colaboración es tan poco determinante, que más bien se convierten en usuarios individualizados del beneficio ofrecido.

Un ejemplo típico de esta forma de participación comunitaria tan cuestionada, se puede encontrar en un número importante de programas de ayuda alimentaria que se desarrollan en México y América Latina. En estos programas, determinadas asociaciones civiles o públicas llegan a los asentamientos populares convocando a los pobladores para que reciban despensas. Hacen encuestas y seleccionan a las familias para asignarles, finalmente, la tarea de ser meras consumidoras pasivas de un programa de ayuda social, en el cual no solamente no participan en su definición sino tampoco en su administración.

En esta estrategia de trabajo, que restringe notoriamente la capacidad de participación activa de la población, es muy frecuente encontrar efectos muy perniciosos en la percepción y cultura de las familias e individuos involucrados:

Después del terremoto del 85 se presentó a nuestra comunidad una organización que se encargaba de canalizar donativos de alimentos provenientes de programas sociales del gobierno de los Estados Unidos. Nuestra comunidad, por cierto, no había sufrido ningún daño importante y por lo tanto era muy diferente a aquéllas de los damnificados.

En los primeros días y semanas, el programa fue muy bien recibido por numerosas familias, las más pobres de la colonia. Llenaron sus formularios y participaban en las actividades que les pedían los organizadores. Sin embargo, poco a poco, empezamos a notar conductas muy criticables: varias de las familias recibían los alimentos y después los vendían en sus tiendas

o a otras personas; la gente formaba largas filas para recibir las despensas y después se dedicaba a criticar a los organizadores y a la calidad y tipo de alimentos que se les ofrecían; varias veces encontramos que se tiraban algunos de los alimentos a la basura. En otras palabras, notamos una creciente actitud de cinismo e irresponsabilidad.

Sin embargo, en esta problemática mencionada por uno de nuestro entrevistados, es posible comenzar a identificar situaciones especiales donde las estrategias colectivas de asistencia social pueden convertirse en piezas claves, insustituibles, para atender necesidades básicas y fundamentales: las situaciones de emergencia. Estas se forman cuando por procesos sociales específicos, los acontecidos en accidentes colectivos o desastres<sup>17</sup>, se interrumpen los mecanismos cotidianos para resolver las necesidades. En estos momentos, la comunidad dañada se ve en la tarea impostergable de reponer de manera acelerada e improvisada, un conjunto de bienes y servicios fundamentales porque va de por medio su sobrevivencia. Resolver problemas como el abastecimiento de alimentos y agua potable, la atención de enfermos y accidentados, la instalación de lugares que sirvan para cobijar a las familias, la dotación de ropa y otros enseres domésticos, se vuelven tareas no sólo importantes sino muy vitales.

En este contexto, la ayuda local, nacional e internacional que se pueda conseguir para tales fines es de gran valor<sup>18</sup>. Aparece así, frecuentemente, toda una red de instituciones que se han especializan en brindar apoyo y atención a familias y comunidades que han tenido eventos calamitosos. Instituciones que estructuran redes de donativos y canalización de bienes y servicios para atenderlos sin ningún fin lucrativo, siendo de tal importancia su presencia y sus trabajos, que sin ellos muchas comunidades tendrían problemas fundamentales para recobrase posteriormente de los daños ocasionados. Son sistemas de solidaridad que, por sus propias características particulares, tienen marcados rasgos de asistencia social en términos de participación comunitaria: los programas de ayuda se estructuran externamente a las comunidades, y su operación y administración generalmente se realiza también por personas diferentes a los mismos damnificados.

La legitimidad de este tipo de asistencia social, es por lo tanto muy diferente del caso mencionado anteriormente, donde se brinda ayuda a personas no situadas en condiciones sociales de emergencia, que muy bien podrían participar más activamente en los programas sociales. Sin embargo, la presencia de estrategias de asistencia social en ambas situaciones, nos alerta sobre lo difícil que es dibujar una línea divisoria clara entre ambas formas de trabajo asistencial, porque en la práctica fácilmente se puede transitar de una lado hacia otro. En efecto, en condiciones de emergencia social, la ayuda externa requerida puede convertirse también en una estrategia que genere consecuencias permi-

---

17. Los conceptos de «accidente colectivo» y «desastre» tienen relaciones entre sí pero son analíticamente diferentes: ambos implican procesos que afectan la vida cotidiana, la satisfacción de las necesidades básicas, pero el concepto de «desastre» abarca también un daño ocasionado a la organización pública de la misma sociedad.

18. Fernando Pliego Carrasco, "Estrategias de desarrollo social en situaciones de desastre", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4, 1992, 15-17.

ciosas colaterales: los donativos pueden ocasionar efectos recesivos en la economía local y dependencias económicas y políticas indeseable<sup>19</sup>. En consecuencia, la estrategia que actualmente se está promoviendo a nivel de los organismos internacionales es la de someter a una evaluación y control muy precisos los bienes donados, tanto en sus características como en sus montos y en la duración de las mismas ayudas, para que sirviendo de apoyo circunstancial a necesidades extraordinarias, no desencadenen procesos de dependencia social y efectos perjudiciales en la planta productiva de las comunidades.

La ayuda social que se brinda en un contexto de emergencia, puede ser entonces una estrategia importante para atender necesidades vitales. Sin embargo, la capacidad que los programas específicos puedan tener para realizar este objetivo dependerá, en gran medida, de la racionalidad formal de la ayuda misma: de la selección adecuada de los bienes y servicios a utilizar, de su cantidad y duración, y de la forma de administrarlos. Exigencias muy diferente a un programa basado en el libre flujo de bienes y donativos.

#### **4. LA REACTIVACION DEL CLIENTELISMO.**

A esta forma de participación comunitaria le corresponde un nivel bajo en la toma de decisiones y un ámbito de acción social de carácter público y no sistémico. En una primera aproximación, el clientelismo lo podemos considerar como una forma particular de articular la autoayuda con la estructura política de la sociedad. El clientelismo reproduce así dos dinámicas típicas de participación comunitaria. Por su referencia a la autoayuda, se construye sobre la base de una organización fundada centralmente en el desarrollo de estrategias de trabajo colectivo entre los pobladores. Pero como forma de articulación de los pobladores con la estructura política de la sociedad, el clientelismo conlleva también una intervención muy baja en la definición de los objetivos y características de las políticas públicas de desarrollo social. Se restringe a tramitar la solución de demandas específicas, y no busca influir en la naturaleza misma de los proyectos gubernamentales, en sus objetivos, políticas y líneas de acción, dejando su esclarecimiento más bien a otros sectores y grupos sociales. Esta articulación es por lo tanto altamente instrumental, obedece a procesos coyunturales y no se encuentra ordenada dentro de un proyecto de desarrollo político de largo plazo. El clientelismo puede interpretarse así como una estrategia de manipulación circunstancial para la obtención de beneficios, pero en un doble sentido: desde los pobladores hacia determinadas élites políticas, y desde éstas hacia los pobladores.

Como estrategia de manipulación de recursos de los sectores populares urbanos, los pobladores seleccionan entre las diversas ofertas políticas aquéllas que les ofrecen mejores opciones prácticas para solucionar problemas muy específicos. Y a cambio de esa

---

19. Mac Marschal, "Natural and unnatural disaster in the Mortlock Island of Micronesia", en revista *Human Organization*, 1979, núm. 3, pp. 265-272; Anthony Oliver-Smith, "Disaster rehabilitation and social change in Yungay, Perú", en revista *Human Organization*, 1972, núm. 1, pp. 5-13.

posibilidad, realizan actividades y tareas que contribuyen al logro de los intereses particulares de sus interlocutores. La prioridad es solucionar demandas concretas, y para ello aceptan el ejercicio de tareas no vinculadas directamente a los problemas que buscan atender. En contraparte, desde la perspectiva del funcionario o grupo político con el cual se relacionan los pobladores, el clientelismo tiene como prioridad el logro de objetivos diversos a las demandas de los pobladores. Y para ello, se ofrecen favores a cambio de fidelidades coyunturales. Una relación de marcada manipulación, de utilización instrumental. Desde esta perspectiva, el clientelismo es una forma de ordenamiento político y de intervención en el desarrollo social bastante frágil. Las «fidelidades» dependen de la efectividad de los flujos de favores, y basta que se vuelvan problemáticos, cambien los intereses y necesidades de alguna de las partes, o se presenten mejores ofertas de interlocución, para que se cancelen y sean sustituidas por otras.

En el caso de la Ciudad de México, este tipo de relación instrumental, de intercambios coyunturales sin responsabilidades a largo plazo entre los pobladores y las élites o grupos políticos, fue importante como forma de participación comunitaria de los sectores populares durante los años que siguieron a la revolución armada de 1910, y se prolongó hasta principios de la década de los cuarenta, cuando fue desplazada por la estrategia corporativa del partido oficial. Actualmente asistimos a un resurgimiento, aunque por razones bastante diferentes. En efecto, la situación social que condicionó el primer surgimiento de las organizaciones de pobladores y su relación clientelar con la élite política, fue la problemática de la vivienda en alquiler, en cuanto forma dominante de habitación de los sectores populares urbanos a principios del siglo. En ese contexto, la necesidad que tenían las fuerzas revolucionarias de concertar alianzas y apoyos con los grupos populares vinculados a la problemática habitacional, las llevó a impulsar determinadas políticas para ganarse su apoyo. Y fue precisamente Venustiano Carranza, a finales de 1914, quien a través de la promulgación de algunas medidas buscó favorecer por primera vez al sector inquilinario para atraerlo o al menos neutralizarlo políticamente<sup>20</sup>.

En otras ciudades del país también se dio el mismo proceso, en julio de 1915 el gobernador del estado de Veracruz, Cándido Aguilar, con apoyo de Carranza, también restringió el aumento de las rentas de las casas habitación. Y durante el año siguiente también se decretaron diversos reglamentos y leyes orientados claramente a favor a los arrendatarios. Sin embargo, cuando se consolidó el poder de Venustiano Carranza, las fidelidades se tambalearon, y los beneficios alcanzados comenzaron a revertirse<sup>21</sup>. Situación que muestra el carácter bastante instrumental de la relación existente, la cual ni siquiera llegó a influir en el texto constitucional:

si tomáramos a la Constitución de 1917 como un barómetro de la fuerza e influencia que poseían los distintos sectores sociales, nos veríamos obligados a concluir que el sector inquilinario no llegó a

---

20. Manuel Perló, "Política y vivienda en México 1910-1952", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XLI, núm. 3, 1979, p. 772.

21. *Ibid.*, p. 773.

tener el suficiente peso en el ámbito de la política nacional, pues dentro de los preceptos de la carta magna no se incluyó disposición alguna que los favoreciera explícitamente<sup>22</sup>.

Encontramos así un panorama donde el clientelismo surge en un contexto de problemas crecientes en materia de arrendamiento de inmuebles para habitación de los sectores populares urbanos, y de intentos de articulación instrumental por parte de las nacientes élites políticas. Y como toda articulación instrumental, se debilita cuando una de las partes ha resuelto o comienza a resolver los problemas que motivaron su participación. No había ninguna propuesta de regulación estratégica de los nuevos problemas sociales que se presentaban ni en el ámbito económico estricto (reglamentos sobre arrendamientos de inmuebles que fueran consistentes con una política de desarrollo económico y social de largo plazo), ni en el ámbito político (reglamentos sobre el derecho de organización de los inquilinos por razones civiles, e instancias que regularan las disputas entre propietarios e inquilinos bajo principios de derecho universal).

Y en este panorama, la transición entre formas de participación clientelares y el despliegue de acciones de movilización no sistémicas por parte de las organizaciones inquilinarias, particularmente radicales, era un camino altamente probable. Asistimos así, tanto en la segunda como en la tercera década, a importantes movilizaciones inquilinarias en ciudades como México, Veracruz y Puebla, destacando especialmente las del año de 1922<sup>23</sup>.

Las características de este tipo de organizaciones de inquilinos las analizaremos con más detalle en incisos próximos. Sin embargo, lo importante a destacar es lo siguiente: esta primera forma de clientelismo, como las movilizaciones sociales no sistémicas que se desarrollaron, son parte de un contexto estructural donde no había definición institucional que permitiera articular a los sectores populares urbanos dentro del sistema político. Y en este ambiente, la participación política de las organizaciones inquilinarias solo tenía dos opciones: o adquiere características clientelares o de enfrentamiento.

Esta estrategia clientelar de las organizaciones inquilinarias fue desplazada del escenario nacional cuando se consolidó el estado mexicano postrevolucionario: cuando adquirieron primacía las formas de participación corporativa del sector popular urbano a principio de los años cuarenta. El clientelismo se convirtió entonces en una forma marginal de relación entre los pobladores y las élites políticas. Y fue desplazado porque el corporativismo terminó con algunas de las razones fundamentales que lo hacían posible: la ausencia de un espacio de articulación orgánica de los pobladores con el sistema político, y la competencia entre diversas fuerzas políticas independientes. En el nuevo escena-

---

22. *Ibid.*, p. 774.

23. Ericka Berra, "El movimiento inquilinario en la ciudad de México y el puerto de Veracruz 1916-1926", en *Movimientos populares en la historia de México y América Latina*, México, UNAM, 1987; Jorge Durand, "El movimiento inquilinario en Guadalajara, 1922", en revista *Habitación*, Año 1981, núm. 2 y 3, y "Huelga de Inquilinos: los antecedentes urbano populares en México", en *Estudios Sociológicos*, No. 19, 1989; Octavio García Mundo, *El movimiento inquilinario de Veracruz*, México, SepSetentas, 1976.

rio inaugurado con el gobierno de Manuel Avila Camacho (1940-1946), solo había una única oferta de participación comunitaria, una única vía de presentación y solución de las demandas para los sectores populares: la integración a los aparatos de participación comunitaria del partido oficial.

Pero la participación clientelar de los pobladores no ha sido cancelada para siempre en México. El proceso de transición democrática en el cual nos encontramos -proceso acelerado a partir del año de 1988- abre paradójicamente espacios para el resurgimiento de nuevas e importantes modalidades, para el resurgimiento de estrategias abiertamente instrumentales de articulación entre grupos populares urbanos y las fuerzas políticas. Pero se trata de una estrategia de participación clientelar muy diferente a la acontecida hasta los años treinta: no es el reflejo de la ausencia de espacios orgánicos de participación comunitaria derivados de una oferta autoritaria-corporativa no suficientemente desarrollada. Más bien, es el resultado de un creciente reconocimiento público del derecho de asociación autónoma de la sociedad civil, donde determinadas organizaciones vecinales articulan sus relaciones según les convienen coyunturalmente las diversas ofertas que presentan las fuerzas políticas contendientes. Un panorama de negociación de intereses y demandas que converge, a grandes líneas, con procesos importantes que han estudiado los teóricos del pluralismo liberal, donde la articulación entre los grupos sociales opera bajo mecanismos instrumentales, del tipo de mercado, en un contexto de competencia no autoritaria.

Este fenómeno, del resurgimiento del clientelismo, pero de un «clientelismo plural», puede no ser muy atractivo para quienes por diversas razones considerarían que la única alternativa al autoritarismo corporativo es la participación dentro de movilizaciones sociales. Sin embargo, más allá de discusiones ideológico-políticas, encontramos dos fenómenos muy importantes. Por una parte, distintas organizaciones vecinales de México que se han caracterizado por impulsar estrategias de movilización social, han recurrido también al uso colateral del clientelismo, y con ello han logrado reforzar en ciertos momentos sus objetivos de contribuir al desarrollo social. El caso de muchas organizaciones que establecieron tiendas de abasto con financiamiento público, y distribuyeron vales para la adquisición de tortilla subsidiada<sup>24</sup>, es un claro ejemplo de la utilidad de las estrategias clientelares para allegarse simpatía de los pobladores. Pero junto a los problemas que una relación instrumental siempre conlleva, no implican por necesidad perder la independencia o abandonar los objetivos sociales más amplios que se tienen.

Por otra parte, para ciertos sectores populares, las estrategias clientelares pueden ser en si mismas una oferta importante de desarrollo social, porque enfatiza la solución de problemas fundamentales de la vida cotidiana mediante demandas estrictamente coyunturales. Interpretación legítima que, de igual manera, tampoco puede pretender ser la más eficaz y consistente lectura en materia de desarrollo social, útil para todas las circunstancias y problemas existentes.

---

24. René Coulomb (coord.), *Pobreza urbana, autogestión y política*, México, Centro de la Vivienda y Estudios Urbanos, A.C., 1992, pp. 175-188.

## **5. DEL CORPORATIVISMO AUTORITARIO AL NEOCORPORATIVISMO COMPETITIVO.**

Al corporativismo, desde el enfoque de una propuestas de desarrollo social, le corresponde un nivel bajo en la escala de toma de decisiones y un ámbito de acción de carácter público y sistémico. Su dinámica y desarrollo se sustenta, como otras formas complejas de participación comunitaria, en los mecanismos de autoayuda que de manera colectiva desarrolla la población involucrada, pero contempla una articulación sistemática y regular con las propuestas de ordenamiento público de los gobiernos o de los partidos y movimientos políticos.

En el caso de las organizaciones vecinales, el corporativismo es así un modelo de atención y solución de problemas que no busca resolver solamente demandas reivindicativas, o establecer una relación meramente instrumental con respecto a los gobiernos y partidos o movimientos políticos. Su perspectiva es más sistemática: quiere atender demandas reivindicativas mediante una propuesta global de ordenamiento político y desarrollo social, a través de una estrategia bien definida de integración de los grupos populares en el proyecto de las élites políticas o económicas. Desde esta perspectiva, a diferencia del clientelismo y de las movilizaciones sociales tradicionales, está explícitamente orientado a consolidar y sustentar un determinado orden político.

Para lograr esta contribución directa al ordenamiento y estabilidad políticas de una sociedad, las organizaciones vecinales corporativas se caracterizan por hipotecar sus capacidades de intervenir en la definición de los programas públicos de desarrollo social, y se restringen únicamente a su aplicación operativa y administrativa. En consecuencia, la naturaleza de los objetivos, políticas y programas de desarrollo social son definidos externamente a los mismos pobladores, y a ellos sólo les corresponden las cuestiones prácticas.

Esta forma de participación vecinal en México, en comparación con las anteriormente mencionadas, es bastante más reciente, pero también fue la primera en consolidarse como forma dominante: durante el gobierno de Manuel Avila Camacho (1940-1946), en el marco de una serie de propuestas que terminaron definitivamente con el conflicto inquilinario (decretos de congelamiento de rentas), y que derivan de la creación en 1943 de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares, C.N.O.P., del partido oficial. Y antes de su consolidación como forma dominante de participación comunitaria de los pobladores, el panorama urbano popular estaba caracterizado, como veíamos anteriormente, por una presencia importante de estrategias clientelares y de movilización inquilinaria. No existía un marco que articulara de manera sistemática a las organizaciones inquilinarias, y en el caso de la presencia de conflictos de intereses, permitiera su manejo bajo principio de derecho civil y universal. Los esfuerzos para crear tal espacio de articulación sistemática comenzaron especialmente con el gobierno de Alvaro Obregón (1920-

1924), pero por diversas razones no pudieron consolidarse. No obstante, con el decreto de congelamiento de rentas de Manuel Avila Camacho, se canceló definitivamente la necesidad de hacerlo, porque desapareció el problema que había fundado a las movilizaciones inquilinarias de la Ciudad de México.

Sin embargo, un nuevo escenario habitacional se venía gestando en el sector popular urbano: las colonias proletarias, con sus formas particulares de organización vecinal orientadas especialmente a la obtención de servicios urbanos, tierra legalizada y vivienda. Y este nuevo escenario, como el acontecido con la viviendas en alquiler, era potencialmente un campo para el desarrollo de nuevos conflictos socio-políticos, y en consecuencia, de nuevas exigencias de integración y ordenamiento políticos.

Este tipo de asentamientos se originaron a partir de invasiones a terrenos particulares o de propiedad nacional que se encontraban baldíos. Dichas operaciones llegaban a tener grados variables de organización -muchas veces alcanzaban dimensiones masivas- y se efectuaban en lapsos relativamente breves, que podían fluctuar entre unas cuantas horas y días. Desde 1937 los documentos oficiales del Departamento del Distrito Federal dan constancia de la existencia de una pequeña constelación de colonias nacidas por esta vía. Al año siguiente, la memoria del DDF menciona extensamente los trabajos de regularización que se estaban efectuando en las colonias Alvaro Obregón, 20 de Noviembre 1o. al 4o. tramo (que incluía las antiguas colonias Patria Nueva, Lázaro Cárdenas, Patrimonio Familiar y Socialista), 20 de Noviembre 5o tramo y Mártires de Río Blanco.<sup>25</sup>

Las colonias proletarias surgieron como una alternativa de vivienda para las clases populares urbanas. Pero su dinámica de conformación era claramente diferente a la inquilinaria, y por lo tanto, como espacio social nuevo, necesitó también una construcción de relaciones políticas peculiares entre ese sector de la población y el Estado. Y esto para distintos fines. Desde la perspectiva de los pobladores, se necesitaba un apoyo gubernamental decisivo para la solución de muchas necesidades planteadas. Algunas podían ser resueltas por medio del trabajo colectivo, y ninguna sería resuelta por los antiguos propietarios de los terrenos. Sin embargo, la mayoría requería también una inversión pública directa en materia de abastecimiento regular del agua potable, dotación de energía eléctrica, prestación de servicios educativos, etc. Y desde la perspectiva gubernamental, se exigía el manejo institucionalizado de las organizaciones vecinales, para que se transformaran en un mecanismo de integración política, fortalecedora del control y legitimidad del nuevo Estado postrevolucionario.

En un principio, las nacientes colonias populares fueron directamente promovidas por el gobierno federal, y el presidente Lázaro Cárdenas (1934-1940) se caracterizó por darles un importante apoyo e impulso, pero de naturaleza más bien clientelar<sup>26</sup>. Una época donde definitivamente la Ciudad de México no había cambiado mucho en comparación con la fisonomía que tenía a principios del siglo, y donde las colonias proletarias

---

25. Manuel Perló, *Estado, vivienda y estructura urbana en el cardenismo*, México, UNAM, 1981, p. 49.

26. *Ibid.*, p. 36.

eran minoritarias en comparación con las restantes estructuras socio-espaciales que la integraban.

Pero durante el siguiente período presidencial, el de Manuel Avila Camacho, cambió definitivamente la perspectiva gubernamental hacia las colonias proletarias. Fue precisamente en esta época cuando se consolidó una estructura político-jurídica que institucionalizaría los vínculos entre las colonias proletarias y el Estado. Un vínculo donde las posiciones de poder quedarían perfectamente definidas y reproducidas consuetudinariamente, minando significativamente tanto las movilizaciones sociales como las relaciones de tipo clientelar. Los instrumentos fueron de distintos tipos. Jurídicamente, mediante la promulgación de diversos reglamentos, que en el caso de la ciudad de México fue el "Reglamento de Asociaciones Pro-Mejoramiento de las Colonias del Distrito Federal" (Marzo de 1941), y políticamente, mediante la creación de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (C.N.O.P.). Con el primer recurso, la consolidación urbana de los nuevos asentamiento se hizo depender de un reconocimiento de las organizaciones vecinales por parte del gobierno. No era posible, en consecuencia, el desarrollo de obras de infraestructura y equipamiento públicos si no se definía claramente esa vinculación administrativa. Más aún, el reglamento declaraba como "ilegal la existencia de cualquier otra agrupación no autorizada por el Departamento del Distrito Federal, que pretenda realizar los mismos fines a que están destinadas las Asociaciones..."<sup>27</sup>. En segundo lugar, con la Creación de la C.N.O.P., y dentro de ella la Federación de Colonias Populares, las autorizaciones administrativas se transformaron en un recurso para la subordinación de los pobladores al partido oficial.: se conformó el sector popular del partido oficial, la C.N.O.P., como espacio de articulación orgánica de las colonias proletarias y de otros sectores sociales con las estructuras gubernamentales.

Y estos hechos, que han sido muy poco estudiados, tuvieron consecuencias importantes en el escenario político de México durante los siguientes treinta años: fueron un factor determinante de la estabilidad del sistema político nacional. En efecto, la conformación de las leyes reglamentarias y de la C.N.O.P. tuvieron las siguientes características:

- Estructuraron un espacio sistemático de integración política de las organizaciones de pobladores en la fase ascendente del ciclo de transformación socio-demográfica: en la época donde el país era mayoritariamente rural y comenzaba a cambiar de manera acelerada el peso demográfico del sector urbano por efectos de la industrialización sustitutiva de importaciones. Tenían así una amplia capacidad de maniobra para adaptarse a la creciente complejidad que se avecinaba
- Se desarrollaron en un contexto de crecimiento y transformación del aparato productivo nacional, que brindó al gobierno federal una capacidad económica

---

27. Citado por Antonio Azuela de la Cueva y Ma. Soledad Cruz Rodríguez, "La institucionalización de las colonias populares y la política urbana en la ciudad de México (1940-1946)", en revista *Sociológica*, núm. 9, 1989, p.127.

muy importante para maniobrar y atender determinadas demandas populares que podían transformarse en factores de movilización y enfrentamiento socio-político.

Desde esta perspectiva, por su ubicación en las fases iniciales de la transformación demográfica e industrial de México, las estrategias de integración corporativa de las organizaciones vecinales fueron muy eficaces para contribuir a la estabilidad política de México, en comparación con otros países latinoamericanos como son Perú<sup>28</sup> y Chile<sup>29</sup>, donde la integración corporativa fracasó en sus objetivos políticos porque se estructuró en las fases adelantadas de la transformación urbana e industrial.

La integración corporativa de las organizaciones de pobladores, sean de colonias proletarias o inquilinos, se consolidó entonces durante el gobierno de Avila Camacho, y mantuvo su vigencia con altibajos durante los siguientes treinta años aproximadamente. Sin embargo, era una propuesta que conllevaba alto precio por su carácter autoritario: excluía cualquier otra forma de participación comunitaria en el desarrollo social que no se sometiera a su marco de control político, aunque se tratara de organizaciones que no recurrieran a estrategias de enfrentamiento político. La sociedad civil fue así expropiada de su derecho de organización autónoma y de participación directa en la definición de los programas públicos de desarrollo social. Y como consecuencia, el sistema corporativo de desarrollo social careció durante muchos años -y todavía hoy en gran medida- de una contraparte crítica, autónoma, que permitiera identificar y disminuir sus límites para atender las grandes desigualdades sociales. Límites derivados de sus mismas características de integración y organización, pero que también podemos encontrar, aunque de otra naturaleza muy diferente, en todas las demás formas de participación comunitaria.

---

28. En el caso de Perú, los esfuerzos para integrar clientelamente a los sectores populares urbanos en los aparatos gubernamentales es muy vieja, pero una estrategia corporativa solo se desarrolló ampliamente durante el gobierno del general Juan Velasco Alvarado (1968-1975), a través del Sistema Nacional de Movilización Social, SINAMOS, pero no se consolidó con su derrocamiento por parte del general Morales Bermúdez. Cfr. David Collier, "Squatter settlements and policy innovation in Peru", en Abraham F. Lowenthal (ed), *The Peruvian experiment. Continuity and change under military rule*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1975, pp. 128-178; Julio Cotler, "Perú: estado oligárquico y reformismo militar", en Pablo González Casanova (coord.), *América Latina: historia de medio siglo*, vol. 1, México, Siglo XXI Editores, 1979, pp. 419-427; Alfred Stepan, *The state and society. Peru in comparative perspective*, New Jersey, Princeton University Press, 1978, pp. 158-189; Henry A. Dietz, "Political participation by the urban poor in an authoritarian context: the case of Lima, Perú", *Journal of Political and Military Sociology*, vol. 5, núm. 1, 1977, pp. 63-77; David Collier, *Barriadas y élites: de Odría a Velasco*, op. cit., pp. 105-133.

29. En el caso de Chile, la primera propuesta de integración corporativa de los sectores populares urbanos se generó durante el gobierno de Eduardo Frei (1964-1970), a través de su proyecto de "Promoción Popular". Fue un proyecto que buscaba conciliar la necesidad de una estrategia corporativa de desarrollo social, con la competencia política democrática. Pero la estrategia fue muy tardía, y no contribuyó definitivamente a la estabilidad política del país. Cfr. Centro para el Desarrollo Económico y Social de América Latina (DESAL), *Aportes para un programa de promoción popular*, Santiago, DESAL, 1964; Olga Mercado Villar, Patricio de la Puente Lafoy y Francisco Uribe-Echevarría, *La marginalidad urbana: origen, proceso y modo*, Santiago, Buenos Aires, DESAL, Ediciones Troquel, 1970; James Petras, *Política y fuerzas sociales en el desarrollo chileno*, Argentina, Amorrortu, 1971, pp. 208-213.

En el contexto del proceso de transformación democrática que actualmente atravieza México, este sistema de control corporativo y autoritario de la participación comunitaria - según algunos autores de tipo «caciquil»<sup>30</sup>- está en franco declive<sup>31</sup>, porque durante los últimos quince años ha sido bastante ineficaz para contribuir a la disminución de la desigualdad social, y porque no puede convivir con las nuevas exigencias democratizadoras. Sin embargo, no es previsible la cancelación definitiva de toda forma de corporativismo en materia de desarrollo social, y más aún, no la consideramos como recomendable. En efecto, en numerosos espacios sociales, el fomento gubernamental de grupos comunitarios puede constituir la única oferta viable de participación y colaboración ciudadana en las tareas del desarrollo social, en especial cuando no hay organizaciones civiles autónomas y con experiencia que puedan realizar tales tareas. Más aún, numerosas organizaciones vecinales que se han distinguido por una trayectoria importante de movilización social, ya han considerado como fundamental la presencia social y política en estos espacios de participación oficial, para fortalecer y multiplicar sus canales de negociación de demandas, e incidir en la orientación de las políticas públicas. Para ello, en numerosos lugares han integrado planillas y han elaborado programas, con la finalidad de atraer las simpatías de los pobladores y ganar las elecciones de representantes<sup>32</sup>.

Podemos prever, en consecuencia, el final cercano del autoritarismo corporativo y su sustitución por nuevos programas gubernamentales de integración y participación de las organizaciones vecinales que, conviviendo públicamente con las demás opciones de participación dentro de un marco de respeto de los derechos de asociación autónoma, no reivindiquen ningún monopolio de legitimidad en el manejo de los recursos públicos. Un «neocorporativismo» semejante a las propuestas analíticas de Philippe C. Schmitter<sup>33</sup>, que compita en un contexto democrático, en condiciones de igualdad, por la canalización de recursos financieros, el desarrollo de proyectos, y la integración de la población a sus ofertas organizativas.

## **6. ESTRATEGIAS DE ENFRENTAMIENTO POPULAR Y NUEVOS PROCESOS DE MOVILIZACION SOCIAL.**

A las movilizaciones sociales en sus dos variantes: sistémicas y no sistémicas, les corresponde en materia de desarrollo social una ubicación alta en la toma de decisiones, y un ámbito de acción de carácter público. Como formas de participación comunitaria de los

---

30. Wayne A. Cornelius, "El México contemporáneo: análisis estructural del caciquismo urbano", en Luis Unikel y Andrés Necochea (Comps.) *Desarrollo urbano y regional en América Latina*, México, F.C.E., 1975, pp. 567-593.

31. Ver más adelante inciso 6.

32. De las ocho organizaciones que investigamos, seis controlaban las asociaciones de residentes, que son los órganos de colaboración vecinal corporativa reglamentados directamente por el gobierno. Desde luego, para las organizaciones, su participación no implicaba, de ninguna manera, perder su autonomía, pues solo constituía una estrategia, entre otras, para el mejor logro de sus objetivos.

33. Philippe C. Schmitter, *Teoría del neocorporativismo*, México, Universidad de Guadalajara, 1992.

pobladores, tuvieron una presencia importante antes de la consolidación del esquema autoritario-corporativo del Estado mexicano, en especial durante las revueltas inquilinarias de los años veinte. Después de las reformas de Manuel Avila Camacho, desaparecieron prácticamente del escenario político durante los siguientes treinta años, con algunas excepciones puntuales. Sin embargo, a partir de los años setenta, asistimos a un nuevo resurgimiento bajo formas diferentes.

Los aportes de las movilizaciones vecinales son muy diversos, pero destaca de manera especial su contribución directa al cambio social: son estrategias de participación comunitaria orientadas a resolver necesidades básicas pero a través de la generación de cambios en las estructuras sociales. Pero no son grupos políticos o una forma especial de partido político, pues no buscan el control de las funciones estatales. Su objetivo más bien es la política entendida como intervención en la organización «pública» de una sociedad, en aquellos ámbitos y escenarios donde se definen las estrategias básicas de atención de las necesidades colectivas. Desde esta perspectiva, como contribuyentes al cambio social y no solamente a la solución de necesidades puntuales, han influido en el declive del modelo corporativo-autoritario de participación comunitaria, porque éste ha mostrado incapacidad para conjuntar, en una sola lógica, las exigencias de ordenamiento político del Estado y las demandas que plantean los pobladores para atender necesidades básicas. Un modelo que al integrar sólo operativamente a la población en las tareas del desarrollo social, imponer criterios patrimonialistas en las actividades económicas y políticas, y obstaculizar la innovación en materia de ideas y tecnologías, sólo es eficaz en sociedades poco dinámicas, rurales. En suma, es un modelo de una sociedad tradicional.

Sin embargo, la realidad socio-demográfica nacional ha cambiado sustancialmente. Durante la segunda parte de la década de los sesenta y primera de los setenta, numerosas ciudades de México comenzaron a resentir los efectos de un ritmo de crecimiento demográfico acelerado (en el caso de la Ciudad de México se cuadruplicó la población entre 1940 y 1970), y de carácter económico y cultural, que dejó en evidencia la reducida cobertura de los mecanismos de integración corporativa del Estado, la creciente pobreza de las zonas periféricas, la ausencia de espacios de participación comunitaria independientes, y la inexistencia de instituciones de participación política de los individuos en cuanto ciudadanos.

Se produjo así una «presencia» masiva de pobladores en numerosas ciudades, que volvían caducos los mecanismos tradicional de interacción política, de integración corporativa por parte del Estado. El peso político de este proceso, apareció como una auténtica «irrupción de los asentamientos irregulares en la vida pública» de la ciudad, que sin precedentes durante los últimos 30 años, no encontraron canales institucionales para resolver concertadamente sus demandas. En el caso de la ciudad de México, la primera gran movilización vecinal después de la solución política de Avila Camacho, fue entre los años 1968 y 1971: el Movimiento Restaurador de Colonos de Netzahualcóyotl (M.R.C.). Fue ahí donde la conjunción de un deterioro significativo de los mecanismos de integración política, el surgimiento de un sector poblacional nuevo y numeroso en la ciudad, y la

existencia de importantes necesidades no satisfechas<sup>34</sup>, originaron el inicio de una *nueva etapa de movilización vecinal*, que hasta la fecha no ha terminado.

Junto al M.R.C., y especialmente en los años posteriores, se han multiplicado las experiencias de movilización vecinal en el país, entre los que han destacado la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular, el Comité de Defensa Popular de Durango, el Frente Popular Tierra y Libertad, la Unión de Colonias Populares, la Coordinadora Unica de Damnificados, la Unión Popular Revolucionaria Emiliano Zapata, la Asamblea de Barrios, la Alianza para la Integración Vecinal, etc. Partiendo de demandas cotidianas circunscritas a los espacios de residencia de los sectores populares, y aglutinando cada una de ellas numerosas organizaciones de distintas colonias, han perseguido replantear los vínculos que guardan con el sistema político. Pero a diferencia de las movilizaciones inquilinarias de los años veinte, que se enmarcaban en un contexto político no estructurado, el avance de las organizaciones ha contribuido a la redefinición progresiva, todavía no terminada, de las estrategias públicas dominantes en materia de desarrollo social, revirtiendo el control autoritario-corporativo de los pobladores. Las movilizaciones vecinales son así parte de una movilización mayor que rebasa los límites de los espacios de residencia, y envuelve a un sector numeroso de la población del país: la transformación del sistema político mexicano hacia una régimen ciudadano<sup>35</sup>, un régimen democrático.

### 6.1 El origen de la crisis.

Las condiciones materiales que han influido en el declive del modelo corporativo-autoritario están ligadas de manera especial a la crisis de un modelo de crecimiento económico peculiar: el modelo de desarrollo estabilizador. Pero interpretaríamos equivocadamente los procesos de desigualdad que acarrea, si los hiciéramos descansar únicamente en la terminación del modelo. Fueron más bien sus rasgos distintivos, y uno de sus productos «notables», que posteriormente se verían incrementados. En efecto, ese modelo utilizó cuatro instrumentos aparentemente eficaces<sup>36</sup>, a saber: 1) la estatización de la industria eléctrica y de la petroquímica básica, 2) la producción de bienes de consumo durables, no básicos (como la industria automotriz y electromecánica), 3) la integración política de los sindicatos y en general de las masas urbanas y rurales, y 4) una política monetaria y fiscal estable, que en conjunto permitieron alcanzar niveles constantes y significativos de crecimiento económico, del orden del 5.9% en el período 1955-1961,

---

34. Mario Bassols y Alejandro Méndez, *Proceso de urbanización y movilización popular en ciudad Netzahuacóyotl*, México, Tesis de licenciatura U.N.A.M., 1981, pp. 243-252.

35. Darío Restrepo: "La reforma del Estado entre el régimen político y la reestructuración del capital", en revista *Estudios Políticos*, núm. 3, 1990, pp. 83-104.

36. José Ayala, José Blanco, Rolando Cordera (et. al.), *La crisis económica: evolución y perspectivas*, en Pablo González Casanova y Enrique Florescano (Coords.), *México, hoy*, México, Siglo XXI Ed., 1986, pp. 41-47.

y de 7.6% en el período 1962-1970. Epocas del «milagro mexicano». Sin embargo, constituía un esquema autolimitado de desarrollo económico, generador de desequilibrios importantes y que entraría en un proceso paulatino de deterioro a partir del gobierno de Luis Echeverría (1970-1976).

En primer lugar, el modelo se sustentó en el fortalecimiento de una doble estructura agrícola: un polo moderno, minoritario, que alcanzó altos niveles de producción y un importante aporte de divisas, y un polo tradicional mayoritario, de minifundios y pequeñas explotaciones familiares, que se subordinó a las exigencias del capitalismo industrial dotándolo de alimentos y mano de obra baratos. En consecuencia, los pobladores agrícolas se vieron obligados a abandonar sus comunidades, buscando un mejoramiento de los niveles de vida en las ciudades y engrosando los cinturones de miseria de las mismas. En el año de 1970 en la Ciudad de México, por ejemplo, llegaron a conformar casi la mitad de la población residente<sup>37</sup>.

En segundo lugar, el modelo si bien en términos globales generó un aumento constante de la riqueza nacional, sus beneficios se concentraron en la ciudades, y dentro de ellas, en la expansión de un sector medio constituido por profesionistas, empleados de mandos intermedios y obreros calificados. El resto de la población, la mayoría, se ocuparon en sectores de baja calificación, remuneraciones deficientes, y pocas o nulas prestaciones sociales. Por otra parte, el destino de la producción industrial se orientó a satisfacer la demanda de bienes de consumo duraderos, ni básicos ni de capital, donde la dependencia de la tecnología extranjera era un componente muy importante. En un principio, su costo fue cubierto con divisas provenientes de las exportaciones agrícolas, sin embargo, "a medida que avanzó la década, con endeudamiento externo e inversión extranjera directa, principalmente de origen norteamericano"<sup>38</sup>. Finalmente, el modelo se basó en un fuerte componente centralizador de la administración pública y de concentración espacial del sector industrial y de servicios, como en una política proteccionista con respecto al comercio internacional. Propició así no solo una desigualdad creciente dentro de la Ciudad de México, sino también un profundo desequilibrio interregional, donde se concentraron en la Capital aproximadamente la mitad de la inversión pública federal e industrial<sup>39</sup>. Además, marginó al país de la «tercera revolución industrial», cuyos ejes centrales eran los cambios tecnológicos operados por la computación y la telemática.

Todo esto afectó las condiciones de vida de los sectores populares. La evolución de las capacidades adquisitivas del salario mínimo es un claro indicador de su deterioro: han bajado aproximadamente a un 44% en el año de 1989, con respecto al nivel que tenían en 1973<sup>40</sup>, aunque no de manera lineal. Un estudio de la Comisión Económica para

37. Luis Unikel (Coord.), *El desarrollo urbano en México*, México, COLMEX, 1975.

38. José Ayala (et. al.), *La crisis económica: evolución y perspectivas*, op. cit., p. 45.

39. Secretaría de Programación y Presupuesto, *Programa de desarrollo de la Z.M.C.M. y de la región centro*, México, S.P.P., 1983, p. 5ss.

40. Banco Nacional de México, *México social, 1988-1989*, México, BANAMEX, 1990, p. 293.

América Latina, la CEPAL, muestra el impacto de este proceso en relación a los costos de la llamada «Canasta Normativa de Necesidades Esenciales» (CNSE). Entre 1963 y 1977 su adquisición bajó de 3.4 a 1.6 salarios mínimos. Sin embargo, de 1978 a 1982 subió la adquisición de 1.6 a 1.8 salarios mínimos, y a partir de 1983 hasta 1987 subió otra vez a 3.3. Esto es, al nivel de 1963. Ya no cubre ni el mínimo alimentario: sólo el 87%, y nada del costo del transporte, comunicaciones, vestido y calzado, cultura, recreación y otras necesidades que la definición de la Canasta contempla como rubros a cubrirse<sup>41</sup>. Es un proceso de empobrecimiento que, por sus importantes dimensiones, ha implicado un cambio sustancial en los sistemas de estratificación económica de la sociedad mexicana, y en las estrategias de sobrevivencia de las clases trabajadoras<sup>42</sup>.

Otras áreas del consumo popular también se han visto igualmente afectadas. En materia de salud, por ejemplo, si bien se observa una disminución generalizada del índice de mortalidad infantil, se asiste en los sectores rurales y en las áreas marginadas urbanas, a un creciente distanciamiento con respecto al mejoramiento registrado en los sectores sociales medios y altos. La desigualdad social es entonces cada vez más notoria: la mortalidad entre 0 y 2 años es casi el doble en las viviendas sin disponibilidad de agua potable, excretas y electricidad, que en las viviendas con medios o altos índices de servicios<sup>43</sup>. En el área de alimentación, estudios del Instituto Nacional de la Nutrición Salvador Zubirán, revelan el mismo fenómeno. Las áreas periféricas de las Ciudad de México destacan, a nivel nacional, por sus marcadas deficiencias en el consumo de nutrimentos<sup>44</sup>.

Territorialmente, el deterioro observado promueve y refuerza la concentración de crecientes masas de pobladores en los viejos barrios deteriorados de la Ciudad, y sobre todo en los cinturones periféricos de miseria, los llamados asentamientos irregulares. Teniendo como motivación la renta o adquisición de una vivienda a bajo costo, que no afecte de manera determinante las capacidades deterioradas de los ingresos o al menos las aminore, las familias se ven en la imperiosa necesidad de ocupar espacios con pocas e incluso nulas disponibilidades de servicios públicos e infraestructura urbanas. Un estudio reciente de la expansión de mancha urbana de la Capital, revela que aproximadamente el 40% de los asentamientos se han conformado por esa vía<sup>45</sup>.

Para enfrentar estas diversas situaciones, el Estado mexicano respondió por medio de una estrategia de autofortalecimiento, de ampliación de sus facultades tradicionales de control y rectoría. Por una parte, aumentó su participación directa en las esferas producti-

41. Viviane Brachet-Márquez, "Crisis económica, impacto social y respuesta estatal: el caso de México" en *Estudios Sociológicos*, núm. 22, 1990, pp. 163-171.

42. Fernando Cortés y Rosa María Rubalcava, *Autoexplotación forzada y equidad por empobrecimiento*, México, COLMEX, 1991.

43. Mario Bronfman, "Mortalidad infantil y crisis en México", en *Estudios Sociológicos*, núm. 23, 1990, pp. 335-350.

44. Presidencia de la República, *Programa nacional de alimentación 1984-1988*, México, S.S.A., 1984.

45. Martha Scheingart, *Los productores del espacio habitable*, México, COLMEX, 1989, p. 51.

vas, ampliando sustancialmente la industria paraestatal. Por otra parte, creó nuevas instituciones prestadoras de servicios públicos y sociales, que contrapesaran el deterioro de los ingresos de la mayoría de los trabajadores. A tales tareas se enfocaron especialmente los gobiernos de Luis Echeverría (1970-1976) y José López Portillo (1976-1982). Sin embargo, esta respuesta a la crisis, que tuvo cierta consistencia por el descubrimiento de importantes recursos petroleros y sus precios internacionales, se mostró incapaz de resolver de fondo las causas que la habían motivado. Sustentada finalmente por un creciente endeudamiento público, y acompañada de una caída de los precios internacionales del petróleo, sometió al país a una espiral inflacionaria que alteró el comportamiento de los factores productivos, deprimió el salario de los trabajadores, descentivó la inversión privada, propició la fuga de capitales, aumentó los desequilibrios regionales e intraurbanos, y amplió la dependencia tecnológica y financiera del país. Expresiones de una política que, en el terreno económico, había optado por un fortalecimiento del Estado y de minorías empresariales, y el debilitamiento de todos los demás sectores sociales.

En este panorama se difunde progresivamente en toda la sociedad mexicana: en los grupos populares, en los partidos políticos de oposición, en numerosos sectores empresariales, y en el mismo gobierno y partido oficial, la idea de invertir los términos de la relación entre el Estado y la sociedad civil, para enfrentar efectivamente la crisis. La nueva propuesta ha sido la transformación de la sociedad nacional de un sistema autoritario-corporativo en términos políticos y económicos, a una sociedad de «ciudadanos», funcionalmente descentralizada. Pero el significado de esta descentralización es polivalente, dependiendo de los intereses de los grupos que lo plantean. Para unos, vinculados a demandas de grupos populares y a grupos medios de fuerte orientación democrática, la descentralización funcional del estado es un medio para reorientar el desarrollo nacional en beneficio de los grupos sociales mayoritarios. Se plantea entonces en términos de un ejercicio democrático no sólo en el terreno político sino también en el económico. Para otros actores, la descentralización es una opción para transferir a la sociedad la responsabilidad y el costo de la solución de la crisis. Para otros más, es una mecanismo para transferir la riqueza estatal a nuevos monopolios privados.

La realidad es la combinación de todas estos enfoques, y el desenlace está en discusión ahora, suponiendo que pueda haber alguno. Contra su ampliación y consolidación existen todavía importantes sectores, especialmente ubicados en las viejas oligarquías políticas del partido oficial. Pero la línea divisoria entre los que están a favor y en contra no es frecuentemente muy clara. Si bien tiende a identificarse con específicos grupos, un análisis más detenido nos muestra que la defensa del pasado todavía traspasa en mayor o menor medida a casi todos. En el caso del gobierno federal, como el Programa Nacional de Solidaridad, y en la Ciudad de México, en el Departamento del Distrito Federal, es frecuente la aplicación de criterios corporativistas a los programas de desarrollo social. Además, hay un sector donde se ha rechazado por principio el replanteamiento: en la esfera sindical, y en el terreno electoral se dan dos pasos para adelante y uno para atrás. Las conquistas democráticas han tenido que arrancarse literalmente al gobierno, con impresionantes muestras de movilizaciones regionales.

Y en el caso de los grupos civiles autónomos, por ejemplo las organizaciones vecinales no oficiales, que aquí nos interesan especialmente, es fácil constatar que no siempre hay una opción clara a favor de una «sociedad democrática» basada en la descentralización civil del poder político. Frecuentemente se notan prácticas que recuerdan las estrategias corporativas tradicionalmente desplegadas por el partido oficial: mecanismos de dirección vertical y fuertemente paternalistas; creación de feudos de poder dentro de las colonias y entre las organizaciones; falta de discusión pluralista; economicismo en la relación dirigentes-bases. Sin embargo, los términos del nuevo sistema estructural están planteados, y su maduración es cuestión de tiempo.

Desde luego, el advenimiento de una sociedad democrática no es la terminación de los problemas profundos de la desigualdad social en México. No implica ninguna desaparición de los fenómenos ancestrales de explotación y marginación, con su secuela de desnutrición y falta de oportunidades de desarrollo integral. En especial, porque el nuevo modelo de estructura política se sustenta en la misma estructura económica: el sistema de producción industrial-capitalista. Pero si bien no ocasiona «la solución», y ésta es su gran limitación, es la «condición fundamental» de ella. Permite enfrentar el conflicto de intereses, a veces muy profundos, en un terreno pacífico y legal. No mediante el recurso de cancelar las diferencias de manera unilateral y violenta. Sino mediante su confrontación normativamente regulada.

## 6.2 Nuevas estrategias de desarrollo social.

El declive del corporativismo autoritario, y la construcción progresiva de una sociedad más democrática, están estrechamente relacionados con los procesos de movilización social que han venido desarrollando en el país distintos actores colectivos, entre ellos organizaciones vecinales. Pero este tipo de estrategias de solución de necesidades y presentación de demandas son, simultáneamente, causa y efecto de la transformación. En cuanto causa, las movilizaciones de las organizaciones vecinales intervienen en el cambio de los enfoques dominantes del desarrollo social, del combate a la desigualdad social y de la atención a las necesidades básicas y fundamentales. Pero como efecto del mismo proceso, las movilizaciones vecinales modifican también sus estrategias de acción en la medida en que avanza el proceso de cambio socio-político. Desde esta perspectiva sus características iniciales, cuando comienza el ciclo de transformación democrática, son muy diferentes al compararlas con fases más avanzadas.

Si tipificamos estos procesos de variación de las estrategias de movilización de las organizaciones vecinales, tendríamos lo siguiente (Ver Cuadro V-4):

CUADRO V-4		
PROCESOS DE MOVILIZACION DE LAS ORGANIZACIONES VECINALES Y SUS ENFOQUES SOBRE EL DESARROLLO SOCIAL		
ACTIVIDAD	TIPO DE MOVILIZACION VECINAL	
	NO SISTEMICAS (MOVILIZACIONES TRADICIONALES)	SISTEMICAS (MOVILIZACIONES AUTOGESTIONARIAS)
1. Tipo de demandas.	De carácter económico y político.	De carácter económico, político y cultural.
2. Fuente de la legitimidad de las demandas.	Ideologías socio-políticas	Derechos universales de los individuos
3. Participación de la población en la definición de las estrategias y contenidos de los programas de asistencia, promoción y desarrollo social.	Fundamental.	Fundamental.
4. Participación en la administración y operación de los programas.	Fundamental	Fundamental.
5. Utilización de estrategias de presión para la consecución de demandas.	Fundamental.	No necesaria.
6. Vinculación con partidos y movimientos políticos.	Estratégica.	Concertada, coyuntural y crítica.
7. Vinculación con organizaciones civiles semejantes.	Fundamental.	Fundamental.
8. Carácter de la vinculación con organizaciones civiles semejantes.	Centralizada.	Descentralizada.
9. Vinculación con otro tipo de organizaciones civiles.	No necesaria.	Fundamental.
10. Tipo de relación con las dependencias gubernamentales.	Circunstancial.	Mediante acuerdos y convenios.
11. Tipo de relación con organizaciones privadas de apoyo, nacionales o internacionales.	No necesaria.	Fundamental.
12. Percepción del cambio social .	Radical.	Progresivo.
13. Relación de las demandas de corto plazo con el cambio social de largo plazo.	Subordinación de las demandas de corto plazo a la estrategia de cambio social.	Subordinación de las estrategias de cambio social a la solución de demandas de corto plazo.
14. Relación entre las bases y los cuadros dirigentes.	Subordinada.	De participación horizontal. Formas de democracia directa.
15. Tipos de liderazgo.	Patrimonialistas o autoritarios	Patrimonialistas o de representación democrática.
16. Concepción sobre la democracia.	Crítica.	De máxima importancia.

### **a) Movilizaciones vecinales tradicionales:**

Este tipo de organizaciones vecinales, que desarrollaban un fuerte contenido contestatario contra el orden social, fue significativo durante las fases iniciales del ciclo de transformación política que actualmente está atravesando nuestro país. Las acciones que realizaban, sus demandas y lenguaje, buscaban jugar un papel de evidentes grupos de presión y enfrentamiento con respecto a las élites económicas y políticas no sólo de la región donde se desarrollaban, sino del gobierno federal. Nombres de organizaciones vecinales como fueron la colonia Rubén Jaramillo de Cuernavaca, la colonia Francisco Villa y el Comité de Defensa Popular de Chihuahua, y las colonias Topo Chico del Frente Popular Tierra y Libertad de Monterrey, son casos representativos de este tipo de movilización vecinal que tuvo presencia importante en el panorama urbano a finales de los años sesenta y primera mitad de los setenta. Igualmente podemos incluir una parte importante de la historia de la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular, que aglutinó por primera vez en México a numerosas organizaciones vecinales de este tipo provenientes de diversos lugares del país, en especial durante los años 1980 a 1983; como otras experiencias de cobertura regional más reducida.

Esta forma de movilización de las organizaciones vecinales, hoy bastante más escasa, desde luego surgía para resolver necesidades básicas relacionadas con la falta de bienes y servicios colectivos. Sin embargo, no se reducía a estos objetivos. Sus estrategias de organización y presentación de demandas enfatizaban el despliegue de acciones de presión y enfrentamiento con respecto a los aparatos gubernamentales, con implicaciones claramente políticas. Desde esta perspectiva, la semejanza con las viejas organizaciones inquilinarias de la década de los veinte, era importante.

Para estas organizaciones, el énfasis en las estrategias de enfrentamiento y presión obedecía a una particular interpretación del funcionamiento de la sociedad y del Estado en particular. La sociedad era concebida como una relación entre intereses contrastantes e irreconciliables, los propios de las clases populares y los de las élites políticas y económicas. En consecuencia, el Estado no tenía ninguna función pública, de generación de condiciones mínimas para la convivencia de los diversos grupos de la sociedad, sino era interpretado como un aparato orientado preferentemente por los intereses de las clases dominantes. A partir de esta interpretación, la propuesta del cambio social necesariamente pasaba por la sustitución radical del Estado, aunque no necesariamente por la vía violenta. Estrategias de acción como la contienda electoral, el cambio de la legislación y órganos electorales, la democratización política, la ocupación progresiva de puestos y cargos públicos, el pluralismo ideológico, etc., no entraban definitivamente entre sus prioridades. Para ellos, eran manifestaciones de un sistema de dominación que pretendía cooptar y anular sus demandas fundamentales y sus objetivos de solucionar los problemas de fondo.

Sus características internas de funcionamiento eran un reflejo de la percepción que tenían de la sociedad y del Estado: para fortalecer la capacidad de movilización y convo-

catoria de la organización, en un contexto altamente problemático, trabajaban bajo esquemas centralizados y disciplinados de poder, de relación entre los cuadros dirigentes y las bases, donde si bien hablaban una y otra vez de la preminencia organizativa de las asambleas generales de los pobladores, recurrían consuetudinariamente a mecanismos coercitivos para hacer prevalecer los acuerdos colectivos. Esquema que reflejaba en la práctica la sujeción del individuo particular a la colectividad, y el poco peso de los ideales democráticos en sus propuestas de cambio social.

Pero estos enfoques no eran gratuitos, el resultado simple de una determinada visión de la sociedad y del Estado. Eran también la contraparte popular y de los movimientos políticos de oposición que se desarrollaba ante un Estado con fuerte orientación autoritaria-corporativa. Eran un actor dentro de una sociedad con una marcada desigualdad, y con un sistema político excluyente de la oposición, sin canales democráticos de participación, con un partido oficial que monopolizaba totalmente las instancias representativas del gobierno y las políticas públicas de desarrollo social. Y en este contexto, un grupo de la sociedad mexicana consideró que no quedaba otro camino para cambiar al sistema que la vía del enfrentamiento y la presión colectiva.

Las respuestas gubernamentales desde luego también eran acordes al contexto político dominante: abundaban los actos represivos, la intimidación de los dirigentes y de los pobladores que se afiliaban con ellos, la descalificación verbal, las estrategias para cooptar y desmovilizar. etc. Estrategias que reflejaban la incapacidad del sistema para darle lugar a procesos independientes de participación comunitaria. Sin embargo, este tipo de movilizaciones vecinales iniciales, junto con otros actores colectivos, influyeron en el inicio del ciclo -largo ciclo- de cambio del sistema político, y en la medida en que éste ha ido avanzando, sus concepciones y estrategias del cambio social han ido también variando. Asistimos actualmente al desarrollo de un nuevo tipo de movilización de las organizaciones vecinales, llamada «autogestionaria» por algunos investigadores<sup>46</sup>, que sin abandonar sus ideales de cambio social, de mejoramiento de las condiciones de vida de los sectores populares urbanos, valoran de manera especial la utilización de espacios y estrategias democráticos de lucha y reivindicación. Y en consecuencia, sus concepciones sobre la naturaleza de sus interlocutores, la relación con otras organizaciones semejantes, y la articulación dirigentes-bases sociales, ha cambiado sustancialmente.

---

46. René Coulomb y María Emilia Herrasti Aguirre, "Espacios y actores sociales de la autogestión urbana en la Ciudad de México", en René Coulomb y Emilio Duhau (coords.), *Dinámica urbana y procesos socio-políticos*, México, UAM-A, CENVI, 1993, pp. 357-378. Juan Manuel Ramírez Saiz, *La vivienda popular y sus actores*, Puebla, Red de Investigación Urbana-CISMOS, 1993, pp. 13-48; Martha Scheingart, "Aspectos teóricos y prácticas de la autogestión urbana", en revista *Sociológica*, núm. 12, UAM-Azcapotzalco, pp. 113-128.

### **b) Las nuevas movilizaciones vecinales (autogestión urbana).**

Los terremotos de septiembre de 1985 en la ciudad de México, marcan un momento fundamental en el cambio de las estrategias de movilización social de las organizaciones vecinales y de las respuestas gubernamentales ante ellas. La gravedad de los problemas a resolver, la amplitud de la población involucrada, el número de organizaciones de damnificados y grupos solidarios que intervinieron<sup>47</sup>, la incapacidad gubernamental de resolver el problema de la vivienda por los canales institucionales tradicionales, y un entorno de opinión pública nacional e internacional favorable para resolver las necesidades sociales, presionaron para replantear sustancialmente, por primera vez en la historia reciente de México, los términos de la relación entre sociedad civil y gobierno en las tareas del desarrollo social: el gobierno mexicano reconoció, de manera pública y abierta, el derecho de participación de organizaciones comunitarias y civiles autónomas. Se firmaron así dos acuerdos históricos, uno el 20 de marzo de 1986 y otro el siguiente 13 de mayo, en los cuales el término de «concertación social» se introdujo en el lenguaje político de México<sup>48</sup>.

La concertación social fue un punto intermedio de negociación, donde el gobierno reconoció el carácter plural de los actores colectivos involucrados en las tareas de reconstrucción, y las organizaciones populares y civiles aceptaron moderar diversos planteamientos originales, para lograr una coordinación con las dependencias gubernamentales que permitiera sacar los trabajos adelante. Pero llegar a esta posición de negociación, que permitía recuperar el protagonismo civil en materia de desarrollo social y mantener sustancialmente el apoyo financiero, político y técnico gubernamentales, no fue una tarea fácil. En efecto, en una primera fase después de los sismos, que duró aproximadamente seis meses, las posiciones entre las organizaciones vecinales independientes y el gobierno eran claramente contrastantes. Las primeras buscaban estructurar los trabajos de emergencia y reconstrucción sin la concurrencia de los organismos oficiales. Se abocaron así a la tarea de establecer relaciones con grupos nacionales e internacionales especializados en apoyar programas de asistencia, promoción y desarrollo. Con ello, querían allegarse recursos para enfrentar los problemas de manera totalmente independiente, definiendo por ellas mismas las diversas características y etapas de los programas.

En contraparte, el enfoque gubernamental sobre los programas de reconstrucción de las viviendas de los sectores populares, estaba condicionado por su utilización para fines de reforzamiento de las organizaciones corporativas del partido oficial. La acciones que se realizaban se convertían así en actos claramente proselitistas, donde la ayuda estaba

---

47. El apoyo de este tipo de grupos, a veces conocidos como «Organizaciones No Gubernamentales», ha sido fundamental en la construcción del nuevo perfil de las movilizaciones vecinales en México, como también lo ha sido en otros países de América Latina. Cfr. Thomas Carroll, Denise Humphreys y Martin J. Scurrah, "Organizaciones de apoyo a grupos de base en el Perú", en *Socialismo y Participación*, núm. 50, 1990, p. 42.

48. Para un análisis en detalle de este proceso, cfr. Fernando Pliego Carrasco, *Hacia una sociología de los desastres urbanos*, México, IIS-UNAM, 1994, pp. 143-186.

condicionada a la afiliación corporativa de los damnificados y era acompañada de obstáculos sistemáticos a quienes no trabajaran en esa línea. Sin embargo, la gravedad de los problemas requería un replanteamiento sustancial de los términos de la relación. Por una parte, la sociedad civil organizada de manera autónoma no tenía, pese a sus intenciones, los recursos necesarios para enfrentar el costo de la reconstrucción; solo podía realizar actividades puntuales. Por otra parte, sus programas estaban ocasionando un importante efecto deslegitimador del gobierno: eran propuestas muy superiores en términos del diseño de viviendas, mecanismos de financiamiento, criterios de asignación, etc. En consecuencia, si bien eran numéricamente reducidos en relación a las necesidades existentes, impactaron críticamente sobre uno de los principales soportes del estado mexicano postrevolucionario: el control central y corporativo del desarrollo social. En sus limitados recursos, la sociedad civil autónoma mostraba mayor capacidad de trabajo y de atención a las necesidades.

Pero la exigencia de cambio no solo vino de las organizaciones civiles autónomas y del impacto que generaron en los aparatos gubernamentales, también partió de estos últimos: hubo un importante distanciamiento entre algunos sectores políticos que lo componen por la diferente forma de evaluar los problemas y articular las soluciones, donde los grupos con orientación más moderna y civilista se pudieron imponer, en este caso concreto, a los intereses tradicionales de los grupos corporativos<sup>49</sup>.

Ante este panorama, creció la exigencia de llegar a una negociación que permitiera la coordinación entre las partes en conflicto, en especial porque se había llegado a un nivel de tensiones donde prácticamente se detuvieron los trabajos de reconstrucción de ambas partes. Por parte del gobierno, se procedió así a remover a los altos funcionarios que habían estado manejando los trabajos de reconstrucción de manera corporativa y autoritaria; y desde la sociedad civil, adquirieron preminencia las voces que llamaban a una superación de las estrategias centradas en el enfrentamiento. Y en la conjunción de estos dos procesos, se firmaron los mencionados convenios de concertación para los trabajos de reconstrucción. La sociedad civil recuperaba, en un problema específico, el reconocimiento gubernamental de su derecho de intervenir de manera definitiva en el desarrollo social.

El concepto de «concertación social» ha perdido actualmente su significado tan importante; se ha utilizado para encubrir acuerdos copulares entre élites políticas y económicas. Sin embargo, en su versión inicial, expresa el advenimiento en México de una nueva visión postcorporativista del desarrollo social que, con altibajos, se ha ido expandiendo progresivamente en la sociedad nacional. Es un nuevo enfoque plural, donde las

---

49. Theda Skocpol ha enfatizado la primacía de este tipo de problemas, internos a la organización del aparato Estatal, en la generación de los procesos de cambio social, en especial en las revoluciones sociales; y considera como posterior la organización autónoma de los grupos y clases dominadas. En el marco de una estrategia de transición democrática, la visión que estamos manejando supone más bien una interconexión y reforzamientos de ambas dinámicas (Cfr. *States & social revolutions*, Cambridge, University Press, 1993, pp. 47-51).

tareas de conciliar el desarrollo económico con el combate a la desigualdad social y a la pobreza, se considera el resultado de la intervención de muy diversas estrategias de participación comunitaria, y no el monopolio de los organismos corporativos del partido oficial.

Este proceso de cambio, cuya terminación puede durar todavía bastantes años, implica la creación progresiva de un marco jurídico y de una costumbre política que regulen, bajo principios de derecho universal, la participación de las diferentes modalidades de trabajo y acción. Donde el corporativismo autoritario desaparezca y asuma nuevas formas competitivas que no demanden el monopolio de los recursos y las afiliaciones, y donde las otras estrategias de participación comunitaria encuentren legitimidad y soporte para su expansión y desarrollo autónomos.

En el caso de las movilizaciones vecinales que participan en este proceso de transformación, como actores y criaturas del mismo, observamos un replanteamiento profundo de las estrategias de acción que tenían las primeras versiones orientadas al enfrentamiento socio-político. En primer lugar, si bien no abandonan de ninguna manera su concepción de la necesidad de un cambio radical de la sociedad, en especial de los sistemas de distribución de la riqueza, conciben este proceso como una cuestión enlazada sustantivamente a la lucha por la democracia<sup>50</sup>. Ya no es percibida como una argucia del Estado, de sus «aparatos de dominación», para lograr legitimidad, y que se reduciría simplemente a la competencia electoral. Más bien, la democracia es vista como un proceso de autopromoción colectiva, una estrategia educativa orientada a la intervención creciente de la población en la definición de las decisiones públicas que les afectan. No se reduce a un instrumento para fines diversos, sino conlleva en si misma un valor cultural sustantivo<sup>51</sup>.

En segundo lugar, estas nuevas movilizaciones articulan sustancialmente sus propuestas de cambio social de largo plazo con la atención de necesidades muy concretas<sup>52</sup>. No hipotecan así el presente por un futuro que sólo existe como ideal. Al contrario, para ellos, el futuro tiene capacidad de generar historia en la medida en que las propuestas anheladas pueden generar opciones viables en el presente. Si se habla de una futura sociedad sin dominación, se enfatiza así, desde ahora, la necesidad de trabajar con esquemas

50. Situación semejante a lo sucedido en Perú, donde las demandas democráticas marcan en gran medida el perfil de las nuevas organizaciones de pobladores a partir de los últimos años de la década de los setenta, con las reformas municipales. Cfr. Luis A. Chirinos S., "Gobierno local y participación vecinal: el caso de Lima metropolitana", en *Socialismo y participación*, núm. 36, 1986, p. 5.

51. José Carlos Fajardo le llama, a este enfoque de la democracia, «visión desarrollante», y lo contrapone a la visión instrumentalista de autores como Schumpeter, Lipset, Lenin y Booth, entre otros (Cfr. "Teoría de la participación política: un análisis conceptual", en revista *Socialismo y Participación*, núm. 16, 1981, pp. 58ss.

52. Característica central de lo que hemos definido en este trabajo como movimiento social, es precisamente esa articulación entre la satisfacción de necesidades cotidianas y los procesos de cambio social de tipo estructural. Visión muy diferente a la sostenida por autores como Enzo Faletto ("Movimientos sociales en la democracia", en *Nueva Sociedad*, núm. 91, 1987, pp. 141-147), que enfatizan el primer eslabón en la definición de los movimientos sociales, y a partir de ello presentan sus dudas y cuestionamientos.

horizontales, descentralizados y respetuosos de la individualidad de los participantes. Si se habla de una futura sociedad pacífica y reconciliada, se rescata el valor de las negociaciones y de los consensos para satisfacer demandas. Si se habla de una futura sociedad autogestiva y consciente, se tiene alta estima por el cambio desde hoy, pero libre de coacciones, de las pautas culturales y valorativas de los individuos. Y todas las demás promesas futuras que no puedan ser vivenciadas desde el presente, se convierten en meras promesas vanas e intrascendentes.

Y su concepción del cambio estructural de la sociedad abandona las ideas vanguardistas que distinguieron tradicionalmente a la vieja izquierda, en México y América Latina. Ya no se consideran actores que monopolizarían una especie de liderazgo de los procesos de cambio social. Más bien, su autopercepción los limita, los ubica como un actor importante, pero junto con otros muchos, en la realización de esos proyectos. Y dentro de ese conjunto, su contribución la interpretan frecuentemente como un aporte de lo «popular»<sup>53</sup>, desde el «pueblo», a la construcción del nuevo proyecto de sociedad.

Estas nuevas organizaciones no abandonan la utilización de métodos de presión y, en su caso, el uso de actividades que implican resistencia civil ante las autoridades. Pero este tipo de acciones ya no es visto como único y central<sup>54</sup>, porque reconocen la primacía, importancia y viabilidad de una estrategia de promoción comunitaria y cambio social que busca regular por vías democráticas la acción del gobierno y de las élites económicas, para someterlas a los imperativos de los derechos humanos. Visión diferente de las estructuras de poder político y económico, que sin desconocer o desestimar los sistemas de desigualdad e injusticia que producen, les permite gestionar apoyos financieros y logísticos de instituciones públicas y empresariales, como demandar su inclusión en la definición y operación de los programas gubernamentales, sin que esto implique de ninguna manera la cancelación de su autonomía organizativa y política<sup>55</sup>.

Desde esta perspectiva, las nuevas formas de movilización autogestionaria privilegian la multiplicación de los vínculos de apoyo, y son parte de una creciente red nacional e internacional<sup>56</sup> que articula la solución de las necesidades y problemas básicos de la población a una temática más radical: la dignidad de la persona, sus derechos humanos, por

---

53. Esto lo vemos, igualmente, en el caso de las nuevas organizaciones de pobladores en Chile. Cfr. Kenneth Aman, "Introduction: Placing Chile's Popular Cultural in Context", en Kenneth Aman and Cristián Parker, *Popular culture in Chile. Resistance and survival*, Colorado, Westview Press, Inc., 1991, pp. 1-10.

54. Proceso semejante se puede observar en Chile, incluso antes de la salida del dictador Augusto Pinochet. Cfr. Guillermo Campero, *Entre la sobrevivencia y la acción política (Las organizaciones de pobladores en Santiago)*, Santiago, Ediciones ILET, 1987, pp. 202 ss.

55. René Coulomb y María Emilia Herrasti Aguirre, "Espacios y actores sociales de la autogestión urbana en la Ciudad de México", en René Coulomb y Emilio Duhau (coords.), *Dinámica urbana y procesos socio-políticos*, op. cit., pp. 359 y 366-367; Juan Manuel Ramírez Saiz, *La vivienda popular y sus actores*, op. cit., pp. 13.18-21.43-48.

56. Rodrigo Egaña, Consuelo Undurraga y Sergio Gómez, "Desafíos para las organizaciones de cooperación internacional y los ONGs chilenos", en revista *Socialismo y Participación*, núm. 48, 1989, pp. 63-81.

encima de las ideologías y planteamientos socio-políticos, sean neoliberales, socialistas, comunistas, étnicos, religiosos o de cualquier otro tipo.

## 7. CONCLUSIONES GENERALES.

Este trabajo ha estado motivado por dos problemas básicos de investigación. El primero: ¿por qué los individuos ubicados dentro de una misma posición social, en términos territoriales, estructurales y temporales, deciden de manera diferenciada y contrastante rebelarse colectivamente o no a sus condiciones de vida deprimidas, a las carencias que tienen, a la injusticia que los margina?, y el segundo: ¿cuál es la relación entre las formas de acción colectiva que desarrollan para resolver sus problemas, y los demás grupos sociales con los cuáles se relacionan estructuralmente?.

El primer problema de investigación nos remite a la diferenciación entre participantes y no participantes, y a los factores que intervienen en la construcción de una acción colectiva, en nuestro caso específico, la constitución de organizaciones vecinales que desarrollan acciones de movilización social. Y para responder a este problema, partimos de un modelo de interpretación basado en la acción reflexiva de los individuos entendidos como «personas», donde la afiliación y la coordinación de las afiliaciones es el resultado de decisiones definidas por una racionalidad de tipo vital, esto es, condicionadas por el conjunto de recursos materiales, significados, roles y posiciones de poder que caracterizan su contexto vital.

En relación a los recursos materiales, el conjunto de indicadores que utilizamos (niveles de ingresos, dotación de servicios urbanos, tipo de propiedad de vivienda y dotación de bienes muebles en el hogar) nos permitieron identificar una condición de pobreza y una referencia territorial compartida por los participantes y no participantes de las organizaciones, que si bien no explica la desigualdad de decisiones que establecen ambos grupos de pobladores ante sus condiciones de pobreza, constituía el marco de problemas sociales al que busca responder la acción colectiva. Desde esta perspectiva, la existencia del sector popular urbano, como grupo poblacional mayoritario de las ciudades de América Latina, es el resultado de una relación entre individuos que deriva, precisamente, de esa dimensión material del contexto vital pero expresada territorialmente: compartir recursos semejantes en sus viviendas y en el entorno inmediato, llámense colonia, unidad habitacional, pueblo, o con cualquier otra acepción. Proceso de identificación donde situaciones laborales y de clase diversas, se vuelven similares en la esfera del consumo por efecto de una posición compartida en el mercado, especialmente en el mercado de bienes inmuebles.

Pero la condición de pobreza expresada territorialmente, como rasgo central de los sectores populares urbanos en América Latina, es algo mucho más complejo que la sola disponibilidad escasa de bienes muebles e inmuebles, comparada con los recursos materiales que se requieren para satisfacer necesidades legitimadas como fundamentales. En

realidad, junto con otras «dimensiones objetivas» que la integran igualmente -por ejemplo, escasez física (desnutrición, salud deficiente) y escasez de recursos educativos (formales, informáticos, etc.-, también encontramos una «dimensión subjetiva» en términos de la percepción, evaluación e interpretación que los afectados hacen de su pobreza, con la finalidad fundamental de encontrar alternativas para enfrentarla y sobrevivir. Conjunto de significados que permiten la elaboración de diferentes respuestas, y una correspondiente distinción entre los participantes y no participantes de una acción colectiva desarrollada dentro del sector popular urbano.

Se procedió así a elaborar una serie de indicadores orientados a medir la contribución de los significados en la configuración de la decisión para participar. Y los resultados nos permitieron definir un «perfil subjetivo del participante», que por sus características es favorable para la afiliación a una acción colectiva: es un individuo que identifica responsabilidades muy concretas en el origen de los problemas sociales e injusticias que vivencia; que considera modificables y cambiables esos problemas; que legitima el uso de medios de presión social, y que tienen en alta estima el trabajo grupal y la necesidad de contribuir personalmente al logro de los objetivos colectivos.

Pero el contexto vital que condiciona la decisión para participar no solo está integrado por esas dos dimensiones (recursos materiales y significados), también interviene los roles y las posiciones de poder que ocupan los individuos. Partimos así de la hipótesis de que, ante las condiciones deprimidas de consumo en una familia, y las ofertas de participación en una acción colectiva, no se puede esperar la misma respuesta entre quienes son responsables de la solución de los problemas del consumo, como son los jefes de familia, y quienes ocupan un rol de hijos o de carácter secundario. Cuestión que fue contrastada positivamente en la investigación.

Finalmente, la decisión para participar también está condicionada por la posición de poder que tienen los individuos que ejercen los roles de jefe o jefa de familia. Encontramos así que las situaciones familiares donde el ejercicio de la autoridad del hombre tendía a alejarse de los perfiles autoritarios, y en contraparte, el de la mujer se movía hacia el desempeño de mejores posiciones, favorecían en mayor medida la decisión para afiliarse a una organización vecinal que desarrolla acciones de movilización social.

Este conjunto de dimensiones del contexto vital, intervienen entonces en la configuración de la decisión para participar, pero entendidas de manera combinada. Por ello, al relacionarlas en la investigación en un modelo multivariado de regresión logística, nos permitieron predecir en un 80% las respuestas de los entrevistados. La participación y la no participación pueden interpretarse así como el resultado de una decisión del sujeto individual construida de manera compleja, a partir de la intervención de cuatro dimensiones que configuran su interacciones en los espacios de vivienda y el entorno inmediato.

Sin embargo, para la constitución de una acción colectiva, no bastan las condiciones del contexto vital que hemos mencionado, en especial porque las interpretaciones que los

individuos enlazan a sus condiciones de pobreza, y que favorecen la decisión para participar, son vivenciadas inicialmente de manera aislada, separada, no están socializadas, porque se ejerce únicamente en la circunstancialidad de la vida cotidiana, en el mismo terreno donde las acciones singulares reproducen empíricamente a las instituciones, pero sin un respaldo colectivo: no es materia de ninguna identidad grupal. Detrás de los significados que cuestionan las condiciones de pobreza y buscan cambios, no hay una coordinación en las interpretaciones de crítica y cuestionamiento, ni mucho menos una definición y organización colectiva de las alternativas.

El proceso de constitución o formación de una acción colectiva, y en específico de una organización vecinal, es precisamente *la transformación de esa experiencia atomizada y aislada en una experiencia compartida*. Es la construcción de una identidad grupal entre quienes ya compartían propiedades de su contexto vital, pero problematizaban de manera separada su viabilidad circunstancial. Es la elaboración de una alternativa mediante la convergencia en una acción grupal, la convergencia en la construcción de un grupo social. Y para el logro de este objetivo, es fundamental el trabajo de un individuo o conjunto de individuos que pueden servir de ejes de aglutinación. Son los coordinadores o líderes de la organización, cuyos antecedentes de educación formal y de socialización política en edades tempranas, les brindan habilidades especiales y fundamentales para la organización de una acción colectiva, como son las siguientes:

- Elaboración de pliegos petitorios y otros instrumentos de presentación de demandas por escrito.
- Manejo más fluido del lenguaje verbal, imprescindible para la coordinación de las actividades colectivas.
- Mejor conocimiento de los interlocutores reales o potenciales de la organización, sean gubernamentales, empresariales o de cualquier otro tipo, necesarios para resolver las demandas.
- Mayor capacidad de interlocución y discusión tanto con instituciones e individuos demandados, como grupos y agencias solidarias.
- Mayor claridad sobre los fundamentos ideológicos y socio-culturales de la organización, y de las estrategias y tácticas para lograr la solución de las demandas y la articulación de redes de apoyo.
- Y mejor capacidad para realizar actividades orientadas a la formación y educación política de los participantes.

Se trata de un conjunto de habilidades de la dirigencia que se pueden resumir, a grandes rasgos, en la capacidad de ofrecer una estrategia de acción a los participantes, una serie de procedimientos operativos y necesarios para el logro de los objetivos colectivos.

vos, como también una ideología social, un marco de interpretación del lugar de la organización dentro del conjunto social, de la naturaleza de sus interlocutores y del significado político y cultural de las actividades que se desarrollan.

Analizado el proceso de constitución del actor grupal, el trabajo se orientó a resolver nuestro segundo problema de investigación: estudiar la relación entre las organizaciones resultantes y las otras que también actúan en el escenario social. En otros términos, el problema de investigación es el conocimiento de los patrones de relaciones que existen entre los diversos grupos sociales, uno de los cuales son las organizaciones vecinales.

Se elaboró así una matriz de estrategias típicas de participación comunitaria, considerando las siguientes dimensiones básicas. En primer lugar, la posición de poder de las organizaciones en relación a los programas de desarrollo social. Posición que se dividió en alta (participación en el diseño y conceptualización) y baja (participación en la sola operación y aplicación de los programas). En segundo lugar, integrando el ámbito social de la participación, el cual contemplaba las opciones de circunscripción a la problemática de la vida cotidiana, o de implicaciones en las esferas públicas de la sociedad (en la estructura social). Posibilidad última que se dividió a su vez en participación de tipo sistémico y no sistémico.

El resultado fue la construcción de un modelo integrado por seis formas básicas de participación comunitaria de los sectores populares: autoayuda, asistencialismo, clientelismo, corporativismo-neocorporativismo, movilizaciones sociales tradicionales y movilizaciones sociales autogestivas; estas últimas objeto particular de nuestra investigación. Un modelo que llamamos «neopluralista» y que nos permitió estudiar la dinámica estructural de las organizaciones vecinales en México. Una dinámica donde se transforma un viejo patrón de participación de los pobladores de tipo corporativo-autoritario, y es sustituido progresivamente por un nuevo escenario democrático.

Pero ¿cuáles son los nuevos problemas de investigación que plantean los resultados que obtuvimos?, más aún ¿que límites encontramos en la investigación, considerada en sí misma, que requerirían modificaciones en trabajos futuros?. Las podríamos resumir en las siguientes:

- Es necesario avanzar en la clarificación de los indicadores que se utilizaron para contrastar empíricamente el papel de la dimensión de «recursos materiales», porque la investigación se concentró únicamente en el estudio de aquellos indicadores que intervenían en la configuración territorial del sector popular urbano, y en otros relacionados más bien con los niveles de consumo de bienes muebles.

Sin embargo, sería importante ampliar el tipo de indicadores utilizados y analizar su impacto en la decisión para participar en una acción colectiva. Por ejemplo, utilizando indicadores que nos permitieran relacionar la problemática de los recursos materiales con la dinámica de las unidades familiares y los usos del espacio

habitacional. Se trataría de un indicador de «habitabilidad»<sup>57</sup>, que mediría en términos generales los problemas existentes en relación al hacinamiento dentro de las viviendas, y su impacto en los niveles de satisfacción de los individuos.

- En cuanto a los indicadores relacionados con las «posiciones de poder» de los entrevistados, se requiere un desarrollo más sustancial, en especial porque varios de los que utilizamos solo medían la relación de manera indirecta. En el caso específico de los jefes de familia podría tratarse, por ejemplo, de la construcción de un conjunto de indicadores que nos permitieran conocer la percepción de los entrevistados sobre las formas de ejercicio de la autoridad dentro de los hogares, y sus relaciones con los roles de «padre», «madre» e «hijos».
- En relación al universo donde aplicamos la muestra, el tipo de organizaciones vecinales que seleccionamos nos permitió concentrarnos en aquellas que desarrollaban estrategias de movilización social. Sería importante, con la finalidad de precisar, enriquecer y volver más global el enfoque teórico y las conclusiones específicas que hemos formulado, aplicar instrumentos semejantes a otras formas de organización vecinal, por ejemplo del tipo corporativo, asistencia o de estricta autoayuda. Cuestión que nos permitiría afinar semejanzas y diferencias en los diversos niveles del contexto vital.
- Finalmente, considero necesario continuar con la clarificación de las variables que sustentan a la investigación, y en consecuencia la selección de los diversos indicadores. En efecto, el trabajo partió de un esfuerzo por recuperar y sintetizar diversas propuestas teóricas, y para ellos se formularon o modificaron conceptos mediadores, por ejemplo, los de racionalidad de tipo vital, propiedades interactivas o dimensiones del contexto vital, enfoque neopluralista, etc. Son conceptos que fueron acompañados de definiciones mínimas, en especial de carácter operativo, que si bien tienen la gran ventaja de concentrar la redacción en los aspectos empíricos de la investigación, implican diversas insuficiencias en su fundamentación teórica. Por lo anterior, se requiere aquí un trabajo de tipo más especulativo, que podría ocupar muy bien el «tiempo libre» del autor durante los próximos años.

---

57. Esta idea, de la construcción de índices de «habitabilidad», y su probable contribución en la decisión para participar en una acción colectiva, nos la recomendó la profesora Vania Salles, investigadora de El Colegio de México.

## **EPILOGO: UNA AGENDA POLITICA PARA LA PARTICIPACION COMUNI-TARIA EN UN PROCESO DE TRANSICION DEMOCRATICA.**

En el mes de junio de 1975, fuerzas policíacas irrumpieron en el local de la Coalición de Colonos de Ciudad Netzahualcóyotl y del Frente Popular Independiente, apresaron a distintos miembros y posteriormente los liberaron mediante el pago de fianzas muy altas y dejando los procesos judiciales abiertos. Un mes después, en la segunda quincena de julio, fueron secuestrados y sometidos a tortura durante siete días miembros del Auténtico Movimiento Restaurador de Colonos, de la misma localidad, quienes fueron liberados posteriormente por la presión de distintos grupos sociales<sup>1</sup>. Su delito: *habían tratado de organizar a los colonos en grupos independientes al partido oficial y a sus corporaciones.*

El día 13 de mayo de 1986, un total de 52 organizaciones de damnificados pertenecientes al partido oficial y *en especial a grupos independientes de colonos*, que habían sufrido daños o la pérdida total de sus viviendas durante los sismos del 19 y 20 de septiembre del año anterior, junto con 10 instituciones de educación superior, 8 grupos técnicos de apoyo, y 10 fundaciones y asociaciones civiles, firmaron con altos funcionarios gubernamentales un acuerdo de trabajo conjunto encaminado a la reconstrucción de las viviendas de aproximadamente medio millón de pobladores: el Convenio de Concertación Democrática. En este acuerdo el Estado post-revolucionario reconocía de manera pública y legal, y posiblemente por primera vez, el derecho de participación autónoma de las organizaciones populares y civiles en actividades de desarrollo social (los trabajos de reconstrucción), sin ninguna exigencia de actuar para fines de legitimación del partido oficial o de subordinación corporativa. Y las organizaciones populares y civiles aceptaban desarrollar sus trabajos en coordinación con las instituciones gubernamentales responsables de las tareas de reconstrucción. Las dos partes tenían sus peculiares intereses, pero en su diversidad, validaron demandas de sus interlocutores y cedieron en distintos planteamientos que originalmente habían formulado.

Dos años diferentes: 1975 y 1986. Dos sucesos distintos. Dos acontecimientos que en sus características son tan contrapuestos como los dos polos electromagnéticos. Pero donde el último representa, en substancia, un giro radical aunque todavía no concluido de la relación entre la sociedad civil y el Estado mexicano en materia de desarrollo social: el declive de una sociedad que había estructurado de manera autoritario-corporativa sus formas básicas de participación comunitaria, y el ascenso creciente de un espacio plural donde confluyen numerosas estrategias de trabajo y acción, entre las cuales destacan las organizaciones civiles que articulan sus demandas con propuestas de movilización social, con objetivos encaminados a influir decisivamente en la orientación de las políticas públicas de desarrollo social. Un nuevo panorama de intervención de la sociedad civil en el desarrollo social, donde el viejo corporativismo autoritario es transformado al per-

---

1. Artículo: "Netzahualcóyotl, colonos en lucha", en revista *Punto Crítico*, No. 39, Año 1975, p. 20.

der su monopolio y primacía, para convertirse en una más de las opciones que tienen que competir por la búsqueda de recursos, afiliación de la población, e intervención en la solución de demandas.

En el viejo orden político en declive, y el nuevo que se está construyendo, las organizaciones vecinales son uno de los actores colectivos importantes, como también lo han sido en el panorama social de México desde la segunda década de este siglo. Históricamente son organizaciones propias de la sociedad industrial, porque presuponen una modalidad particular de los ámbitos de vivienda de la población urbana: su separación cotidiana con respecto a los demás ámbitos de interacción directa de los individuos, en especial los del mundo laboral. Por ello, cuando se estableció de manera preponderante esta separación, y en la Ciudad de México ocurrió con la vuelta del siglo, muchos pobladores constituyeron organizaciones para resolver de manera colectiva los problemas ligados a su consumo y calidad de vida, mediante procedimientos diferentes a los mecanismos de mercado, las luchas de los trabajadores, y la tradicional producción familiar para el autoconsumo. Desde entonces, las organizaciones vecinales son actores importantes en la construcción de ese escenario que llamamos ciudad, y han convivido con el amplio abanico de situaciones políticas y económicas que han marcado su historia contemporánea.

Pero la historia de estas organizaciones no es un proceso lineal, en términos de una aportación funcionalmente semejante, más o menos igual en los distintos períodos. Encontramos, más bien, que en determinadas etapas que involucran a un número importantes de años, destacan algunas estrategias de participación comunitaria para el logro de sus fines y objetivos: pueden así enfatizar el despliegue de trabajos de autoayuda y colaboración colectiva; o la articulación clientelar con las autoridades gubernamentales en turno y participando en programas de ayuda asistencial; o la estructuración de relaciones de tipo corporativo, o finalmente, el despliegue de acciones de movilización social.

La presencia de estas diversas formas de participación comunitaria de las organizaciones vecinales, es una de las características del escenario socio-político del México contemporáneo, del México de los últimos 80 años. Pero asistimos, durante los últimos 25 años, a una transformación del dominio que han tenido las formas corporativas de participación vecinal dentro del conjunto de opciones posibles.

Lo que encontramos ahora es la construcción de un nuevo escenario plural, donde el autoritarismo corporativo va perdiendo preminencia y funciones de monopolio, para transformarse en una opción más que tiene que convivir y competir con otras alternativas de participación comunitaria, y que pueden mostrar mayores capacidades de gestión en la solución de demandas. Alternativas donde destaca, de manera especial, la creciente presencia de formas novedosas de organización vecinal como son los movimientos de pobladores, que a diferencia de lo acontecido con el movimiento inquilinario de los años veinte, surgen en un contexto de progresiva transición democrática de las instituciones políticas de la sociedad, en especial del Estado, que les posibilita el reconocimiento legal de su derecho de participación autónoma para intervenir en el diseño y operación de las

políticas públicas de desarrollo social. Son así actores del tránsito de una sociedad organizada corporativamente, subordinada al control político y económico centralizado por parte del gobierno, a una sociedad sustentada en un multisistema de articulaciones donde, junto a las formas corporativas, pueden reivindicar iguales oportunidades de operación.

Este proceso de transformación puede ser una opción para el advenimiento de una sociedad menos injusta y desigual, donde el poder se distribuya de una manera más equilibrada en los distintos segmentos de la sociedad, y beneficie sustancialmente a los sectores populares. Puede ser también un mecanismo para devolver a la sociedad la responsabilidad de la crisis económica que generó el modelo corporativo, y que ha reforzado el modelo de ajuste macroeconómico al «transferir» el costo de la modernización productiva e institucional a los sectores populares y medios de la sociedad, fortaleciendo la concentración monopólica de la riqueza en ciertos sectores productivos. Un asalto del neoliberalismo. O puede ser más bien la combinación de ambos procesos.

El desenlace todavía no está definido, en el supuesto de que sea posible alguno. Sin embargo, lo importante a destacar es que la presencia regular de organizaciones vecinales que despliegan acciones de movilización social, no como fenómenos esporádicos o en un contexto represivo, es expresión de un cambio fundamental que está operando en las estructuras corporativas y autoritarias del poder: la construcción de un nuevo marco de relaciones democráticas.

Pero la democracia, como lo han mostrado algunas sociedades occidentales, está relacionada con la competencia electoral y el fomento de políticas de empleo consistentes con una economía competitiva de mercado, pero también, y de manera especial, con la ampliación sustantiva de la inversión pública en desarrollo social<sup>2</sup>. Y en este terreno, las organizaciones vecinales que articulan nuevas estrategias de movilizaciones sociales, diferentes a las tradicionales que enfatizaban la utilización de métodos de presión y enfrentamiento, constituyen una decisiva e importante innovación en México y América Latina, pero también en esos mismos países occidentales desarrollados: buscan contribuir directamente a la definición de los objetivos, estrategias, métodos y programas que integran las políticas públicas de desarrollo social.

Estas organizaciones vecinales son parte de un esfuerzo mayor de cambio social que están promoviendo muchos otros actores, consistente en devolverle a la sociedad civil su derecho y capacidad de intervenir directamente en la definición de las políticas públicas, más allá de las intermediaciones realizadas por los partidos políticos y la administración gubernamental. Es una estrategia de participación articulada dentro de una red creciente de fundaciones y asociaciones regionales, nacionales e internacionales, que apoyan proyectos de defensa y promoción de los diversos derechos humanos, mejor conocidas como Organizaciones No Gubernamentales (O.N.G.), y sobre todo de grupos de base de

---

2. Anthony Giddens, *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*, Madrid, Alianza Universidad, 1983 (2a. edición), pp. 160-180.

jóvenes, mujeres, niños, trabajadores, etc., que desarrollan diversos proyectos de educación no formal, promoción de la salud y nutrición, fomento del empleo, defensa de derechos laborales y culturales, entre otros.

Nuevas organizaciones sociales, nuevos sistemas de acción colectiva, que implican un cambio en los enfoques y perspectivas que tradicionalmente marcaban el desarrollo social. Y como innovadores, se distinguen tanto de las formas tradicionales de participación comunitaria que se han desarrollado en contextos autoritarios, como también de aquéllas que han caracterizado a los contextos democráticos. Aquí la sociedad civil busca intervenir directamente en los actos de gobierno relacionados con la atención de las necesidades básicas y fundamentales.

Y este fenómeno es un proceso en marcha, especialmente en sociedades como la nuestra que se encuentra en un proceso de transición política. Hay, por lo tanto, tareas sustanciales que todavía necesitan atenderse para desarrollar en mayor medida las nuevas orientaciones de participación comunitaria, para lograr incidir directamente en las políticas públicas de desarrollo social. Y entre las diversas actividades faltantes, escasamente atendidas, podemos destacar cinco fundamentales, que podrían integrar junto con otras la «Agenda de trabajo» de las organizaciones sociales y comunitarias durante los próximos años<sup>3</sup>:

- Lograr el reconocimiento constitucional, reglamentario y programático, de su derecho de participación directa en la definición de las políticas públicas de desarrollo social, pero no sólo para formular opiniones, según ya contemplan numerosos sistemas de consulta popular o pública, sino ante todo para colaborar normativa y sustantivamente.
- Crear espacios para que influyan sistemáticamente en las instituciones y dependencias públicas, por medio de la integración obligatoria de cuerpos consultivos dinámicos y operativos.
- Intervenir directamente en la operación de los programas públicos de desarrollo social, y en consecuencia, no sólo como usuario final de bienes y servicios, sino ante todo en la administración de los grandes fondos y recursos de origen público.
- Colaborar directamente a la supervisión de los programas públicos de desarrollo social, que permita detectar problemas y corregirlos, así como fortalecer opciones exitosas de trabajo.

---

3. Algunos de los siguientes planteamientos ya han comenzado a presentarse por distintas organizaciones sociales. Destacan, entre otros, los acuerdos formulados por el Foro de Apoyo Mutuo y Convergencia de Organizaciones Civiles por la Democracia. Cfr. Foro Nacional de la Sociedad Civil Democrática, *Los pobres construyendo su política social*. México, Memorias, 1993; Foro de Apoyo Mutuo, *II Encuentro Internacional del Foro de Apoyo Mutuo*, Memorias, 1994.

- Finalmente, hay que adecuar el marco legislativo de sus actividades para que tengan una situación fiscal favorable, y evite desde luego el encubrimiento de actividades lucrativas. En el caso de México, se requiere en concreto figuras jurídicas como son las de «organizaciones social para la asistencia, promoción y desarrollo», que implicaría modificaciones tanto en el código civil, en la sección de asociaciones civiles, como cambios en los reglamentos sobre instituciones de asistencia privada, los cuales ya no se adecúan normativa y fiscalmente a los nuevos objetivos y sistemas de trabajo.

Es un conjunto de actividades que, junto con muchas otras, requieren una amplia promoción, y que se inscriben en el contexto de grandes transformaciones políticas que está atravesando México; un contexto donde las organizaciones vecinales de tipo autogestionario, y los grupos civiles que las apoyan, han estado jugando un papel importante. Sin embargo, la identificación de este importante proceso, de progresiva construcción de un marco democrático de intermediación de intereses, no debe entenderse de manera determinista. No existen garantías absolutas para que continúe indefinidamente el proceso, al menos en el mediano plazo, y se abandone significativamente el modelo autoritario-corporativo. Existen dos factores importantes que actualmente presionan contra la continuación del proceso de cambio.

En primer lugar, la viabilidad de una alternativa política de tipo democrático no solo está ligada al desarrollo de determinadas estrategias de intermediación de intereses, como son las nuevas formas de neocorporativismo y las movilizaciones sociales de tipo autogestionario. También está íntimamente relacionada con la capacidad del sistema económico de responder a sus demandas, de dar respuesta a los problemas sociales de las poblaciones organizadas y en general de la ciudadanía. Y esto es precisamente una exigencia que no se ha cumplido, y no solo durante los últimos años, sino también parece que no se seguirá cumpliendo en el mediano plazo. Porque el modelo neoliberal de la economía nacional, y del orden internacional, no ha podido dar respuesta a las demandas de crecimiento económico constante, ampliación del empleo y mejoramiento de los niveles de consumo para las clases trabajadoras. Y en consecuencia, nuestros países no solo se enfrentan a la crisis del modelo de industrialización sustitutivo de importaciones, sino también a una crisis profundizada y recreada por la medicina neoliberal.

En segundo lugar, la posibilidad de una efectiva transición democrática, entendida como desarrollo significativo de las nuevas formas de participación comunitaria, dependen igualmente del debilitamiento paralelo de los grupos políticos tradicionales, en especial de las élites corporativas autoritarias ubicadas en el mundo sindical, en el partido oficial y en las clases propietarias urbanas y rurales. La transición democrática está así ligada al avance y consolidación de nuevas formas de sindicalismo, de la transformación civilista del Partido Revolucionario Institucional, y de la ampliación de sectores empresariales modernos y de orientación política y social más liberal. Sin embargo, existe la posibilidad -y efectivamente ya se está dando- de una creciente presencia y beligerancia de las élites políticas y económicas tradicionales, en la medida en que van sintiendo con

mayor fuerza la posibilidad de su desplazamiento del escenario social. Una presencia que puede retrasar sustancialmente, y dificultar en gran medida, las opciones del cambio.

Estos obstáculos, de tipo económico y político, se entrecruzan con la creciente presencia de nuevos actores sociales que demandan nuevas reglas de organización social y nuevas formas de participación en las tareas del desarrollo nacional. En el corto y mediano plazos, es extremadamente complejo predecir las correlaciones que se establecerán entre ambos grupos. No obstante, si entendemos que el proceso de transición democrática de la sociedad mexicana es una dinámica que, con sus altibajos y retrocesos, ha continuado durante lo últimos 25 años, podemos apostar, al menos con una mínima evidencia, frágil pero significativa, que el proceso de cambio será finalmente exitoso.

## ANEXO I

**AJUSTE DEL MODELO DE REGRESION LOGISTICA  
DE LAS CONDICIONES DE PARTICIPACION DEL  
JEFE DE FAMILIA.**

Se obtuvieron los siguientes valores: 1) En relación al logaritmo de Máxima Verosimilitud: una  $X^2$  de 44.334, 61 grados de libertad, y una significación de .9465, y 2) en relación a la Bondad de Ajuste, una  $X^2$  de 50.961, 61 grados de libertad, y una significación de .8167. La capacidad de predicción del modelo en su conjunto es el siguiente:

Observados:		Predichos:		Porcentaje Correcto
		No participa	Sí participa	
		N	S	
No participa	N	36	4	90.00%
Sí participa	S	5	22	81.48%
Total				86.57% (67 CASOS)

Los valores estadísticos para cada una de las variables son los siguientes:

Variable	B	S.E.	Wald	df	Sig	R	Exp(B)
• EDAD	.1035	.0419	6.0922	1	.0136	.2128	1.1090
• HORARIO DE TRABAJO	1.1978	.5427	4.8722	1	.0273	.1783	3.3129
• NUMERO DE HIJOS	.7783	.3103	6.2922	1	.0121	.2180	2.1777
• ORIENTACION COMUNITARIA	2.1691	.7528	8.3020	1	.0040	.2641	8.7504
• METODOS DE PRESION	.9525	.4405	4.6757	1	.0306	.1721	2.5922
Constante	-8.4786	2.6531	10.2127	1	.0014		

NOTA: El uso de estos resultados se encuentra en la sección 2.1 del capítulo III.

## ANEXO II

**AJUSTE DEL MODELO DE REGRESION LOGISTICA  
DE LAS CONDICIONES DE PARTICIPACION DE LA  
JEFA DE FAMILIA.**

Con le modelo de regresión logística se obtuvieron los siguientes valores: 1) En relación al logaritmo de Máxima Verosimilitud: una  $X^2$  de 128.472, 154 grados de libertad, y una significación de .9339, y 2) en relación a la Bondad de Ajuste, una  $X^2$  de 137.971, 154 grados de libertad, y una significación de .8183. La capacidad de predicción del modelo en su conjunto es el siguiente:

Observados		Predichos		Porciento Correcto
		No participa N	Sí participa S	
No participa	N	58	19	75.32%
Sí participa	S	13	70	84.34%
Total				80.00% (160 CASOS)

Los valores estadísticos para cada una de las variables son los siguientes:

Variable	B	S.E.	Wald	df	Sig	R	Exp(B)
• CRITICA AL GOBIERNO	1.9592	.3670	28.4955	1	.0000	.3458	7.0937
• BIENES MUEBLES	-.5413	.1615	11.2320	1	.0008	-.2041	.5820
• ORIENTACION COMUNITARIA	1.1825	.2708	19.0730	1	.0000	.2776	3.2625
• PODER DE LA MUJER			18.6808	2	.0001	.2574	
- TRAB. Y AYUDAN	1.7656	.5485	10.3606	1	.0013	.1942	5.8453
- NO TRAB. Y NO AYUDAN	-1.7491	.4054	18.6182	1	.0000	-.2739	.1739
• CONSTANTE	1.3027	.6279	4.3044	1	.0380		

NOTA: El uso de estos resultados se encuentra en la sección 2.2 del Capítulo III.

**ANEXO III****GUION DE ENTREVISTA****Nombre de la organización.****A) Antecedentes Organizativos.**

1. ¿Cómo se originó esta colonia (unidad habitacional)?, ¿quiénes fueron sus formadores?, ¿lo hicieron mediante algún tipo de organización?, ¿qué tipo de vivienda era inicialmente (rentada, autoconstrucción, de los fondos habitacionales del estado, etc.).
2. ¿La mayoría de la población que habita actualmente la colonia (unidad habitacional) es en términos generales la misma que la formó originalmente?, ¿qué ha cambiado?, ¿por qué?.
3. Antes de que se formara su organización (mencionar nombre), ¿existieron alguna o algunas organizaciones que también buscarán resolver los problemas que padece esta comunidad?. ¿Nos podría mencionar sus nombres, el año en que se formaron y algunas de las principales actividades que hicieron?. (Si no hubo pasar a la pregunta 5)
4. ¿Esas organizaciones pertenecían a algún partido político?, ¿podía mencionar el nombre?.
5. ¿Cómo considera usted el trabajo desempeñado por esas organizaciones?, ¿fue adecuado o incorrecto?, ¿por qué?.
6. ¿Actualmente siguen desarrollando actividades algunas de esas organizaciones, o han iniciado actividades otras contemporáneas con ustedes?. ¿Cuáles organizaciones y cuáles actividades?.
7. ¿El surgimiento de su organización (mencionar nombre) tiene que ver algo con los trabajos o problemas que desarrollaron esas organizaciones?, ¿por qué?. ¿Cuáles son las principales diferencias entre esas organizaciones y la suya?.

**B) Fundación de la organización.**

8. ¿En qué año surgió su organización y quiénes fueron sus principales fundadores? (procedencia, edad, ocupación).

9. ¿Cuáles fueron los principales problemas que los motivaron para formar la organización?, ¿según usted, cuál o cuáles son las causas de esos problemas?.
10. ¿Recibieron apoyo de algún otro grupo para iniciar sus trabajos?, ¿podría mencionar sus nombres y en qué consistió la ayuda?.
11. ¿Cuáles fueron las principales acciones que utilizaron para convocar a la gente a participar inicialmente, para aglutinarla por primera vez?.
12. ¿Tuvieron problemas iniciales para formar sus organización, por ejemplo, oposición de algunos grupos dentro o fuera de la colonia?.
13. ¿Para usted, cuáles son las principales etapas o épocas en que se podría dividir la historia de su organización?.

### **C) Estructura organizativa.**

14. ¿Cuál es la estructura formal de su organización? (¿comités, secciones, mandos directivos, etc.)
15. ¿Cómo se realiza la dirección o coordinación del movimiento?.
16. ¿Cómo se eligen a los miembros encargados de la dirección o coordinación del movimiento (en sus distintos niveles)?.
17. ¿Cuáles son los asuntos más importantes que frecuentemente se deciden en su organización?, ¿cómo se toman las decisiones?.
18. ¿Cómo participan las bases en esas decisiones?, ¿cuáles son las formas para retomar sus inquietudes y propuestas?.

### **D) Operacionalización de las demandas.**

19. ¿Cuáles han sido los principales trabajos que ha desarrollado la organización dentro de la colonia?. Podría mencionar los principales problemas que ha buscado resolver su organización desde su fundación?.
20. ¿De esos problemas, cuáles ha buscado solucionar la organización, esto es, plantearlas como demandas?.

21. ¿Qué caminos han utilizado para que las gentes apoye la solución de esos problemas?, ¿considera que han sido adecuados para lograr la participación de la gente o han tenido que cambiar de vez en cuando?, ¿por qué?
22. ¿Nos podría hablar de la formas de acción, de los principales tácticas que han utilizado para resolver esos problemas?. ¿Eran las previstas o han tenido que cambiar de vez en cuando?, ¿por qué?
23. ¿De esos problemas, cuáles han logrado resolver y cuáles siguen pendientes?, ¿por qué, principales elementos favorables y obstáculos?

**E) Relación entre la organización y la población no activista.**

24. ¿Cómo considera la relación entre su organización y la población de la colonia que no participa? ¿por qué?
25. ¿Qué han hecho para motivar a esas personas a participar?, ¿considera que han sido efectivos los métodos o no?, ¿por qué?
26. En síntesis ¿por qué considera usted que mucha de esa gente no participa?

**F) Vínculos de solidaridad externa.**

27. ¿Cuáles organizaciones externas a su colonia o internas les ha brindado apoyo para la solución de sus problemas?, ¿podría mencionar el nombre, año de la ayuda y en qué consistió?

## ANEXO IV

**CUESTIONARIO**  
**(Versión resumida<sup>4</sup>)**

 Núm. de Cuestionario \_\_\_\_\_  
 Fecha: \_\_\_\_\_  
 Entrevistador: \_\_\_\_\_

 ESTUDIO SOBRE CULTURA Y PROCESOS DE ORGANIZACION  
 VECINAL EN LA CIUDAD DE MEXICO
**A. UBICACION.**
 Organización \_\_\_\_\_ .  
 Colonia \_\_\_\_\_ .  
 Calle: \_\_\_\_\_ .  
 No. Ext. \_\_\_\_\_ No. Int. \_\_\_\_\_ .  
 Otras señas: \_\_\_\_\_ .
**B. INTRODUCCION.**

El presente estudio es para conocer los caminos que utiliza la gente que habita las colonias populares de la Ciudad de México, para organizarse y resolver los problemas que comunitariamente padece. Para ello solicitamos su cooperación, pidiéndole nos proporcione algunos datos que mantendremos anónimos y confidenciales, y juntaremos con muchos otros provenientes de distintos asentamientos populares.

1. Para comenzar, ¿me podría decir el nombre que usted y sus vecinos utilizan más frecuentemente para referirse al lugar donde viven? (preguntar, cuando sea necesario, si en su opinión se trata de una colonia, Unidad Habitacional, barrio o fraccionamiento popular).
2. ¿Desde que año habita usted en esta colonia (usar el nombre utilizado por el entrevistado)?.
3. ¿Hasta qué año de la escuela cursó usted?.

**C. SITUACION FAMILIAR E INGRESOS.**

4. ¿Quiénes habitan este hogar?, ¿nos podría decir el nombre de cada persona, el parentesco que tienen con respecto a usted, la edad, y si perciben algún tipo de ingreso monetario, en especie o de otro tipo?. Empecemos por usted?. (utilizar forma anexa).
5. ¿Quiénes desarrollan actividades domésticas, en qué consisten y cuántas horas invirtieron durante la última semana? (utilizar forma anexa).

---

4. Se excluyeron los diversos cuadros para codificar algunas de las preguntas y el formato para aplicar el cuestionario.

**D. TRABAJO Y SITUACION OCUPACIONAL.**

6. ¿Durante el mes pasado cuántos trabajos diferentes realizó donde recibiera algún tipo de pago en dinero, especie u otra forma? .
7. ¿Podría describirme esos trabajos en orden de importancia, el tiempo que invirtió durante la última semana, y el tipo de horario de cada uno (fijo, rotativo o usted lo decide)? (Utilizar forma anexa y empezar por el más importante).
8. ¿Qué situación laboral tiene dentro de su trabajo?. (1) Trabaja por su cuenta; 2) Es empleado; (3) Es obrero; (4) Es el patrón o empleador; (5) Otra ¿cuál?.
9. ¿Diga usted cuántas personas trabajaron bajo sus órdenes durante la última semana?. Número.
10. ¿En términos generales está usted contento con el principal trabajo remunerativo que desempeña? (1) Sí; (2) No; ¿Por qué?.
11. ¿En términos generales está usted contento con las actividades domésticas que desarrolla? (1) Sí; (2) No; ¿Por qué? .

**E. CONDICIONES DE VIVIENDA Y BIENES DE USO FAMILIAR.**

12. La vivienda que usted habita es: (1) ¿Propiedad suya o de su familia (hijos o cónyuge)? (2) ¿Propiedad de sus padres?; (3) ¿La paga en abonos?; (4) ¿Cuida la casa?; (5) Alquilada; (6) Otra situación (cuál).
13. ¿Cuántos cuartos tiene su vivienda? (sin contar el baño). (1) ¿Cuarto único? (con recámara, cocina y comedor a la vez?; (2) Recámaras; (3) Cocina separada Si(1) No(2); (4) Comedor Sí(1) No(2); (5) Sala Sí(1) No(2); (6) Otros ¿cuáles?.
14. Tiene alguno de los siguientes bienes o muebles: (1) Baño propio (sólo de la familia); (2) Agua entubada dentro de la casa; (3) Drenaje; (4) Energía Eléctrica en casa; (5) Teléfono; (6) Estufa de gas; (7) Televisor; (8) Lavadora; (9) Refrigerador; (10) Coche; (11) Calentador de agua o Boiler.

**J. PERCEPCION DE LAS CONDICIONES DE VIDA.**

15. ¿La situación económica de usted ha mejorado durante los últimos cinco años: (1) Ha mejorado?; (2) Está igual?; (3) Ha empeorado?.
16. ¿Para usted, cuáles son los principales problemas que más afectan a su colonia?. Mencione 3 en orden de importancia, de mayor a menor.
17. ¿Según usted, quién o quiénes son los principales responsables de que existan esos problemas?. Mencione 3 en orden de importancia, de mayor a menor.
18. ¿Para usted, cuáles son los tres principales problemas que afectan más a todos los mexicanos? Mencione 3 en orden de importancia, de mayor a menor.

19. ¿Según usted, quién o quiénes son los principales responsables de que existan esos problemas?. Mencione 3 en orden de importancia, de mayor a menor.]
20. ¿Piensa que en un futuro próximo, digamos unos 5 años, la situación económica de usted y su familia: (1) Mejorará?; (2) Será peor?; (3) Seguirá más o menos igual?.
21. ¿De quien depende más que los hijos puedan llevar una vida mejor que sus padres?.
22. ¿Está usted de acuerdo con las personas que dicen que en México siempre ha habido muchas carencias económicas y siempre seguirá habiendo?: (1) Estoy de acuerdo; (2) No estoy de acuerdo.
23. ¿Cómo ve usted la situación social de México?: (1) Piensa que hay mucha injusticia y abusos contra las personas; (2) Piensa que hay poca injusticia y abusos contra las personas.
24. ¿Está de acuerdo con la frase que dice: si existen pobres y ricos es porque así lo quiere Dios?: (1) Sí; (2) No.
25. ¿En términos generales está usted contento de vivir en esta colonia (o unidad habitacional), y del tipo de servicios que se le ofrecen en ella como son las escuelas, el agua potable, las tiendas, Iglesias, el pavimento, los transporte, etc.?: (1) Sí; (2) No.

#### K. CAMINOS PARA SOLUCIONAR LOS PROBLEMAS.

A continuación tenemos una serie de preguntas referidas a nuestra vida familiar, laboral y social en general. Cada pregunta tiene dos partes. Le solicitamos decirnos con cuál de ellas está más de acuerdo. Si considera que las dos son acertadas, le pedimos que escoja aquélla que en general le parece más acertada.

26. Cuando se tiene algun problema importante en el trabajo o en la escuela: (1) Si uno se las arregla solo, lo resolverá mejor y saldrá más rápido, adelante; (2) Los mejor es resolverlo con un grupo de amigos o compañeros.
27. La gente que tiene muchos amigos en la colonia es porque: (1) Tiene pocas responsabilidades y mucho tiempo libre; (2) Esta preocupada por lo que le pase o suceda a los demás.
28. Cuando en un país existen muchos problemas y hay un gobierno muy malo, la solución más importantes es: (1) Organizarse en un gran grupo que presione al gobierno y lo obligue a cambiar y solucionar los problemas; (2) Que cada persona cumpla sus obligaciones y respete los derechos de los demás.
29. A los mexicanos se les debe permitir manifestar sus ideas y opiniones sobre los problemas sociales del país: (1) Sin importar lo que digan; (2) Sólo cuando no digan cosas alocadas y extrañas.
30. Todo dirigente de un grupo debe ser con sus subordinados: (1) Severo y estricto con su autoridad; (2) Tratarlos con respeto y buen ejemplo.
31. La gente pobre lo es: (1) Generalmente por culpa de otras personas; (2) Generalmente porque así lo quiere.

32. En el trabajo, los jefes: (1) Deben decir a sus subordinados, casi siempre, lo que deben hacer y cómo deben hacerlo; (2) Son ante todo colaboradores, y generalmente sus subordinados pueden hacer las cosas bien sin instrucciones de ellos.
33. Según la Constitución Política de México, todo mexicano tiene el derecho de una vivienda adecuada y digna. Como muchas viviendas no son así, la gente debería: (1) Exigirle al gobierno que cumpliera, brindando buenas viviendas; (2) Mejorar su vivienda por sí sola, con su esfuerzo y trabajo.
34. Si los trabajadores de una empresa no están de acuerdo con el salario que les pagan, deberían: (1) Organizarse en un sindicato que defendiera sus derechos; (2) Buscar un empleo donde ganen mejor.
35. Los dirigentes de un grupo deben siempre: (1) Decirle a su gente lo que debe hacer y cómo hacerlo; (2) Motivar a su gente para que encuentre por sí misma la forma de resolver los problemas.
36. Para que un gobierno se considere bueno: (1) Debería resolver los problemas más importantes de la gente; (2) Debería dejar que la gente resolviera los problemas por sí sola.
37. Finalmente el destino de la vida de uno: (1) Está decidido desde siempre y es fruto de la suerte; (2) Lo va consiguiendo uno diariamente con sus acciones y trabajo.
38. Cuando hay campañas políticas para elegir presidentes de la república, municipales o diputados: (1) Es importante poner atención y colaborar con nuestro voto para que gane el mejor candidato, el que solucionará los problemas de la gente; (2) Es importante poder colaborar con nuestro voto, sin embargo, la solución de los problemas depende ante todo del pueblo, no de los gobernantes.
39. El gobierno debería en materia de asuntos económicos: (1) Ser propietario de la mayoría de las empresas e industrias del país para que realmente beneficien al pueblo; (2) Sólo controlar algunos servicios e industrias muy importantes, como sería la producción de electricidad y la extracción de petróleo.
40. ¿A quién lo corresponde principalmente resolver los problemas que afectan a su colonia?.

Ahora tendremos otro tipo de preguntas. Nos interesa conocer qué opina usted de distintas actividades que algunas personas y grupos desarrollan para solucionar los problemas que padecen sus comunidades. Son noticias aparecidas en algunos periódicos.

41. Los vecinos de una colonia pobre de Iztapalapa, venían solicitando a las autoridades gubernamentales, desde hace 3 años, la introducción de agua potable y drenaje en su colonia. Como no les hacían caso, decidieron cerrar el tránsito de vehículos durante 3 horas, en una importante avenida de la Capital. ¿Está usted de acuerdo con ese tipo de medidas para demandar la solución de problemas como esos?: (1) Me parece correcta; (2) Estoy en desacuerdo.
42. Cuando los obreros de la compañía Ford de Cuautitlán se fueron a la huelga hace algunos meses, algunas universidades públicas hicieron paros de labores para apoyar a los huelguistas. ¿Está usted de acuerdo que suspendieran las clases para apoyar los problemas laborales de los trabajadores?: (1) Estoy de acuerdo; (2) No estoy de acuerdo.

43. El pasado 10. de mayo, día del trabajo, algunos grupos que marcharon gritaron contra el gobierno frases como la siguiente: "gobierno vendido, hambreador del pueblo", "salarios sí, circo no", "basta de promesas, exigimos soluciones", etc. ¿Le parece correcto que se dijeran frases como esas ante la presencia del Presidente de la República e importantes autoridades nacionales y del extranjero?: (1) Me parece correcto; (2) No me parece correcto.
44. El Sr. Rodríguez era un trabajador muy hábil y capaz en su empresa, apreciado por sus compañeros y por los patrones, y con muchas posibilidades de ascenso. Cuando sucedió la huelga del año pasado, porque nunca se repartían utilidades a los trabajadores, él decidió apoyar a los patrones porque consideró que era la mejor forma de conservar su empleo y mejorar su salario en el futuro. ¿Está usted de acuerdo con la decisión del Sr. Rodríguez?: (1) Estoy de acuerdo; (2) No estoy de acuerdo.
45. En la colonia Zapata, localizada en el oriente de la ciudad, no hay drenaje. Para ponerlo, el gobierno les pidió a los vecinos que se organizaran para escarbar y abrir las cepas del drenaje. El Sr. Juan Luna no quiso participar, porque pensó que al final de cuentas de todos modos se le pondría a él el drenaje. ¿Piensa usted que el Sr. Luna fue más abusado e inteligente que sus vecinos?: (1) Estoy de acuerdo en que fue más inteligente; (2) No estoy de acuerdo con lo que hizo, eso no es inteligencia.
46. De la siguiente lista de actividades que regularmente desarrolla el gobierno, ¿cómo considera usted que las está trabajando: ¿bien o mal?. (1) Abastecer agua potable; (2) Brindar protección ciudadana contra asaltos y delincuentes; (3) Construir viviendas para familias de escasos recursos; (4) Combatir la corrupción de policías y funcionarios; (5) Permitir la manifestación libre de ideas y opiniones políticas; (6) Ofrecer servicios educativos adecuados para la gente pobre; (7) Controlar la inflación y el aumento desmedido de los precios; (8) Ofrecer buenos servicios médicos para las familias de escasos recursos.
47. En resumen ¿en términos generales está usted satisfecho por la forma en que el gobierno mexicano trabaja y desarrolla sus actividades?: (1) Sí; (2) No.
48. ¿Cree que personas como usted y sus vecinos pueden hacer algo para mejorar las formas por las cuáles el gobierno presta sus servicios y desarrolla sus trabajos?: (1) Sí; (2) No. ¿Con qué?, especifique.

#### L. SOCIABILIDAD.

¿Cree usted que las siguientes afirmaciones, en términos generales, son verdaderas o falsas?.

49. Cuando se tienen muchos problemas, si uno le busca casi siempre encontrará alguna persona que ayude, alguien que nos brinde una mano amiga: (1) Cierto; (2) Falso.
50. La formación de grupos de vecinos es un buen camino para solucionar los problemas que nos afectan en la colonia: (1) Cierto; (2) Falso.
51. La solución de algunos problemas que afectan a nuestra colonia depende del compromiso y responsabilidad que usted tenga para solucionarlos: (1) Cierto; (2) Falso.

52. La mayoría de las personas buscarían aprovecharse de usted si estuvieran en condiciones de hacerlo: (1) Cierto; (2) Falso.
53. Cuando uno participa en un grupo para resolver problemas de la colonia, generalmente aparecen más problemas que soluciones: (1) Cierto; (2) Falso.
54. Los encargados de un grupo, por ejemplo de una organización de vecinos o una empresa, generalmente sólo buscan su propio beneficio: (1) Cierto; (2) Falso.

¿Qué piensa usted sobre lo siguiente?:

55. Cuando usted conoce por primera vez a una persona: (1) ¿Generalmente considera que es sincera y bien intencionada?; (2) ¿Generalmente piensa que es bueno desconfiar hasta que demuestre sus buenas intenciones?.
56. En relación a la solución de los problemas que afectan a su colonia: (1) Considero que hay personas más capaces y preparadas que yo para tomar cargos de responsabilidad para solucionarlos; (2) Pienso que cada quién debería de responsabilizarse de alguna tarea para solucionarlos.

#### M. FORMAS DE PARTICIPACION.

Las preguntas que a continuación se presentan tienen el objetivo de conocer, si es el caso, su participación en algún grupo preocupado por resolver problemas de tipo social. Para ello, entenderemos por participación, la colaboración que una persona brinda a un grupo, cuando menos una vez por semana o quincena, para que se logren los objetivos y metas de trabajo que se ha planteado, en este caso, la solución de problemas comunitarios. Comenzemos con la primera pregunta:

57. ¿La vivienda que ocupa actualmente la obtuvo por su participación en algún tipo de organización social, como asociación de vecinos, solicitantes de vivienda, sindicato, etc.?: (1) Sí; (2) No. ¿Cuál?.
58. ¿El terreno que usted ocupa actualmente fue resultado de la participación en algún tipo de organización social como las anteriores?: (1) Sí; (2) No. ¿Cuál?.
59. ¿Participa usted actualmente en algún tipo de grupo preocupado por resolver los principales problemas que afectan a su colonia o a otros lugares del del país?: (1) Sí; (2) No.
60. ¿En el pasado participó en algún tipo de grupo también preocupado por la solución de esos problemas?: (1) Sí; (2) No.
61. ¿Podría brindarme algunos datos sobre esos grupos, por ejemplo el nombre, la fecha de su participación, los cargos o responsabilidades más importantes que tuvo, los objetivos principales, y si participa actualmente.? (Si es el caso, empezar por el grupo de vecinos en que participa. Ver Cuadro al final del cuestionario).

62. Si usted no participa actualmente en ningún tipo de estos grupos, ¿conoce el nombre de alguno grupo que se encuentra en su colonia y esté preocupado por resolver los problemas de su comunidad?: (1) Sí, ¿cuál?; (2) No.
63. ¿Durante el último año, con cuáles problemas de su colonia ha colaborado para su solución? (Máximo 5)?.
64. ¿Durante el último año, con cuáles problemas fuera de su colonia ha colaborado para su solución (Máximo 5)?.
65. ¿Durante el último año, ha tenido algún o algunos cargos de responsabilidad para solucionar problemas de su colonia; por ejemplo, encargado (solo o con otros) de alguna comisión, faena de trabajo, grupo, etc.? (Máximo 4).
66. ¿Durante el último año, ha asistido usted a las reuniones que convoca la organización de vecinos a que pertenece?: (1) A la mayoría de las reuniones; (2) Aproximadamente a la mitad de las reuniones; (3) Casi nunca.
67. ¿Durante esas reuniones, participa usted dando su parecer y opinión?: (1) Generalmente sí doy mi opinión; (2) Casi nunca digo lo que pienso y siento.
68. ¿Cómo fue que usted llegó a pertenecer a la organización de vecinos en la cual es actualmente miembro?: (1) Lo invitó un amigo; (2) Lo invitó un pariente; (3) Es usted miembro fundador; (4) Por medio de alguna propaganda; (5) Otro medio, ¿cuál?.
69. ¿Podría exponernos con más detalle la forma por la cual llegó usted a pertenecer a esa organización de vecinos?.
70. ¿Cuál es, según su opinión, el partido político que ayuda más a esta colonia?.
71. ¿Durante el último año ha participado usted en alguna entrevista con autoridades gubernamentales para solucionar problemas de su colonia?. Mencionar tipo de problema y autoridad. (Máximo 5).
72. ¿Cuál sería para usted el mejor líder de la colonia?: (1) El que toma las decisiones solo, porque conoce mucho de los problemas; (2) El que siempre consulta primero a la gente de la colonia y después toma decisiones.
73. ¿Alguna vez ha firmado usted algún desplegado exigiéndole al gobierno la solución de un problema de su comunidad o país?: (1) Sí; (2) No. ¿Cuántos durante el último año?.
74. ¿Durante el último año ha asistido a manifestaciones o mítines para exigirle al gobierno la solución de algún problema de su colonia o de otro tipo?. Anotar peticiones o causa de la movilización. (Máximo 5).
75. ¿La organización de vecinos a que usted pertenece (mencionar nombre) está relacionada con algún partido político?: (1) Sí; (2) No; (3) No sabe.
76. ¿Podría decirme con cuál partido político está relacionada su organización?.

77. ¿Esa relación con el partido político en términos generales los beneficia como organización?: (1) Sí; (2) No.
78. ¿Actualmente es usted miembro de algún partido político?: (1) Sí; (2) No.
79. ¿Podría darme el nombre del partido en el cual usted participa?.
- ¿Le gustaría añadir algún comentario u opinión que considere importante sobre alguna de las preguntas y temas que hemos tratado?.

## BIBLIOGRAFIA.

- Abel, Theodore, "The pattern of a successful political movement", en *American Sociological Review*, vol. 2, núm. 3, 1937.
- Alberoni, Francesco, *Movimiento e institución*, Madrid, Editora Nacional, 1981.
- Alberoni, Francesco, "Sociología del comportamiento colectivo", en F. Alberoni (Coor.), *Cuestiones de sociología*, Barcelona, Ed. Herder, 1970.
- Alexander, Jeffrey C., *Action and its environments. Toward a new synthesis*, New York, Columbia University Press, 1988.
- Alexander, Jeffrey C., *Structure and meaning*, New York, Columbia University Press, 1989.
- Althoff, Phillip, y David Brady "Toward a causal model of the recruitment and activities of grass roots political activists", en revista *Social Science Quarterly*, vol. 53, núm. 3, 1972.
- Aman, Kenneth, "Introduction: placing Chile's popular cultural in context", en Kenneth Aman and Cristián Parker, *Popular culture in Chile. Resistance and survival*, Colorado, Westview Press, Inc., 1991.
- Anderson, W.A., "The family and individual social participation", en revista *American Sociological Review*, vol. 8, num. 4, 1943.
- Arnilla, Federico, "El movimiento popular urbano: algunos puntos para el debate", en Varios Autores, *Movimientos sociales y educación popular en el Perú*, Lima, Celta, 1986.
- Ayala, José, José Blanco, Rolando Cordera (et. al.), *"La crisis económica: evolución y perspectivas"*, en Pablo González Casanova y Enrique Florescano (Coords.), *México, hoy*, México, Siglo XXI Ed., 1986.
- Azuela de la Cueva, Antonio, y Ma. Soledad Cruz Rodríguez, "La institucionalización de las colonias populares y la política urbana en la ciudad de México (1940-1946)", en revista *Sociológica*, núm. 9, 1989.
- Bailey Jr., Harry A., "Negro interest group strategies", en revista *Urban Affairs Quarterly*, vol. IV, núm. 1, 1968.
- Banco Nacional de México, *México social, 1988-1989*, México, BANAMEX, 1990.
- Barbieri, Teresita de, "Sobre géneros, prácticas y valores: notas acerca de posibles erosiones del machismo en México", en Juan Manuel Ramírez S., (coord.), *Normas y prácticas morales y cívicas en la vida cotidiana*, México, CIIH-UNAM, Miguel Angel Porrúa, 1990.
- Barresi, Charles M., y John H. Lindquist, "The urban community. Attitudes toward neighborhood and urban renewal", en *Urban Affairs Quarterly*, vol. 5., núm. 3, 1970.
- Bassols, Mario, y Alejandro Méndez, *Proceso de urbanización y movilización popular en ciudad Netzahualcóyotl*, México, Tesis de licenciatura U.N.A.M., 1981.
- Berra, Ericka, "El movimiento inquilinario en la ciudad de México y el puerto de Veracruz 1916-1926", en *Movimientos populares en la historia de México y América Latina*, México, UNAM, 1987.

- Blumer, Hebert, "Collective behavior", en Robert E. Park (ed.), *An outline of the principles of sociology*, New York, Barnes & Noble Inc., 1943, (1a. Edición 1939).
- Blumer, Hebert, *Symbolic interactionism: perspective and method*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1969.
- Blumer, Hebert, "Collective behavior", en J.B. Gittler (ed.), *Review of sociology: analysis of a decade*, New York, Wiley, 1957.
- Booth, Alan, "Sex and social participation", en *American Sociological Review*, vol. 37, núm. 2, 1972.
- Booth, Alan, y Nicholas Babchuk, "Personal influence networks and voluntary association affiliation", en *Sociological Inquiry*, vol. 39, 1969.
- Borja, Jordi, *Movimientos sociales urbanos*, México, UPOME, 1979.
- Bourricaud, Francois, *Poder y sociedad en el Perú contemporáneo*, Lima, Editorial Sur, 1989.
- Brachet-Márquez, Viviane, "Crisis económica, impacto social y respuesta estatal: el caso de México" en *Estudios Sociológicos*, núm. 22, 1990.
- Bronfman, Mario, "Mortalidad infantil y crisis en México", en *Estudios Sociológicos*, núm. 23, 1990.
- Buchanan, J. y G. Tullock, *The calculus of consent*, University of Michigan Press, 1962.
- Burgess, Ernest, "El crecimiento de la ciudad: introducción a un proyecto de investigación", en G.A. Theodorson (comp.), *Estudios de ecología humana*, Barcelona, Ed. Labor, S.A., 1974.
- Campero, Guillermo, *Entre la sobrevivencia y la acción política (Las organizaciones de pobladores en Santiago)*, Santiago, Ediciones Ilet, 1987.
- Carroll, Thomas, Denise Humphreys y Martin J. Scurrah, "Organizaciones de apoyo a grupos de base en el Perú", en revista *Socialismo y Participación*, núm. 50, junio 1990.
- Castells, Manuel, *Movimientos sociales urbanos*, México, Siglo XXI Ed., 1985.
- Castells, Manuel, "Proposiciones teóricas para una investigación experimental sobre los movimientos sociales urbanos", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XXXIV, No. 1, 1972.
- Centro para el Desarrollo Económico y Social de América Latina (DESAL), *Aportes para un programa de promoción popular*, Santiago, DESAL, 1964.
- Cohen, Jean L., "Strategy or identity: new theoretical paradigms and contemporary social movements", en revista *Social Research*, vol. 52, núm. 4, 1985.
- Collier, David, *Barriadas y élites: de Odría a Velasco*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos Ediciones 1978.
- Collier, David, "Squatter settlements and policy innovation in Peru", en Abraham F. Lowenthal (ed), *The Peruvian experiment. Continuity and change under military rule*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1975.
- Comte, Augusto, "Apreciación sumaria del conjunto del pasado moderno", en *Primeros ensayos*, México, F.C.E., 1977.
- Cornelius, Wayne A., *Los pobres en la Ciudad de México y la política*, México, F.C.E., 1980.

- Cornelius, Wayne A., "El México contemporáneo: análisis estructural del caciquismo urbano", en Luis Unikel y Andrés Necochea (Comps.) *Desarrollo urbano y regional en América Latina*, México, F.C.E., 1975.
- Cortés, Fernando y Rosa María Rubalcava, *Monografía censal sobre el ingreso de los hogares*, México, F.C.E., 1994.
- Cortés, Fernando y Rosa María Rubalcava, *Autoexplotación forzada y equidad por empobrecimiento*, México, COLMEX, 1991.
- Cotler, Julio, "Perú: estado oligárquico y reformismo militar", en Pablo González Casanova (coord.), *América Latina: historia de medio siglo*, vol. 1, México, Siglo XXI Editores, 1979.
- Couch, Carl J., "Dimensions of association in collective behavior episodes", en revista *Sociometry*, vol. 33, núm. 4, 1970.
- Couch, Carl J., "Collective behavior: an examination of some stereo types", en revista *Social Problemas*, en núm. 15, 1968.
- Coulomb, René, "Organizaciones populares y planeación urbana en un barrio deteriorado de la Ciudad de México", México, mimeo del Seminario sobre Movimientos Sociales en el Instituto de Investigaciones Sociales, U.N.A.M., 1983.
- Coulomb, René, y María Emilia Herrasti Aguirre, "Espacios y actores sociales de la autogestión urbana en la Ciudad de México", en René Coulomb y Emilio Duhau (coords.), *Dinámica urbana y procesos socio-políticos*, México, UAM-A, CENVI, 1993.
- Coulomb, René, (coord.), *Pobreza urbana, autogestión y política*, México, Centro de la Vivienda y Estudios Urbanos, A.C., 1992.
- Cox, Kevin R., "Housing tenure and neighborhood activism", en *Urban Affairs Quarterly*, vol. 18, núm. 1, septiembre 1982.
- Cruz, Rafael de la, "Encuentros y desencuentros con la democracia. Los nuevos movimientos sociales", en revista *Nueva Sociedad*, núm. 77, 1985.
- Cuber, John F., "Some aspects of institutional disorganization", en revista *American Sociological Review*, vol. 5, núm. 4, 1940.
- Chant, Sylvia, "Mitos y realidades de la formación de las familias encabezadas por mujeres: el caso de Querétaro, México", en Luisa Gabayet (et. al) (comps.), *Mujeres y sociedad*, México, CIESAS, El Colegio de Jalisco.
- Chateau, Jorge, y Hernán Pozo, "Los pobladores en el área metropolitana: situación y características", en Hernán Pozo (ed.), *Espacio y poder. Los pobladores*, Santiago, FLACSO, 1987.
- Chirinos, Luis, "Gobierno local y participación vecinal: el caso de Lima Metropolitana", en revista *Socialismo y participación*, núm. 36, 1986.
- Chirinos, Luis, "El estudio de la coyuntura barrial. Lima, Perú.", en Jean-Jacques Guibert y Margarita Pacheco (ed.), *El despertar de los pobladores*, Bogotá, ENDA-CINEP-UNIANDES, 1983.
- Dahl, Robert, *Who governs?*, New Haven, Yale University Press, 1961.
- Dahl, Robert, *Pluralist democracy in the United States: conflict and consent*, Chicago, Rand-McNally, 1967.

- Dahrendorf, Ralph, *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*, Madrid, Ed. Rialp, 1979.
- Delgado, Luis Alfredo, "El movimiento cooperativo y los procesos de democratización" en revista *Socialismo y Participación*, núm. 36, 1986.
- Demo, Pedro, "Precariedad de las prácticas participativas", en *Revista Paraguaya de Sociología*, año 21, núm. 61, 1984.
- Dubet, Françoise, "De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto", revista *Estudios Sociológicos*, vol. VII, núm. 21, 1989.
- Durand, Jorge, "El movimiento inquilinario en Guadalajara, 1922", en revista *Habitación*, Año 1981, núm. 2 y 3,
- Durand, Jorge, "Huelga de inquilinos: los antecedentes urbano populares en México", en *Estudios Sociológicos*, No. 19, 1989.
- Dietz, Henry A., "Political participation by the urban poor in an authoritarian context: the case of Lima, Perú", *Journal of Political and Military Sociology*, vol. 5, núm. 1, 1977.
- Dilthey, Wilhelm, *Introducción a las ciencias del espíritu*, México, F.C.E., 1978 (2a. reimpresión).
- Durkheim, Emilio, *La división social del trabajo*, Madrid, Akal Editor, 1982.
- Egaña, Rodrigo, Consuelo Undurraga y Sergio Gómez, "Desafíos para las organizaciones de cooperación internacional y los ONGs chilenos", en revista *Socialismo y Participación*, núm. 48, 1989.
- Eisenstadt, S.N., *Modernización, movimiento de protesta y cambio*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1968.
- Fajardo, José Carlos, "Teoría de la participación política: un análisis conceptual", en revista *Socialismo y Participación*, núm. 16, 1981.
- Faletto, Enzo, "Movimientos sociales en la democracia", en *Nueva Sociedad*, núm. 91, 1987.
- Fernández, Clemente, *Los filósofos medievales. Selección de textos*, Tomo I, Madrid, B.A.C., 1979.
- Franco, Carlos, "Imagen societaria, participación política y personalidad", en *Socialismo y Participación*, núm. 1, 1977.
- Freire, Paulo, *Pedagogía del oprimido*, México, Siglo XXI Ed., 1974.
- Fromm, Erich, *Ética y psicoanálisis*, México, F.C.E., 1986.
- Fromm, Erich, *Tener o tener*, México, F.C.E., 1987.
- Gail Bier, Alice, "'Vox Populi': el desarrollo de las asociaciones de vecinos en España", en *PAPERS: Revista de Sociología*, núm. 11, 1979.
- García, Brígida, Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira, *Hogares y trabajadores*, México, COLMEX, 1982.
- Garaudy, Roger, *Perspectivas del hombre*, Barcelona, Fontanella, 1970.
- García Mundo, Octavio, *El movimiento inquilinario de Veracruz*, México, SepSetentas, 1976.
- Garfinkel, Harold, "A conception of, and experiments with, «trust» as a condition of stable concerted actions", en O.J. Harvey (ed.), *Motivation and social interaction*, New York, Ronald Press, 1963.

- Garfinkel, Harold, *Studies in ethnomethodology*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1967.
- Giddens, Anthony, *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*, Madrid, Alianza Universitaria, 1983.
- Giddens, Anthony, *Modernity and self-identity*, Cambridge, Polity Press, 1991.
- Giner, Salvador, y Luis Flaquer, "Prólogo", en Ferdinand Tönnies, *Comunidad y sociedad*, Barcelona, Ediciones Península, 1979.
- Giusti, Jorge, "Rasgos organizativos en el poblador marginal urbano latinoamericano", en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, 1968.
- Goffman, Erving, *Interaction ritual: essays on face-to-face behavior*, New York, Pantheon, 1982.
- Goffman, Erving, *Relaciones en público: microestructura del orden público*, Madrid, Alianza, 1979.
- Goldmann, Lucien, *Lukács y Heidegger. Hacia una filosofía nueva*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1973
- González de la Rocha, Mercedes, "De por qué las mujeres aguantan golpes y cuernos: un análisis de hogares sin varón en Guadalajara", en Luisa Gabayet (et. al) (comps.), *Mujeres y sociedad*, México, CIESAS, El Colegio de Jalisco, 1988.
- Gramsci, Antonio, *Cuadernos de la cárcel: notas sobre maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno*, México, Juan Pablos Editor, 1975.
- Guerra García, Francisco, "Las estrategias de participación en América Latina", en revista *Nueva Sociedad*, núm. 49, 1980.
- Habermas, Jürgen, *Teoría de la acción comunicativa*, vol. I-II, Madrid, Ed. Taurus, 1977.
- Hardin, Russell, *Collective action*. Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1982.
- Heidegger, Martín, *El ser y el tiempo*, México, F.C.E., 1986.
- Heller, Agnes, *Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona, Península, 1977.
- Jenkins, J. Craig "Resource mobilization theory and the study of social movements", en revista *Annual Review of Sociology*, núm. 9, 1983.
- Kant, Emanuel, *Crítica de la razón pura*, México, Porrúa, 1970.
- Killian, Lewis, "Social movements", en *Handbook of modern sociology*, R.E.L. Faris (ed.), Chicago, Rand McNally, 1964.
- Lákatos, Imre, "La falsación y la metodología de los programa de investigación científica", en I. Lákatos y A. Musgrave (eds.), *La crítica y el desarrollo del conocimiento*, México, Grijalvo, 1975.
- LeBon, Gustave, *The crowd*, New York, Viking, 1960.
- Lewis, Oscar, *Antropología de la pobreza*, México, F.C.E., 1961
- Lefebvre, Henri, *De lo rural a lo urbano*, Barcelona, Ed. Península, 1973.
- Lief Palley, Marian, Robert Russo y Edward Scot, "Subcommunity leadership in a black ghetto", en revista *Urban Affairs Quarterly*, vol. 5, núm. 3, 1970.
- Lojkin, Lojkin, *El marxismo, el estado y la cuestión urbana*, México, Siglo XXI Ed., 1979.
- Lomnitz, Larissa, *Cómo sobreviven los marginados*, México, Siglo XXI Eds., 1975.
- Lozano Pardinas, Dolores, y Cristina Padilla Dieste, "La participación de la mujer en los movimientos urbano-populares", en Luisa Gabayet, Patricia García, Mercedes

- González de la Rocha (et. al) (comps.), *Mujeres y sociedad*, México, El Colegio de Jalisco, CIESAS del Occidente, 1988.
- Luhmann, Niklas, *Sistemas sociales. Lineamientos de teoría general*, México, Alianza Editorial - Universidad Iberoamericana, 1991. (1a. edición en Alemán en 1984).
- Lukács, George, *Historia y conciencia de clase*, México, Grijalvo, 1969.
- Marcel, Gabriel, *Aproximación al misterio del ser*, Madrid, Ediciones Encuentros, 1987.
- Marcuse, Hebert, *El hombre unidimensional*, México, Ed. Juan Mortiz, 1987.
- Marschal, Mac, "Natural and unnatural disaster in the Mortlock Island of Micronesia", en revista *Human Organization*, 1979, núm. 3.
- Marx, Karl, *El capital*, vol. I, tomo 1, México, Siglo XXI Ed., 1976.
- Matos Mar, José, *Desborde popular y crisis del estado: El nuevo rostro del Perú en la década de 1980*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1984.
- Matos Mar, José, *Estudio de las barriadas limeñas, 1955*, Lima, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Universidad Mayor de San Marcos, 1967.
- McCarthy, Joseph y M.N. Zald, "Resource mobilization theory and the study of social movements", en revista *American Journal of Sociology*, núm. 82, 1977.
- Mead, George H., *Mind, self & society*, Chicago, The University of Chicago Press, 1959.
- Melucci, Alberto, "The symbolic challenge of contemporary movements", en revista *Social Research*, vol. 52, núm. 4, 1985.
- Melucci, Alberto, "The new social movements: a theoretical Approach", en revista *Social Science Information*, núm. 19, 1980.
- Mercado Villar, Olga, Patricio de la Puente Lafoy y Francisco Uribe-Echevarría, *La Marginalidad urbana: origen, proceso y modo*, Santiago, Buenos Aires, DESAL, Ediciones Troquel, 1970.
- Merton, Robert K., *Teoría y estructura sociales*, México, F.C.E., 1980.
- Millán, René, "(Neo) Corporativismo y gobernabilidad: vínculos discretos", en Matilde Luna y Ricardo Pozas H., *Relaciones corporativas en un período de transición*, México, IIS-UNAM, 1992.
- Moore Jr., Barrington, *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*, México, IIS-UNAM, 1989.
- Mounier, Emmanuel, "Manifiesto al servicio del personalismo", en *Obras Completas*, Volumen I, Salamanca, Sígueme, 1990.
- Mounier, Emmanuel, "El personalismo", en *Obras Completas*, Volumen III, Salamanca, Sígueme, 1990.
- Núñez, Oscar, Emilio Pradilla y Martha Schteingart, "Notas acerca del problema de la vivienda en América Latina", en Emilio Pradilla (coord.), *Ensayos sobre el problema de la vivienda en América Latina*, México, U.A.M.-Xochimilco, 1982.
- Núñez G., Oscar, *Innovaciones democrático-culturales del movimiento urbano popular*, México, UAM-Xochimilco, 1990.
- Oberschall, Anthony, *Social conflict and social movements*, New Jersey, Prentice-Hall, Inc., 1973.
- Oliver-Smith, Anthony, "Disaster rehabilitation and social change in Yungay, Perú", en revista *Human Organization*, 1972, núm. 1.

- Olives Puig, José, "La conflictualidad urbana", en *PAPERS, Revista de Sociología*, núm. 3, 1974.
- Olson, Mancur, *The logic of collective action*, New York, Schocken, 1968.
- Oxhorn, Philip David, *Democratic transitions and the democratization of civil society chilean shantytown organizations under the authoritarian regime*, Harvard University, Cambridge, Ph. Thesis, 1989.
- Parsons, Talcott, *El sistema social*, Madrid, Alianza Editorial, 1984.
- Pastrana, Ernesto, y Mónica Threlfall, *Pan, techo y poder. El movimiento de pobladores en Chile (1970-1973)*, Buenos Aires, Ed. SIAP-Planteos, 1974.
- Pearse, Andrew, y Matthias Stiefel, "Participación popular: un enfoque de investigación", en revista *Socialismo y Participación*, núm. 3, 1980.
- Pereira, Luis, "Poblaciones marginales", en *Revista Paraguaya de Sociología*, núm. 17, 1970.
- Perló, Manuel, *Estado, vivienda y estructura urbana en el cardenismo*, México, UNAM, 1981.
- Perló, Manuel, "Política y vivienda en México 1910-1952", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XLI, núm. 3, 1979.
- Petras, James, *Política y fuerzas sociales en el desarrollo chileno*, Argentina, Amorrortu, 1971.
- Pliego Carrasco, Fernando, *Hacia una sociología de los desastres urbanos*, México, IIS-UNAM, 1994.
- Pliego Carrasco, Fernando, "Estrategias de desarrollo social en situaciones de desastre", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4, 1992.
- Pozo, Hernán, *Espacio y poder. Los pobladores*. Santiago, FLACSO, 1987.
- Presidencia de la República, *Programa nacional de alimentación 1984-1988*, México, S.S.A., 1984.
- Putnam, Hilary, "Racionalidad en la teoría de la decisión y en la ética", en León Olivé, *Racionalidad*, México, Siglo XXI Ed., 1988.
- Quijano, Aníbal, "La formación del universo marginal en las ciudades de América Latina", en Manuel Castells (comp.), *Imperialismo y urbanización en América Latina*, Barcelona, Ed. Gustavo Gili, 1973.
- Ramírez Saiz, Juan Manuel, *El movimiento urbano popular en México*, México, Siglo XXI Ed., 1986.
- Ramírez Saiz, Juan Manuel, *La vivienda popular y sus actores*, Guadalajara, CISMOS, 1993.
- Rapold, Dora, "Movilización femenina y toma de conciencia. Un ensayo teórico sobre las condiciones sociales y familiares", en *Estudios sobre la mujer 2*, Serie de Lecturas III, México, INEGI, SPP, 1986.
- Rapoport, Anatol, *Fights, games, and debates*, Michigan, Ann Arbor: The University of Michigan Press, 1960.
- Rawls, J., *Teoría de la justicia*, México, F.C.E., 1988.
- Razeto, Luis, Arno Klenner, Apolonia Ramírez y Roberto Urmeneta, *Las organizaciones económicas populares*, Santiago, Academia de Humanismo Cristiano, 1983.
- Remy, Jean, y Liliane Voyé, *La ciudad y la urbanización*, Madrid, IEAL, 1976.

- Restrepo, Darío, "La reforma del Estado entre el régimen político y la reestructuración del Capital", en revista *Estudios Políticos*, núm. 3, 1990.
- Schmitter, Philippe C., "Corporatismo (corporativismo)", en Matilde Luna y Ricardo Pozas H., *Relaciones corporativas en un período de transición*, México, IIS-UNAM, 1992.
- Schmitter, Philippe, *Teoría del neocorporatismo*, México, Universidad de Guadalajara, 1992.
- Schteingart, Martha, "Aspectos teóricos y prácticas de la autogestión urbana", en revista *Sociológica*, núm. 12, UAM-Azcapotzalco.
- Schteingart, Martha, *Los productores del espacio habitable*, México, COLMEX, 1989.
- Schutz, Alfred y Thomas Luchmann (Cfr. *Las estructuras del mundo de vida*, Argentina, Amorrortu, 1973)
- Secretaría de Programación y Presupuesto, *Programa de desarrollo de la Z.M.C.M. y de la región centro*, México, S.P.P., 1983.
- Skinner, Reinhard J., "Community participation en Third World housing", en *Cities*, vol. 1, núm. 6, 1984.
- Skocpol, Theda, *States & social revolutions*, Cambridge, University Press, 1993.
- Smelser, Neil, *Teoría del comportamiento colectivo*, México, F.C.E., 1989.
- Smith, David Horton, "A psychological model of individual participation in formal voluntary organizations", en revista *The American Journal of Sociology*, vol. 72, núm. 3, 1966.
- Smith, David Horton, "Voluntary action and voluntary groups", en *Annual Review of Sociology*, vol. 1, 1975.
- Steinberger, Peter, "Urban politics and communality", en revista *Urban Affairs Quarterly*, vol. 20, núm. 1, 1984.
- Stepen, Alfre, *The state and society. Peru in comparative perspective*, New Jersey, Princeton University Press, 1978, pp. 158-189.
- Tarrés, María Luisa, "Introducción: la voluntad de ser", en María Luis Tarrés (comp.), *La voluntad de ser*, México, COLMEX, 1992
- Tarrow, Sidney, "National politics and collective action", en revista *Annual Review of Sociology*, vol. 14, 1988.
- Tilly, Charles, "Models and realities of popular collective action", en revista *Social Research*, vol. 52, núm. 4, 1985.
- Tönnies, Ferdinand, *Comunidad y asociación*, Barcelona, Ediciones Península, 1979.
- Topalov, Christian, *La urbanización capitalista*, México, Editorial Edicol, 1979.
- Touraine, Alain, *El regreso del actor*, Buenos Aires, EUDEBA, 1987.
- Touraine, Alain, "An introduction of the study of social Movements", en revista *Social Reserach*, vol. 52, núm. 4, 1985.
- Trotsky, León, *Historia de la revolución rusa*, vol. I-II, Madrid, Ed. Sarpe, 1985.
- Turner, Ralph H., "Collective behavior and conflict. new theoretical frameworks", en revista *The Sociological Quarterly*, vol. 5, núm. 2, 1964.
- Turner, Ralph H. y Lewis M. Killian, *Collective action*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice Hall, 1957.

- Turner, Ralph H., "Collective behavior and conflict. New theoretical frameworks", en revista *The Sociological Quarterly*, vol. 5, núm. 2, 1985.
- Unikel, Luis, (Coord.), *El desarrollo urbano en México*, México, COLMEX, 1975.
- Vernaux, Roger, *Filosofía del hombre*, Barcelona, Editorial Herder, 1971.
- Weber, Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Ed. Península, 1979.
- Weber, Max, *Economía y sociedad*, México, F.C.E., 1979.
- Wirth, Luis, *El urbanismo como modo de vida*, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1962.
- Wright Mills, C., *La imaginación sociológica*, Habana, Ed. Revolucionaria, 1969.